

ENSAYO INTRODUCTORIO

Al estudio del

EXOTISMO.

Sus manifestaciones literarias, -
particularmente en Francia, en --
los Siglos XVI, XVII, XVIII, y XIX..

TESIS PROFESIONAL

que para la obtención del grado de

DOCTOR EN LETRAS

presenta

JORGE GOMEZ DE SILVA Y ANGELI.

Maestro en Letras.

Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Filosofía y Letras.

1 9 4 5 .

X X X



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA:

En memoria de mi madre.

--

A mi padre y a mi prometida,

a cuyo cariño y estímulo se debe este trabajo.

A mis hermanos.

A mis maestros y compañeros.

INDICE GENERAL.
X X X X X X X X

<u>INTRODUCCION.</u>	pág. <u>I</u>
<u>LO EXOTICO Y LA TENDENCIA AL EXOTISMO.</u>	pág. <u>1</u>
<u>LA LITERATURA DEL VIAJE.</u>	pág. <u>6</u>
<u>MANIFESTACIONES LITERARIAS DEL EXOTISMO A TRAVES DE LOS SIGLOS.</u>	pág. <u>101</u>
<u>EL EXOTISMO EN LOS ESCRITORES FRANCESES DE LOS SIGLOS XVI, XVII, XVIII, Y XIX.</u>	pág. <u>132</u>
<u>CONCLUSION:</u>	pág. <u>209</u>
<u>APENDICE:</u>	
Breves Notas sobre los escritores franceses contemporáneos más representativos del géne ro exótico, y Bibliografía anexa.-	pág. <u>210</u>

X X X X X X X X

I N T R O D U C C I O N .

"El mundo es poco..."

Cristóbal Colón.

"Tu connais cette maladie fièvre
se qui s'empare de nous dans les
froides misères, cette nostalgie
pays qu'on ignore, cette angoisse
de la curiosité?"

Baudelaire.

"Reformarse es vivir. Viajar
es reformarse".

José Enrique Rodó.

Una noche, a la orilla del mar, contemplaba un barco que se iba
alejando, dibujándose netamente en el horizonte sombrío.

Mi corazón parecía irse con él, hacia mundos desconocidos, tal vez
imaginarios, y recordaba aquellos versos de Lamartine que quieren dar
un alma a las cosas que no la tienen:

"Objets inanimés, avez-vous donc une ame,
Qui s'attache à notre ame et la force d'aimer?"

Me puse a pensar entonces en los que para mí significaba aquel
navío que se iba en la noche silenciosa y tranquila del trópico, mien-
tras las olas acariciaban la playa dormida, y llegaba hasta mí un mur-
mullo eterno.

Para mí aquello simbolizaba la salida hacia el misterio, la huida
hacia lo ideal, eterna quimera que siempre perseguimos y nunca alcanza-
mos:

El transatlántico, cosa material, sin alma, adquiría en mi espíritu
una personalidad nueva; era el medio buscado para realizar el sueño
de un viaje.

Desde los primeros tiempos de la humanidad, los hombres han sido
víctimas de ese demonio del viaje, que los ha tentado mil y mil veces

Demonio, tentación, enfermedad del viaje, que precisamente en nue-

II

tre siglo se ha manifestado tan grave y hondamente, herencia sin duda - de un pasado de aventuras, de descubrimientos, de constante superación de los horizontes conocidos, y que hoy más claramente aún aparece en los hombres.

Tal vez porque hoy más que nunca es fácil lograr su alivio, aún - cuando sea temporáneo, pues --concluiré con cierta amargura-- es ésta - una enfermedad que siempre recrudece.

Evocaba yo todos aquellos que, a través de los siglos, habían sido víctimas de esta tentación, y habían salido hacia mundos nuevos. Desde los judíos que, de Egipto, partían hacia la Tierra Prometida, hasta los Grandes del Renacimiento que daban a conocer a Europa un Nuevo Mundo, - cuántos y cuántos viajeros, algunos ilustres como un Marco Polo, otros, la mayoría, desconocidos pioneros que descubrían nuevos horizontes para una humanidad siempre hambrienta de tierras vírgenes.

Pero, me decía, hoy, indudablemente, más se encuentran de estas - víctimas de la tentación, de estos hombres que gozan hondamente con el frenesí del viaje y que, después, allá lejos, frecuentemente piensan en una sola cosa, tienen una idea fija: volver.

Porque así estamos hechos, pobres seres inconstantes. Desilusionados de todo, amargados por todo, cansados por el peso de tantos siglos sobre nuestros hombros, fastidiados constantemente por todo y por nada ("blasés", dirán los franceses), creemos huir de nuestras miserias cotidianas, saliendo de viaje.

El viaje empieza, y desde el primer minuto lejos de la costa, cuando aún no desaparece en el horizonte la tierra amada, algunos piensan ya en el regreso.

En la infancia del viaje, el tema del regreso es tal vez el más - constante, el más penetrante, el más lleno de dulzura también, para - aquellos que se van, como para aquellos que se quedan.

III

Los romanos, clásicos por excelencia, habían sabido definir en pocas y precisas palabras, esa sensación indispensable del viaje, que hasta ponían por encima de la vida:

"Navigare necesse est, non vivere".

Y en nuestro siglo, tal vez el más tormentoso y el más trágico de la humanidad, el viaje es inseparable de la vida.

Partir, partir siempre, es lo principal en el placer del viaje. -
Pues, al fin y al cabo, ya lo dijo el poeta: "Llegar es lo de menos".

Embrujo de los viajes, dolor de la partida, goce del regreso: tres fases de esa enfermedad que empieza cualquier día, a cualquier hora, en cualquier lugar.

"Voy a irme" afirma uno cualquier mañana... y a las pocas horas ya está en el puerto o en la estación. Satisfecho, gozoso, tal vez un poco excesivamente alegre, con algo de nerviosidad y de inquietud en la dicha de la salida. Pocos días después, ya piensa uno: "¿Cuándo volveré?".

Es el profundo encanto de los mundos nuevos, que nos seduce por unos cuantos instantes, pero que nunca puede hacer olvidar lo que hemos dejado allá, tras de nosotros, en "nuestra tierra".

Partir, y regresar: los dos polos del frenesí del viaje. Los dos instantes de clímax de esa acción apasionada que constituye el viajar.

Por otra parte, débese pensar también en la indispensabilidad del viaje.

Hemos dicho que este siglo es tal vez uno de los más dolerosos que lo ha tocado vivir a la humanidad.

Difícilmente se habían concentrado, en el correr de los tiempos, tantas amarguras, miserias y tragedias, en un período de escaso medio siglo.

El hombre "siglo-XX" es un ser enfermo, desorientado, a menudo trágicamente falto de equilibrio, en un mundo que, él también, está honda-

IV

mente desequilibrado.

Un cambio de ambiente, entonces, es el mejor remedio, muy transitorio desgraciadamente, para esa enfermedad que tantas víctimas hace en nuestros días. El viaje, huida en el espacio, es la ausencia que trae consigo el descanso, y ayuda a restablecer nuestro equilibrio, y nos da a la vez nuevas fuerzas para el regreso.

¿Qué es lo que buscamos? Sin duda uno de aquellos "sitios turísticos apropiados para proporcionar al espíritu esas condiciones de apacible sosiego, de grata contemplación para los ojos, de sereno descanso, que se persiguen en el momento de emprender un viaje... Hay una suma de factores inponderables que interfieren para dar pátina a las piedras, dulzura a los paisajes, seducción a la mujer..." (Antonio Acevedo Escobedo).

Estamos en el mar, hundidos en la nostalgia, agradablemente triste de sus grandes espacios, sin principio ni fin. Estamos lejos de todo: parece que gozamos plenamente del placer de sentirnos perdidos, solos entre cielo y mar; y sin embargo, hondo, muy hondo, en el corazón, una vececilla empieza a recordarnos lo que hemos dejado allá.

El "mal du pays", como dicen los franceses, el "spleen" que murmuraban los anglo-americanos, la "nostalgia", de que sonrían los españoles y los italianos, mientras los portugueses suspiran "saudade"; eso nos invade, mientras que el traqueteo de ametralladora, allá arriba entre los mástiles, sobre las antenas de la inalámbrica, marca el ritmo de la evocación, trayendo palabras amigas, y llevando recuerdos entristecidos.

Más adelante, más se hablará sobre este tema del viaje y sus perspectivas humanas y sociales.

Aquí débese advertir que hemos escogido, entre las figuras de la literatura -de las más enfermas, seguramente- algunos grandes nombres de las letras francesas.

Entre los escritores galos, encontramos algunos ilustres viajeros, representantes de este nuevo género literario que constituye el elogio del viaje; locura de nuestro siglo tal vez, pero que también se ha manifestado a veces --como lo veremos-- en tiempos pasados.

Novelas de fondo tropical; ensayos sobre culturas y civilizaciones indígenas; historias de países lejanos; y hasta notas rápidas sacadas de las impresiones de la libreta del viajero; otras tantas obras firmadas por nombres célebres.

No pretendemos citarlos a todos; sólo hemos querido escoger algunos ejemplos, los más significativos y característicos, de toda esta literatura que llamaremos *exótica*.

En apoyo de nuestras afirmaciones, apertaremos las frases de estos grandes pensadores que han sabido ser, al mismo tiempo, grandes viajeros.

Uniremos así a nuestra afición por la obra libraria de Francia, - nuestro "penchant" por los viajes.

Aquella noche, a la orilla del mar, y mientras contemplaba un barco que se alejaba en el horizonte sombrío, tuve una primera intuición de que, algún día, iba a escribir algo sobre el viaje, dominio de nuestro tiempo.

Hé aquí lo que he escrito, lo que han sido mis pensamientos y mis reflexiones en esta materia, tratando de acercarme al sentido filosófico y lírico de todas las migraciones: una evasión del presente, una búsqueda del ideal, o sea algo hecho de recuerdos del pasado y de aspiraciones para el futuro.

Sobre la playa, escuchaba el eterno murmullo arrullador de las olas y evocaba aquellos que se habían ido de viaje.

Todos los que, en los siglos, han salido, muchos de ellos para no volver jamás.

Salinos de viaje, y siempre, desde la salida, nos preguntamos si -

VI

tendremos la dicha de regresar.

Pero, eterna insatisfacción del hombre de nuestro tiempo, si allá - lejos pensamos en volver, aquí, en cambio, no suspiramos más que por salir nuevamente.

"Partir, partir toujours...
Où? Peu importe.
Il faut partir,
partir, partir, toujours..."

Así ha dicho el poeta.

Tras él, antes de él, con él: siempre, desde que hay hombres sobre la tierra, que nacen, sufren, gozan, viven y un día mueren, el viaje ha atraído a los poetas, los escritores, los dramaturgos, los novelistas.

Tras él, antes de él, con él, la canción de las olas, ha llevado a los hombres y, escuchando su himno engañoso, tras ella se han perdido en el inmenso mar.

Así, aquella noche, me fué de viaje. Pero sólo con la imaginación. Me fuí tras los escritores franceses.

Me dejé llevar de la mano a través los estantes de su obras, buscando en ellos la respuesta a mi inquietud, y he encontrado el exotismo. Un exotismo completo, absoluto, en casi todos ellos, víctimas también de mi misma enfermedad de aquel día: "la invitación al viaje".

Quería aspirar aquel "aire suave, fermentado, en el que se mezclaban hálitos de frutos y el aroma de las lejanas islas" (Zweig), quería soñar con países "llenos de sol, de piñas, de languidez, dominados por volcanos que tienen nombres impronunciables" (Morand), de sabor "amargo y dulce, ácido y fresco, como una fruta, o mejor como una aurora tropical" (Chadourno); quería encontrar "une femme dans chaque port", cuyo perfume fuera siempre nuevo, cuyo amor fuera siempre una desconocida sensación de nueva voluptuosidad; quería cantar sonoramente, proclamando con el viejo marino: "Aux mille mers j'ai navigué"; quería suspirar con

VII

el pobre pescador marsellés de Pagnol: "Je ne peux pas rester... Je ne peux plus: Marseille, Le Pirée, Suez, Aden, Bombay, Colombo, Macassar, les Iles-sous-le Vent..."; quería enfin, con De Croisset, afirmar serenamente, convencido, seguro de mí mismo: "Nous avons fait un beau voyage pero quería poderlo decir ya ante un "havre-de-grace" como suspiraban los corsarios de Colbert, y para mí, decirlo ante la costa jarocho,

Veracruz, la ciudad noble, española y tal vez también mozárabe, - Veracruz, la ciudad de héroes y de piratas. Ante Veracruz, en la playa, aquella noche, murmuré: "He hecho un bonito viaje".

Había llegado y, conmigo, el amanecer tropical lleno de dulzura, y al mismo tiempo, de fantástica riqueza de colores algo lujuriosos, se levantaba sobre las aguas.

Los vientos alicios me acariciaban la cara, un poco fuertes ya. La danzonera que, anoche, cantaba a las mujeres jarochoas, de ojos color de mar, ya se había callado.

Ya no se oía el ritmo, debajo de las palmeras suavemente balanceadas por la brisa que viene del mar, en la noche serena, de aquellos violines y de aquellas guitarras, de las maracas y de las marimbas, que cantando "con voz de mujer".

Su canción era ondulante, fuerte dentro de su languidez, fuerte como el perfume de las flores del Trópico --aroma sensual de gardenias y de camelias.

Las maracas cascabelaban suavemente un elogio de la guajira; las maderas de la marimba clapoteaban en un río de cristal.

El cielo veracruzano, que brillaba esplendoroso de mil y mil luces, con una luna clara, redonda, sonriente, ya se había ocultado. En su lugar los primeros rayos del sol acariciaban el mar.

Había hecho, en imaginación, un bonito viaje, dejándome conducir por los escritores franceses.

VIII

Y desearé aquí, en este trabajo, tratar de contarlo; evocar nuevamente, antes que nada para mi propio goce, aquellos paisajes de ensueño que había visto, con mis ojos entre-cerrados, aquella noche, en la playa veracruzana.

Quisiera partir otra vez de la tumultuosa "Gare-du-Nord" hacia los Países-Bajos sonrientes, tierras de paz y de cultura, donde se cultivan las flores más bellas del mundo: las del bien, de la bondad, de la fraternidad.

Quisiera seguir hacia las brumas del Norte, costeano las tierras escandinavas donde, en los venerables bosques, se pueden adivinar aún los fantasmas de Hjalmar y de Sigurd.

Quisiera escuchar otra vez los cobres teutónicos tocar una marcha triunfal, mientras Siegfriedo y Brunhilda juegan sobre las riberas de oro del Rhin, y mientras una cabalgata de Walkirias se dibuja sobre los muros sombríos del viejo Burg medieval.

Y después, bajar por el Danubio, río de Capitales, y quedarme en Viena, para ver si de veras es un río azul, mientras la orquesta toca viejos valsos, mientras que un pueblo alegre, culto, simpáticamente artista, grita "Hoch" levantando su vaso de cerveza rubia como las blondas mujeres, como las campesinas esclavas de las riberas de su río.

Quisiera llegar hasta Grecia, para evocar ante el Canal de Corinto las locas faunalias que cantó Verlaine, en las que bailan sátiros de pié partido que parecen haber salido enteros de los versos de Píndaro, amantes de las hamadriadas que tanto recordó también aquel otro gran sensual: Pierre de Ronsard; y quisiera beber gota a gota el vino de las uvas del Olimpo; quisiera hacer, con Maurice Barrés, "le Voyage de Sparte"; y en fin conocer las islas que encantaron a Ulises, allá a lo largo de aquella costa dálmata adonde crecen las rosas, en los jardines de Corfú.

IX

Quisiera pasar luego a los países del sol, a Italia, a España, a Portugal. Quiero volver a Venecia, suspirar de nuevo bajo sus puentes, y escuchar el melancólico cantar del Gondoliere a lo largo del Gran Canal. Quiero atravesar otra vez el Bónaco de Virgilio y de Dante, y con éste murmurar:

"Tu duca, o tu signore, o tu maestro".

Quiero llegar a Sevilla para aspirar el perfume de sus claveles en los labios de sus manolas, rasguear una guitarra ante una roca de Toledo, navegar en fin otra vez en el estuario del Tajo, hasta contemplar la maravillosa capital lusitana tendida entre colinas, del cielo al mar, en una concha azul anacarada que brilla jugueteando con el sol.

Quisiera volver a Marsella, puerta del Sur, asolearme ante el portal de "Notre-Dame-de-la-Garde", y contemplar el viejo puerto, con su puente de transborde, y con sus callejuelas que huelen a pescado fresco y a ajo remojado.

Quisiera aplaudir sobre los muelles de Argel los escuadrones blancos de los Cazadores de Africa, mientras de la misteriosa Casbah baja el murmullo de aquel hormiguero humano, acompañado por el cantar de unas guitarras moriscas.

Quisiera llegar a Egipto, don del Nilo, y ver de lejos el Continente Negro, tan grande y desconocido aún, tan atrayente para el viajero aventurero.

Quiero ver otro atardecer sobre el Bósforo, pensar en Pierre Loti, y poner sobre la tumba de Azyiadé un respetuoso fajo de recuerdos como vidos.

Quisiera partir con las caravanas y, en lento andar, atravesando los desiertos, llegar hasta la India gangética, admirar sus pagodas y temblar un poco ante el embrujo misterioso de la jungla birmana.

Quisiera admirar a alguna hija de las tierras amarillas, de ojos -

X

rasgados, tan parecidos a los de las mexicanitas de la meseta.

Quisiera padecer "anok" en las islas de pasión, y viajar de isla en isla, a través de los archipiélagos malayos, en busca de perlas y de corales.

Quisiera escuchar el llamado de las ondas del Pacífico, y atravesar aquel inmenso Océano que en vano buscó Colón y adivinó Magallanes.

"Tus brazos me aprisionan.
No me quisiera ir.

El viaje, el viaje, eterno rival de tu amor.
en lucha contra tí, contra mí, contra la dicha,
me llama una vez más.

Tus besos no duraron.
Tus lágrimas empezaron a correr
silenciosas por tus mejillas frescas,
frescas como flores mojadas por el rocío matutino,
pero ardientes como las llamas que en mi corazón
aviva tu presencia, enciende tu amor,
no apaga ni la distancia.

Y sin embargo, a pesar de todo,
me he de ir, me he de ir,...

y me voy.

Estoy en tus brazos,
y sin embargo no voy.

Te quiero y me voy.

Te quiero.
Te quiero con pasión.
Te quiero.

Te quiero, te quiero, ... y no voy".

Así suspiraba yo, y sin embargo no quedé, pensando en los que se habían ido, en aquellos compañeros de correrías por los siete mares de nuestra tierra.

En todos aquellos a quienes ha tentado el demonio del viaje.

Estas páginas, fruto de un viaje imaginario, tienen esa pretensión: evocar un viaje.

El viaje de la humanidad, a través de todos los tiempos y los horizontes, en búsqueda de un ideal; un mundo mejor.

XI

Esperando que pronto este sueño sea realidad, y que ésta corresponda a mis aspiraciones, empiezo a hablar del viaje, y de los viajes, en este trabajo que nació así, una noche, a la orilla del mar...

México, D.F., abril de 1945.

X X X X X X X X X

LO EXOTICO Y LA TENDENCIA AL EXOTISMO.

Origen de las palabras: evolución de su significación en relación con el tiempo y el ambiente.

"Exotismo", es una palabra particularmente curiosa de examinar por lo que concierne a su etimología, y por ciertos cambios de significación que tuvo a través del tiempo. Es oportuno ver, en este trabajo consagrado a estudiar el exotismo como una tendencia literaria importante, cuáles fueron esas modificaciones.

Los antiguos griegos llamaban "exóticos" a los extranjeros, sirviendo esta palabra tanto como sustantivo, como para adjetivo, y significaba todo lo que procedía del extranjero: objetos, productos, etc., aplicándose también a los bienes personales de esos mismos extranjeros.

Entre los latinos, la palabra continúa con el mismo uso, y significa todo lo que se refiere al extranjero, -tanto la persona como sus bienes-, y en general, a los productos que vienen de otro país.

Es interesante ver cómo ha evolucionado lo "exótico" con el pasar del tiempo. Por esto podemos decir ante todo que "exotismo", o sea "la tendencia a lo exótico", es una palabra dinámica en su significación, y a través de los siglos, esta relatividad de lo exótico se ha desarrollado frente a las diferentes épocas.

En un sentido amplio podría decirse que el exotismo no es necesariamente la tendencia a lo muy lejano y, en la literatura, la pura descripción de regiones y costumbres igualmente muy lejanas; con el tiempo, forzadamente, por la enorme mejoría y el progreso constante en todas las comunicaciones, el horizonte de los escritores --en los temas exóticos-- ha venido ensanchándose; así como naturalmente la concepción que, de lo exótico, tenía el público de la época..

Hemos de ver en otro lugar cuál fué la evolución de los descubrimientos geográficos, y como se realizaron los grandes viajes de exploración y conquista de nuestro planeta, por las varias civilizaciones que en él

se sucedieron, en el curso de su historia; y su relación con las manifestaciones literarias de esta tendencia en aquella época.

Aquí recordemos simplemente, por ejemplo, que en la época del Imperio Romano, podían ser exóticas las Islas Británicas, o la Región Central del Africa, o los caminos de Asia, más allá de Persia.

Más tarde, en la Edad Media, la esfera de lo exótico se ha extendido mucho, y sólo se consideraba propiamente tal, una región muy lejana, aislada de la civilización occidental: tales podrían ser, por ejemplo, - las estepas Siberianas o las Islas del Pacífico.

Hace sólo unos cien años Chateaubriand se admiraba él mismo, y conseguía la sorpresa de sus lectores, por su viaje de París a Jerusalén; por la misma época, y aún a fines del siglo pasado, los burgueses ricos de Francia soñaban con un viaje de bodas que los llevase, por ejemplo, de las provincias interiores hasta las costas del Mediterráneo, donde - las gentes vestían trajes inacostumbrados, y donde el idioma provenzal, y el dialecto de Niza completaban el aspecto de tierras extrañas que ofrecían esos maravillosos rincones franceses. Unos cincuenta años después, fué de moda en esos mismos círculos galos, proyectar, saborear, de antemano, y realizar en fin, ese mismo viaje de bodas, llegando esta vez mucho más allá: hasta Venecia. Si esta ciudad, hace solo unos decenios, constituía la meta constante en la aspiración y el deseo de lo exótico, que encontraban su satisfacción una sólo vez en la vida de tantas personas; después de la primera guerra europea, el horizonte de lo exótico se ensanchó otra vez, mucho más y aún Venecia se quedó casi olvidada, abandonada por tantos que habían sido sus amantes, muchas veces antes de conocerla.

En el período entre las dos guerras - 1919 a 1939 - la gente se hizo mucho más dinámica y más rápida. El enorme desarrollo de los medios de transporte ha puesto a su disposición regiones y lugares en los que an-

tos casi nadie podía pensar.

El exotismo entonces, considerado ya no como una simple tendencia literaria, sino como una aspiración de posible realización, vio otras posibilidades que hasta aquel momento habían sido concebidas como muy difíciles, y a veces hasta imposibles.

Hoy, aparece estrechamente relacionada y ligada con lo exótico la idea de lejanía, de aislamiento. Pues en la actualidad, deberían considerarse estricta y propiamente como exóticos, sólo unos cuantos rincones, siempre en menor número, de este planeta cada día más explorado.

En el sentido más limitado de la significación actual, únicamente podrían ser exóticas las Tierras Árticas y Antárticas aún no recorridas suficientemente, y tal vez alguna islita del Pacífico, fuera de las grandes rutas marítimas y aéreas transoceánicas.

Pero, como se dijo, el exotismo es en realidad una tendencia dinámica, y que responde a relatividad. De manera que no nos sorprenderemos si de hecho, aún hoy día, la esfera del exotismo abarca territorios enormes y, a la vez, comprende a menudo aún regiones de una misma nación.

Así por ejemplo, en Francia, se sigue considerando como un país distinto, con características completamente aparte, con idioma, civilización, aspectos geográficos, fenómenos históricos, en fin con una vida propia aislada, una región como la Bretaña, sin embargo distante de París, solo unas cuantas horas, y perfectamente comunicada con la Capital.

Es indudable que el desarrollo de las comunicaciones, al facilitar los viajes, ha permitido extender casi hasta los confines de nuestro globo los límites de lo exótico, y mientras por una parte los viajes --y las descripciones de ellos-- nos han hecho casi familiares y atractivos al punto de difundir su encanto, tierras de Oceanía, paisajes y costumbres de la región del Amazonas, o de Alaska; sin embargo, rasgos peculiares de determinado lugar o grupo de lugares, pueden hacer de él o de

ellos, sitios exóticos, independientemente de la distancia a que se encuentren del centro principal de población de su país.

El caso de Córcega, junto al de la Bretaña, para Francia; el de Sicilia y de Cerdeña, para Italia; son ejemplos típicos de los afirmados.

Aquí no se trata de la distancia a que están situadas estas regiones, respecto a la metrópoli, sino más bien de la facilidad con que han conservado su individualismo y sus rasgos característicos; a veces por causas de índole geográfica, cuando se trata por ejemplo de lugares encerrados en valles difícilmente alcanzables, hasta hace muy poco, y a menudo hoy todavía poco comunicados, con sierras escarpadas, climas peñosos, etc.

En otros casos son fenómenos sociales: la escasez de alimentación, la incomodidad de vida, lo rudo del lugar y su influencia sobre el carácter de los habitantes, que conservan algo de salvaje también en sus costumbres y forma general de vida.

Los trajes típicos, siempre interesantes y pintorescos; la forma de las habitaciones y la manera como son decoradas; otras manifestaciones de arte popular; el idioma, a veces un simple dialecto, otras, una verdadera lengua con literatura propia y de significación histórica; son elementos que influyen por otra parte, para que una región determinada constituya una tierra exótica, y se manifieste por lo tanto hacia ella una tendencia al exotismo que la convertirá en una meta deseada por el viajero.

A veces existe una asimilación limitada de sus habitantes a la civilización del viajero; otras, se trata de una falta total de asimilación. En todos los casos, esa diferencia entre su país y aquel al que llega -- que a veces puede ser una región o un simple lugar distinto al que es éste, o de aquél en que vive generalmente -- es lo que constituye la atracción máxima para el viajero.

Si hay atracción hacia determinada meta, se manifiesta el deseo de ir hacia allá, hacia esa tierra exótica; y existe la "Invitación al Viaje".

X X X X X X X X

LA LITERATURA DEL VIAJE.

Al empezar a hablar de la literatura del viaje, ¿Podrá pensarse en una "Filosofía del Viaje"? ¿Podrán juntarse estas dos ideas, "a priori" opuestas: el viaje, es decir antes que nada acción, y la filosofía, es decir la meditación serena, calmada, estática, ante uno u otro tema?

Hemos dicho: filosofía del viaje, y vamos a tratar de justificar esta expresión.

El viaje es acción. Todas las migraciones, a través de los treinta y tantos siglos de nuestras civilizaciones, han tenido, en el fondo, un mismo y común sentido filosófico. En oposición a la estancia, que significaba la conformidad con el estado actual, los individuos han perseguido siempre una mejoría. Es ése una quimera que siempre se ha buscado, y que nunca parece haberse alcanzado. Su nombre, se nos enseña, es: IDEAL.

En todos los tiempos y en todas las épocas, el hombre, eterno inconforme, se encuentra descontento de su condición, y busca la mejoría en un cambio. A veces ese cambio es simplemente espiritual: el individuo cambia de ideas, de sentimientos. En la época actual hay quien acostumbra cambiar de opiniones políticas, olvida a sus viejos amigos y trata de congeniarse a otros, se enamora de una mujer que pueda proporcionarle nuevas emociones y nuevas sensaciones, deja su puesto, su ocupación, a veces hasta toda una carrera, y emplea su tiempo en nuevas ocupaciones que, -confía-, le darán al fin la felicidad.

Espera siempre, nunca bastante cansado ni decepcionado, y vuelve a empezar su vida dos, tres, cuatro veces, mientras vive. Mientras su corazón late, siempre tenderá a mejorar su situación, y siempre creará lo que le dará por un cambio.

Pero a menudo, sobre todo en los últimos decenios, tal búsqueda de Ideal ha tomado una nueva forma: el viaje.

Ya no se trata de cambiar de formas espirituales. Se trata de modi-

ficar la vida en su aspecto material más simple: en la idea del lugar. El "locus" latino adquiere una grande importancia en el pensamiento contemporáneo. Ya no se pregunta uno: "¿Qué haré?", sino: "¿A donde iré?". Y las palabras: "adonde ir" traducen la inquietud tremenda, en el fondo trágica, de las jóvenes generaciones.

El cambio ahora ya no es espiritual; es primeramente material, como se dijo. El individuo no se conforma con cambiar de manera de pensar y de sentir. Quiere cambiar, antes que nada, de lugar de vida, y espera poder encontrar la dicha y la tranquilidad en otra parte.

Los franceses, con su raciocinio de bases clásicas, es decir de trazos serenamente geométricos, a veces hasta arquitecturales en su ordenada perfección, han encontrado una sola palabra que define de la manera más clara ese lugar eternamente buscado y nunca encontrado, esa quimera hacia la que todos tienden; los franceses dicen: hay que ir -- "AILLEURS". Hay que ir a otra parte, no importa donde, pero hay que partir. La idea de la partida, símbolo espiritual del viaje, predomina sobre la concepción de adonde ir, o sea del lugar preciso que será la meta: es ésta la realización concreta y material del deseo de partir.

Ese deseo ha de existir siempre. Ya lo ha dicho Verhaeren:

"Seul importe que le désir reste en partance
Jusqu'à la mort, devant l'éveil des horizons".

Hemos de ver en otro lugar muchos textos de autores franceses que expresan ese sentimiento, pero aquí debe solamente recordarse una frase muy significativa de Claude Farrère: "Dans les voyages en recherche particulièrement une sensation: la sensation d'être ailleurs, très ailleurs" y también deseo transcribir unas cuantas líneas del diálogo de "Marius" comedia de Marcel Bagnol, tan interesante en su descripción de los efectos del llamado del exotismo sobre un joven marsellés, y cuyo estudio más detenido se hará más adelante.

Está Marius discutiendo con su novia, Fanny, presa que se debate, desgarrada, en el "juego entre el amor y el viaje"; y afirma:

Marius: - "Je veux partir".

Fanny: - "Partir? Pour aller où?"

M.- "N'importe où, mais très loin. Partir..."

F.- "Qui t'oblige à partir?"

M.- "Rien, une envie... J'ai envie d'ailleurs, voilà ce qu'il faut dire. C'est une chose bête, une idée qui ne s'explique pas. J'ai envie d'ailleurs..."

y Henry Kistomaeckers ya había escrito: "J'éprouve un désir éffrené - d'être ailleurs".

Es ésta la inquietud de nuestro tiempo, que se traduce en cambios de horizontes, haciéndose eco lejano de aquellas tendencias de la Edad Media y luego del Renacimiento, que, como decía el Maestro Jiménez Rueda, solicitaban cambios de ideologías, de religiones, de filosofías, de vida en fin. De manera que, sin duda, esta búsqueda del ideal, por parte del hombre, no es una cosa nueva: es muy vieja, congénita en él; ha existido siempre; desde aquellos tiempos prehistóricos en los que las tribus cambiaban de jefe todos los días, yendo detrás del hombre que había sido más afortunado en la caza, y que también emigraban constantemente, en busca de otras tierras más fértiles, y prometedoras de felicidad. (Véase "La Guerra del Fuego" de J.H. Rosny aine).

Así hemos asistido a la evolución del hombre primitivo hacia el hombre más moderno, constructor de catedrales durante la Edad Media y el Renacimiento; para llegar enfín al hombre contemporáneo constructor de barcos que, por su tamaño, a la vez que por la importancia espiritual que adquirieron, ya han perdido ser llamados "catedrales flotantes", y se consideran como "una nueva obsesión mística de nuestro siglo".

Siempre el hombre ha sido un descubridor, un explorador, un conquistador que nunca deja de ansiar algo mejor y de luchar para conseguirlo; ese "algo mejor" es el ideal, que empuja el anhelo errante del hombre, que le finge engañosos mirajes en la perspectiva de un horizonte sin -

fín y luego lo hace desear el rincón abandonado, el humo del hogar por el que suspiraba Ulises después de sus viajes por los mares violetas, - bajo los cielos azules, en las tierras de todos los climas, de todos los encantos y de todos los peligros". (Teodoro Tórrres).

Aun cuando el hombre, eterno inconforme, siempre busque cambiar: - cuando está en su casa quiere viajar, cuando se encuentra lejos, quiere volver al hogar; lo que subsiste, a pesar de "todos los engaños, la odisea entre sirtes mortales y sirenas traicioneras", es el deseo de partir la mirada hacia el seductor azul de la lejanía, la voluntad de "pasar, pasar siempre, los lugares, las personas, como cinta de cinematografía; los extraños como amigos, los amigos como extraños..." (Benavente).

Sin duda, en el fondo del hombre, existe siempre una enfermedad, - la "invitación al viaje", tan relacionada con la sensibilidad romántica y la imaginación que tanto contribuye al desarrollo del deseo del viaje. El profesor Edmundo Beuchout ha definido claramente ésa "larga y tal vez incurable enfermedad de los hombres, que los ha definitivamente marcado con su empreinte: el romanticismo permanente; fuente espontánea, inagotable, de sensibilidad, de entusiasmo, de amor, y de tristeza tanto más atormentadora que no tiene un objeto preciso y que, por lo tanto, parece sin motivo..."

Aquí débese insistir sobre el importante papel de esa imaginación en el desarrollo de la idea del viaje. El gran pintor y escritor suizo de expresión francesa, Topffer, de quien Sainte-Bouve ha escrito: "La langue de Topffer est á lui, et il le sait", empieza su libro "Nouveaux Voyages en Zig-zag" con unas frases muy interesantes para el tema de este trabajo.

Escribe:

"Dans tout voyage de pension --Topffer salía de viaje con un grupo de alumnos y con otros profesores-- la journée de départ est précédée de plusieurs autres journées d'attente

et de préparatifs, qui sont désastreuses pour l'étude et pour la bonne latinité. C'est que, pendant que la personne des voyageurs garde encore le logis, descend en classe et accomplit à l'ordinaire toutes les fonctions d'école; l'esprit, depuis bien des jours, est parti pour les montagnes, où il gravit, respire, s'essouie pour les cités lointaines, où il visite les musées, les théâtres, les monuments publics, où il rentre à l'auberge, et se garde pardessus tout d'entrer en classe".

Se vé pues como ese párrafo indica claramente la tantas veces manifestada influencia de la fantasía sobre la pasión del viaje. Es por eso precisamente que el exotismo, en los escritores, es importante para la difusión de esas mismas ideas en el público. Agreguemos que no solamente existe esta influencia en los adultos, sino que ya se puede encontrar a menudo la presencia del deseo del viaje en los niños, y se debe considerar que, a veces, ellos manifiestan, en sus sueños y sus cuentos, haber recibido honda impresión de tal o cual relato de viajes, o leyenda que se les haya contado.

Ya Pierre Loti, en sus "Fleurs d'Ennui", nos ha hablado de esto, y Henri Fauconnier ha escrito acertadamente: "No hay ningún suceso, en la vida, que no haya sido previsto, y hasta vivido ya, en el curso de la infancia. La imaginación de los niños es tan rica que agota por adelantado todas las eventualidades", y Merand recuerda a este propósito aquel refrán hindú que proclama: "Plus on l'entend de loin, et plus la chanson est belle".

Respecto a las mentes infantiles, los cuentos hablados preceden la influencia que pueda ejercer el libro escrito. Basta a veces un fragmento de historia, verídica o imaginaria, escuchada en los primeros años, para suscitar o resuscitar imágenes de lejanos países, de costumbres curiosas o extrañas y, con ellas, el deseo del viaje a exóticas tierras.

Todos los estudiosos de pedagogía están conformes en reconocer la fuerza y la tenacidad de algunos motivos, en los sueños infantiles. Actualmente, después de los estudios geniales de Freud y de sus discípulos.

los, ya apreciamos la importancia que en las resoluciones volitivas pueden tener los "leit-motives" que se revelan en los sueños, durmiendo, o con los ojos abiertos; y ya hemos visto, a este propósito, cómo, a menudo, el deseo del viaje va abriéndose paso en nuestra mente, partiendo de un sueño.

Por lo que se refiere a la infancia, sería muy interesante ver en que forma, en los primerísimos años, el niño, al leer su texto escolar de geografía, se queda soñando en el vacío, con los ojos muy abiertos; y sin embargo, aún cuando el observador crea que no mira nada, vé sin duda amplios horizontes, maravillosas ciudades adornadas con todo el esplendor que las leyendas conceden en privilegio al Oriente: cúpulas, alminares, palacios y jardines, van dibujándose con brillante colorido en la imaginación del niño; seguramente, muchos años más tarde, ya hombre, seguirá pensando en los países que visitó en los sueños de su infancia, y no descansará hasta realizar su deseo: un viaje.

La obra directa de sugestión que ejercen los libros que hablan de países lejanos, se completa por la labor individual de la fantasía de los lectores.

Cuando se piensa en el exotismo, debe preguntarse si tal tendencia que encontramos en algunos escritores ha influido sobre su difusión en el público, o si, por el contrario, la influencia del medio ambiente, o sea las opiniones de ese mismo público, se ha ejercitado sobre los escritores, produciendo los resultados conocidos.

En este caso sin duda, como en muchos otros, el fenómeno de la manifestación culta, por escrito, de una determinada tendencia, ha tenido cierto paralelismo con el surgir de un nuevo gusto en el público.

Es cierto que las obras de unos cuantos escritores han conducido a efectos de propaganda de sus ideas, pero debe reconocerse también que mucho de lo que afirman esos autores, responde a ideas y sentimientos.

difundidos en su medio y en su época.

Por eso, precisamente, si a veces admiramos la originalidad o hasta la genialidad de un escritor que "ha dictado sus ideas" a sus contemporáneos, es mucho más frecuente que veamos reproducir por algún autor, en forma lógica, sistemática y brillante, el pensamiento y el sentir que se manifestó esporádica y fragmentariamente en su época y en su medio.

En el caso del exotismo, las dos facetas del fenómeno de que se habla se manifiestan, en nuestros días, en una forma absolutamente clara y convincente. Es cierto que las descripciones entusiásticas de lejanos países o, a veces el simple deseo artísticamente expresado, de ir a conocerlos, han despertado la atención, la admiración, y, por ende, con mayor frecuencia aún, la voluntad del viaje, en muchísimos de los que han leído esas obras literarias.

Por otra parte, si en la naturaleza humana existe siempre una vaga aspiración hacia lo desconocido, o aun poco conocido; hacia lo lejano y lo diferente; si además, por la difusión y el perfeccionamiento de los medios de comunicación y de transporte, ha venido intensificándose el interés por todo eso, y al mismo tiempo el deseo de verlo y conocerlo, es evidente que la atmósfera ambiente favorable a todo lo que convencionalmente llamamos exótico, debe haber ejercido una influencia más intensa que en el pasado, sobre los escritores que han venido dedicando su atención y sus obras a esos fenómenos.

Todo esto constituye el exotismo que hemos llamado literario, y más adelante hemos de extendernos sobre el particular. Aquí señalemos que se puede tal vez hablar también de exotismo espiritual; hay sin duda una profunda corriente en busca de nuevas ideas como por ejemplo en el pensamiento religioso: basta pensar en los profetas para entenderlo; hay también un exotismo de pretensiones científicas, que estudia los otros mundos y los horizontes más lejanos y desconocidos; entonces los profe-

tasse llaman sencillamente astrónomos!..

Hemos de volver a ver estas tres tendencias: exotismo religioso, científico, literario; pero aquí creo que es preciso estudiar primero - las posibles causas del desarrollo tan abundante de estas corrientes en nuestra época.

Se ha visto que el exotismo ha existido siempre: sus manifestaciones han cambiado sin duda y en ellas puede observarse la misma tendencia evolutiva que en los demás campos de la actividad humana se ha presentado. Pero su finalidad y su significación han seguido siendo iguales: la búsqueda del ideal, por medio de nuevos pensamientos, por conducto de - nuevos sentimientos, o en fin en nuevos lugares.

Si esos deseos de nuevos horizontes siempre se han manifestado en el hombre, ¿porqué es precisamente en nuestra época, en los últimos cien años sobre todo, que esos deseos han adquirido la primacía sobre todas las demás aspiraciones humanas?

Hé aquí una de las primeras cuestiones que se trata de resolver. - En mi opinión, debe buscarse una explicación en varias direcciones y la primera, sin duda, nos llevará a la guerra, por lo que concierne a los últimos decenios.

A nuestras dos últimas generaciones, en este medio siglo, ha tocado vivir dos de las guerras más espantosas que la humanidad se haya librado desde los tiempos más remotos.

Por primera vez en la historia del mundo, una guerra no se ha limitado a dos países vecinos, o cuando mucho a un grupo de naciones cercanas geográficamente, y en condiciones de desarrollo similares. Un país, encontrándose más poderoso política, económica y militarmente que su vecino, le hacía la guerra. A veces los amigos del atacado lo ayudaban a defenderse; otras --las más, desgraciadamente, pues raro es el individuo que acude a defender al débil y al oprimido, y más raro aún el caso

entre naciones-- un grupo de otras naciones igualmente fuertes se aliaban al atacante para acabar más pronto y poderse disputar los restos del vencido.

Pero esta vez no se podía limitar la guerra. El fuego no podía ser circunscrito; la hoguera alcanzó dimensiones fabulosas, y se vió a países de los cinco continentes envueltos en una contienda de verdad gigantesca. Las flotas de diez naciones se disputaban el dominio de los mares, mientras que una nueva máquina guerrera, invención del hombre que parecía destinada a aportar mayor felicidad, servía únicamente a ampliar el radio de la destrucción, y llevaba la muerte hasta los cielos.

Es así como, en 1914, millones y millones de seres fueron llevados a la muerte por unos cuantos caudillos en busca de "lebensraum". El espacio vital entonces se buscaba hacia el Oeste, y los países del Oeste no podían dejar realizar el propósito de los Imperios Centrales.

Los alemanes, desde hace un siglo, padecen de una alucinación colectiva, una psicosis muy influenciada por cierto exotismo; están de hecho hipnotizados por los grandes espacios! Ya en 1870 existía la tendencia de Guillermo II y de Bismarck, hacia el imperialismo escondido bajo el "Drang nach Osten". La guerra con Francia marcó la cumbre de ese movimiento de expansión.

En 1914 un nuevo conflicto surgió con las mismas finalidades. Fué una guerra larga, sangrienta, tremendamente dolorosa! Millones de seres murieron, otros millones quedaron marcados para siempre, en sus carnes y aún en su pensamiento, por la huella diabólica de los dioses bélicos.

Indudablemente la primera guerra mundial dió fin a toda una serie de ideas, de conceptos y hasta de culturas. La misión, tarea única ante la cual se encontraron todas las naciones, fué la de crear una civilización en verdad nueva. Sobre las ruinas de bombardeos y de naufragios, era preciso reconstruir un mundo nuevo para la generación que estaba cre

cicndo: los hijos de los que habían hecho la guerra..

Muchos hombres de buena voluntad se pusieron al trabajo. Como reacción contra la guerra que había significado primordialmente destrucción, surgía la edificación en grandísima escala de nuevos países. Obras públicas de enormes proporciones, comunicaciones siempre más rápidas y perfeccionadas, ensayos intelectuales de importancia universal, se iban realizando en la paz.

Pero "la paz" es una idea ilusoria: los pueblos de Europa no podían estar en paz. Después de veinte años de tanteos, de incertidumbres, de conflictos tanto en las almas como en los pueblos, una nueva borrasca se levantó. Una vez más los Cuatro Jinetes del Apocalipsis empezaron su letal carrera y, con el pretexto de buscar el espacio vital siempre anhelado, los nuevos bárbaros truncaban, apenas nacida, la nueva civilización europea, y ensangrataban en su cuna la esperanza rosada de todo el universo: un mundo mejor.

Los hijos de los que habían hecho la primera guerra se encontraban en la segunda; otra vez millones y millones de hombres y de mujeres, de jóvenes y de viejos, tuvieron que morir en aras de una suprema ambición, siempre la misma, la eterna quimera del hombre: el IDEAL.

Después de una desgracia, cualquiera que ella sea, el individuo tiene siempre un primer pensamiento, casi involuntario: huir.

Ante el caos de desastres individuales y sociales que trajo consigo aquella guerra, largas hileras de individuos, pueblos enteros, tuvieron que huir. Primero huían de la guerra; luego, quisieron huir también en la paz, alejarse de un mundo que había visto demasiado la guerra, y irse hacia otro que solamente la había oído de lejos.

Así empezó un nuevo éxodo, y miles y miles de refugiados llegaron a las playas del Nuevo Mundo que, una vez más en su historia, corta pero cargada de frutos y virtudes, representó la salvación para ellos. Se

explica así en parte, cómo, en el período del "entre-deux-guerres", se extendió a todo el mundo el fenómeno del viaje.

Otro factor de importancia, para esas mismas víctimas de la primera guerra, fué constituido, decíamos, por el deseo de huir de sus miserias. Es decir que no solamente huyeron en busca de nuevos horizontes - los seres perseguidos y obligados a hacerlo para salvar sus vidas, sino que también lo hicieron muchos otros individuos con el simple propósito de encontrar un mundo mejor. Los que habían sufrido de la guerra, quisieron que sus hijos crecieran en países nuevos, tranquilos, dichosos, y - sobretodo pacíficos; pero no habían previsto que aquellos países también se verían envueltos en el nuevo conflicto.

En 1939, al empezar la segunda guerra mundial, el mundo entero se sacudió; las antorchas bélicas prendieron fuego a todos los países y, otra vez, miles y miles de refugiados empezaron a huir.

He ahí sin duda un aspecto profundamente doloroso, trágico, del exotismo en nuestra época: el individuo que huye de la muerte, en busca de otro lugar que le permita seguir viviendo.

La eterna lucha por la vida lo lleva de país en país, de región en región. Es preciso señalar este hecho para que no se olvide que si, durante todos los años del "dopo-guerra" numerosísimas personas se dedicaban a viajar con fines de placer, ahora miles y miles lo hacen para salvar el supremo valor: la vida.

De todos modos, débese precisar también que mucha influencia tuvieron, en este desarrollo del exotismo en los últimos decenios, los medios de transporte en incremento constante.

El fomento de las comunicaciones existentes, la creación de nuevos medios para trasladarse siempre más pronto y comodamente a distancias siempre mayores, fué factor de suma importancia en esa enfermedad del viaje que alcanzó a toda la humanidad en los últimos años.

Hemos de ver en otro lugar cuáles son los principales, entre esos vehículos, y como se han expresado acerca de ellos algunos grandes escritores. Aquí bástenos señalar que si el barco, el gran navío transatlántico, ha contado hasta ahora con el mayor número de adeptos, y la carretera y el riel se disputan los aficionados al viaje entre las varias regiones de un mismo país, o a lo sumo, entre dos países vecinos, es el avión que, en menor tiempo, ha sabido conquistar el primer lugar, y que lo detendrá sin duda, de manera indiscutible, en el próximo porvenir.

Ahora en el mundo entero abundan los "heimatlos" --palabra alemana que, por curiosa broma del destino, es aplicada precisamente a las víctimas del nazismo, antes que a nadie, a los miles y miles de "sin hogar" que los demás países se echan de uno a otro, tal paleta de tennis, sin atreverse jamás a recibirlos de manera permanente, y a darles la ilusión de que enfín han encontrado lo que buscaban, de que al fin han llegado a agarrar con las manos la quimera hasta entonces inaprensible: una nueva patria.

Hay que preguntarse también cual será la tendencia general, a propósito del exotismo, al final de esta guerra actual.

¿Asistiremos a un "renouveau" de esa inquietud general y de esa tendencia al viaje? Tal vez los pueblos quieran viajar siempre más, tratando de lograr un mejor y mayor conocimiento de sus vecinos, y tal vez también, al conocerse mejor, se aprecien más, y se aleje el fantasma de otra guerra. Tal vez enfín el continuo fomento de las comunicaciones contribuya a este desarrollo siempre más intensivo del viaje.

Por otra parte, posiblemente asistamos a un fenómeno contrario. Decepcionados y amargados, los pueblos se encerrarán en sí, tal como sucede a menudo con los individuos. Habrá entonces un brote de nacionalismo de intenso, y regresaremos tal vez hasta el provincialismo de antes de

la otra guerra.

Todos estos son problemas a los que solo el tiempo puede dar contestación, pero era conveniente mencionarlos para señalar su existencia, y sobretudo insistir sobre el hecho de que el exotismo, lejos de perder importancia con el pasar del tiempo, va, al contrario, tomando siempre un lugar mayor en la vida actual, y tal vez irá hasta creciendo en el futuro.

De todos modos, lo que más nos interesa por ahora, es ver la cuestión desde el punto de vista que llamaremos retrospectivo. En este trabajo se tratará de estudiar en síntesis el exotismo, desde sus manifestaciones primitivas hasta las recientes, antes de esta guerra.

X X X

Evasiones en el espacio y destierros en el tiempo.
Aspectos de la biografía y sus relaciones con el
exotismo.

Hemos dicho que la enfermedad del viaje es un padecimiento característico de nuestra época; y en este trabajo nos ocupamos de definir lo que hemos llamado "la invitación al viaje", y de examinar los autores que de ella han tratado, o han escuchado el llamado del "ailleurs" y se han embarcado hacia lejanas tierras.

Al lado del viaje, existe otro medio de evasión para nuestra humanidad atormentada, y consiste en el "buceo en el tiempo" que constituye a menudo un verdadero destierro en épocas anteriores, que se nos antojan siempre como más felices. Ya lo dice el refrán: "Todo tiempo pasado siempre fué mejor", y esto explica el éxito fantástico que han tenido, en los últimos veinte años sobretudo, los libros que llevan a sus lectores hacia atrás en un esfuerzo de distraerlos de sus miserias y de los dramas actuales, con el recuerdo de las dichas y de la paz de los siglos anteriores, aún cuando, a veces, fueran ilusorias.

Bien conocida es la popularidad de que gozan actualmente las bio-

grafías más o menos novelescas, de los grandes hombres, y los tomos de memorias de pensadores y artistas, de hombres de ciencia o de poetas y escritores.

Pues todas estas obras que traen a la memoria del lector los tiempos pasados, pueden dividirse efectivamente en dos grandes grupos: las biografías y las memorias.

André Maurois, gran biógrafo él mismo, ha afirmado que, si el Siglo XVII se distingue por el desarrollo del teatro, dentro del ideal clásico; el Siglo XVIII por la filosofía y en general las reformas al pensamiento político y social señaladas por los enciclopedistas primero, y luego por la Revolución de 1789; el Siglo XIX en fin ha contado con un impulso importantísimo dado a la expresión poética del lirismo humano, nuestro Siglo ya se ha definido como partidario decidido de la biografía.

Sin duda este extraordinario desarrollo de este género literario, y su éxito cada día mayor, debe atribuirse en parte al interés que hubo, a partir de los últimos años del siglo pasado, y sobre todo en la primera década de éste, por el estudio con bases científicas del alma humana. Pues si la psicología moderna ha nacido hace apenas cincuenta años, las biografías han utilizado sus principios fundamentales para vulgarizarlos en cierto modo, y han proporcionado al gran público algunos conocimientos básicos de esa ciencia ya en forma aplicada.

Freud, el principal creador de esa ciencia en sus nuevas formas, y uno de los más significativos genios de nuestra época, ha contribuido ampliamente, con sus teorías psicoanalíticas, a la preparación de las grandes biografías. Todas ellas en efecto están hechas a base de "búsqueda de al alma humana" y tomando en cuenta las afirmaciones y los descubrimientos básicos del gran judío vienes.

Hoy la popularidad de las biografías ha substituído y, en amplias

proporciones, ha logrado hasta sobrepasar el éxito que la novela, particularmente la realista, había tenido hace algún tiempo.

En la biografía hay desde luego muchos aspectos novelescos; y esto se debe sin duda al afán de llegar a las masas más numerosas posibles de lectores, sin permanecer en alturas literarias tales que solo un número muy limitado de personas pueda apreciarlas.

El caso de Maurois a este propósito es típico. "Dueño al mismo tiempo de una capacidad de investigación y de otra de vivificación de sus sujetos, sabía devolverles como figuras de intensa actividad sobre el espíritu de sus lectores". Pero él mismo lamentaba toda aquella serie, sin fin en verdad, de vidas de personajes célebres, a la que había dado principio con su desafortunado ensayo sobre Shelley, pues él opinaba que lo novelesco no debía ser exagerado, ya que "el biógrafo no tenía derecho a inventar un hecho o un pensamiento", aún cuando "le era dado disponer sus materiales auténticos como los de una novela, y dar así al lector la impresión del descubrimiento del mundo por un héroe, que es lo verdaderamente novelesco".

Lo más importante es seguramente el contenido ideológico de esas obras, que comprende a la vez un aspecto histórico y una importante posibilidad didáctica. "La biografía --ha dicho el gran pedagogo argentino Domingo Faustino Sarmiento-- es el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo, y de una instrucción directa y más clara". Y en realidad, en nuestro mundo actual, es difícil de precisar el número, siempre en aumento, de lectores de todas edades y sobre todo de la más diferente preparación cultural, que han aprendido vidas ilustres o en general la historia de la civilización humana, en todas las épocas y en los países más dispares, leyendo las obras de un Maurois, de un Aweig, de un Madariaga, de un Ludwig, y de tantos otros más; y un historiador profesional reconoce que "si algún género histórico se ha mante-

nido en auge en nuestros días, ha sido el biográfico, cultivado --con más o menos dosis de mistificación-- por personas no procedentes del campo de los estudios históricos propiamente dichos, pero que han tenido buen cuidado de evitar en sus libros esa frialdad, ese olor a muerte que han invadido las producciones de la historia "científica". (Ramón Iglesias).

Sin duda la biografía, como especialidad literaria, no es reciente. Ya Plutarco se había hecho famoso en su tiempo por sus "Vidas Paralelas de los Hombres Ilustres", en las que trataba de poner de relieve aquellas que presentan cierta afinidad, y de confrontar las que en cambio son características por su contradicción. Así, estudiando sus rasgos comunes y sus mentalidades parecidas, creó el escritor latino todo un sistema de estudios biográficos que se completan unos a otros.

En los siglos posteriores, el arte de la biografía siguió gozando del aprecio de algunos autores, pero hemos de llegar hasta nuestros días para volver a encontrar este género literario en un desarrollo amplísimo. Ya hemos afirmado que el factor principal de ese "renouveau" de que goza la biografía, debe buscarse sin duda en la moderna psicología.

Otro gran analizador de hombres y de épocas, Stefan Zweig, al trazar su "Vida de Freud", ha afirmado que "en la actualidad, en este Nuevo Mundo post-freudiano, existe una marcada supremacía de lo individual sobre lo general". Esa es precisamente la misión de la nueva ciencia del alma: el estudio del individuo, de cada individuo por sí. Y "en la literatura, la biografía es la que profundiza la ciencia de la personalidad".

¿Cuáles son los rasgos principales en las más importantes obras biográficas modernas? Si los examinamos con cuidado, veremos que se asemejan muchísimo a los más significativos renglones de las teorías freudianas. Al entrar en la ciencia del alma, sin prejuicios, ni nie-

de a lo "inmoral" --ya se ha afirmado que la ciencia, en general, no puede ser ni moral ni inmoral, sino que debe ser imparcial, es decir a-meral-- los modernos autores de biografías siguen al pensador austriaco. En muchas de sus obras, y sobre todo en la preparación de ellas el escritor ha debido entregarse a un verdadero estudio psicoanalítico del personaje examinado. En él, mucha importancia tendrán sus errores, sus actos fallidos ("lapsus"); sus sueños nocturnos y sus "reveries" a ojos abiertos; todas las manifestaciones visibles para el analizador y que denotan rasgos significativos de su subconsciente; y en fin, siempre importantísimo en la psicología freudiana, el papel que la sexualidad desempeña en el héroe de la biografía. (Como ejemplo de los más característicos a este propósito, podríamos señalar la "Vida de María Antonieta", escrita por Stefan Zweig, y en ella el impresionante capítulo sobre las relaciones íntimas de la reina con Luis XVI primero, y luego con el Conde Axel de Fersen).

Aquí la biografía debe verse también junto a la autobiografía, que da vida al segundo grupo de obras de que hablábamos. Las memorias de los grandes hombres, quintaesencia de su vida, son a menudo valiosísimos documentos para el estudio psicológico de sus autores, y en verdad son ellas también obras de arte. La teoría de Napoleón: "Las novelas son un medio de realización de los deseos del autor", toma nuevos impulsos con la afirmación de Freud que generaliza: "Las obras de arte son las satisfacciones imaginarias de los deseos, inconscientes de sus autores", y constituyen así una verdadera sublimación.

Es el mismo Freud quien ha puesto de relieve la importancia aún mayor que tiene la psicología, después de su influencia sobre la biografía, para comprender bien, en todo su valor, la creación autobiográfica. "La obra literaria --ha dicho-- exactamente como el sueño diurno sería una continuación y un substituto del juego infantil... El verda-

pero placer de la obra literaria proviene de que nuestra alma se encuentra aliviada por ello de ciertas tensiones", y Zweig, que transcribe estas frases, concluye: "Cada individuo aprecia siempre más la importancia del único retrato vital de su ser inaccesible, y que escapa a la influencia extraña: su personalidad, única e imposible de reproducirse. medida suprema y casi la sóla del hombre."

Precisamente en las autobiografías se manifiesta esa personalidad humana en toda ^{su} impresionante realidad: ese gusto por el detalle personal, ese placer en la evocación de los recuerdos de tiempos idos, ese viaje "à la recherche du temps perdu", como decía Proust, ha empezado a desarrollarse tal vez en el Siglo XVI, cuando Montaigne, en sus "Essays" anunciaba ya la trayectoria de la nueva ciencia del alma, y escribía: "Tantot je reve, tantot je dicte en me promenant mes songes que voici". A través de los siglos, el auto-estudio de la personalidad humana ha seguido teniendo un importante desarrollo, hasta llegar a cristalizar, en máxima expresión, en las memorias de Marcel Proust. Ya lo ha dicho un crítico: "Es la vocación de la literatura francesa, este descubrir el hombre y adentrarse en su psicología, de tal modo que puede decirse, en los versos de Marcial: "Meum est".

La verdadera autobiografía, aún más que la biografía, "será siempre la que logra iluminar una vida con luces interiores, con las luces mismas que se quedaron temblando dentro de ella, sin trascender al exterior" (Juan Rojas), y se trata, como decía Morand, de "descendre chercher ses souvenirs, descendre dans le temps, --car on ne remonte pas le temps, qui est un puits--".

Hemos mencionado a Proust. Indiquemos aquí simplemente que su obra, como él mismo bien lo explica, fué de hacer un viaje a través del tiempo pasado, perdido para siempre. Lo único real, por otra parte, en su obra, es lo individual, y su inteligencia lucha para entender más.

que simples generalidades. Ese combate entre el pensamiento y la vida, está evocado a lo largo de los libros de Proust, por una serie de experiencias vivas, auténticas y personales, que constituyen la característica de la autobiografía. Se propuso el autor estudiar antes que nada su propia psicología, procediendo a una verdadera introspección de su alma, y luego naturalmente quiso que su estudio abarcara también la psicología de los demás. Así resulta particularmente importante en sus obras la acción de las clases sociales, y su influencia sobre el individuo. La formación mental de los personajes de Proust está estrechamente relacionada con el ambiente a que pertenecen, y naturalmente el autor no podía pintar de esa manera a los que intervienen en sus relatos, sin haber realizado antes un examen detenido de su propia personalidad.

Es por esto que, al lado de la indicación de un hecho concreto, encontramos las meditaciones apasionadas del pensador ansioso de llegar a una mayor y mejor comprensión de los problemas de la humanidad, y se podrá decir que la obra de Proust, al haberse confundido con su vida, es de hecho su vida misma.

Naturalmente, en esa vida de los escritores que ellos mismos nos relatan, hay dos aspectos principales: uno, el material, hecho de detalles concretos, y de sucesos; otro, el espiritual, constituido por pensamientos y meditaciones. Inútil insistir sobre la mayor importancia que tiene, naturalmente, el segundo, para la comprensión de la verdadera personalidad del autor. Ya se ha dicho que "los hombres pasan, y su vida muere; pero sus ideas quedan", y Maurais, en una conferencia sobre las biografías, afirmó, después de analizar las causas de las deformaciones autobiográficas, que "la mayor perfección se ha alcanzado en aquellas Memorias en las que el autor no ha descrito sino la marcha de su espíritu", y declaraba que eso era porque "el mundo de nuestros ideas es menos vulnerable que el de nuestro pudor sentimental o sensual".

En la literatura francesa moderna abundan las obras de este tipo. Al lado de las "Memorias" del mismo Maurois, y del "Journal" de Proust, muchos han sido los escritores contemporáneos, que, bajo este mismo título, han publicado los recuerdos de su vida, y han contado sus pensamientos: citemos, entre los principales, a André Gide, Julien Green, - Francis Mauriac, y célebre es también el diario del filósofo Aniel.

Así, todos estos autores, desde las "Confesiones" de Rousseau al "Mundo de Ayer" de Zweig, son hombres que, después de haber traspasado ya el cénit de su vida, "no saben ya otro ademán ante el mundo que el de la rememoración, y quieren salvar para la posteridad ese tiempo de ayer para siempre perdido".

Nos hemos permitido hacer estas consideraciones sobre la biografía y en general los recuerdos de tiempos idos, pues constituyen a menudo un factor paralelo al del exotismo en su busca del ideal.

Al evocar hombres que han vivido en otros tiempos, se recuerda también toda una época diferente, en sus aspectos materiales, y aún más en sus concepciones de la existencia. Así mismo, muchas veces, los personajes escogidos como héroes de las grandes biografías, recorren países más o menos lejanos y aún a veces desconocidos para el público lector, (así por ejemplo las vidas de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés, de Lord Byron, de Bolívar, de Calvino, de María Estuardo, etc.) y entonces en esas páginas aparece una vez más la atracción de lo exótico.

El destierro en el tiempo se une a la evasión en el espacio, y ambos conducen a la marcha eterna hacia un ideal. Hemos de ver en otro lugar como, en todos los siglos, ha habido manifestaciones literarias de estas tendencias, ya sean aisladas, o mucho más frecuentemente conjuntas, en un mismo fin: la lucha por un mundo mejor.

Mística del Exotismo: Religión, Teatro, Arte, Música.

Hemos hablado de exotismo estrictamente espiritual, y sostenemos la existencia de una profunda corriente que busca nuevas ideas, por ejemplo en el pensamiento religioso moderno.

Se podría afirmar así que el Movimiento de Reforma, a principios del Siglo XVI, había recibido un primer impulso de las noticias de grandes descubrimientos recién efectuados: sin duda se pensó luego en conquistar para las nuevas tendencias espirituales los inmensos territorios americanos. Por ello se ha podido hablar de la "conquista espiritual" del Nuevo Mundo, (1), en la que se disputaban la primacía por un lado las cuatro grandes Ordenes Católicas: dominicos, franciscanos, agustinos y carmelitas --pues los jesuitas debían llegar a México sólo a fines del siglo-- y por otra ya entonces encontramos trazas de la presencia en la Nueva España de numerosos hugonotes, generalmente franceses, que se entregaban también a labores de proselitismo.

Se puede recordar como dato interesante, que el primer proceso de la Inquisición en este país, al llegar Don Pedro Moya de Contreras investido de amplísimos poderes, fué entablado contra un grupo de piratas franceses que habían invadido la costa de Yucatán, ocupando el puerto de Sisal, y a quienes, entre otros muchos, se hacía el cargo de ser "herejes".

Lo que es cierto para México, puede serlo sin duda en general para

(1):-NOTA:

A este propósito, el Maestro Chico Goerne ha escrito:

"Para la nueva humanidad no hay un rincón en la tierra ni en el cielo que no sea campo abierto para sus batallas, y rico botín para sus conquistas; para ella no hay un reciente en el Universo sino la turbadora inquietud de sus interrogaciones. Interroga a todo: a todos; a Dios y al mundo; al espíritu y a la vida; a la sociedad, a la religión y al arte. Interroga también al mar..."

Y por el surco visionario de Colón desembarca en playas mexicanas la curiosidad renacentista europea con su legión de aventureros, conquistadores; conquistadores de poderío, de gloria, de riquezas; conquistadores de almas..."

Los demás países americanos, y bien sabida es la importancia de la participación que tuvieron en la fundación de las primeras colonias en los actuales Estados Unidos, los protestantes franceses, holandeses, ingleses irlandeses y escoceses.

Es posible pues, hablar de cierta "invitación al viaje" en aquellos peregrinos del "Mayflower" que huían perseguidos de la vieja Europa, después de haber sufrido, durante decenios, por las sangrientas guerras de religión, y que encontraban en el Nuevo Mundo no sólo una segunda patria que había que fundar, sino también un amplísimo campo de acción para sus teorías y sus creencias.

También puede reconocerse la presencia del exotismo en determinados fenómenos sociales modernos que a primera vista no la denotan. Asume entonces esta tendencia caracteres especiales, y tal vez podremos decir que se trata de un exotismo místico.

Por la influencia sugestiva de la propaganda de algunas ideologías políticas o sociales en apariencia, pero que en el fondo, derivan de la religión, hay personas que deciden desterrarse de su propio medio e ir a vivir en condiciones distintas y a veces absolutamente antitéticas de las anteriores, a las que estaban acostumbradas.

Podemos citar por ejemplo el caso de decenas de miles de jóvenes judíos que, inspirados y atraídos por el Sionismo, han ido a vivir a Palestina como humildes peones del campo. También existe la situación similar de unos cuantos ingleses que han renunciado a los privilegios de su clase, al adoptar como una misión de fidelidad al ideal del nacionalismo hindú, viven en la India al lado de los pobres indígenas.

Se podría fácilmente profetizar que, después de esta guerra, habrá en todas partes miles y miles de entusiastas admiradores del régimen soviético que desearán emigrar a Rusia para participar en la vida exotica y tan atractiva de los obreros y campesinos de la Revolución de Octubre.

Claro está que en esos fenómenos no debe exagerarse al considerar la influencia del exotismo como total determinante, pero tampoco sería lícito no admitirla en parte, como tendencia importante en la realización de esas manifestaciones psico-sociales; así mismo cabe recordar en función de una parcial inspiración exótica, el entusiasmo con que miles y miles de jóvenes de todas las naciones han ido voluntariamente como soldados, o como pioneros, antes de la guerra, a tierras lejanas.

En cuanto a las manifestaciones concretas de esta tendencia exótica, es decir, de búsqueda de otros mundos, lejanos, misteriosos, desconocidos, siempre dentro de cierta mística o religiosidad; podemos citar muchas obras de arte, tanto de pintura como de escultura, obras teatrales en general, y también de literatura, en todas sus formas, desde los famosos párrafos de las Escrituras en que se invita al viaje, hasta las obras más modernas. Todo eso se verá más adelante con detenimiento.

Aquí mencionemos rápidamente lo que se refiere a los primeros puntos. Por ejemplo, debe indicarse la importancia que tuvieron, en toda la Edad Media, los "Misterios". Desde la más remota antigüedad, se había manifestado sobre el teatro la influencia de la religión, y esto sigue siendo cierto en pleno Siglo XV cuando llegan a Francia esos "misterios". Sus representaciones eran organizadas por toda una ciudad, o por los monasterios y las cofradías. Se trataba a la vez de propagar la fé, instruir al público, y merecer así las gracias celestes.

Estos espectáculos duraban a veces varios días: se desarrollaban ante las iglesias, en los "parvis", en un decorado con varias partes, llamadas "mansiones". Los actores pertenecían a todas las clases sociales, y no se podía exigir mucha exactitud histórica ni en los trajes ni en el decorado.

Los temas principales eran la Pasión, el Nacimiento, las Actas de los Apóstoles, algunos hechos de Santos, las historias de Abrahám, de -

José en Egipto; en fin algunas obras mixtas semi-profanas y patrióticas, como las que se refieren a la vida de Juana de Arco. El más célebre de todos es sin duda "Le Mystère de la Passion" d'Arnould Gréban.

Pero el elemento para nosotros más interesante en todas estas obras dramáticas primitivas está constituido por el exotismo que encontramos en ellas. Y es por ello que nos ha parecido conveniente citarlas aquí.

Existe siempre el doble exotismo: de lugar y de tiempo, -el que hemos llamado "destierro en el tiempo". La acción se desarrolla en la antigüedad, una época muy lejana y misteriosa como lo es la de los hechos contados en las Escrituras: hay nuevos ambientes, tierras desconocidas, cuya legendaria configuración da amplio juego al desarrollo de la imaginación del espectador, siempre atraída por lo nuevo, lo exótico.

Aparecían a menudo, sobre las tablas, decorados que representaban paisajes de Oriente, de Egipto, de Palestina; y junto a ellos, algunas "mansiones" simbólicas ya no de este mundo terrenal, sino de los otros: el cielo, con su cúpula siempre azul, y en el que Dios aparecía sentado, rodeado de Santos y de Angeles; y el Infierno, en forma de una garganta de dragón enorme, abierta, de la que salía toda una serie de diablos que constituían el elemento cómico de la obra.

Con el pasar de los siglos, el interés por el factor religioso exótico en el teatro, no disminuyó. Pruebas de esto lo constituyen por ejemplo la traducción que de los "Siete Salmos de la Penitencia" hizo Corneille. También Racine introdujo en sus tragedias "Esther" y "Athalie" las versiones francesas de algunos salmos del Rey David.

Durante todo el Renacimiento, numerosas obras dramáticas fueron inspiradas por los mismos sentimientos. Entre todas, se puede recordar "Las Judías", interesante trabajo de uno de los más grandes poetas dramáticos del Siglo XVI, Robert Garnier. El coro, cantar de las mujeres judías durante la captividad en Babilonia, es una simple paráfrasis del Salmo 137.

el mismo que encontramos en "Esther", mientras que la fuente del Coro de las hijas de Leví en "Athalie", puede ser localizada en el Salmo 94.

Vemos más adelante como todos los escritores románticos franceses fueron también inspirados por la Biblia en algunas de sus mejores creaciones.

En todas estas obras, los trajes, pretendidos de época, agregaban una nota de colorido particularmente interesante, y en su lujo lucían sus riquezas los varios actores. Todos esos elementos se volvían a encontrar en otras manifestaciones de Arte, como pueden serlo la pintura y la escultura.

En toda la Edad Media, la predominancia de la Iglesia era casi absoluta; la encontramos en todas las manifestaciones de la vida y, por lo tanto, también en el arte. En aquellos siglos ella detenía prácticamente el poder; impartía la cultura o la negaba; inspiraba y apoyaba la realización de obras de arte, o las destruía; y tenía en fin el dinero suficiente para hacerlas, o el poder bastante para no dejarlas efectuar.

Pero aquí también este elemento constituido por la influencia religiosa en las obras de arte, va unido con la atracción al exotismo. Los más importantes pintores de la época representan figuras religiosas o escenas bíblicas, siempre en decorados profundamente exóticos. Sería demasiado largo citar todas aquellas obras maestras de los Siglos XIV, XV, y sobre todo XVI, en cuyos lienzos vemos expresada toda la poesía de Oriente, hondamente sentida por el artista, en una mezcla de nostalgia por lo desconocido, y el deseo de viajes, de exploraciones, de descubrimientos.

Pero tal vez sea oportuno recordar algunos casos típicos, que pueden servir de pruebas concretas a esta tendencia que acabamos de observar.

Podemos mencionar, siguiendo un orden cronológico general, algunas

obras de los primitivos italianos, a principios del Siglo XIV, como las caras de Madonas de Cimabue, y las patéticas creaciones de Giotto, en decorados clasicamente bizantinos. Fra Filippo Lippi y Fra Angelico ya denotan, a mediados del Siglo XV, más delicadeza en la expresión sentimental; pero en ellos también continúa observándose la tendencia exótica, por ejemplo en la "Coronación de la Virgen" del segundo artista mencionado. Piero di Cosimo a su vez, pinta una "Historia de Perseo y de Andrómeda" en la que aparece una playa típicamente exótica, con unos indígenas en trajes orientales, cubiertos de bellos turbantes, y que tocan unos instrumentos musicales particularmente extraños.

Enfin el arte de Leonardo le permite traducir todos los matices de su pensamiento. El paduan Andrea Mantegna, a fines del Siglo XV, supo agregar a la ciencia de los florentinos, los escrúpulos de un arqueólogo, en la reconstitución de grandes escenas históricas, como en el "Calvario", o en el "Martirio de San Sebastián". Si Miguel-Angel y Rafael, en "La Escuela de Atenas" y "El Incendio", siguen la gran herencia de Leonardo, es otra vez en el Norte, en Venecia, donde encontramos nuevamente una profunda influencia del Oriente y de su atracción, sobre el Veronés por ejemplo, ("Las Bodas de Cana", "Los peregrinos de Emaús", "La Comida en casa de Simón el Fariseo"). Magníficos edificios de mármol, de una belleza serena, de una arquitectura solomne, bajo cielos límpidos y una luz pálida y fría que ilumina toda la escena; así son los cuadros de ese pintor.

También de mérito a este propósito son las obras de Tiopolo ("Antonio y Cleopatra"); de Bellini; o de Carpaccio, cuyos paisajes constituyen curiosas mezclas de la arquitectura veneciana de esa época, con recuerdos de Bizancio o de Alejandría.

Mientras tanto, el Ticiano da a la pintura con óleo las dimensiones amplias de los frescos, y evoca también el encanto de lejanas tierras,

como en la arquitectura griego-oriental de la "Presentación de la Virgen al Templo"; o retrata las figuras graves, nobles y serenas de los grandes capitanes de conquistadores españoles; lo que, por su parte, hace también brillantemente Velázquez.

Con el Siglo XV, empieza a darse a conocer otra escuela de pintura, también de mucha importancia, pero de caracteres bastante diferentes: - los primitivos flamencos; entre ellos, Van der Weyden, Van Eick, Memling luchan en brillante rivalidad para representar escenas bíblicas en decorados a veces imaginarios, pero siempre fantásticamente llenos de belleza serena y de graciosa fantasía. Recordemos por ejemplo la "Virgen con el Donante" de Van Eick, o el "San Juan Bautista" de Memling.

Ya algunos años después, los más grandes pintores de Flandes tampoco se privan de dejar entrar en sus lienzos el aire cálido de los países tropicales recién descubiertos. Por otra parte, hasta en la representación de simples escenas holandesas, siempre están presentes ciertos toques de exotismo.

Rembrandt retrata a los grandes almirantes, a los mercaderes, a los viajeros de su tiempo. Vermeer, como todos los pintores de su época en general, reproduce típicas casas de su país, habitaciones de marineros o de comerciantes, en las que abundan sobre las paredes, mapas y grabados de lejanas tierras, mientras valiosísimos tapetes persas o turcos cubren los limpios pisos, y finos manteles chinos aparecen sobre las mesas. Además es frecuente que sobre las "estagères" alrededor de la pieza, figuren bellos tibores asiáticos, y alfarería de la mejor manufactura oriental.

Enfin uno de los más geniales pintores flamencos, Van Dyck, no titubea en pintar en 1622 un cuadro, hoy famoso, en el que figura Sir Robert Sherley, un inglés que reorganizó el ejército persa, y volvió a la corte de Jacobo I como Embajador del Shah Abbas. Este caballero aparece

vestido con un típico traje persa, de ricos tejidos de seda y brocados, y cubierto por un alto turbante, todo enjorjado a la usanza oriental.

No puede hacerse una lista que agote la materia; pero fué conveniente señalar algunos casos concretos de exotismo en la pintura, en el Renacimiento Europeo y en los varios países. En Francia, en el "gran siglo" del de Luis XIV, también Poussin y Lorrain evocan unos paisajes encantadores en los que se mezclan con armonía elementos reales con fantasías del artista. Ejemplos concretos podrían serlo "Orfeo y Eurídice", del primero, y el "Desembarco de Cleopatra" del segundo mencionado, en el que la luz dada al cuadro juega con todas las figuras en forma impresionante.

A principios del Siglo XV, otro gran pintor francés, Jean Fouquet, ya había sabido evocar escenas bíblicas --como por ejemplo la "Toma de Jericó"-- en paisajes que recuerdan por una parte el asoleado Valle del Loira, y los castillos estilo Blois o Chambord, y por otra están animados por personajes en trajes completamente bíblicos.

Por otra parte debe también indicarse que, al empezar el romanticismo a poner de moda los países exóticos, con el Siglo XIX, encontramos numerosos cuadros de ese tipo en los pintores de la época.

Horacio Vernet, por ejemplo, recuerda la campaña por la conquista del Norte de Africa, mientras Delacroix pinta la "Toma de Constantinopla por los Cruzados" o el "Combate entre Giaur y el Pashá", ambos de fuerte tendencia orientalista y muy ricos en colorido, o en fin evoca la "Mujeres de Argel", fumando el narghilé en la penumbra del harén, sobre cuyo muro relucen algunos azulejos moriscos.

Poco después, un ex-soldado de la Intervención francesa en México, el "aduanero" Rousseau, se acuerda de la vegetación tropical del país, y pone fondos americanos a varios de sus cuadros. Eso mismo hace también para Tahití, otro pintor famoso, y cuya vida fué particularmente aven-

turera: Gauguin.

Enfín, tenemos el delicioso "Souvenir d'Italie", de Corot, que simboliza muy bien toda esa escuela de paisajistas franceses del Siglo XIX. Ese cuadrito de la campiña romana, cerca de Castel-Gandolfo, resume en sus pequeñas dimensiones todo el encanto del atardecer veraniego. En un rincón un pastorcillo descansa al pié de un árbol y toca la flauta, mientras su armonía se mezcla al ensueño poético que trasluce en las delicadas nubes y la ligera neblina que empieza a ocultar las cimas de los pinos.

Al concluir, debemos decir que sí, efectivamente, hay obras de pintura que denotan un exotismo en verdad puro, como lo serían por ejemplo las de un Delacroix; hay muchas otras en que el exotismo existe, pero en relación con otros factores, y en primer lugar con la mística, en la representación de figuras divinas o de santos; o simplemente de escenas bíblicas; y también a veces es un exotismo que previene del clasicismo, en la evocación de los ambientes tradicionales de la antigüedad, y en la representación de escenas mitológicas; en ambos casos se destacan algunos de los pintores del Renacimiento.

Debe hablarse también de exotismo religioso en la literatura. El ejemplo más típico de esta tendencia puede constituirlo la "Divina Comedia".

Es útil recordar en qué circunstancias, y sobretudo en qué época y en qué ambiente, escribió el Dante su obra genial. En plena Edad Media, cuando las ciencias, todas ellas, se encontraban aún sumidas en las tinieblas más espesas, este poeta adquiere caracteres de sabio.

En su obra, tal una nueva Biblia, -es decir el Libro por excelencia-, podemos ver un panorama general del estado de la filosofía, de la teología, del arte, enfín de la vida en general, en aquellos siglos; y este es precisamente el aspecto más interesante de la "Comedia": su uti-

lidad como fiel espejo de la vida, en la Europa medieval y en los albores del Renacimiento.

Por lo que se refiere a lo exótico en esta obra, recordemos antes que nada como sitúa el Dante su Infierno, desde un punto de vista geográfico. Inmenso agujero circular que baja en punta hasta el centro de la tierra, va subiendo hacia el hemisferio boreal, debajo de los continentes habitados. El autor, quien sin duda conocía los trabajos de los antiguos geógrafos, fija el sitio del Purgatorio en una isla inaccesible para los mortales, en medio del Océano que, según las antiguas creencias estaba cubriendo enteramente el hemisferio austral, y precisamente a los antípodas de Jerusalén. Arriba del Purgatorio, está el Paraíso.

No se trata de recordar aquí la división del Infierno en nueve círculos, en los que van situándose los pecadores según sus culpas; el Purgatorio a su vez también se divide en nueve pisos, en orden ascendente, inversión de aquel del Infierno, y conduce suavemente hasta el Empíreo, inmenso círculo espiritual que se abre ante los ojos de Dios.

Hay que insistir sobre la forma de la acción de la "Comedia" que, como se sabe, está simbolizada por un viaje (1) que el poeta realiza en casi una semana, a partir del viernes santo, 8 de abril de 1300, al amanecer. Llevado primero por Virgilio a través del Infierno y del Purgatorio, logra después elevarse poco a poco, bajo la mirada dulce de Beatriz que lo guía hasta la contemplación de la divinidad. El clasicismo se encuentra a menudo, primero al escoger el Dante como conductor a Virgilio, símbolo de la razón, de la sabiduría, de la ciencia; y luego, en la descripción de determinados lugares del Infierno, y de algunos castigos de los pecadores, también se observa el recuerdo de las tradi-

(1).O NOTA:

Indiquemos que, en lo general, se ha seguido aquí la interpretación que ofrece, de la obra del Dante, el profesor Henri Hauvette, en su "Histoire de la Littérature Italienne". (Paris, 1910).

ciones mitológicas helénicas.

Así por ejemplo, figuran dioses griegos, o símbolos heroicos: Caron, Minos, Cerbero, Pluto; las Furias, el Minotauro, los Centauros; y todos ellos recuerdan la antigüedad clásica.

Por otra parte también encontramos a varios personajes históricos, como Bruto, el asesino de César, eternamente castigado en la mayor profundidad del Infierno, o el justo y liberal Catón, que guarda el monte expiatorio.

Otro aspecto histórico en el poema es la presencia de numerosos personajes significativos de Italia, en la época del autor, y de algunos decenios antes. En ellos figuran "condottieri" y papas, príncipes y grandes señores, ciudadanos ilustres de todas aquellas urbes de Toscana que tanto quiso el poeta, y se animan con el recuerdo de sus hazañas y de sus pecados, pues casi todos ellos se encuentran en el Infierno, y de paso aprovecha el Dante tales circunstancias para emitir apreciaciones personales sobre la vida política de su ciudad natal, y hasta su intervención en ella.

Enfin ese viaje simboliza la humanidad que se pierde en el pecado por no saber cuidar de las tentaciones de Satán, y luego cuenta sus esfuerzos para subir por la montaña de la virtud, lo que logra después de vencer mil obstáculos (sus pasiones), y solamente cuando es conducida por la gracia divina.

Siempre dentro de la tradición de los viajeros, encontramos en Dante por una parte el deseo de volver, la nostalgia de su patria: en el Paraíso, al encontrarse en el cielo lleno de estrellas, y en el que habitaban los espíritus triunfadores, murmura suspirando: "Quisiera volver hacia aquel rincón de tierra amada, corralito adonde descansé cual oveja tierna", y también entrevé, en las palabras de su tatarabuelo, hospedado en el cielo de Marte, las amarguras del destierro; que al fin y al

cabo, es igualmente un viaje, un viaje forzoso e involuntario casi siempre:

"Tu dejarás todo lo que quieres más tiernamente.
 Tu sabrás cuanta amargura contiene el pan ajeno,
 Y cuán duro y pesado es subir y bajar por las escaleras
 del prójimo...."

En cuanto al aspecto descriptivo de lo exótico, en Dante, sabemos que un crítico elogió esas dotes de gran artista que tiene el poeta, "en cuyas páginas de evocación del mundo de los muertos, se sienten por primera vez palpitar los relatos de los grandes viajes del mundo moderno". También es útil recordar como, en gran y verdadero viaje^{ro}, supo Dante diferenciar ~~los~~ los varios lugares en que situó su poema; por ejemplo como precisó todos y cada uno de los varios círculos del Infierno, dentro de ellos, las varias mansiones que los componen, y que adquieren también se ha dicho, "perfiles de paisajes reales".

Todo esto es lo que nos ha hecho afirmar que en Dante se podía encontrar cierta tendencia al exotismo, tanto en el tiempo como de lugar, y en ella está también por una parte el elemento clásico, y por otra la mística de su tiempo.

Veremos en el curso de este trabajo, algunas otras manifestaciones de esta misma índole en la corriente literaria del pensamiento contemporáneo, y particularmente en algunos escritores franceses.

En una rama particular del arte, la música, encontramos igualmente con frecuencia trazas de influencia exótica.

Es sabido, por ejemplo, cómo, en tiempos recientes, han contribuido a formar una especial ~~áurea~~ exótica ciertas canciones muy populares, de inspiración extranjera.

Podemos citar aquí, para Francia, los recuerdos de Indochina que evocaba, la copla, algo banal por cierto, de "La Petite Tonkinoise", cuyas primeras palabras se inspiraban, en su característica onomatopeya,

precisamente de la música y del habla asiáticas:

"C'est une petite Tonkinoise,
Une Tonkiki, une Tonkiki, une Tonkinoise..."

Al lado de esta melodía pretendida oriental, recuerde la letra de una canción supuestamente africana, y cuyo "couplet" podía modificarse a voluntad, volviéndose a menudo muy vulgar:

"Trabadja, la noukéro,
Trabadja, bono.
Trempe ton doigt dans la soupiéro,
Tu me diras si c'est chaud..."

Asimismo, podrían relacionarse con esta tendencia musical exótica las canciones de tipo italiano, y particularmente napolitano, que, al lado de las de su Córcega natal, también exótica, popularizó en Francia el tenor Tino Rossi. En las melodías de "Marinella", "Paola", "Au cabanon", "Naples au baiser de feu", se mezclaban tangos y jivas, el perfume de las naranjas y el cantar de las olas, la noche oscura de Ajaccio o el ciclo sembrado de estrellas de Posillipo.

Aquí, en este Continente, pueden citarse las numerosas obras que, en los Estados Unidos del Norte, se presentan como de inspiración latino-americana: por ejemplo las que evocan la atracción de México ("Al Sur de la Frontera", "Noche en Monterrey", etc.), y aún más frecuentemente las congas de Cuba, los tangos de Argentina, y, en gran cantidad de algún tiempo a esta parte, las sambas brasileñas.

También hacia otros países se ha dirigido la inspiración norteamericana. Recordemos el éxito, hace algunos años, de la canción pretendida típica rusa "Balalaika", y toda la serie de "lamentos" hawaianos que estuvieron en boga hace tiempo, por ejemplo el tan conocido "Pagan Love Song".

Sin duda el cine ha contribuido mucho a popularizar en todo el mundo las canciones típicas de determinados países, y fomentar así en todas partes la tendencia al exotismo. Recordemos por ejemplo las escenas, -

muy frecuentes en películas, en las que vemos algunos emigrantes italianos recostados sobre el puente de un barco en ruta hacia América, y que cantan, acompañados por sus inseparables guitarras y mandolinas, dulces ritmos napolitanos. Así se eleva en la noche el quejido triste de "Santa Lucia", la oda romántica "Oh Sole Mio", y todos los más conocidos motivos de las fiestas de "Piedigrotta", mientras algún pobre desterrado murmura tiernamente: "Veder Napoli e poi morire".

Por otra parte también la música vienesa ha tenido su época de gran moda. Al lado de films como "El Gran Vals", por ejemplo, que cuenta la vida de Strauss, es muy frecuente oír en la partitura musical de las películas, obras como el vals de la "Viuda Alegre", el "Danubio Azul", y en general música de Waldteufel, Lehar, y naturalmente de toda la dinastía Strauss.

La música más noble no ha estado alejada tampoco de esta tendencia. Son numerosísimas las obras sinfónicas de este tipo que podrían citarse; recordemos como meros ejemplos toda la serie de "Caprichos españoles" y de "Fantasías Italianas", ecos de castañuelas y de guitarras, de serenatas y de barcarolas, de las que las más conocidas son las de Tchaikowsky y de Rimski-Korsakoff; y más cerca de nosotros, "El Mercado Persa" y "Las Aguas de Java", de Ketelbey.

En Francia, el más significativo de los músicos contemporáneos, - Maurice Ravel, era descendiente de una familia judía sefardí, y recuerda sin duda esto al componer "L'Heure Espagnole", ópera-cómica llena de fina ironía y sentido humorístico, y cuya acción se desarrolla en Toledo, a mediados del Siglo XVIII. Y naturalmente no puede dejarse de citar, - siempre de este mismo autor, su famoso "Bolero" y también la "Rhapsodie Espagnole".

Al lado de Ravel, podemos recordar que Debussy también compuso una obra de inspiración española, entre muchas otras también de tema en par-

te exótico: se trata de la muy conocida "Noche en los Jardines de Granada". En fin mencionemos las Sinfonías Española y Noruega de Lalo, y el poema sinfónico "Pacífico", de Arthur Henegger, particularmente interesante como símbolo musical de la Invitación del Viaje, por barco y por ferrocarril.

Aún más abundantes son desde luego las óperas y operetas cuya trama se desarrolla en ambientes exóticos, y desde luego su música contribuye también a recordar aquellos lejanos lugares.

Tal vez el caso más típico de esto sea "Aida". Sabido es cómo, en 1869, el Khedive de Egipto invitó a Verdi para que compusiera una obra especial de tema egipcio, con motivo de la inauguración del nuevo Teatro del Cairo, y de los festejos conmemorativos de la apertura del Canal de Suez.

El autor francés Camille du Locle y el egiptólogo Mariette prepararon el libreto, y hoy todos los aficionados tienen presentes aquellas escenas típicamente orientales, de la célebre ópera.

Pueden citarse entre todas, el canto de amor en el Palacio de Menfis, de Radamés, que quiere a Aida, esclava de la hija del Faraón; la investidura del mismo capitán como general de las tropas egipcias en la guerra contra Etiopía; las danzas sagradas en el templo de Ptah; los ensombreados bordes del Nilo, de noche, cerca del Templo de Isis, donde se encuentran los dos amantes; en fin la doble escena final: abajo el subterráneo en el que mueren Aida y Radamés, arriba la esplendorosa sala del Templo en que Amneris era solemnemente,

Pero al lado de "Aida", deben recordarse también muchas otras óperas. (1)

(1).- NOTA:

En la preparación de este capítulo hemos utilizado el libro "The Metropolitan Book of the Opera", por Pitts Sanborn y Emil Hilb, publicado por "Simon and Schuster", en 1939, y del que hemos tomado parte de los datos transcritos aquí.

Desde luego no debe creerse que solamente entre los contemporáneos encontramos esta tendencia a lo exótico en la música. Recordemos que en el Siglo XVIII dos famosos compositores han ido a buscar inspiración hacia tiempos pasados y en lugares lejanos. El primero, Gluck, hizo desarrollarse todas sus obras en la antigüedad clásica. "Orfeo y Eurídice" pertenece a la Grecia homérica, mientras "Armida" se sitúa en Tierra Santa, en la época de las Cruzadas. Por cierto que la primera de dichas óperas está sin duda inspirada del "Orfeo" que Claudio Monteverdi compuso cerca de ciento cincuenta años antes.

El segundo, Haendel, también evoca tiempos gloriosos: los de la Roma Imperial ("Julio César") o del Oriente persa ("Jerjes"). Ambas obras fueron estrenadas en Londres a principios de ese mismo siglo XVIII. En fin el francés Rameau, en la misma época, recuerda las leyendas mitológicas de la Grecia antigua, al escribir "Castor y Pollux", en cuya escena figuran los Campos Elíseos, y aparece Júpiter en todo su radiante esplendor. Por otra parte este mismo autor compuso numerosos "Ballets" algunos particularmente exóticos, como por ejemplo "Los Indes Galantes".

Pero veamos los autores más modernos, que hemos clasificado por orden alfabético. Entre las óperas más conocidas, puede recordarse el "Fra' Diavolo" de Auber, pintoresca historia de los bandidos, en los Apenninos italianos, y la "Muda de Portici", episodio de la rebelión napolitana de 1647 contra las autoridades españolas. -Se sabe que la única ópera que compuso Beethoven: "Fidelio", se desarrolla en una prisión española.- Bellini, músico italiano, compone su obra maestra: "Norma", evocando los tiempos de la ocupación romana en Galia, y la heroína es precisamente una gran sacerdotisa druidica.- El francés Berlioz, a su vez, evoca de la misma manera brillante tanto la Italia del Renacimiento (el idilio de "Benvenuto Cellini" con la hija del tesorero papal, - la famosa historia de amor de "Romeo y Julieta", o en fin la epopeya de

"Harold en Italia", todas obras llenas de recuerdos del "bel paese"), como los heroicos tiempos que cantó Virgilio, pues de la "Eneida" están tomados los temas de la "Toma de Troya" y "Los Troyanos en Cartago". - Si "Darmen", de Bizet, es hoy una de las obras más conocidas en todo el mundo, y fué sacada de la novela de Mérimée de que hablamos en otro lugar de este trabajo, no deben olvidarse del mismo compositor "Los Pescadores de Perlas", ópera que relata las aventuras legendarias de los brahmanos en la isla de Ceylon.

Citemos de Boïeldieu: "La Dama Blanca", basada en la novela de Walter Scott: "The Monastery", y cuya música recuerda brillantemente los "bag-pipers" escoceses. - De otra obra literaria: "Le Mariage de Loti", está sacado el tema de "Lakmé" de Leo Delibes, que se desarrolla en la jungla hindú, dramática evocación de aquel ambiente, exótico entre los más. - El compositor italiano Donizetti, a su vez, no se limitó a evocar los paisajes de su patria, pues también recordó horizontes lejanos, por ejemplo en "Lucia di Lammermoor", igualmente tomada de una obra de Scott, y cuya escena se sitúa en la Escocia del Siglo XVII; así como en "La Favorita", cuyo principal personaje es la famosa Leonor, amante de Alfonso XI de Castilla, y madre de Don Pedro el Cruel. - Umberto Giordano ha sabido también recordar por una parte los tiempos del Terror en la Revolución Francesa ("Andrea Chénier"), o los de los fastos napoleónicos ("Madame Sans-Gêne"), pero evoca luego la música rusa, en la primera parte de "Fedora".

Poema sinfónico particularmente evocador de países lejanos y de épocas pretéritas, es "La Reina de Saba", de Karl Goldmark, compositor moderno húngaro, hijo de un cantor de sinagoga, en el que deben recordarse particularmente las escenas de amor en el jardín del palacio de Salomón, y la tempestad en el desierto, al final de la obra. - Otro músico israelita, Halóvy, también recuerda a su raza en "La Juive", cuya

acción se sitúa en el Oriente Medieval, y en una de cuyas escenas se reproduce la fiesta de Pascuas judía.

Víctor Herbert recuerda la época en que California era todavía un estado mexicano, al situar la acción de su "Natoma" en un rancho del desierto, y al trazar un idilio entre una joven india, y un oficial de la marina americana. - Hérold, en "Zampa", evoca las aventuras de los piratas medievales en el Mediterráneo.

Entre las muy numerosas óperas de ambiente extremo-oriental, puede citarse, al lado de la siempre famosa "Madame Butterfly" de Puccini, (el ejemplo más típico del género), "Iris" de Mascagni, también evocación lírica de los amores de las geishas.

Con Massenet, volvemos al Oriente cercano. "Hérodiade", en Jerusalén, y "Thaïs", en Alejandría, con las danzas de Salomé en la primera, y el cantar de la cortesana en la segunda, son ambas obras muy conocidas. Todas las óperas de Meyerbeer son de ambiente exótico. Recordemos entre las principales: "Roberto-el-Diablo", aventura de amor en la Sicilia medieval; el drama heroico "Los Hugonotes", en la corte de Carlos IX de Francia; "El Profeta", sobre la Reforma protestante en Holanda y en Alemania, en el Siglo XVI; "La Africana" enfín, novela de amor estrechamente relacionada con el viaje de Vasco de Gama y las exploraciones portuguesas hacia Oriente.

Mozart hace desarrollarse dos de sus óperas en España: "Las Bodas de Figaro", inspirada de la comedia homónima de Beaumarchais, de que hablaremos en otro lugar de este trabajo; y "Don Juan", recuerdo de la pieza de Tirso de Molina. Señalamos que el segundo episodio de "Los Cuentos de Hoffmann" de Offenbach, se desarrolla en Venecia, y en él figura la famosa "Barcarola", ejemplo bellísimo de la influencia del exotismo sobre las obras musicales.

También la acción de "La Gioconda" de Ponsichelli, se sitúa en Ve-

necia, y en el decorado figuran sucesivamente el Palacio de los Duces, las islas de la Laguna, la "Ca-d'Oro", en fin la casa derrumbada de la "Giudecca" en la que se mata la Giocenda. Esta ópera está basada en el drama de Víctor Hugo: "Angelo, tyran de Padoue".

Ya hemos dicho que Puccini, al componer "Madame Butterfly", logra-
ba una obra maestra de exotismo. Pero no deben olvidarse otras dos ópe-
ras suyas, cuyo escenario también se sitúa en países lejanos: "Turandot"
que se desarrolla en Pekín, drama de amor entre príncipes chinos y tár-
taros; y la "Fanciulla del West", que recuerda la fiebre de oro, y los
primeros pueblos mineros, en la California de mediados del siglo pasado.

Rossini se inspira de la música indígena del Norte de Africa, al
componer "L'Italiana in Algeri", que recuerda el "Entführung aus dem
Serail" de Mozart. Nuevamente pensamos en el niño prodigio alemán al
oir "El Barbero de Sevilla", también inspirado de Beaumarchais, y que
oveca "Las Bodas de Figaro".

Con "Moisés en Egipto" y "Semiramis", volvemos al Oriente antiguo;
la segunda obra se tomó de la tragedia homónima de Voltaire, y cuenta
con una obertura célebre, que oveca brillantemente toda la pompa de los
jardines suspendidos y la atmósfera de leyenda que siempre rodeaba a la
esplendorosa reina.

Si la Biblia inspiró a Saint-Saëns su "Sansón y Dalila", con tres
obras de Richard Strauss volvemos a la epopeya griega y a la suntuosi-
dad de los soberanos orientales. Se trata de "Salomé", "Electra", y
"Ariana a Naxos".

Hablamos al principio de estos párrafos del caso particular de mú-
sica exótica constituido por "Aida". Debemos señalar aquí que el mismo
Verdi compuso muchas otras obras similares. Recordemos por ejemplo el
"Ernani", "Il Trovatore", "La Forza del Destino", "Don Carlos", cuya
recepción se desarrolla en la mayor proporción en España, y es motivo para

que el autor introduzca en esas óperas numerosos trozos sinfónicos de inspiración ibérica. Al lado de ésta que podríamos llamar serie española, se destacan tres obras en un ambiente muy distinto. Lejos del Sol madrileño, encontramos las brumas de Escocia y los dramas sombríos de sugestión Shakespeariana en "Otelo", "Macheth" y "Falstaff".

Terminamos así esta breve reseña de las principales obras musicales en cuya composición encontramos cierta influencia exótica; aún cuando los libretos de esas óperas sean a menudo de importancia y a veces se trate de una colaboración en plan de absoluta igualdad de mérito con el autor de la música, por ejemplo en el caso del italiano Arrigo Boito, compositor de valor a su vez, o de los comediógrafos franceses Sardou y Scribe, sin embargo generalmente el texto se limita a subrayar la idea primera del autor de la música, y éste es por lo tanto quien merece elogios por haber buscado en países lejanos y tierras llenas de atracción nuevos escenarios para los ritmos que le dicta su genio.

X X X

El "juego del amor y de los viajes".

Es interesante examinar qué género de relaciones existe entre la idea de ausencia, simbolizada por el viaje, y el sentimiento del amor.

A priorísticamente podría parecer que el amor es inseparable de la presencia del ser amado. Los franceses, hace ya siglos, hicieron gala de sabiduría al decir que, al estar "loin des yeux", se está también "loin du coeur", y los españoles han vulgarizado mucho esta idea cuando aconsejan materialísticamente la presencia vigilante cerca del objeto de interés: "Al ojo del amo, engorda el caballo".

Sin embargo la idea, en el fondo, es la misma; podemos decir que en una se trata de fomentar con la vista más o menos frecuente, pero siempre muy cercana, aquel sentimiento tan misterioso y complejo que hemos acordado llamar AMOR.

Es preciso afirmar que/pues para que el amor nazca, subsista, se -
 incrementa, y vaya subiendo así hasta un "summum" en el que debería que-
 darse indefinidamente, deben los dos seres enamorados permanecer juntos,
 muy juntos.

Pero, y lo acabamos de dejar adivinar arriba, no es ésta nuestra -
 opinión; por lo menos, para decir toda la verdad, no puede serlo cuando
 estudiamos el asunto. Me permito afirmar que esa presencia continua no es
 necesaria, y a veces también puede ser notiva. Veamos porqué.

En primer lugar recordemos que puede simbolizarse la ausencia por -
 el viaje. Cuando se está de viaje, todas nuestras fuerzas, y sobretodo
 las de nuestros sentimientos, están mirando para atrás: sucede que estag
 mos suspirando por lo que hemos dejado allá, tras de nosotros, y pensa-
 mos en el regreso. Ya hemos hablado de esa decepción de los viajes que-
 nos lleva a añorar siempre más y más, mientras más dura la ausencia, el
 regreso.

Debe señalarse que en esa decepción del viaje, entra como un factor
 de primera importancia el recuerdo: la nostalgia de lo que dejamos atrás.

Aquí debe precisarse que ese "lo" muy neutro, de hecho encubre a me-
 nudo una personalidad llena de vida, un ser apasionado, un alma enamora-
 da: una mujer.

Vemos pues cómo, en el viaje, el recuerdo sigue atado a la persona
 que se quedó. Naturalmente la distancia contribuye a modificar los ras-
 gos reales del ser amado, y le da una personalidad nueva, le descubre -
 nuevas facetas desconocidas, la envuelve en nubes de fantasía, en las -
 que la imaginación, la nostalgia, el deseo, dibujan figuras de irreali-
 dad.

Tal vez sea oportuno ver cómo, mientras aumenta la distancia entre
 el que se queda y el que se va, mientras va desarrollándose el viaje, -
 también se incrementa el deseo de volver. Podríamos probablemente encon-

rar en la trayectoria de este fenómeno tres etapas principales: la salida, el viaje, el regreso.

Sigamos esa parábola, en cuya cumbre encontraremos el choque sentimental del olvido, que marca el fin de la ida y el principio de la vuelta.

A la salida tenemos por una parte el entusiasmo por la idea del viaje. Piensa uno en todo lo que va a *aver*, en las nuevas impresiones que va a resentir, en los nuevos paisajes que se contemplarán, en fin en la nueva vida que, en realidad, va a vivir.

Atardeceros grises de París... ¡Cuántos escritores franceses contemporáneos lo han dicho o dejado imaginar! Caen la noche sobre la gran ciudad. Las cimas frondosas de los árboles del Parque tapan la perspectiva de todas las casonas cuyas ventanas empiezan a llenarse de puntos luminosos. En el íntimo saloncito, dos amantes descansan.

Con la velada dulzona que desciende, empieza el reino del "café".

Los codos puestos sobre el borde de la ventana, la boca probablemente torcida por un rictus cansado, algo amargo, y los ojos batidos por el placer, la mujer sueña. Pero su visión se limita a la Plaza de la Opera, o tal vez más bien a los brillantes aparadores de la Rue de la Paix.

Mientras tanto, aún tendido sobre el acogedor diván, el hombre, poeta o novelista, un gran viajero-escritor, sueña también. Pero ¡cuán lejos vuela su pensamiento! Hastiado de todos y de todo --él mismo lo dice-- y algo también de Ella, aunque no quiera confesárselo aún ni en lo más hondo de su ser, está pensando en buscar nuevos horizontes.

El demonio del viaje, una vez más, se ha infiltrado bajo su piel, y sus nervios empiezan a bailar al compás de un tango argentino, de una rumba cubana, de un lamento hawaiano, o tal vez hasta de un simple paso doble madrileño, pero con toda seguridad no escuchan ya, en tranquilo y conmovido silencio, la java o el viejo vals-musette del baile del 14 de

Julio, en una bonita posada de las riberas del Sena.

Sus nervios toman la palabra: "Estoy cansado. Ya me voy"; pero la vida, esta vez, no se limita a las calles familiares del Faubourg, o quizás, un poco más lejos, hasta las terrazas de los cafés del Boulevard. Ahora --y él mismo no lo sabe bien todavía-- sus pasos lo llevarán hasta otros mundos.

Lentamente va caminando por la Rue Auber. Predestinación, ocio, descuido. ¿Quién sabe? Aquí están las oficinas de las principales agencias de vapores, de las compañías aéreas, de las delegaciones turísticas de los principales países del mundo; de pronto, en un gran ventanal plenamente alumbrado, unas palabras que se dibujan en letras de fuego, entablan silencioso pero sugestivo diálogo con el corazón del viajero en vacaciones. ¿Partir?-- pregunta solícito el aviso-- ¡Desde luego! --contesta el escritor.-- ¡Vaya usted a Grecia... o a Río... a las Islas de Barlovento... a los mil y mil lugares del globo adonde aún no ha estado!

Así, rápidamente, el viajero se encuentra en posesión de sus boletos, y muy pronto, después, estará en la estación.

En el momento preciso de la despedida, tal vez se infiltre un pequeño sentimiento de lástima por la que se queda, al mismo tiempo que la dicha, desgraciadamente muy fugaz y sin importancia en ese instante, de que algún día, muy lejos, se resentirá la terrible nostalgia.

Allí están. El, metido en una gruesa gabardina de viaje, entreabre los labios, luchando entre la sonrisa jocosa, reflejo de la dicha al emprender una nueva trayectoria, y el amargo gesto de tristeza al dejarla. Ella llora. El anuncio de un nuevo viaje la ha dejado triste, desesperadamente. Su voluntad, su orgullo de mujer, su amor propio personal enfriado se ha fundido al aire helado de la estación. Y llora ahora, silenciosa, perdida, como sólo saben llorar las mujeres de verdad amantes, en las despedidas a los viajeros. No quiere abrazarlo; no quiere, por él,

una vez, descansar su linda cabeza sobre el hombro amado, fuerte, protector. Sólo lo mira muy fijamente, y además le tiene fuerte, muy fuerte y apretada, la mano.

Sus guantes se estrechan siempre más. Parece que la sangre de ambos quisiera pasar del uno a la otra, para que toda su vida se fundiera en una sola personalidad, en un solo ser.

Al dejar la estación, ya en el tren que corre por la llanura oscura, hacia nuevos rumbos; ya al viajar, propiamente; todo ha pasado. Ya no queda ni un mínimo pensamiento para el ayer: éste ya no existe. Ahora no se mira más que hacia adelante. Se ve el futuro muy risueño, todo color de rosa. Es el embrujo del viaje que impregna al escritor, y la ausencia, algo diabólica, le sonríe como una tentación.

¡Cuán lejos está el voluptuoso saloncito de la ciudad! Las aletas de la nariz han olvidado ya el incitante perfume de la cabellera rubia y amada, y sólo aspiran gozosamente el aire marino. Está en el puerto aún, pero el viajero ya ha embarcado a bordo del gran navío que va preparando su salida. Tiende su cuerpo cansado sobre la camita y los párpados fatigados van cerrándose sobre unas pupilas que ya no ven sino horizontes de palmeras, campos de arroz mojados por aguas lodosas, y tierras poéticamente adornadas de nombres de flores y de pájaros por la imaginación de poetas mandarines.

A los oídos, ya resuena un lamento de amor javanés, o la reverente invitación del lama a la oración budista, en las cimas perpetuamente negradas de perdidos horizontes.

El navío va saliendo del puerto acogedor, lenta y silenciosamente. Allá arriba, sobre el puente de mando, una silueta blanca sigue con el binóculo la ruta invisiblemente trazada ante la proa que, segura, va cortando el agua, mientras los faros parpadan aún en la lejanía, allá en la costa perfumada de naranjas y de claveles, cerca del viejo puerto fa-

familiar al que, si los dioses del mar y del viento, de las tormentas y de las tempestades, lo quieren permitir, volverá el gran buque dentro de mucho, mucho tiempo.

Mientras el viaje va desarrollándose, a menudo pensará el escritor en el ser querido que se quedó allá atrás; y siempre para extrañarlo en su presente situación. Quisiera que estuviera allí para gozar más de tal o cual paisaje. Piensa él: "Cómo le gustaría este lugar; cómo apreciaría esta obra de arte; cómo amaría, yo, viajero, enseñarle todo esto". Sin duda es la nostalgia que empieza a meterse dentro de él, aunque todavía se limita a una manifestación muy simple: la de querer tener consigo al ser amado, en el lugar mismo del viaje.

Pero mientras éste dura más, mientras el periplo va aumentando en sus dimensiones, con la mayor distancia, la nostalgia se hace más fuerte. Se piensa más, mucho más, casi continuamente y siempre con dolorosa angustia, en quien se quedó.

Empezará a recordar sus cualidades, que la distancia embellece al infinito. Evocará cariñosamente hasta sus defectos, que a veces le hacen querer más; sus imperfecciones que la singularizan; en fin la originalidad de sus fallas y de sus errores.

¡Cómo lo narran todos esos escritores-viajeros! La memoria se complace en pararse a recordar mil y mil pequeños detalles, casi siempre de índole física: el perfume de su cabellera, la finura de sus dedos, la agudez de sus uñas, la curva de su cuerpo, las sombras de su piel, jugueteando en la luz del sol que se filtra por las persianas, en las tardes de verano, cuando sus brazos cálidos se estiran en momentos de soledad, tal los muslos felinos de una pantera.

Entonces el viajero empieza a pensar en el regreso. Mientras los recuerdos se hacen más vivos, planea pararel viaje, hacerlo más breve, volver sobre sus pasos.

Llega un día en que se produce el choque. Es un fenómeno que a menudo sucede, y que la psicología trata de justificar científicamente: al tratar de forzar a la memoria, con demasiada intensidad, para que recuerde tal o cual detalle nimio, se olvida todo: son crisis de amnesia.

Ya no basta mirar, ante los ojos entrecerrados, la cara amada que sonríe. Ya no es suficiente que los labios se humedezcan al sólo pensar en la sombra de los suyos. Las manos se crispan sobre la almohada, el pecho exhala roncos suspiros, todo el ser se tiende hacia el vacío.

En convulsiones de angustia, el recuerdo se intensifica y va aumentando la tensión. Todas las fibras del cuerpo, todos los sentimientos del alma, quisieran huír hacia ella; de pronto, como se quiebra la cuerda de un arco demasiado estirado, la memoria cede.

Desaparece la visión. Ya los ojos se abrirán en una mirada de espanto, y se dirigirán a la nada, desesperadamente; ya los labios, partidos, resecos, quemarán, mezcla de hielo y de fuego; los oídos no podrán escuchar el suave murmullo de aquella tonadita que ella tanto quería, y que tanto la recordaba; las manos se cubrirán de un sudor frío, y sobre la frente, tal una anticipación a los trances mortales, empezarán a escurrirse gotas de vapor que bajarán lentas por toda la cara.

Instante de suprema amargura, de dolor tan intenso que las palabras más fuertes no lo pueden expresar, que tan bien conocen todos los viajeros, y nos cuentan los escritores.

Entonces, ellos piensan en un navío que se hunde, sin esperanza. Sienten la sangre colar de todas las venas que parecen haber sido cortadas, y que va abandonando el cuerpo. Sólo la arteria temporal latirá con más fuerza, con frecuencia inusitada, como un cordón de acero que aprieta las sienas. En un murmullo ahogado, tratará la boca, en rictus de agonía, de silabear por última vez su nombre, o, a veces, un simple epíteto de cariño. Pero ningún ruido alcanzará a salir de esas tenazas -

crispadas por un dolor que, por ser precisamente de índole únicamente moral, y hasta diríamos sentimental, parece más fuerte que cualquier dolor físico. --Recordemos que, a menudo, se oye a los niños rezar en sus oraciones: "Oh, Dios mío, haz que nunca tenga sufrimientos físicos, que no me vaya a quebrar una pierna; aunque me lleguen muchas penas morales"; los viejos, que saben, que ya han vivido, y quien dice vida, dice experiencia a menudo, amarga y dolorosa, suspiran: "Más vale dolor de estómago que lágrimas en el corazón"; y los franceses recitan sabiamente: "Si jeunesse savait... si vieillesse pouvait".

Toda la cara parecerá querer desaparecer en la sombra, hundirse en el pecho que ya no se levanta ni siquiera en aspiraciones agitadas, irregulares, casi letales ya.

Es de verdad un barco, que se tragan las olas en tempestad de un mar bravo. Un hombre zozobra en la angustia de un recuerdo que ya no pueda evocar, y se muere por culpa de su memoria, o mejor dicho por su falla. Ya no pudo tener consigo ni siquiera la imagen querida, y el nombre, su nombre, ya no lo puede pronunciar.

Esfuerzos sobrehumanos tratan de evitar el hundimiento definitivo. En fin, tal un soplo de viento sobre unas hojas ya hechas cenizas, un poco de saliva llegará a humedecer la boca. La hiel parecerá bajar un poco; un murmullo empezará a abrirse paso por la garganta cerrada de manera asfixiante. El colapso se habrá evitado.

El choque ha sido sobrepasado. Una vez más se ha realizado la identificación de la mujer amada con el viaje.

Ya Baudelaire, después de describir largamente un país de ensueño en "Invitación al Viaje", había dicho:

"Esos toscos, esos muebles, ese lujo, ese orden, esos perfumes, esas flores milagrosas, eres tú. Eres tú, aún, en esos grandes ríos y esos tranquilos canales. Esos enormes navíos que llevan las aguas, todos cargados de riquezas, y de los que suben los -

monótonos cantares de la maniobra, son mis pensamientos que duermen, o ruedan sobre tu seno. Tú los guías dulcemente hacia el mar, que es el Infinito, mientras reflejas las profundidades del cielo en la limpidez de tu alma, tan bella... Y cuando, cansados por las olas, llenos de productos orientales, vuelven al puerto natal, son todavía mis pensamientos enriquecidos que, desde el Infinito, vuelven a tí..."

y el filósofo Luis-Alberto Sánchez afirma que: "Lo divino está siempre hacia atrás, en el ressouvenir, en el re-recuerdo".

Así empieza el regreso.

Precipitadamente, todas sus fuerzas tendidas hacia Ella, el escritor-viajero vuelve sobre sus pasos. Ante él, ya no vé más que los hospitalarios muelles del puerto de llegada, y allá, sobre la riva, unos brazos que se tienden.

Recuerdos: el dolor, en el puerto de salida; la dicha, al volver.

Bien lo ha dicho Marc Chadeurne:

"Il y a des ports pour revenir, habités d'espoirs et d'attente, où le retour n'est point ingrat, où le passé fait bon visage... Il est aussi des ports pour s'en aller... Les vrais, les seuls. Entre le large et la patrie infame: un mur, une jetée. Puis l'espace abstrait, blanc partout, absence et distance, le ciel et la mer qui n'annoncent rien, qui vont tout prendre ou tout donner..."

Pero este es el retorno; y con él un resurgimiento del amor, un renacimiento de la pasión.

Así es, Los viajes fomentan el amor: sin ellos tal vez no se conocerían esos momentos de angustia, que es a veces placentera sin embargo, y que, en el curso de su realización, se van resintiendos. Y esos momentos, o por lo menos sus principales etapas, son tres: la despedida; el recuerdo, allá a lo lejos, cuando todo se derrumba alrededor; enfin la llegada.

La llegada es un poema: todas las penas se ven recompensadas. Ella, ella, ha sabido esperar.

Y sin embargo, Ella también ha sufrido. Sería curioso seguir sus acciones, a través de la duración del viaje, y veríamos cuán paralelos

fueron sus dolores a los del viajero, mientras que Ella no ha tenido siquiera la dicha de lo nuevo y de lo inesperado, de lo exótico enfín, en persecución de lo cual ha salido el escritor.

Mira éste a su alrededor, y piensa: su casa es la misma. La cama, triste e inhospitalaria ahora. La calle, silenciosa, con sus empedrados huérfanos del paso tan querido. El espejo, cruel, ya no refleja más que una sola imagen. Y luego, únicos momentos de alivio en el camino doloroso de la espera: la llegada de las cartas. Tarjetas breves, sencillas, de un mal gusto ejemplar. Paisajes feos, en verdad "paisajes de tarjetas postales", de colorido plenamente imaginario, de figuras inventadas por completo. Y unas cuantas líneas, aún más crueles: "Todo bien. Viaje delicioso. Saludos".- "Paisajes divinos. Siento no poderseles mandar de verdad para que los viera. Abrazos".

Tanto dura el recorrido, Tanto tarda el mensaje que anunciará el regreso.

Ella no arriesga olvidar. Su memoria es más firme y simple también. No tiene más que un sólo, constante pensamiento: El, y, tras de El, una sólo idea, un solo deseo: la vuelta.

El volverá, ha de volver, porque Ella lo quiere. Esta es su creencia, algo sencilla y sin duda ingenua, pero es la fé de una mujer que ama, y la fé la ha de salvar. El volverá.

Un día: un silbatazo en la puerta. Un papelito doblado en cuatro. Quién sabe de donde venga, sólo Dios podría decir, que recorrido ha hecho hasta llegar a Ella. Pero Ella no piensa en nada: tiembla de sorpresa, de miedo, de dicha. Entre sus manos oscila el cable. No se atreve a abrir. Quisiera adivinar primero, y luego desea ardientemente haberse equivocado. Sólo piensa en males, en desgracias, en dolores, y quisiera, tal vez, no haber recibido nada, para poder seguir en la ilusionada espera.

Enfín, un gesto brusco. Los dedos nerviosos han rasgado con ansia

el sobre: unas cuantas palabras bailan ante sus ojos, que están demasiados llenos de lágrimas para poder leerlas. La mano los frota, trata de secarlos y sólo logra irritarlos más. En fin, a través de las gotas amargas, la mirada llega hasta el papel.

De dicha, de satisfacción, de orgullo, de placer tanto tiempo contenido y que en fin puede reventar sin trabas, parece que va a caerse. El corazón va a dejar de latir.

"Vuelvo pronto.- Te quiero.- Tuyo".

La espera ha terminado, y con ella el miedo, la angustia, el dolor. "Pronto", dice, mañana tal vez, estará aquí.

Los brazos se tienden, gesto de amparo, de cariño, de protección. La madre, inquieta por los peligros del viaje; la hermana, ansiosa de conocer las nuevas impresiones; la esposa fiel, que espera algo angustiada la recompensa; la amante en fin, deseosa de poner un límite a la larga, desesperada castidad de tantas y tantas noches, de tantas y tantas horas: son cuatro mujeres en una. Sus almas dan fuerza a los músculos. Se levantan los brazos, se tienden hacia El.

Mañana, en el puerto, será lo primero que el escritor verá, cuando mirará, inquieto, por encima la borda del navío. Unos brazos que se tienden, un pañuelo que se agita, un momento en la mano extendida, otro secando lágrimas; dulces ahora, pues son de dicha, en fin.

Unos brazos que se tienden: primera imagen en su retina cansada de tantos paisajes, de tantas impresiones, y que sólo ahora reposar ante la vista de los cabellos amados. Debajo de ellos, enmarcada serenamente, la cara adorada sonríe entre lágrimas.

Todavía la suprema espera. Unos cuantos minutos: las últimas formalidades del desembarco. Y pensar que sólo unas cuantas gotas de agua lo separan. Sus brazos también se tienden. Quisieran medir algunas decenas de metros. ¿Porqué será tan pequeño el hombre, Dios mío?

A Al fin la bajada. Unos brazos que se tienden. Es un símbolo: el regreso. De veras que esa dicha bien vale haber salido de viaje. ¿Entonces?

¿Este juego entre el amor y la ausencia, entre la estancia y el viaje, en relación con el cariño, puede ser favorable al desarrollo de este sentimiento? En verdad, creemos, así es.

Hemos dicho que esa presencia constante del ser amado, no es indispensable. Hemos demostrado que el regreso y la felicidad que en él se encuentra, bien compensan la amargura de la despedida. Por otra parte, en algunos casos, una asiduidad demasiado intensa podría a veces ser nociva.

Para comprenderlo bien, sería tal vez preciso descender demasiado profundamente en los arcanos del alma humana; podría entenderse eso de manera general, si se evoca, al pensar en cierto cansancio que por el ser amado empieza a sentir el amante, la misma trayectoria del viaje.

Hemos dicho que se trata de dos fenómenos paralelos, y queremos probarlo aquí. En el desenvolvimiento de una gran pasión, de un amor verdadero, encontramos las tres mismas etapas que en un viaje:

Al inicio, el interés por lo desconocido --aquí todo lo concerniente al objeto de nuestro amor.-- Luego, este interés, que podríamos llamar tal vez curiosidad, a medida que va satisfaciéndose, va disminuyendo hasta cierto punto la intensidad de la pasión. Ya se sabe que nada hay tan sabroso como lo prohibido, y podríamos parafrasear esa vieja máxima diciendo que nada es tan seductor como lo desconocido, nada tan llamativo como lo exótico.

Y esto, verdadero al hablar de viajes, lo es también cuando se estudian los problemas del corazón enamorado.

Al bajar enfín este amor, y para evitar que desaparezca, es necesario un choque. Este choque debe fundamentalmente, ser un cambio, que se realiza en forma ideal, por medio de un viaje.

La ausencia intervenció. En la lejanía, lo acabamos de ver, el viento de la imaginación sopla las cenizas a medio-muertas de la pasión, y con el tiempo, adquiere ésta un nuevo vigor.

Hemos hablado de resurgimiento. Esto es: resurge el viejo amor, y se impone el regreso.

Aquí se cruzan precisamente las trayectorias casi paralelas del amor y del viaje. Para que haya amor, a veces, precisa el viaje; y para que vuelva el amor, precisa suspender el viaje.

El viaje va terminando, y con el regreso, se intensifica siempre más el amor hasta volver a su cumbre inicial.

Es la llegada; y con ella el "renouveau" de la pasión.

La excesiva permanencia cerca del ser amado hubiera traído consigo el cansancio, el hastío. Un viaje, muy a propósito, al provocar un cambio, modificó la atmósfera ambiente, dió nueva vida, con vientos nuevos, a aquel amor; y en fin, con el regreso, lo volvió a dejar en su cima primera.

Es de concluirse pues que, lejos de ser un obstáculo o un mal, la ausencia, simbolizada idealmente --insistimos-- por el viaje, fomenta y desarrolla el amor, y le da nuevos vuelos constantemente, ensalzándolo siempre más y más hacia ese mismo ideal, tan añorado.

X X X

Génesis del Viaje: Salidas, Estaciones, Puertos....
Los Medios y el Espacio.

Ma hemos visto como en todas las personas se puede relevar, más o menos intensa, la presencia del "deseo de viajar". Esa aspiración a una "éternelle boucotte", como lo ha escrito el maestro Bouchout, está muy arraigada, y se puede decir que muchos de nuestros contemporáneos están enfermos del frenesí del viajar.

También es interesante ver como se manifiesta ese deseo, y como

llega a satisfacerse. He aquí lo que podríamos llamar "el gónesis del viaje".

Muchos escritores modernos han utilizado las primeras páginas de sus libros para contar en qué forma surgió en ellos el deseo de un viaje determinado, y cómo, poco a poco, ese deseo tomó forma, empezó a realizarse, y llegó en fin a cristalizar en el hecho concreto de la salida.

Algunos cuentan por ejemplo su aburrimiento; los franceses nos hablan del "cafard"; a veces interviene una mujer, elemento frecuentemente inseparable de los viajes, y cuya intervención en ellos acabamos de ver aquí.

De todos modos empieza a dibujarse en la mente, con mayor claridad un deseo que hasta esos momentos el escritor creía tener bien guardado en el fondo de su subconciencia; el deseo del viaje. Entre los libros que más ha hojeado, están sin duda todos aquéllos volúmenes empastados en rojo, con títulos de oro, que todos los turistas inteligentes conocen: los "Baedeker's". A su vez, los competidores franceses de las enciclopedias viajeras de Leipzig, unos tomos color de cielo, los "Guides Bleus" de Hachette, están también en su biblioteca.

Se trata aquí de un género muy especial de literatura exótica, - constituido por las guías de turismo. Intervienen mucho esas obras en el desarrollo de la idea del viaje, no solamente, en un sentido estricto, porque cuidan de los mil y mil detalles prácticos que, resueltos, harán el recorrido más tranquilo, más ameno, menos aventurero. Contribuyen también a que el futuro viajero saboree por adelantado algunas de las muchas emociones que le esperan. Así sucede que a veces la preparación del viaje viene a ser más pródiga en satisfacciones que el viaje mismo, en sí.

¡Cuántos viajeros en potencia se han entusiasmado con la simple

lectura de aquéllos lujosos folletos editados por las grandes compañías de navegación, y han degustado las maravillosas reproducciones fotográficas, a todo color, de los rincones de ensueño que se prometen visitar luego en su viaje!

¡Y cuántos más se conforman con coleccionar todo ese cúmulo de literatura propagandística, constituido por folletos y carteles, horarios e itinerarios, y están más contentos al pensar en todos los viajes que no harán, y al imaginarse las emociones que encontrarían en ellos, que si en realidad lograran llevarlos a cabo!

No debe creerse sin embargo que la idea de estas publicaciones turísticas sea muy moderna. Es sabido que los primeros "Baedeker's" empezaron a editarse a fines del siglo pasado y tuvieron su época de gran boga antes de la primera guerra mundial. Pero ya en la Edad Media se hizo famoso el "Guía de los Peregrinos" que publicaban los Monjes de Cluny, y que era particularmente apreciado de los miles de turistas --pues ya entonces se podía sin duda hablar de turismo-- que se dirigían hacia las más célebres metas de peregrinación, y a quienes orientaba tal obra en su largo, pesado, y sin duda muy aventurero recorrido.

A principios del Siglo XIX ya existían numerosos libros prometedores de raras aventuras, y que describían viajes maravillosos.

Podríamos recordar aquí por ejemplo el "Livre de Poste, ou Etat Général des Postes du Royaume de France", publicado en el año de 1828, y que nos informa que de París a Calais había treinta y cuatro estaciones para cambiar caballos, mientras se necesitaban exactamente ciento diez para llegar a Bayona o bien a Marsella; y al salir de Francia empezaba en toda su gravedad la gran aventura de París a Charbóry, el viaje pero encontraba setenta y cuatro estaciones, y para llegar a Roma, debía pasar por ciento veintinueve más.

Lo expuesto puede relacionarse con los datos también muy curiosos

que encontramos en el "Itinerario d'Italia, o sia Descrizione dei Viaggi per le Strade più frequentate alle principali città d'Italia", publicado en Milán en 1832, y que dice que de esa ciudad a la capital francesa debían emplearse diez días, mientras que, por haber de Milán a Roma siete días de viaje, el entero recorrido entre las dos capitales tomaba aproximadamente diecisiete días de diligencia.

Para el viajero moderno, al recordar los proyectos dibujados antes en su mente, es fácil saber que partirá. ¿Cuándo? La respuesta es obvia: lo más pronto posible. Pronto, casi automáticamente, tiene apañado su boleto y listas sus maletas; luego se encuentra en la estación.

El cielo azul obscuro de la noche se tiende sobre los grandes tejados grises. Largos silbatazos anuncian la partida de los rápidos. Atmósfera gris de las estaciones. El humo de los trenes; los ruidos a menudo ensordecedores; los gritos de saludos para los que llegan: alegres, jocosos, a veces llenos de sorpresa y siempre de dicha; en cambio los murmullos de despedida, los adioses cuchicheados al oído, los "hasta muy pronto" cargados de recomendaciones y de cariñosos consejos. Las manos se estrechan. Los brazos se tienden. Son los últimos abrazos, los últimos besos.

Allí está el monstruo de acero, la bestia negra de perfiles humanos cuyo drama ha contado Zola. Tras la locomotora, podencosa cabeza de este cuerpo anillado, con una linternita colgando al final como una serpiente de cascabel, reposa el rápido. Nombre no tiene... tal vez sea "le train bleu": el expreso del Sur de Francia, que sale de París.

Se alinean los carros, azulados, lujosos; el comedor con todas sus lamparitas de mesa que brillan a través de las ventanillas bajadas contra la lluviecita gris de esta ciudad otoñal; los carros-dormitorios silenciosos, ya medio adormecidos, ofrecen tranquilo descanso en la noche que se acerca, prometedora de viaje, de cambio, de nueva vida. Arr...

ba, cerca del techo entrecubierto, por cuyos respiraderos entra el último aire amigo, el de la vieja ciudad querida y aún más, adorada, y que el escritor va a abandonar, brillan letras de oro: un membrete aristocrático que es por sí mismo una invitación al viaje, el letrero luminoso, el anuncio lleno de promesas: "Compagnie Internationale des Wagons-Lits et Grands Express Européens".

A lo largo de los carros, unas grandes manchas color de leche aguada, en que trazas de café han dibujado sucios rasgos que, de cerca, adquieren de pronto una personalidad propia y una importancia de primer plan. Es la anunciación, en esa nueva mística que es el viaje: un iting rario.

El escritor lee nombres mágicos, mientras hunea ya la locomotora y los abrazos se hacen más apretados y dolerosos. Sobre los letreros -- Lyon, Marsaille, Cannes, Milano, Trieste, Belgrade, Zagreb, Istanbul -- un pregón llama al viajero y excita su fantasía.

Los últimos abrazos, la última despedida.

Atmósfera gris de las estaciones. Y grises también, obscurecidos por el dolor, los ojos femeninos levantan una muda interrogación a la que quisiera escapar la mirada del viajero, a quien han venido a despedir. --¿Porqué partir?-- Pregunta ella. Y el escritor a veces no sabe porque se va.

Desco innato, misteriosa herencia de antepasados vagabundos, atavismo que llega desde los primeros migrantes de las antiguas edades. El demonio del viaje lo ha seducido y ha hecho de él una víctima más.

Otro silbatazo desgarrador, y el tren lo arranca enfín a la visión de un guante, "sur le quai de la gare", en la ciudad que se va alejando.

He ahí la invitación al viaje en un símbolo curioso e intenso: un tren que se va, una estación que desaparece. Raros son los que van a ella, para recibir o despedir amigos y parientes, y no sienten hondamen-

to la invitación al viaje que penetra a su ser. Es difícil decir por qué el humo, los rumores, cierta tensión de emociones suspendida en el aire cargado, la animación de la gente, todos esos pequeños rasgos típicos que perturban al espectador. Y en él también nace el deseo del viaje, que irá aumentando hasta convertirse en realidad, puesto que el lugar donde surge esa tentación es, casi siempre, una estación.

Es un tren que se va y que parece llevar consigo un hilo, atado a nuestro corazón: se extiende el alambre invisible y, cuando se rompe, nos desgarran el ser; entonces quisiéramos correr tras aquel tren, promotor de viajes y de sensaciones.

Aquel dolor, semi-físico y semi-moral, se convierte en pasión, en frenesí, y no abandona a los que lo prueban hasta que no se vuelven ellos también unos viajeros más.

El tren corre por la llanura. Todo está muy lejos, en el pasado ya olvidado, y el presente tampoco merece mucha atención; sólo el inmediato porvenir ocupa los pensamientos del escritor.

Mañana el puerto, tras unos días el mar abierto. El océano: descansa algo voluptuoso de la travesía entre cielo y olas, bajo el amparo acolchonado de las nubes tropicales.

Al fin la meta soñada, la conclusión de lo que habrá sido simplemente otro viaje, un viaje más. Frente, en una tertulia familiar, se elevará una voz que, con cierto orgullo, empezará a contar: "Nous avons fait un beau voyage..."

Hemos hablado hace un momento de aquella atmósfera gris de las estaciones, como de un símbolo que caracteriza la invitación al viaje. Pero al lado de ellas, están los puertos como un segundo cuadro del retablo que constituye la partida y la iniciación del viaje.

El aura de los puertos es desde luego más clara y luminosa, el fondo es otro; ya no es el cielo a menudo obscuro de la gran ciudad.

Aquí el mar da una tonalidad azul y brilla por todas partes. El rumor de las olas acaricia la playa y el viento declama suavemente un cantar que viene de lejos y trae consigo el aliento de lo exótico.

Ante el mar, está el puerto: "uno de esos puertos de cita, de cruce y de mezcla, que son los grandes puertos internacionales, lugares donde todo se une y se desune, de donde se sale para todas partes y a donde se llega de todas partes, donde se saludan los continentes cuando zarpan los transatlánticos..." (Pierre Mabilille),

Y en el puerto, casi tapando el horizonte, está el navío. Su masa altísima se levanta llena de misterio en las tinieblas. Una sola raya luminosa se dibuja en la noche: es el puente de embarque, frágil brazo tendido hasta la tierra, por el que va subiendo una hilera que es de las migas respecto a la inmensidad de los cielos y del mar: los viajeros.

Recordemos aquí la elegía del barco que hace Paul Morand, en "Rien que la Terre", y que constituye una significativa estampa de nuestra época de grandes viajes:

"A los que dicen que la belleza desaparece, se contesta luego: ¿Y los barcos? El barco, no es el romanticismo del velero, es el gran regreso a la línea clásica, la de los templos y de las arquitecturas más exigentes".

Habla Morand de las chimeneas, los mástiles, los largos corredores y los puentes de paseo, las grúas "que parecen columnas griegas", enfila los reflectores "que alumbran al navío como para una fiesta, al entrar en los puertos", y revelan así en la sombra "sus líneas más oscuras -- que sorprenden a los del muelle", y concluye afirmando que son esas "imágenes de nuestra época".

Al final del viaje, empieza para el escritor la nostalgia: "olvidando en el mismo momento, como esa óptica extraña de los viajes -- le langage de l'éloignement dans l'espace -- el fastidio absoluto de las tres osías, apenas desembarcado empiezo a extrañar esos grandes navíos".

Característica es la salida: la sirena lanza ya sus últimos gritos, y la telegrafía inalámbrica traza los postreros contactos con el mundo vecino, dibujando traqueteos de ametralladora arriba entre los dos grandes mástiles.

La salida se acerca, las grúas suben rápidamente los últimos equipajes, mientras en el salón los pasajeros se pelean para obtener las mejores mesas y los más disputados lugares en los puentes.

El viajero entra a su cabina: con dicha, encontrando una atmósfera de castidad, en la blancura de los muros, en la camita arrinconada, y que sin embargo lo balanceará suavemente para que aprecie mejor el vaivén de las olas.

Atmósfera de castidad, pues la soledad de este cuartito, entre cuatro paredes blancas, en las que sólo penetra el perfume cargado de sal marina del océano, evoca silencios monásticos, e induce al escritor a místicos recogimientos y a comuniones con el universo y la divinidad.

El navío va saliendo silenciosamente. Un barco: el mejor símbolo del equilibrio, de la armonía, para algunos que, como Baudelaire, lo cantan muy a menudo.

Sabido es cómo el autor de las "Fleurs du Mal" menciona muy frecuentemente, leit-motiv emotivo en sus obras, al gran navío que se aleja, y compara con él los movimientos ondulantes de las piernas de su amante.

Recordaré aquí como ejemplo aquella estrofa del "Beau Navire", especialmente característica:

"Quand tu vas balayant l'air de ta jupe large,
Tu fais l'effet d'un beau vaisseau qui prend le large,
Chargé de toile, et va roulant
Suivant un rythme doux, et paresseux, et lent",

y también puede mencionarse "La Chevelure", en la que se habla del puerto lleno de sonidos en el que "mi alma puede beber

"à grands flots le parfum, le son et la couleur"

y donde

"les vaisseaux, glissant dans l'or et dans la moire,
ouvrent leurs vastes bras pour embrasser la gloire
d'un ciel pur où frémit l'éternelle chaleur".

Ya Baudelaire había dicho a su amiga: "Vois sur ces canaux dormis
ces vaisseaux dont l'humeur est vagabonde".

Más tarde otro poeta, Rimbaud, también se interesará por los buques
y hemos de ver cómo, en su "Bateau Ivre", refleja los mismos sentimientos
de su antecesor, cuando dice por ejemplo: "moi, bateau perdu sous
les cheveux des anses"...

Pero el buque se va alejando. El viajero duerme. El sueño llega, y
es un sueño de renovación, de nueva vida: de viaje en fin.

El viaje ha empezado.

X X X

Es curioso ver cuales son los principales medios usados para la
realización de los viajes, observándolos en los escritos de algunos au-
tores. Conviene también expresar algunas ideas generales sobre las pers-
pectivas en el espacio que forman parte de la ilusión del viaje.

Si los medios principales son en su orden, el barco, el tren, el
avión, el automóvil; el espacio estará representado respectivamente por
el agua: océanos, mares y ríos; la tierra -riel y carretera -; y el cie-
lo.

El mar ha sido siempre la vía de comunicación más frecuentada, y -
por él se desarrollaron los principales viajes de descubrimiento y lue-
go de exploración y conquista.

Por otra parte, el mar ha ejercido siempre especiales poderes de
agración sobre los hombres; algo misterioso e indefinible que los an-
tiguos trataban de explicar al decir que en sus aguas se ocultaban la
sirenas embrujadoras, perdición de los navegantes.

Otros dos tipos de leyendas que pueden relacionarse con el viaje :

el mar, están constituidos por el mito de la serpiente marina, y los cuentos del buque fantasma. En ambos casos aparecen relatos fantásticos generalmente muy antiguos, y en los que se mezcla la atracción del viaje con la seducción del mar, envuelta en nubes de imaginación.

En la actualidad, las grandes rutas marítimas que surcan nuestro Globo por todos lados son las que más atraen a los viajeros. Sin duda el mar es, antes que nada, un descanso. La razón de esto se encuentra probablemente en la uniformidad de su superficie, en la monotonía de sus contornos, en la tranquilidad general que ostenta y en la inmensidad de sus grandes espacios, todo lo cual constituye un cambio radical respecto al viajero acostumbrado al frenesí y la tensión nerviosa constante de las grandes metrópolis, de las que huye precisamente para buscar ante todo descanso.

Por eso veremos que todos los viajeros, así como todos los hombres, sienten la influencia profunda del mar. Piénsese en los más sensibles: los poetas, que han amado al mar apasionadamente.

Sería demasiado largo y no viene al caso, mencionar aquí siquiera a los principales entre estos amantes del mar, pero permítasenos recordar aquella voz, sensible entre todas, que clama: "El mar está más allá de todo lo que es nuestro, todo el dolor del hombre", y encontraba por lo tanto en las aguas sin fin, "el término de la angustia, un sueño, una esperanza: allá, más allá, donde canta el mar", para terminar murmurando: "Estoy enfermo de mar".

Esa enfermedad de mar a veces puede llevar hasta a la muerte. Ya lo dijo Jorge Manrique, cuando escribió en sus coplas: "El mar... que me el morir".

En mi opinión, es un padecimiento que se suma, y a menudo se confunde con aquél de que tanto se habla en este trabajo: la enfermedad del viaje, y ambos pueden aliviarse por medio de un sólo hecho consu-

nado: un viaje por mar.

Si Amado Nervo lloraba a su "Muerta" suspirando:

"Acaso en una playa remota y desolada
enfrente de un océano sin límites,
que está convulso a todas horas",

otros poetas mexicanos modernos no están lejos de resentir las mismas emociones en presencia del elemento azul. Carlos Pellicer lo utiliza como leit-motiv en muchísimas de sus composiciones, por ejemplo en "Paseo Naval", "Invitación Marítima", y sobretodo en las "Canciones de Perifoneo" que le vi escribir en el Atlántico, en el mes de Diciembre de 1937, cuando volvía de Europa sobre el "Orinoco". Alfonso Reyes habla de la "Fantasía del Viaje", y después de describir las atmósferas especiales de puertos como el de Veracruz, declama: "Llegué hasta el mar... ¿Qué música del puerto, qué feria de colores!", para concluir con una exclamación de sorpresa: "¡He visto el mar: qué asombro de los barcos!". En fin el vate Núñez y Domínguez dedica todo un libro a los paisajes azules y húmedos: "Espuma de Mar".

En Francia, encontramos particularmente abundante la categoría de escritores que son a la vez marinos. Tras el ejemplo ilustre de Pierre Loti, muchos han sido los oficiales que han distraído las largas horas de tedio, a bordo, contando sus recuerdos y evocando los paisajes que le encantaron en el curso de largas cruces y pintorescas travesías.

Entre ellos el más importante sin duda es Claude Farrère. Siguiendo siempre al máximo inspirador, este autor también estudia la mentalidad japonesa y evoca los horizontes de volcanes y flores de naranjo, en "La Batalla", por ejemplo; sabe también describir las callejuelas oscuras y los mercados pintorescos de la vieja Turquía: "Las Cuatro Señoras de Angora". Por otra parte, la epopeya de los constructores de Marruecos, de los grandes colonizadores, de aquellos valientes soldados que, a las órdenes de Lyautey "el africano", supieron realizar una tarea gi-

gantesca y magnífica y dieron a Francia un Imperio, es evocada brillantemente en "Les Hommes Nouveaux". En este libro encontramos una nota pintoresca sobre el descanso en las travесías por mar:

"Voyez-vous, la traversée de Marseille à Casablanca, c'est un vrai repos! Ces quatre jours de treve, entre la bousculade de France et la bousculade du Maroc, c'est bon! On reprend force ici, sur toute cette eau saine, dans toute cette brise qui aère la cervelle autant que les poumons".

Enfín, en los recuerdos de la guerra, los combates en el mar aparecen en las páginas de "La Ultima Diosa" y de "La Noche en el Mar".

Hay que insistir particularmente sobre un libro de Farrère, en el que léense muchos párrafos de interés sobre el mar, como medio para la realización de los viajes. Es un relato de sus recorridos titulado "En el Mediterráneo".

En esta obra Farrère define de manera brillante la sutil relación que existe entre el viajero y el marino, al que se acopla a menudo el escritor. En el prólogo del libro, expone cómo lo que cuenta es muy familiar y superficial, porque "los viajes de un marino son forzosamente viajes precipitados, y que no dejan casi nunca al viajero la posibilidad de profundizar sus impresiones y de analizar sus sentimientos"; y es por éllo que --concluye--: "Este pasco en el Mediterráneo no es más que un recorrido apresurado y algo desganoado a la vez."

Empieza el autor por dibujar algunas estampas de Marruecos, en las que reconocemos los rasgos de algunos personajes y las trazas de varios paisajes de "Les Hommes Nouveaux"; como por ejemplo los recuerdos de Marrakech y Meknés, en los que está presente también la evocación de la España morisca. Habla después de Argel, "la ciudad toda blanca", como decía Maupassant, y describe sus jardines "entre los más bellos y deliciosos del mundo"; y menciona también Constantine, "ciudad que es un nido de águilas", de la que cuenta la toma, durante la con-

quista de aquél territorio.

Otroz paréntasis histórico encontramos, cuando narra los últimos tiempos de Cartago, al ^{tem}correlar sus ruinas, en los alrededores de Tíber.

Sigue el periplo por el mar: costea la isla de Córcega, advirtiendo de de pmo que su "vieja y verdadera raza está llena de seducción en su salvajismo"; pues en su carácter se mezcla "tanta fineza, tanta gracia y tanta grandiosidad"; llega hasta las costas de Prevenza, y baja a lo largo de Cataluña, indicando que Barcelona "tiene el esplendor triunfal de sus calles lujosas", y que Granada "está llena de recuerdos árabes". Tras el mar español, las riberas italianas. Al lado de Génova, otro gran puerto es descrito largamente por Farrère: Nápoles. --"Es una ciudad que cuenta con demasiados naranjales, demasiado perfume, demasiada gracia, demasiada dulzura, y demasiadas languideces"-- y afirma que su belleza es "voluptuosa y particularmente tentadora". --Bien ha dicho Henry Kistemackers, que "los marinos son poetas que viajan".

Pasa luego Farrère por Sicilia, admirando Siracusa, "que es una maravilla: la animación siempre plenamente coloreada de las ciudades de Italia, llenas de vida y muy felices con su vivir".

Sube por el Adriático para llegar a Venecia, y vuelve a descender al Mar de Ulises, evocando el fantasma del gran viajero mitológico ante aquellas islas del Archipiélago que vieron pasar su barco bajo aquellos "ciclos de luz tan pura como sólo los encontramos en el Mediterráneo". Termina el viaje por Eodomo, Salónica y Constantinopla, en cuyo panorama de ensueño permanece largamente, siguiendo los pasos de su maestro Loti.

Describe la vieja ciudad turca, con sus barrios misteriosos y desconocidos, y llega hasta las costas del Mar Negro, sobre las trazas del araje de los Argonautas.

Admira de lejos, desde el mar, "la infinita dulzura y la paz pa-

triareal que reinan en la campiña asiática", y, sobre la costa, contempla aquellas ciudades del Mediterráneo "que son todas suficientemente exóticas y bizarras".

Como en los trópicos, en el ciclo mediterráneo "la noche sucede brutalmente, sin transición ninguna, al día", y con el atardecer empieza el fresco sobre el mar, aquella frescura de Anatolia "donde la sombra se mezcla al sol y los hombres son siempre menos ávidos y menos brutales, mientras las mujeres son menos enteras pero también menos artificiosas".

Al fin del libro, cuando entra el autor con su barco en el Mar Negro, empieza a extrañar su querido Mediterráneo, y escribe: "Hémos aquí en la puerta de este mar que es Asiático, que es tártaro y ruso también, pero que es sobre todo algo obscuro, frío, brumoso y misterioso, mucho muy diferente de nuestro Mediterráneo que es todo tibio, claro, sonriente y límpido", y concluye con una bella expresión pictórica: "Es la bufanda de oro y de azul que el verdadero mar tiene siempre tendida sobre su cielo para alumbrar a los viajeros".

Recordemos que Farrère ya había dicho acerca de ese mismo mar que tanto ilustraron marinos y escritores:

"Je crois bien que nous ne pourrions nulle part-ailleurs trouver de plus beaux rivages, un ciel plus pur, une mer plus bleue, et plus d'illustres vestiges épars sur chaque promontoire et dans chaque baie".

Tras de Farrère, un escritor particularmente fecundo en obras de mar, es Maurice Larrouy. El también oficial de la marina francesa, empezó, poco después de la primera guerra mundial, a publicar sus recuerdos en "La Odissea de un Transporte Torpedeado" y llegó a conocer el favor del público con su "Coups de Roulis", adaptado luego para la escena y para la pantalla, y del que se hizo también una ópera.

En esta novela se cuenta la aventura de un diputado francés enviado en misión de inspección en los barcos de la flota del Mediterráneo.

oriental, y en Egipto. Sus amores con una bailarina, y sus dificultades al principio para entender los problemas del mar y sobretudo de los marinos, forman la parte cónica de la obra, mientras que el puro idillio de su hija con un joven oficial, satisface los requisitos del factor sentimental.

Señálase aquí este libro principalmente porque en él se encuentran bellas descripciones del mar, y sobre todo de ese Mediterráneo tan variable en sus aspectos. Recuerdo ahora por ejemplo cuando el crucero "Montesquieu" abandona la Bahía de Tolón, y van esfumándose los contornos de la "Costa Azul", mientras su proa enfila hacia el oriente, como Larrouy dibuja bien el colorido del cielo y del mar, y los árboles de esa "Corniche" tan pintoresca; y creo que deben citarse también aquellas páginas en que el barco va abriéndose paso a través de una espantosa bruma, cerca de Córcega, en un mar picado y cuyo fondo está lleno de aterradoras rocas, y luego la evocación dramática del choque, en la niebla, con un pequeño carguero que pronto se incendia.

Son esos los dramas del mar que, sin embargo, pronto se olvidan en la contemplación de su maravillosa superficie, reposada e inspirada.

Podrían recordarse en fin otros dos libros del mismo autor, también prodigios en bellas impresiones de las "Rutas Marítimas": "Les Sept Sarcophages", mezcla de pasión y de viajes, al igual que "Sirènes et Tritons".

Después de Larrouy, deben citarse las obras de Paul Chack, dedicadas a revivir las acciones bélicas en el mar durante la primera guerra mundial ("On se bat sur mer", "Traversées Épiques", "Des Dardanelles aux brumes du Nord"), con las que se pueden relacionar las memorias del Almirante Dartigo du Fournet: "Heures Lointaines", cuyas páginas sobre el Extremo-Oriente son muy interesantes.

Mención aparte merecen los libros de Alain Gerbault. Este atrevido escritor viajó completamente sólo, a bordo de un pequeño yate que él mismo había dibujado y proyectado, por todos los mares del mundo, y publicó luego sus diarios de navegación que contienen notables páginas llenas de poéticas impresiones tanto sobre el mar, como sobre los países que tocó en su recorrido.

La serie de obras de Gerbault, que comprende entre otras: "Zeu travers l'Atlantique", "A la poursuite du Soleil", y unos recuerdos de Oceanía: "Iles de Beauté", ha tenido mucho éxito y realmente algunas expresiones del autor son muy bellas.

Recuerdo como explica por ejemplo sus preferencias en literatura, cuando escoge los libros que llevará consigo en los viajes. Indica que al clasificar sus autores preferidos, piensa en la manera cómo entendió con el mar, y agrega: "El marino que tengo en mí critica siempre al escritor, y sólo me gustan enteramente los que fueron a la vez grandes marinos y grandes poetas".

También puede mencionarse su pintoresca expresión cuando, al pasar frente a la costa española, no quiere detenerse en el puerto de Soler, y sigue de frente en su ruta, admirando "la maravillosa visión de aquellas viejas mansiones en la cuesta del monte árido", y afirma: "los pueblos, las ciudades, ya no son nada para nosotros, los marinos, y no significan más que lo que una casa, apenas adivinada a la vuelta de un camino, puede representar para el viajero ordinario".

Enfin, sólo en medio del océano, padeciendo de la sed y del calor espantoso, no creyendo ya posible la realización de su gran aventura, él también como tantos otros escritores-viajeros, es víctima de los famosos mirajes del trópico, y escribe: "La luz me cegaba, y cuando miraba hacia el horizonte me parecía ver a menudo la tierra: mirage que se disipaba luego. Lo mismo, la noche, las pequeñas nubes bajas sobre el

mar, tonaban la engañadora apariencia de velas blancas..."

Para los fines de este trabajo, también recuerdo lo que dice Gerbault, acerca del nacimiento en él de la manía de los viajes, y particularmente de su preferencia para realizarlos sólo. Después de indicar que "la demasiado grande sensibilidad y las decepciones que sufrí en mi infancia enamorada del ideal me obligaron muy pronto a vivir en mí mismo", agrega que el colegio a donde estuvo internado, la guerra y en fin la muerte de su madre, hicieron de él un desesperado, apasionado por la libertad, y siempre en busca de la juventud.

Poco después, expresa brillantemente la embriaguez del viaje, especialmente en los recorridos por mar, escribe:

"Pero, porque desde hace siglos los hombres están acostumbrados a vivir en esclavos de la civilización, no estaré obligado a llevar la misma vida servil y convencional. Amo de mi barco, he de begar alrededor del mundo, emborrachándome de aire, de espacio y de luz, llevando la simple vida del marino, bañando en el sol mi cuerpo que no fué hecho para ser encerrado en las casas de los hombres".

y concluye: "Así, feliz de haber encontrado mi camino y realizado mi sueño, declamo mientras llevo el timón mis poemas preferidos sobre el mar...", tras de haber pintado de manera brillante la atmósfera típica de las noches en el mar; aquellas veladas de las que Gide ha dicho:

"Nuit sur mer...Nuit pure. La lune éclaire les falaises, des récifs bleus se sent montrés; Les dauphins jouent au clair de la lune. Les roches bleues luisent faiblement sous les flots. Des méduses illuminées montent s'épanouir à l'air nocturne, - lentement, de la mer profonde, fleurs des mers remuées par les flots, Les étoiles revent".

Para terminar estos párrafos sobre los escritores-marinos, conviene citar una obra reciente: "Belle Marino", de Louis Daniéleu, quien hizo su servicio militar como simple marino, a bordo del barco escuela "Jeanne d'Arc", y describió su viaje que duró nueve meses, en los años 1937. y 1938.

Encontramos en su libro algunas páginas rápidas, pero interesantes, sobre las escalas del crucero: Port-Etienne y Konakry, en África; la isla de Santa-Elena, llena de recuerdos del ilustre desterrado que en ella murió; luego aquellas ciudades de Sur-América tan pintorescas, "villes ombreuses et vertes aux noix de coco fraîches", según François James, y que se suceden en una y otra costa, sobre los dos Océanos: Buenos Aires, Magallanes, Valparaíso, las islas Juan Fernández o las Falkland, enfin Tristán da Cunha; y al regreso el África de nuevo: Capetown, Madagascar.

Lo más importante para nosotros es lo que dice Daniéleu del viaje: la invitación, y luego la partida; y después la decepción, el fastidio, el regreso.

Empieza con la pregunta: "¿Pourquoi être parti? De quoi est-elle faite, et comme elle meurt vite, cette flamme qui m'a poussé à être volontaire pour campagne lointaine?", y analiza el autor sus sentimientos: "Curiosités superficielles, tot satisfaites, vite éteintes. Désir d'évasion, espoir d'indépendance, chimère d'une vie où ni le jour ni la nuit ne vous appartiennent, ni même les heures de repos. Gout des voyages des découvertes..."

Es el eterno frenesí por el viaje. Pero pronto comienza a resentirse de la nostalgia: "Les hommes ne savent pas voyager. Ils adorent partir et prennent même plaisir à se divorcer d'avec leur passé, mais ils n'ont pas le courage de rester au loin et, sitôt partis, ils se raccrochent à tout ce qu'ils avaient abandonné avec mépris: leur village, les amis, le café-crème, le journal du matin, leur pays..."

Todo eso no es más que un recuerdo, una añoranza de tiempos felices. Sin embargo el hombre no está nunca satisfecho. Y hasta en el regreso encuentra una decepción: "Chacun de nous s'étonne de ne pas éprouver plus de joie à ce retour tant attendu. C'est toujours ceux qui restent

et qui attendent qui ont l'impression des grands voyages". Y el marino, "contento al bajar a tierra", está aún más dichoso de volver a subir en su barco; allí está en su casa, y encuentra en él el hogar por el que suspira cuando está lejos.

Siempre se mezclan el placer y el dolor en el momento de la salida: goce al pensar en el viaje; sufrimiento al sentir la ausencia de los seres amados: "Et on devine pourtant qu'une certaine tristesse flotte sur tous ces garçons. La minute est venue où chacun se souvient d'un visage, d'un sourire inquiet et de l'effort que font les parents pour ne pas trop laisser voir leur peine à celui qui s'en va".

Tras de sí no queda más que el puerto: "Le jour se lève en gris. Le crachin étouffe les premiers bruits de la ville. La rue de Siam --es-- tance en Brest-- humide, entraîne malgré lui, le passant vers le port --comme en une glissade... Rues sinuées, étroites, maisons appuyées sur un bistrot, et qui tombent en avant".

Es el puerto, que ahora se abandona, y que fué "la escala; la libertad un instante encontrada y de la que deben agotarse todas las dichas, pues es muy fugaz".

Para concluir estas notas sobre el mar como medio de comunicación, en su relación con los viajes, transcribense unas líneas del mismo autor, en que lo define como una ruta, la "ruta marino":

"Pas un relief, pas une lumière, C'est une route sans villages, sans collines, sans arbres, et qui n'a pas de fond... Il existe des routes maritimes aussi précises que les routes terrestres. -- Leurs eaux seules sont fréquentées et il est possible hors de ces voies de naviguer des jours durant sans apercevoir une -- cheminée. La ligne droite entre deux points est restée pour -- l'imagination humaine la meilleure route, puisque la plus -- brève. Il est vrai d'ailleurs que l'uniformité de la surface de l'eau est trop peu attirante pour que les hommes s'y attardent. Rien, sinon le ciel, n'est plus fastidieux que l'eau. C'est pourquoi les navires, aujourd'hui libérés du vent, voguent sur des routes si étroites qu'il leur arrive dans la brume de se heurter au milieu de l'océan, le plus vaste et le plus vide..."

Después del mar, el río también es una ruta de agua. En estas páginas no podemos dejar de recordar que algunos escritores, particularmente franceses, han sabido cantar esa poética forma de viajar, que consiste en recorrer las provincias de uno u otro país, y a veces pasar del uno al otro, bajando hacia el mar, a bordo de una pintoresca "péniche".

Hay un cuento de Germaine Acremant: "La Toute-Belle", en el que describe simplemente la vida sencilla de una pareja de enamorados, en una de aquellas casitas flotantes, en los canales del Norte de Francia. Escribe: "La vie est douce et élémentaire sur les bédandres", y evoca los paisajes que la muchacha marinera contempla: "Les horizons qu'elle aime tant: les immenses plaines de l'Artois, avec les villages aux toits de tuiles rouges, les peupliers élancés qui bordent les canaux et qui frémissent au moindre vent, et aussi les dunes, la mer..."

La vida es linda sobre los canales: "Elle aime la vie qu'elle néme elle ne pourrait vivre sans changer d'horizons, dans une maison, dans un village. Sa patrie est tout entière dans ces beaux canaux, souvent un peu gris, dans lesquels se reflète le ciel de l'Artois rarement bleu et où le bruit du clapotement de l'eau est si doux à l'oreille."

Pero le duele pensar que tal vez dejará su balandro: "Pouvez-vous imaginer une chose pareille... vendre le bédandre, quitter les canaux, ne plus voyager, voir des fenêtres d'une maison toujours le même paysage!"

Toda la ilusión del viaje, en contraste con la monotonía de la vida sedentaria, trasluce en estas palabras. La atracción del agua es más fuerte sin embargo, y la pareja se queda en su barquichuelo y sigue navegando feliz.

En la sencillez de este cuento se entrevé igualmente la vida de los marineros que han resentido también el llamado del viaje, y viven

en una casa flotante, para estar en la posibilidad de viajar siempre.

A fines del Siglo XIX encontramos también algunas impresiones sobre el río como medio de satisfacción del frenesí del viaje, en dos grandes escritores: Flaubert y su ahijado Maupassant.

En otro lugar, hemos de hablar de diferentes notas exóticas que se encontrarán en sus obras. Aquí recordémos solamente que, en las primeras páginas de "L'Education Sentimentale", el primero cuenta un viaje por el Sena, de París a Nogent, a bordo de un pequeño barco fluvial que efectúa, a mediados de 1840, el héroe de la novela: Federico.

Después de describir los muelles de París, llenos de gente agitada marinos y viajeros, en los que se acumulan las mercancías más disímiles y pintorescas, Flaubert habla de la salida del barco: "las dos riberas pobladas de almacenes, talleres y fábricas, filaron como dos cintas que se desenvuelven".

En la neblina, Federico contempla por última vez las torres y los techos de París, y abraza con la mirada, suspirando, la isla de San Luis, y la Catedral de Nuestra-Señora.

El tumulto de la salida va apaciguándose, y, mientras que algunos pasajeros se calientan alrededor de las máquinas, "el puente temblaba con pequeñas vibraciones interiores y las dos ruedas, volcando rápidamente, pegaban el agua".

Flaubert sigue contando qué aspecto tenía entonces el gran río, como verdadera ruta fluvial, y muy importante medio de comunicación. Después de pintar el Sena, "bordado por playas arenosas", indica que "se encontraban trenes de madera que se ponían a temblar con el remolque de las olas", y a menudo "en un barco sin velas, un hombre sentado pescaba".

La campiña de Ile-de-France sigue formando el paisaje, algo monótono, que Federico contempla en silencio: "A cada vuelta del río, apa-

recía la misma cortina de pálidos ahuchucos. El campo estaba completamente vacío... El aburrimiento rápidamente se había extendido, algo indefinido aún, y parecía hacer más lánguido el andar del buque, a la vez que volvía más insignificante el aspecto de los viajeros".

Guy de Maupassant, que había aprendido mucho de su padriño y principalmente el gusto por la exactitud en la observación y la precisión en el estilo, ha dibujado también vigorosas imágenes de la vida en las rutas fluviales, y, especialmente en muchas de sus "nouvelles", encontramos recuerdos de la campiña normanda, de los ríos y canales que la surcan, de las "péniches" pintorescas, y de la vida de los marineros; y también ha pintado el puerto de Rouen, muy importante por su tráfico sobre el Sena.

Un gran viajero y escritor contemporáneo, Paul Morand, también ha descrito aquellos paisajes del Sena, con sus elegantes barquichuelos, y en su novela: "Lewis et Irène", habla de las "graciosas esquisas fluviales de la Seine á Charenton".

Sobre la tierra, el riel es el medio más utilizado para realizar los grandes recorridos. Ya se indicó la significación de las estaciones como símbolos de la invitación al viaje. Los grandes escritores-viajeros han hablado mucho del riel. Podría citarse por ejemplo la famosa "Bestia Humana" de Zola, verdadero drama del ferrocarril, de cuyas páginas merece recordarse particularmente el retrato en verdad lleno de vida que hace el gran realista de la locomotora, aquella "Lison" que "era la amante del maquinista" y adquiría para él caracteres de ser viviente y querido.

Entre los contemporáneos, como ejemplo característico, pueden utilizarse para recordarse unas páginas de Paul Valéry, en "Monsieur Teste", que describen de manera muy brillante lo que se ha llamado "la poesía del riel".

Escribe Valéry: "Le rapide a une idée fixe qui est la Ville". Describe la singular "experiencia" del ferrocarril sobre el ser humano: "On est le captif de son idéal, le jouet de sa future monotone. Il faut -- subir des millions de coups frappés à la cantonade, et ces rythmes, et ces ruptures de rythmes, ces battements et gémissements mécaniques -- tout le tapage forcé de je ne sais quelle fabrique de vitesse"; y concluye definiendo aquel sentimiento de embriaguez inseparable de los viajes: "On est ivre de fantômes qui tournent, de visions versées au néant, de lumières arrachées."

Más adelante, en una frase breve y precisa, sintetiza Valéry toda aquella literatura nueva y original del viaje, tan abundante en nuestra época, y que forma el objeto de este trabajo: "Surexcité, accablé de sévices, le cerveau, de soi-même, et sans qu'il le sache, engendre nécessairement toute une littérature moderne".

Hemos de ver en otro lugar que las notas que sobre la filosofía del viaje encontramos en este mismo autor.

Recordemos que, como bien lo expresa Francis Carco, el gran amante de los viajes que fue Baudelaire supo precisar claramente "la dicha de la borrachera, la voluptuosidad de la velocidad", y particularmente en la de los trenes, cuando clamó:

"Emporte-moi, Wagon! Enlève-moi, frégate!..."

Un escritor contemporáneo que es también un gran viajero, Valéry-Larbaud, también ha escrito unas estrofas pintorescas, exaltecando el placer de los viajes por tren, y eligiendo particularmente los lujosos "rápidos" internacionales de que hablábamos hace un momento:

"Prete-moi ton grand bruit, ta grande allure si douce,
Ton glissement nocturne à travers l'Europe illuminée,
O train de luxe!"

y se extiende sobre el rumor característico de los grandes trenes, que parece ir marcando el ritmo del viaje:

"Pretez-moi, o Orient-Express, Sud-Brenner Bahn, pretez-moi
 Vos miraculeux bruits sourds et
 Vos vibrants voix de chanterelle;
 Pretez-moi la respiration légère et facile
 Des locomotives hautes et minces aux mouvements
 Si aisés, des locomotives des rapides,
 Précédant sans effort quatre wagons jaunes à lettres d'or
 Dans les solitudes montagnardes de la Serbie,
 Et plus loin, à travers la Bulgarie pleine de roses..."

Enfin recordemos que hay una muy interesante obra de Pierre Hamp, en la serie "La peine des Hommes", titulada "Le Rail", en la que está evocada brillantemente la vida intensa, a menudo dramática, siempre difícil y penosa, de los trabajadores del riel, aquellos hombres que como lo escribió el poeta Eduardo Colín, ven cómo:

"Por las ventanas surgen, pulullan,
 Masas de campos y de ciudad,
 Llegan, se tienden, rampan, ondulan,
 Trotan con sesga velocidad.

Los abanicos de los paisajes
 Abren sus telas en rotación".

Son todas aquellas "horas cambiantes, nuevas, fortuitas" que van desfilando, marcadas por "el ruidoso golpe del tren".

Muchos han sido pues los escritores contemporáneos que han hablado del tren como medio de realización de los viajes. Y algunos se han dedicado particularmente a poner de relieve el frenesí de viajar tan acentuado que suscita el tren en sus pasajeros. Ya lo había dicho Chadourne cuando hablaba de la "chantante saoulerie du train"; esa borrachera tan curiosa, ampliamente relacionada con la invitación al viaje, y que empieza en las estaciones, de las que parece salir como una cinta sin fin, "impitoyable ruban à mesurer sa fuite", el riel que lleva a los viajeros.

Al lado del riel, la ruta, cinta asfaltada de infinitas perspectivas, constituye también en la actualidad un medio de comunicación sumamente utilizado. Inútil es insistir aquí sobre el desarrollo de proporciones fantásticas, que tuvo en los últimos veinticinco años el automóvil.

vil. Hoy se pueden citar hechos significativos sobre la materia, y que, en pocas cifras, expresan bien la importancia de este vehículo en la vida moderna. Es sabido que en los Estados Unidos, se contaba antes de la guerra con un automóvil por cada cuatro habitantes adultos, o sea aproximadamente uno por familia. En los demás países de América también son numerosos los carros (en México, por ejemplo, de los ciento treinta mil automóviles, aproximadamente, registrados en el país, cerca de cien mil están concentrados en la capital), y en Europa igualmente el turismo por automóvil había adquirido gran intensidad, particularmente en la última década antes de la guerra de 1939.

Recordemos el incremento de los periódicos y revistas consagradas a éso, y la enorme cantidad de mapas y guías de turismo por carretera que, con los "Michelin" en Francia, por ejemplo, inundaban el mercado europeo.

También debe mencionarse la gran cantidad de competencias internacionales de automovilismo que se organizaban en todos los países. Citemos el "Rally de Monte-Carlo", por ejemplo, que atraía hasta la Costa Azul a miles y miles de turistas-automovilistas, de todos los países de Europa, hasta los más lejanos, como Polonia, Suecia y Noruega, por una parte, y Grecia y Bulgaria por otra.

No sorprende pues que muchos escritores contemporáneos hayan realizado viajes por carretera, y por esto encontramos en sus obras tantas notas sobre esto.

Enfín el turismo por carretera no siempre se realiza en automóvil. Muy difundidas eran en Francia las excursiones a bicicleta; y en determinados países, especialmente los escandinavos, este vehículo es sumamente utilizado; y también a pié había numerosas personas que gustaban recorrer los caminos de Europa, practicando con entusiasmo el "footing" y pensando sin duda en los maravillosos paisajes que la sólo palabra

"route" puede evocar para los aficionados a este sistema de viajar.

Pero la ruta, medio de turismo y una más entre las satisfacciones del viaje, es también camino de invasión y de guerra, y, para terminar estos párrafos, es conveniente recordar aquel ruego de Charles Péguy por los heridos de la guerra, y, entre ellos, aquel "qui se traine au long des routes, pour un homme que nous ramassons au long des routes, pour un enfant qui traine au bord des routes..."

Tras la tierra, el cielo llama al viajero y lo seduce. En los últimos años ha surgido y se ha desarrollado muchísimo, con una velocidad fantástica, el viaje por aire.

La aviación tiene ya su literatura, su prensa, su poesía. Debería recordarse por ejemplo los relatos de viaje por avión alrededor del mundo de Costes y Le Brix, y las memorias de Mermoz, aquel gran piloto francés que abrió las rutas de los cielos, sobre el Atlántico del Sur.

El poeta italiano Gabriele d'Annunzio ya había cantado la gloria de los aviadores, y Henri Fauconnier anotó acertadamente que "Le désir, ou le regret de l'homme, c'est toujours l'ange. Partir, planer, retomber sur ces vapeurs moelleuses qui traînent là-bas dans les vallées..."

Joseph Kessel ha escrito un libro que es todo un poema a la gloria de los soldados del aire, durante la primera guerra mundial; se trata de aquel sugestivo "Equipage", algunas de cuyas páginas, particularmente las que relatan los combates en el aire sobre la campaña de Flandes, son en verdad impresionantes.

Pero si los pilotos de guerra han tenido su elegía, los pioneros de la aviación comercial también han contado con un gran escritor que es a la vez un gran piloto: Antoine de Saint-Exupéry; este autor ha sabido relatar con emoción la vida en los aires y ha descrito brillantemente los primeros viajes aéreos, especialmente los que se han hecho sobre África y Sur-América.

Se ha dicho de él que es "el más grande poeta y novelista francés del aire, de la arena, de las estrellas", y además que es "uno de los - más grandes escritores de acción, de acción heroica, que reveló la literatura francesa del entre-deux-guerres" (Pierre Brodin).

Sus obras: "Courrier-Sud", "Vol de Nuit" y "Terre des Hommes", están por completo consagradas a la vida de los pilotos, y son en gran parte relatos autobiográficos.

En el primer tomo, cuento de la vida corta pero llena de satisfacciones, de un piloto de la "Aéropostale", y evocación sencilla y digna de sus amores, encontramos páginas muy bellas, por ejemplo las que describen una tempestad entre los montes, y las ciudades de escala: Tanger "petite ville de rien du tout, c'était ma première conquête", o el pintoresco Port-Etienne.

"Vol-de-Nuit", concebido y escrito en América del Sur, es la simple historia de dos hombres, un piloto y el director de la compañía. - Allí se suceden bellas páginas de descripción de la dicha del piloto al salir de viaje, "frente a nubes, montañas, ríos y mares", la sensación de ser un todopoderoso semi-dios, ante el cielo; enfín el peligroso abismo, denso, lleno de misterio, que constituye la noche para el aviador que trata de atravesarla.

El tercer libro ya no es una novela; se trata más bien de un ensayo filosófico. Es un cantar a la tierra, que el aviador descubre poco a poco, y mejor que nadie, y luego es la búsqueda de la misión del hombre en el mundo. Debe advertirse que uno de los medios que el ser humano utiliza para tratar de resolver esas incógnitas, es el avión: "El avión, instrumento de las líneas aéreas, mezcla al hombre con todos los viejos problemas".

Naturalmente aquí también encontramos algunas páginas descriptivas: por ejemplo una curiosa geografía aérea --tal vez la más importante en

el futuro-- de España, según la cual tiene más importancia una pequeña casa en la campiña, faro que ilumina durante la noche el vuelo del piloto postal, o tres árboles muy peligrosos, al final del campo, que todos los pintorescos ríos y montes: "y así poco a poco, la España de mi mapa, bajo la lámpara, adquiriría el aspecto de un país de cuentos de hadas".

Pero debe insistirse en que lo más importante, en esta tercera obra de Saint-Exupéry, es el aspecto filosófico. Consideraciones acerca de la felicidad y del heroísmo, comentarios llenos de estoicismo, enfín elogios de la amistad; todo eso se encuentra en este tratado de moral, algo etérea y muy elevada, como conviene sin duda a un aviador, siempre perdido en la atmósfera, y acostumbrado a mirar desde muy alto, lleno de serenidad, los pequeños problemas del mundo.

Enfín, después de afirmar otra vez que "ser hombre es precisamente ser responsable", y de ilustrar este dicho con episodios de heroísmo de muchos pilotos, sus compañeros, y de él mismo --aún cuando lleno de modestia no lo declare-- concluye su libro el piloto-escritor, con una nota de meditación honda y mística, en la que, una vez más, el hombre se acerca a Dios: "Sólamente el Espíritu, si sopla sobre la arena, puede crear al Hombre".

Damos con esto por terminadas estas breves consideraciones sobre los medios de realización de los viajes, y después del génesis del viaje y de su desarrollo, conviene hablar naturalmente del regreso, que, en los escritores franceses, está simbolizado por París.

Hablemos pues de este eterno tema del regreso, y de ese leit-motiv que constituye su expresión: París.

X X X

El Tema del Regreso. - París.

"Tu lo r'verras, Paname..."

(refrán popular, 1914).

París, para muchos escritores, simboliza el regreso. El regreso a lo que se quiere, a todo lo que ha hecho falta, a todo lo que se ha extrañado tanto, allá lejos, en el curso del viaje.

Todos los escritores-viajeros franceses, al encontrarse en las notas de sus viajes más lejanos, han sentido la nostalgia de París que los atraía hacia la vuelta.

Para algunos, París simboliza una mujer, y en el "juego del amor y del viaje", se vio cual era la parte importante de este elemento, espiritual y material a la vez, del amor, sobre el tema de la invitación al viaje.

Si en París se puede ver a una mujer, así lo dice la canción:

"Paris, c'est une blonde,
Paris, reine du monde."

París es mucho más que una mujer, es el "summun" de todo, y naturalmente, de todas las mujeres.

Se habla de "griserie de Paris". Cuando está uno en París, se emborracha en verdad con su encanto, tan polifacético, complejo, difícil de definir.

Lejos de él, la seducción de París se vuelve nostalgia, y empieza el "cafard" que también es muy parisiense.

Escribía yo en otro estudio:

"El cafard es un estado psíquico difícil de determinar, hecho de melancolía y de nostalgia, dulce y gris, tan agradable de resentirse, que se nos mete debajo de la piel, y penetra hasta la médula de los huesos, en esos atardeceres de otoño en París..."

En realidad, lejos de la Ciudad Luz, se resiente "cafard" al pensar en ella; aún estando allí es frecuente experimentar esa curiosa sensación, particularmente en "esos atardeceres de otoño".

Parece que los otoñales cielos grises tienen una facultad especial

para promover el "cajard". Se ha hablado de "ese clima psíquico, espiritual, tan especial, tan peculiar, de los cielos grises"; y en París, en otoño, muy a menudo el cielo es gris.

Francis Carco, enamorado, apasionadamente enamorado de su París, ha escrito un libro que está todo hecho de recuerdos, ¡cuán amargos y dolorosos! de la Ciudad: "Nostalgie de Paris". En ese volumen, del que podrían tomarse tantas bellas citas, sólo quiero recordar aquí lo que dice a propósito de esos cielos grises tan característicos del París otoñal:

"Je songe á ces ciels gris si tendres, si délicats, qu'on éprouvait hier, autant de pénétrante ferveur á les voir, qu'aujourd'hui de résignation á se les rappeler. La lumière éffleure d'une touche légère l'ardent des toits, la corniche d'un palais, la cime d'un arbre, et, dans son jaillissement, l'eau bouillonnante que des nappes de bronze déversent dans les bassins de pierre qui entourent l'Obélisque. Le miroitement du fleuve s'harmonise á celui des pavés, de l'asphalte... Il a plu. Sur la ville, de lentes vapeurs se nouent et se dénouent...."

y concluye:

"Il faisait doux, un vrai temps de Paris, avec des gris dans les nuances qu'on admire chez Corot alors qu'il peignait á Montmartre..."

Agreguemos que en esa obra aparecen constantemente los fantasmas de tres grandes poetas, que también fueron amantes de la Ciudad: Villon, Baudelaire y Verlaine.

De este último son los versos tan significativos en su dolorosa expresión de nostalgia por el paisaje de París:

"Le Point-du-Jour, avec Paris au large,
Des chants, des tirs, les femmes qu'on revait,
La Seine claire et la foule qui fait
Sur ce poème un vague essai de charge...
... Voyez donc
Comme est toujours joli le paysage,
Paris au loin, triste et gai, fol et sage".

Carco se extiende también sobre el encanto de la que llama "heure
 neuve", es decir la del amanecer; yo quiero comparar ese "charme" con
 otro momento de la jornada, en París, "l'heure grise": aquella que empie
 za al atardecer, cuando la noche baja, llena de fiebre, con su perfume
 peculiar de "soir de Paris". Las hojas secas caen suave, musicalmente,
 en lentas y elegantes volteretas, sobre las verdes "pelouses" del "Parc
 Monceau" o de los Jardines del Luxemburgo, en esa "atmósfera grisácea
 que envuelve a la Ciudad de un velo melancólico" (Núñez y Domínguez), y
 mientras el río venerable, el Sena amigo, gris él también, baja lenta
 mente, trazando descansados meandros entre sus riberas grises hacia el
 mar...

Una lluviecita fina, suave, deliciosamente silenciosa, y que hasta
 parece no mojar, empieza a humedecer el aire, cubriendo de gotitas lán
 das como perlas, árboles y flores; mientras, en los grandes edificios,
 caserones grises, empiezan a bajarse las cortinas sobre la velada, "en
 pantoufles autour du feu"; mientras, una sensual melodía de acordeón
 viene llegando de lejos y desgarrá los nervios; mientras, allá lejos,
 detrás de los altos árboles, la gran ciudad empieza a llenarse de puntos
 luminosos: "Soirs de brume et de cafard, lorsque Paris cotoie Paname..."

Con la noche, también empieza la lluvia. Otro gran parisiense, el
 filósofo Amiel, ha notado igualmente la influencia de esos cielos grises
 y húmedos sobre el alma.

Mi compañero Manuel Alcalá lo ha dicho:

"Ha notado Amiel como esos días grises de niebla y lluvia dan un
 tinte de suave meditación al alma, que vive entonces su vida interior;
 son días melancólicos, de tono menor, como la obra de Mozart, como la de
 Garcilazo..."

y ha transcrito un párrafo significativo del "Journal Intime", fe
 chado en Scheveningen, el 22 de agosto de 1873, en el que el pensador

escribe:

"Temps pluvieux. Grisaille générale. Heures favorables au recueillement et à la méditation. J'aime ces journées où l'on reprend langue avec soi-même, et où l'on rentre dans sa vie intérieure. Elles sont paisibles, elles tintent en bémol, et chantent en mine. On n'est que pensée, mais on se sent être, jusqu'au centre. Les sensations elles-mêmes se transforment en reverie..."

Es París bajo la lluvia, del que sigue hablando Carco:

"Un troisième évoquait la Place de la Concorde, la Rue Royale, les Jardins des Tuileries, le Louvre. --Avec une petite pluie de fin septembre, --suggérait-il en connaisseur, juste assez pour noier l'asphalte de reflets, mouiller les toits, lustrer les arbres..."

Escena parisiense: un acogedor "boudoir", lleno aún del perfume de los cabellos anudados y del penetrante olor de un cigarrillo turco. Sobre una mesita estilo Imperio, dos copas de porto y un platillo de galletas rosadas, evocan las palabras de amor que hace un momento se escucharon entre estas cuatro paredes. Por la ventana entreabierta sobre el parque sube un rumor multiforme, en cada uno de cuyos ruidos puede adivinarse una actividad, un rasgo más de la ciudad de mil facetas. En los árboles que empiezan a cubrirse de verde-gris tal los uniformes de la vieja guardia, en el atardecer que desciende lentamente, lanzan sus últimos brinos unos gorriones, también grises, y que, como dice el refrán, "son los reyes de París".

Por la ventana entreabierta penetran también las notas musicales que constituyen el fondo íntimo del alma de París: las janas populares, un vals lleno de sensualidad de la "guinguette" de verdes persianas, bailando en la ribera del Marne o del Sena, en los recodos de los canales, bajo los mil faroles que alumbran el festejo del catorce de julio, allá lejos del centro de la ciudad, en aquel

"doux caboulot
fleuri sous les branches",

que

"est tous les dimanches
plein de populo."

y la "ciudad de la eterna juventud, de la eterna primavera", (Stefan Zweig), la ciudad que "será siempre la más bella del mundo" empieza a adormecerse, mientras "sous les ponts de Paris, lorsque descend la nuit se hospedan humildes "clochards", y el enamorado canta:

"Tant qu'il y aura des étoiles
Sous la voute des cieux,
Dans la nuit sans voiles,
Je serai anoureux".

Pues el amor es inseparable de la Ciudad. De noche se ama, al amanecer también:

"A Paris, quand le jour se lève,
A Paris, dans chaque faubourg,
A vingt ans on fait des rêves.
Tout est couleur d'anour#.

París, ciudad multicolor, se ha dicho; Bernard Lechache escribe: "Paris a ses couleurs; la couleur de ses visages, le bleu de ses nuits, le jaune cru de ses Halles, le lie-de-vin des quais de Bercy, le gris pervenche des toits du Louvre, le vert pas trop vert de ses Champs-Elysées", y todo esto es parte del encanto de París, de esa Ciudad sobre la que "todo se ha dicho", y que se ha "cantado sin cansancio"; porque es "la urbe que ha inspirado más novelas, inventadas por sus habitantes, o transcritas por sus escritores, Ciudad llena de un aire exultante, hecho de espíritu y de voluptuosidad a la vez", según lo ha escrito el profesor Bouchout.

Muchos han sido en verdad los grandes escritores que han elogiado a París. Uno ha hablado de "Los rumores de París". Otra ha descrito "Los perfumes de París". Un tercero, en fin, se ha paseado por "Los jardines de París". Pero todos se han unido para rendir homenaje a esa Ciudad única "que es toda la tierra" y cuya preeminencia es característica.

Paul Valéry se ha preguntado las razones de esta situación privi-

legiada: "Quoi de plus typique que cette attraction puissante et cette impulsion continuelle que Paris exerce comme un centre vital dont le rôle passe de beaucoup celui d'une capitale politique ou d'une ville de première grandeur". Y después de afirmar que: "L'action certaine, visible et constante de Paris, est de compenser par une concentration jalouse et intense les grandes différences régionales et individuelles de la France examina largamente cómo, a través de los siglos, se fué realizando esa concentración.

Al final, el gran poeta y pensador sabe definir en pocas palabras, claras y concretas, esa misión de París frente al mundo:

"C'est une production typique de la France, de la diversité extraordinaire de la France, que cette grande cité à qui toute une grande nation délègue tous ses pouvoirs spirituels, par qui elle fait élaborer les conventions fondamentales en matière de goûts et de mœurs, et qui lui sert d'intermédiaire ou d'interprète, et de représentant à l'égard du reste du monde, -comme elle sert au reste du monde à prendre une connaissance rapide, inexacte et délicate, de l'ensemble de la France".

Tras Valéry, es tal vez Charles Péguy quien ha sabido afirmar de la manera más clara el genio de París, esa Ciudad que es "Panteón y monumento único en el mundo", y cuya misión es fundamentalmente espiritual: "Capital temporal del mundo, Capital intelectual, y Capital espiritual ahora, siempre; Capital espiritual sobre todas las cosas".

Examina entonces el aspecto que toma París para los franceses, y la diferencia tan grande que existe entre ese punto de vista y el de los extranjeros. Para los primeros, "es la ciudad de Francia más francesa; la más profundamente, la más esencialmente, la más auténticamente, la más tradicionalmente francesa". Para el mundo: "la más insoportablemente cosmopolita; una orgía de las naciones; una encrucijada la más banal del mundo; una posada de los pueblos; la más antigua de las babeles modernas.

la más internacional y la única verdaderamente internacionalista, lugar de paso y residencia de los pueblos de la tierra, de todos los pueblos".

Considera también la inmensa variedad que tiene el carácter de París: "Ciudad del mayor orden y del mayor desorden... Ciudad de la tranquilidad... Ciudad la más pagana. La más cristiana. Ciertamente la más católica". Y después de sostener una vez más su rol de Capital del mundo, "Capital de todos: de la lujuria, de la oración, de la fe, de la caridad", concluye afirmando que es, por encima de todo, "Capital de lo más importante: la Capital del pensamiento".

Hablamos hace un momento de los rumores de París. Es interesante recordar aquí que Marcel Proust, en una obra que es tal vez su mejor libro "A la Recherche du Temps Perdu: la Prisonnière", ha trazado una lista, en forma deliciosamente poética, de esos mil ruidos que caracterizan a la gran urbe. Queremos citar aquí dos frases, particularmente significativas, que encontramos, al principio de esos párrafos descriptivos:

"Dehors, des thèmes populaires finement écrits pour des instruments variés, depuis la corne du raccommodeur de porcelaine, ou la trompette du pailleux de chaises, jusqu'à la flûte du chevrier qui paraissait dans un beau jour être un patre de Sicile, orchestraient légèrement l'air natal en une Ouverture pour un Jour de Fête. L'ouïe, ce sens délicieux nous apporte la compagnie de la rue, dont elle nous retrace toutes les lignes, dessine toutes les formes qui y passent, nous en montrant la couleur..."

También de esos mismos sonidos parisienses, encontramos traza en la obra de otro escritor contemporáneo, Jules Romains; en el primer tomo de "Les Hommes de Bonne Volonté", titulado "Le Six Octobre", en unos párrafos que se ha llamado: "Paris à cinq heures du soir", describe el jefe de los unanimistas, la atmósfera tan especial de la gran urbe.

Es un fresco de enormes proporciones, y aparece en esos párrafos

la ciudad; sus calles que se cruzan; sus puentes inclinados sobre el río; las torres de sus iglesias levantadas hacia el cielo; los ruidos se suceden unos a otros; las sirenas de las fábricas, el tintineo de los relojes, el cantar grave de las campanas, los silbatos de los trenes en las estaciones.

Los millones de habitantes de la inmensa Ciudad viven, sufren, se enamoran y mueren en esas mismas páginas tan intensas, y se debaten en una "palpitación que no parecía de un órgano. Ni dilatación, ni contracción".

París, estructura gigantesca, "Palpitait comme un rayonnement de la vie renverse".

Un libro reciente, que mereció el aplauso del público, y especialmente de los enamorados de París, fué, poco tiempo antes de la guerra de 1939, "Les Beaux Quartiers", del poeta y pensador Louis Aragon.

En ese volumen se levanta, de entre sus páginas entreabiertas, el latido del corazón enorme de la Ciudad. Dramas y alegrías, goces y sufrimientos, y particularmente los sueños de París, están dibujados brillantemente en esa obra: "Les rêves de la ville, avec la tombée de la nuit se prolongent et se précisent comme de déchirantes fumées".

Y qué impresionante contraste, hondamente humano; de un lado, los barrios pobres, zonas industriales, esencialmente pobladas de obreros: "Passées de petites entreprises, commencent de longs murs qui enferment les usines... Régions implacables du travail dont les fumées déshonorent leurs perspectives, rabattues, quand le vent s'y met, sur leurs demeures. Del otro lado: "Parages de l'aisance... Reveries très pures... mélancoliques deines de grace; les beaux quartiers". Y sigue la descripción tan poética de la calma que reina en aquellos bellos edificios "bien peignés et beaux, dont les volets de fer laissent passer à leurs fentes supérieures la joie et la chaleur, la sécurité, la richesse..." Es el barrio del Oeste, sereno, apacible. Son "les beaux quartiers" enfin.

Es París, para conducir, que domina sereno, recostado en las curvas de su río, toda la apacible campiña de "Ile-de-France", aquel agro de proporciones perfectas, que describe de manera tan bonita Georges Duhamel:

"Frente a las ventanas de mi cuarto, veo el camino, un camino puerblerino flaco, herido, mal cuidado, huesudo como una yegua de gitanos allá atrás humildes vergeles... el pequeñito ferrocarril, y la gran pradera en la que pastan las vacas. Arriba, el cielo, las nubes, vuelos de palomas que cambian de color, moscas y abejas; enfín, criaturas sorprendentes y cosas extraordinarias".

Pero París está muy cerca: "Le soir, vers le sud, on voit, dans le ciel, une trouble, rougeoyer l'inquiétante lueur de Paris". Y sin embargo, -- allá en la Ciudad, cuántos soñarán con la calma campesina:

"Este es el campo que, desde el fondo de su purgatorio apestoso, el ciudadano puede envidiar y querer, porque es próximo, accesible, prometido..."

Aún cuando el campo tenga sus méritos, París sigue siendo la meta obligada de la nostalgia del viajero que, allá lejos, suspira tras él.

Paul Morand ha dicho que en París está reunido un poco de todo lo atractivo que tiene la tierra, y por lo tanto se puede realizar una pequeña vuelta al mundo sin salir de los muros de Lutecia. Pero existe, -- sin embargo, "el resto del mundo", que está lleno de "gente inútil que no hace na/más que esperar poder venir a París". Y al ingenuo que pregunta: "Entonces ¿No hay nada mejor que París?", contesta sereno unas palabras llenas de precisión a la vez que de sentimiento: "Nada... sino la nostalgia de París".

Todo eso que hace el "charme" de París, produce en el viajero -- como dicho otro escritor-- "un vague-à-l'ame auquel on n'essaye meme pas de résister". Efectivamente el parisiense que está lejos de su ciudad se

entrega a esa nostalgia por su añorada urbe, a la vez que trata de pensar en todo lo que para él representa la Metrópoli del Sena. Bien lo ha dicho Francis Carco:

"Evocaba una calle del barrio, los grandes bulevares, Nuestra Señora, la Isla San Luis, los pequeños bailes de los alrededores de la Bastilla, el canal y sus pesados buques, el Sena y sus trenes de barcos. Me acordaba de una velada bajo la lluvia en un cafetín de las afueras en domingo, o de una mañana llena de sol en el bosque; las primeras hojas muertas en los jardines, una noche de invierno al claro de luna. . . el rumor del bulevar, los castaños y los plátanos cuyas cimas se desmenujan lentamente, la luz lechosa de los focos eléctricos en la neblina del atardecer, los cafés llenos de ruido, las tiendas, la calzada espejeante. . . Cada quien evoca el decorado de su calle, la dulzura del hogar. . ."

Y concluye con una bella frase, algo amarga sin embargo: "De todo esto se desprende un encanto tan grande, que, al saborearlo, se siente como una especie de emborrachadora y dolorosa nostalgia".

Recuerdo una película pintoresca y brillante, en la que el héroe principal, un bandido refugiado en la "Casbah" de Argel, es presa de la más intensa añoranza de París, y su mal se agrava hasta la muerte, en presencia de una mujer en la ^{que} están resumidos todos los encantos de la urbe lejana.

Me refiero a aquella obra de Julien Duvivier que se llamó en francés: "Pépé-le-Moko" ("Argel"), y en la que Jean Gabin encarna la trágica víctima de la nostalgia de París. Cuando Gabý se acerca a Pépé, y éste comprende que la quiere, evocan juntos las maravillas de su patria chica, y sin embargo tan grande. Entre ellos surgen como fantasmas, en la noche argelina, el Arco de Triunfo, la Opera, los Bulevares, los muelles del Sena con sus puestos de libros viejos, la Cúpula del Sagrado Corazón rodeada por las callejuelas del viejo Montmartre bajo la nieve.

la "Place Blanche" con sus luminarias, y al fin, cuando Pégé trata de definir el perfume que emana de Gaby, que lo enloquece de pasión y de deseo, encuentre una sola frase, honda, cargada de significación, y que resume todo su ímpetu hacia la ciudad tan lejana y suspirada; le dice: "Tu sens bon; tu sens le métro".

Aquí el ferrocarril subterráneo adquiere proporciones sentimentales gigantes. Y ese "Métro" es indispensable de su Ciudad. Volvemos a encontrar su presencia en unas impresiones conmovedoras por la sencillez con que están escritas, y sin embargo, tan cargadas de drama; notas muy recientes sobre el París de la derrota, el París ocupado por los Nazis.

Pues no hay que olvidar nunca que si, por tantos años, París fue la Ciudad del placer, "la Capital del lujo^y del vicio" (como decía Péguy) también ha sido y lo ha sabido ser con una dignidad tan grande, tan superior a su ligereza de antes, la Ciudad del heroísmo y del martirio.

París ha sufrido por cuatro años más que ninguna otra ciudad; pues el pueblo de París fue golpeado y torturado sin límites por sus ocupadores.

Y Gavroche, aquel heroico "gamin de París" que encarna el alma de toda una ciudad, tuvo que suspirar por cuatro largos años:

"Ah, qu'il était beau mon village,
Mon Paris, mon beau Paris",

cuando no se veía contra el siniestro muro de las fosas de Vincennes, y expiraba gritando: "¡Viva Francia!".

Como decía André Suarés: "Cette ville sublime est le chant, l'honneur de la France, et son chef-d'oeuvre"; París encarnó de veras el alma de Francia, que sufrió lo indecible y supo ser siempre digna de su pasado glorioso; y París, "su obra maestra", fue siempre, durante toda la ocupación, "gouaillieur, frondeur et courageux".

París fue llorado por todos. Los poetas vertieron lagrimas de -

sangre sobre su martirio. Aragon, que decía que "Paris n'est Paris - en'arrachant ses pavés", haciéndose eco de la gloriosa epopeya que en 1848, en 1870, y durante cuatro años, ultimamente, lució sobre las calles de París, lloraba en versos llenos de pasión, aquel Paris de sus amores, que ahora se había vuelto "Paris de nos malheurs", y suspiraba:

"... Paris du Cours-la-Reine.
Paris des Blancs Manteaux, Paris de Février.
Du Faubourg Saint-Antoine aux coteaux de Suresnes,
Paris plus déchirant qu'un cri de vitrier.
Fuyons cette banlieue atroce où tout commence.
Une aube encore, une aube, et peut-être la vie..."

Pues la liberación no era lejana. Se vislumbraba su aurora triunfal y el poeta, que ya había suspirado:

"C'est Paris ce théâtre d'ombres que je porte,
Mon Paris qu'on ne peut tout-à-fait m'avoir pris,
Pas plus qu'on ne peut prendre à des livres leur or
Que n'aura-t-il fallu pour m'en mettre à la porte?
Arrachez-moi le cœur, vous y verrez Paris",

clamaba ahora:

"Qu'importe que je meure avant que se dessine
Le visage sacré, s'il doit renaître un jour.
Dansons, o mon enfant, dansons la capucine.
Ma patrie est la faim, la misère et l'amour".

Otro gran poeta contemporáneo, desterrado y acogido con fraternal amistad en las riberas del Uruguay, añoraba con desgarramiento de lágrimas y de sangre, su París cuyo recuerdo le hiera en pleno corazón, y tal vez deseaba la ruina, la destrucción de su Lutecia, antes que la humillante ocupación. Jules Supervielle, desde Montevideo, grita:

"O Paris, ville ouverte,
Ainsi qu'une blessure,
Que n'est-tu devenue
Et la campagne verte".

Sobre el drama de París se inclinan sardónicas las miradas enemigas; "nuevos oídos escuchan nuestros antiguos rumores" y botas manchadas de sangre hollan las praderas amadas, mientras --concluye-- en la

ombra:

"S'écoint quelque merveille
 Qui préfère mourir
 Pour ne pas nous trahir
 En demeurant pareille".

Y creo que, para terminar, debo volver a esa evocación del "Métr." a que me refería hace un momento. Rindiendo homenaje a París, pleitesa cariñosa y llena de fervientes votos, quiero transcribir lo que un héroe de la Resistencia, Emmanuel d'Astier, Jefe del Comité de Liberación y hoy Ministro del Gobierno de la República, escribía hace algún tiempo, describiendo a su ciudad amada bajo la ocupación, y contando la lucha secreta por su liberación:

"He visto París, y el cielo... La Concordia, los Campos Elíseos, el Sena. Y París, sentado alrededor como un ángel en penitencia, y todo bien peinado. El aire es más liviano, los árboles más verdes, más vivos, despojados del humo y del ruido, de todos los residuos de una vida burguesa y demasiado rica. El aliento de las máquinas se ha eliminado, su vocerío se ha callado. París se ha vuelto una estatua de sal, brillante y pura, en la que solo se encuentra como un recuerdo la vibración del cielo debajo de los pies, cuando pasa el métrol.. He seguido al Sena, que tiene ahora su apariencia de domingo, entre sus muelles abandonados y vacíos".

Comentaba después la estrecha relación que hay entre París y sus habitantes, y el profundo amor que los une:

"Así como está, el parisiense adora a París. Yo, que regreso de New York y de Londres, reconozco que no hay ninguna otra capital en el mundo en la que exista una intimidad tal entre el sujeto y el objeto. Hoy se aprende a conocer mejor los barrios y sus callejas, que en los tiempos acabados de la velocidad. El oído y el olfato, despojados de tantos ruidos y tantos olores, son sensibles a los rumores y a los perfumes más borrosos..."

y recordaba como ejemplos; "El olor del Sena, del asfalto, de los árboles", para terminar mencionando sobretodo a un rumor especial, característico, que es --repite la misma expresión, leit-motiv afectuoso -- "la vibración del metro, debajo de los pies, en el cruce de las calles".

Por ese rumor, ese perfume, esa atmósfera de París, suspiran todos los escritores-viajeros franceses cuando están lejos; su nostalgia, su añoranza, su sufrimiento, se resumen en una sola palabra: **PARIS!**

X X X X X X X X

MANIFESTACIONES

LITERARIAS DEL

EKOTISMO

A TRAVES DE LOS SIGLOS.

MANIFESTACIONES LITERARIAS DEL EXOTISMO A
TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

Hemos dicho en algún lugar de este trabajo que el exotismo ha existido siempre, -- aún cuando el mayor desarrollo de esta tendencia se haya manifestado en la época moderna, y más todavía en la contemporánea -- , y hemos tratado de desentrañar de él, como elemento principal, una búsqueda del ideal, pues parece representar al hombre huyendo de su ambiente acostumbrado, en persecución de una quimera, que confía o espera encontrar en otro lugar lejano.

Tal vez sea interesante ver como se ha revelado y desarrollado esa tendencia a través de los siglos.

Ya se ha dicho que se trata de un fenómeno bastante complejo, con elementos filosóficos, psicológicos, religiosos, culturales, en lo general muy variados. El hombre desde sus primeras aventuras en este mundo, ha sido un nómada. La historia económica y social nos explica que la humanidad, en las primeras etapas de la civilización, estaba compuesta de pueblos nómadas. Efectivamente, si remontamos con el pensamiento hacia aquellas épocas pretéritas, veremos que las tribus emigraban constantemente en busca de parajes más favorables a su desarrollo. Así concebimos las migraciones primitivas.

Para los hombres de la edad de piedra, la lucha por la vida constituía el primer elemento de importancia: "Primum vivere". Desde luego -- subsistir. Y para ello: comer, dormir, defenderse de los enemigos: algunos eran seres animales, y otros, elementos atmosféricos. Debían entonces preocuparse nuestros antepasados por encontrar un lugar de vida que reuniera determinadas características: suficiente agua en las cercanías; posibilidades abundantes de caza, pesca, agricultura y ganadería; facilidades de abrigo y protección contra los elementos, y los animales a su vez.

De manera que con esa lucha por la vida, surge la aspiración hacia otros horizontes, siempre mejores. Es el génesis y el auge del nomadismo, pues tan pronto como en determinado lugar se agotaban, o simplemente iban disminuyendo y escaseando los elementos necesarios a la subsistencia, se trataba de emigrar en busca de otro lugar en que existieran, y siempre en mayor cuantía, pues -- es obvio decirlo --, con el pasar de los años, y luego de los siglos, la primera célula humana se había desarrollado y multiplicado en proporciones cada vez más grandes y difícilmente concebibles.

Así encontramos en los primerísimos grupos humanos, el origen de esa huida a través del espacio en persecución del ideal. Tal vez en aquellas épocas, ese ideal fuera puramente materialista, y haya consistido únicamente en lograr vivir mejor, o sea haya ofrecido un aspecto muy "terre á terre" dentro de lo humano; pero pronto hemos de ver que ese ideal fué transformándose rápidamente, hasta adquirir caracteres que me permite llamar "idealistas".

Es por ejemplo, -- cuando ya han transcurrido siglos y siglos de la historia de la humanidad --, el pueblo fenicio al que encontramos dedicado a una tarea gigantesca y de muy amplios horizontes: la colonización de las costas del Mediterráneo. Hoy todavía abundan las ciudades y puertos que se vanaglorian de haber sido fundados por aquellos navegantes ilustres, todo a lo largo de las costas no sólo de Asia Menor, sino hasta de Francia, España e Italia.

Sin duda las aguas del Mediterráneo ofrecían bastante seguridad, -- al mismo tiempo que sus innumerables islas facilitaban suficientemente la navegación, y por ello fué posible que, aún contando con medios náuticos escasos y, de manera asombrosa, poco perfeccionados, los fenicios llegaran a recorrer distancias increíbles para su época.

Se ha podido encontrar su influencia, junto con la de los cartagi-

neses y de los griegos, en el establecimiento de nuevos mercados para su floreciente comercio, hasta en las costas occidentales de Europa, y hacia Inglaterra. Han llegado aún a suponer ciertos historiadores que esos mismos habilísimos marinos descubrieran la famosa Tule, por algunos identificada como la actual Islandia.

En el mapa de Herodoto (Siglo V A.C.), ya la cuenca del Mediterráneo está perfectamente delimitada, lo que significa que su exploración estaba ya acabada, en aquella época; además puede tenerse una idea sencilla y clara a la vez de la configuración general de Africa, de Arabia, -- llamada el país del incienso --, y de toda Asia hasta las bocas del río Ganges.

Dos siglos después, Eratóstenes utiliza los mismos datos generales, pero precisa más los contornos del Norte de Europa, incluyendo a Britania, (hoy Inglaterra), y delineando asimismo el sur de Africa y las islas del Océano Indico. Es así como aparece por primera vez Taprobane o Taclobán, hoy Ceylon.

Enfín tendremos que esperar hasta el Siglo III después de Cristo para encontrar en el mapa de Ptolomeo los trazos firmes del Asia actual, con las figuras de la India, de la península de Malaca, los ríos Ganges, Hindus, y hasta el Yang-Tsé. Por otra parte, el Norte de Europa tiene también una fisionomía mucho más precisa, figurando todos los países escandinavos, y aun ciertas islas y penínsulas del continente ártico.

Sin duda en toda esa época continuaron a realizarse grandes viajes de descubrimiento y luego de exploración de las nuevas tierras.

Atenas funda su imperio marítimo, y llegan sus naves a los bordes más lejanos del Mediterráneo, llevando los beneficios de su cultura hasta las islas de la Magna Grecia; -- todavía hoy en el Sur de Italia : en Sicilia, por una parte, en la Provenza francesa (Marsella y Niza) y en las costas españolas (Sagunto) por otra, se puede relevar, a través

de gloriosas ruinas, el paso de los marinos helénicos hace veinticinco siglos.

Alejandro Magno, al llevar sus tropas victoriosas hasta el corazón de la India, tres siglos antes de Cristo, junta por primera vez el mundo occidental con el oriente asiático. Si desde el año 2000 antes de Cristo los fenicios habían contornado la cuenca mediterránea y mil años después los griegos luchaban para quitarles esa supremacía en la navegación y en el comercio con lejanas tierras, ya a partir del año 800, en que se funda Cartago, los romanos empezaron a pelear ellos también por la dominación política y económica del mundo antiguo.

Tras las legiones victoriosas, largas caravanas comerciales empiezan a recorrer aquellas "vías", verdaderos nodos de construcción y depolítica de caminos, a través de Europa, Asia y el Norte de Africa. Junto con las carreteras, puentes y acueductos hablan todavía hoy de los ingenieros y arquitectos romanos.

La invasión bárbara derrumba el Imperio romano, en el Siglo V. después de Cristo. Pero el exotismo no padece mucho por ese momentáneo eclipse. Pronto un nuevo pueblo aparece en la escena, y también realiza viajes muy extensos en busca de nuevos horizontes, más amplios y sonantes: el pueblo árabe. Empezando por someter a todo el Asia Menor, esos hábiles guerreros abrían también las puertas a sus mercaderes, y luego a sus sabios y a sus artistas. La España morisca es un ejemplo de la civilización que esos musulmanes trajeron a Europa.

Los occidentales, sin embargo, no iban a dejar tranquilos a los árabes en su afán de expansión. En 732, Carlos Martel derrota en Poitiers a sus vanguardias, poniendo así un alto, en pleno suelo francés, a las cohortas de Oriente.

Pocos años después el primer Emperador francés de poderío continental, Carlos Magno, libra batallas que asumieron caracteres legendarios.

en los cerros pirenaicos, a esos mismos sarracenos.

Demasiado conocida es una obra que evoca esos fastos, y en la que ya podemos encontrar ciertos rasgos de exotismo, muy rudimentarios pero ya positivamente interesantes, en la descripción por ejemplo de los trajes, vestidos y armas de los soldados, de la vida en sus cuarteles y fortalezas, en fin en la evocación de los paisajes de Oriente por los árabes moribundos. No falta tampoco el sentido poético, en ese monumentaliterario nacional francés, que es la "Chanson de Roland".

Si la forma actual del poema data de la segunda mitad del Siglo XI, sin duda fué compuesto muchos decenios antes. Y su mérito principal es cierta sencillez que responde a los caracteres de aquella época, junto con los sentimientos de honor y de amor a la patria, aquella "douce France" por la que sus héroes se sacrifican, todo lo cual contribuye a hacer de "La Canción" un poema nacional galo.

Para los fines del presente trabajo vamos a tratar de citar solamente de una manera rápida y forzosamente incompleta, algunas notas de exotismo que se encuentran en esa obra,

Al principio, por ejemplo, se traza muy brevemente, pero de manera evocadora, la escena en que Marsilio, rey de Zaragoza, ("única ciudad de España, sobre una colina, que todavía resistía al rey Carlos, el gran Emperador"), se reúne con sus consejeros, "acostado en un patio de mármol azul, a la sombra de los vergeles", y rodeado por "más de veinte mil hombres". No falta el esplendor tradicional de los soberanos de Oriente: "Hizo traer diez mulitas blancas, cuyos adornos eran de oro y las sillas de plata cubiertas". Más adelante, después de la toma de Córdoba aparecerá "un gran botín, muy grande, y muy rico en oro, plata, y riquísimas armaduras". En fin cuando Blancardín, mensajero de Marsilio, llega ante Carlomagno, le ofrece, con tal que vuelva a Galia, inmensas riquezas: "osos, leones, lebreles encadenados, setecientos camellos, mil

adornos completos de oro y de plata, cuatrocientas mulas y cincuenta carros llenos de oro hasta no poder más..." También al hablar del premio que recibió Ganelón por su traición, recuerda el cronista que había -- "grandes regalos, oro y plata, sedas y telas de gran valor, mulas y caballos, y camellos y leones..."

No faltan tampoco los detalles realistas para pintar con los rasgos más impresionantes los jefes de los sarracenos, por ejemplo el rey Marsilio a quien Rolando corta la mano derecha, o el Califa, ~~un~~ tío, -- "jefe de la raza negra, de nariz enorme y de orejas muy anchas" y quien sigue por "cincuenta mil salvajes de su compañía" ataca a los franceses para exterminarlos. Así muere Oliverio, valiente caballero y fiel -- amigo de Rolando, quien también siente llegar su última hora.

Aquí viene otra evocación geográfica, cuando el último Par de Francia quiere quebrar su maravillosa espada Durandal para que no caiga en las manos de algún infiel:

"Mieux vaut mourir qu'aux païens la laisser.
Daigne Dieu père n'en laisser honnir France".

Recuerda entonces la larga serie de guerras de conquista en las -- que ella le acompañó, después que Carlomagno se la había regalado. Dice el héroe: "Así he conquistado para él Anjù y Bretaña, Poitù y Maine, -- Normandía y Provenza y Aquitania", todas regiones de Francia; pero también ha viajado por países más lejanos, en Italia ("Et Lombardie et -- toute la Romagne"), en Europa Central: Bavaria, Bulgaria y Polonia; y ha llegado hasta Oriente, hasta aquella Constantinopla "en que tantos -- homenajes recibí", y en fin los países del Norte: Escocia, Gales, Irlanda, "y todas las tierras que tiene Carlos, aquel de la lengua barba -- blanca". Así muere Rolando y aquí interviene una vez más entre los demás aspectos reales de la epopeya, el factor constituido por lo -- -- "merveilleux chrétien", es decir la leyenda: los ángeles del cielo bajan para llevar al paraíso el alma del conde; con ellos aparecen en el poé-

na San Rafael, San Miguel y San Gabriel Arcángel.

Sigue el relato de un nuevo combate entre Carlomagno, que vuelve de España después de haber derrotado a las tropas de Marsilio y vengado así a su sobrino, y los veinte mil soldados del Emir, que también son vencidos, y termina el poema con una indicación de futuras conquistas del Emperador, cuando San Gabriel le dice en un sueño: "Irás a la tierra de Bire (hoy identificada como Libia) y auxiliarás al Rey Vivien" - que, según una vieja crónica danesa, sería en realidad el rey Iwen, a quien Carlomagno había ayudado en sus combates.

Algún tiempo después, todos los occidentales se levantarán, unidos en un solo bloque, contra los musulmanes, y llegarán hasta el Asia Menor en un afán religioso de altísimos vuelos.

Con las Cruzadas los europeos obtienen una revancha sobre los orientales: ahora son ellos los que llevan la guerra hasta sus hogares, y hasta Tierra Santa, a la que quieren librar de infieles.

Al hacer una pausa en este recorrido ultra-rápido a través de la historia de la humanidad, conviene hablar, aún cuando brevemente, de algunas obras literarias de la antigüedad, en las que se encuentran las primeras manifestaciones de exotismo.

Antes que nada, debe hablarse aquí del primer libro, del libro por excelencia: la Biblia.

El pueblo judío ha sido sin duda, a través de la historia, el que más ha viajado. Su tradición de "errante" se ha visto confirmada demasiadas veces y probablemente habría preferido, si se le hubiera dejado escoger, arraigarse y permanecer en determinadas regiones. Pero su destino le ha hecho, desde hace muchísimos siglos, un pueblo perseguido, y tuvo que huir ante todas las invasiones, las opresiones y las expulsiones, buscando siempre un nuevo hogar que aún no ha encontrado.

Hasta en la actualidad, si Palestina representa para algunos cien-

tos de miles de judíos, y especialmente para los más perseguidos y atormentados, que son los de Europa Central en fuga ante las huestes nazi-fascistas, un refugio lleno de paz y de esperanza para el porvenir, está lejos de constituir la solución al que se ha dado en llamar "problema hebreo", es decir a la acomodación en un solo territorio de los - aproximadamente quince millones de israelitas diseminados en todo el mundo.

Evidentemente, no se trata aquí de examinar a fondo la situación - en verdad trágica de esas decenas y decenas de miles de refugiados, de los que hablamos al principio de este trabajo, al referirnos a los que - atendían la invitación al viaje impulsados por la necesidad de subsistir, a los viajeros forzados que huían de la muerte, fustigados por aquellas palabras bíblicas llenas de amargura y de crueldad: "Habitarás en casas que no habrás construido", amenaza misteriosa que la historia se ha encargado de realizar a expensas del pueblo elegido.

Aquí queremos poner de relieve cómo, en esa misma Biblia, hay páginas llenas de poesía y dedicadas a comentar los encantos de uno u otro paisaje. Además encontramos elogios al viaje, aún en ese libro en el - que se ha dicho está contenida la quintaesencia de todo lo humano.

Entre todos, el viaje por excelencia es sin duda el "Exodo", es decir la fuga de los hebreos de Egipto, guiados por Moisés, y su paso por el Mar Rojo. Bellas también son las páginas en que se cuenta, al final del "Deuteronomio", la visión que tuvo de la "tierra prometida" Moisés, antes de morir sobre el monte Nebo. Pero en general en toda la Biblia - abundan los relatos de viaje, vivas e interesantes descripciones de los recorridos por el Oriente, en aquellas primerísimas centurias de nuestra humanidad.

Recordemos como simples ejemplos, el viaje de los hermanos de José a Egipto, las guerras de conquista y exploración hechas por los hebreos

conducidos por los Jueces, y luego los reyes de Judá y de Israel, por todo el Asia Menor, el exilio en Asiria y Babilonia, en fin las lamentaciones de Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén destruida por los romanos, ya en plena época histórica.

Después de los judíos, en la célebre obra de un rapsoda griego, figura la muy pormenorizada descripción de un viaje maravilloso, en el que la realidad geográfica se mezcla con la mitología. Es Homero, quien cuenta la "Odisea", palabra que es hoy sinónimo de viaje aventurero, y que entonces significaba solamente el viaje de Ulises, en griego Odiseus

Prisionero de la ninfa Calipso en la isla de Ogigia, el pobre rey de Itaca suspira por su compañera ausente, la fiel Penélope quien, en su lejano dominio, hace esfuerzos sobrehumanos para desairar a sus muchos pretendientes, mientras el niño Telémaco asiste sin poder hacer nada a aquellas tentativas de traición a su padre, el rey ausente.

Se nos narra después el viaje de Telémaco a Piles y a Esparta, en busca de auxilio para libertar a su padre, al amparo de la bondadosa Atena, es decir Minerva.

Después de asistir a una reunión de los dioses en el Olimpo, nos transportamos a la prisión de Ulises, liberado en fin por la intervención de Herón, y que empieza su viaje.

Con éste, comienzan también las penalidades. Una tempestad provocada por Poseidón destruye su barco, y el viajero se salva milagrosamente sólo por la mediación de los dioses. Llega entonces al estuario de un río, en el que encuentra a la bella Nausicaa, hija del rey Alcinoos, quien lo hospeda y le promete ayuda. En la velada Ulises cuenta sus aventuras, después de la guerra de Troya; su visita en la Isla de Circe, su huida de los brazos tentadores de las sirenas, y en fin su llegada a la isla de Calipso, de donde ya sabemos como se fugó. Aquí concluye su relato, y se embarca nuevamente para llegar en fin a su querida Itaca.

Recordemos aquí como particularmente interesantes aquellos versos del libro XII en que Circe aconseja a Ulises acerca de cómo debe pasar los peligros de Caribdis y Escila, y huir de las sirenas, las que sin embargo le encantaron muy peligrosamente después, y de las que logró escapar sólo haciéndose amarrar al mastil de su barco, y llenando de cera los oídos de sus compañeros de viaje.

Para nosotros es muy interesante esa insistencia de Homero sobre la atracción del cantar de las sirenas que seducen al viajero. Ya me permití explicar porqué es éste en mi opinión el mejor símbolo de la invitación al viaje.

Recordemos aquí unas frases de Rubén Darío, en "Los Raros", en que, después de contar:

"Oímos el canto que rememora el naufragio de los que, atraídos por las fascinantes sirenas, hallaron la muerte bajo la tempestad, cerca de los archipiélagos cuyos bosques exhalan vagas sinfonías y perfumes cargados de languideces infinitas"

cita unos versos de Edouard Dubus, muy bellos, sobre el particular:

"C'était le chant suave et mortel des sirènes,
qui avançaient, avec d'ineffables lenteurs,
les bras en lyre et les regards fascinateurs,
dans les rales du vent divinement sereines..."

También podemos citar aquellas palabras del mismo Ulises, cuando se le pregunta: "Y tú ¿quién eres entre los hombres?", y contesta: "No me gustaban las labores tranquilas ni los cuidados del interior que forman la familia perfecta; mi único gozo estaba en los barcos y los viajes."

Mencionamos en fin, como eventos históricos antiguos que también pueden interpretarse como manifestaciones de la invitación al viaje, los relatos de las conquistas fenicias transcritos por Herodoto, y la expedición de Jasón a las minas de Cólquida, en busca de los famosos vellocinos de oro.

Los romanos no podían quedarse atrás y, en su epopeya nacional, la Eneida, el máximo cantor latino, Virgilio, también sabe describir un

viaje, el recorrido que era al mismo tiempo una misión de los dioses: el de Eneas, el héroe fundador de Roma:

Sabido es cómo, ya enfermo, el rapsoda quiso efectuar a pesar de todo el gran viaje que había proyectado hacia Grecia y el Oriente, para ver con sus propios ojos los paisajes que --miraje de exotismo-- ya había cantado en sus obras: Fue al regresar a Brindisi que murió Virgilio en el año 19 A.C.

Supo el poeta describir hasta lo que no había visto, inspirado por su prodigiosa imaginación, y la sensibilidad sin par de su genio:

De la leyenda que sirve de base a su cantar, extrajo toda la epopeya del pueblo romano, y llegó hasta a prever su historia futura, cantando los destinos de Roma, el porvenir de su imperio, y el triunfo de Augusto.

Recordemos en la "Eneida" la descripción de la tempestad que tiró a Eneas y a su flota sobre las costas de Africa, donde es acogido por Dido, fundadora de Cartago: Luego en el Libro III, los largos párrafos dedicados por completo a la evocación y la descripción de las islas griegas y al recorrido de Eneas después de la destrucción de Troya. Todas esas partes de la obra virgiliana recuerdan mucho, es verdad, a la "Odisea", pero el mérito principal del poeta romano es de haber dado caracteres esencialmente clásicos a su libro, mientras que la poesía homérica parece más sencilla y popular:

Más de un siglo después de Virgilio, encontramos nuevamente una tendencia exótica en las descripciones que hace Tácito de Germania. Con un sentido profético interesante, ha sabido notar este autor que el principal enemigo de Roma vendría de las tierras brumosas del Norte del Rhin, y, para poner en guardia a su pueblo contra ese peligro, describió determinadamente la situación geográfica del país; hablando también de sus habitantes, de sus costumbres y leyes: habla de las instituciones,

de la importancia de la actuación de la mujer en el seno de esas razas salvajes, y evoca muy ampliamente los paisajes renanos que ciento cincuenta años antes Julio César también había descrito.

En la literatura latina existe otra obra importante en que se revela la atracción por lo exótico. En "De Bello Gallico", el gran capitán, constructor y organizador, que también supo ser hábil escritor, habla de paisajes dignos de evocarse con palabras poéticas y suspiros de nostalgia.

Sin embargo César, se ha dicho, escribía sólo como hacía la guerra, y en verdad su estilo claro y sencillo, de una precisión esencialmente latina, es digno de un gran general.

Junto a la descripción muy breve, pero suficiente, de Galia, en el capítulo I, hay los informes sobre las batallas en aquel suelo, siempre llenos de datos geográficos precisos; más adelante, a propósito de la guerra con los germanos, hay algunos apuntes interesantes sobre el paisaje de las riberas del Rhín, y luego, cuando la invasión de Inglaterra de las costas del Canal.

Fué ése el primer contacto de la aún misteriosa Britannia envuelta en perpetuas brumas, con las viejas poblaciones del Continente, y pronto en pleno suelo insular debía elevarse la gran muralla que marcaba los confines del Imperio de Roma.

Recordemos las notas sobre Inglaterra en los capítulos XII a XIV del Libro V, y en el VI las impresiones de César sobre las costumbres de los galos y particularmente su religión.

Vemos pues que también entre los escritores romanos abundan las notas de tendencia al exotismo.

Debe mencionarse aquí, antes de terminar, que en otros historiadores del Imperio, el paduán Tito-Livio, figuran igualmente algunos puntos descriptivos, en los que la sensibilidad del escritor puede manifestar

se ampliamente, como, por ejemplo, cuando habla del paso de los Alpes - por el ejército de Aníbal.

Es curioso observar en fin que si la invitación al viaje ha sido sentida por los romanos, ^{no} han faltado tampoco escritores que criticaran esa tendencia al cambio de horizontes.

Después de Lucrecio y de Horacio que cantaban los dioses del hogar y la majestad de su augusta patria, y que promovían un solo viaje, aquel del campo en que, ("feliz aquel que se retira del mundo"), encontrará la tranquilidad el ciudadano fatigado por la agitación urbana, en el filósofo Séneca podemos encontrar unas frases de fina sátira contra la manía de los viajes, que ya se dejaba sentir en su época.

Empieza diciendo que "nunca un cambio de clima ha aprovecha a nadie" y pregunta: "¿Qué un viaje ha calmado la sed de placeres, puesto un freno a las envidias, sanado los nervios, librado el alma de uno sólo de sus males, vuelto a traer la razón, eliminado el error?". Pero, reconoce, esa tendencia consiste en que "como el niño admira lo que nunca ha visto" existe en los viajes "cierta atracción hacia la novedad que es cautiva", y bien ha sabido definir ese gusto por ellos que siempre va aumentando, ese frenesí que recrudece a medida que se va satisfaciendo el deseo, y en fin, el primero tal vez en la literatura, encontró algo en firme en la pasión por los viajes.

Eice: "La inconstancia del espíritu, entonces más enfermo que nunca, se irrita más aún y, por causa del mismo cambio de lugar, adquiere más movilidad, y mayor inclinación por el vagar".

Recordemos para terminar que si la "pax romana" se extendía hacia occidente sólo hasta aquellas "columnas de Hércules" sobre las que florecía tal una nube resplandeciente en el cielo, por más de quince siglos. El lema "nec plus ultra", el gobierno republicano de la ciudad eterna. Luego el Imperio que fundara César, habían promovido siempre expedicio-

nes de conquista hacia lejanas tierras, y la exploración del Norte de África por ejemplo, gozó de particular cuidado por parte de los generales romanos.

Las guerras púnicas empezaron tres siglos antes de Cristo, pero no debe olvidarse la larga serie de guerras en Macedonia, en Siria y en España; los combates continuos con los germanos, primero bajo Julio César y luego cuando reinaba Tiberio; y en fin las expediciones de Tito y Vespasiano a Palestina, que provocaron la primera "diáspora" histórica del pueblo judío, cuarenta años después de la muerte de Cristo.

Al comenzar el siglo V, en la costa norte de Túnez, existía todavía un floreciente pueblo romano, Hippona, donde viviera San Agustín. Y esta tierra africana hollada por las legiones de Mario en las guerras yugurtinas, evocada por Salustio, "ingenio romano aburrido en su consulado de Africa" --como escribe un autor español contemporáneo (1) -- se conservó igual, o casi, a través de los siglos.

Bien pudo Escipión, genio bélico sin par, tratar de destruir aquella inmensa Cartago de la que ordenaba Catón no quedara ni una sola piedra; hoy todavía permanecen de pie muchos vestigios de la antigua e ilustre urbe, en cuyo territorio se creó una colonia, en la época de la dictadura de Julio César, sobre las ruinas de la villa fenicia de Hippo Barytos, o Diarrhytos.

La denominación romana se prolongó en Africa por más de siete siglos, y fué seguida por la bizantina que de hecho continuó la tarea colonizadora empezada por los procónsules en aquella provincia bizacena que llegó a su apogeo en los tiempos de Antoninos y Severos y "cuyos frontones de los templos siguen rindiendo homenaje al pío Marco-Aurelio".

(1) - NOTA:

Se trata del señor Félix Samper y Cabello, en su obra "Historia de la Península en el Mediterráneo", de la que hemos tomado algunos de los datos arriba transcritos.

Pasaron los siglos. Con el movimiento hacia oriente, impulsado por poderosos móviles religiosos, que constituyó las "Cruzadas", surgen nuevamente, en Francia esta vez, los escritores-viajeros. Los reyes y los grandes señores iban a guerrear en aquellas lejanas tierras.-- Recordemos al místico rey San Luis atacado por el cólera en las ruinas de Cartago.-- Con ellos nunca faltaban los obsequiosos cronistas. El Oriente empieza a estar de moda. Junto a los hechos de armas de los paladines de la fe cristiana, figuran en esos relatos también las descripciones de horizontes desconocidos, de países encantados; aparece ya toda la atracción de esos rincones de leyenda, de los jardines de Sheherazada, de esas tierras de las mil y una noches, en las que desde luego se revela cierta voluptuosidad. Es ésta una "volupté" muy francesa, con tintes de melancolía ya algo romántica, y que un crítico ha calificado de "principal encanto del exotismo".

Entre los cronistas franceses víctimas de la enfermedad del viaje, en esa época de las Cruzadas, se destacan Villehardouin, Froissart, y Commines.

El primero era, en 1191, mariscal de Champaña, antes de salir para participar en la cuarta cruzada, en la tuvo destacada actuación. Negoció con Venecia el transporte de las tropas y, después de asistir a la toma de Constantinopla y a la fundación del Imperio de Oriente, se retiró en su castillo de Messinopla, en Tracia. Nombrado mariscal de Rumanía, escribió sus "Memorias" y su notable "Conquista de Constantinopla", y murió lejos de su patria en 1213. Hábil diplomático y valiente caballero, ha sabido demostrar también interesantes dotes de escritor.

En su segundo libro encontramos unos cuadros trazados de manera rápida pero precisa, y si su estilo sencillo parece un poco duro, en él también encontramos varias pinceladas breves que hablan en favor de este gran viajero-escritor del Siglo XII.

Así por ejemplo son conocidas sus páginas sobre el paisaje y luego la toma de la antigua Bizancio; su evocación de Venecia en toda la pompa de su majestuosa dominación en Oriente, la que también se recuerda cuando Villehardouin cuenta como el Dux Dándolo, ciego, toma la cruz en la Catedral de San Marcos, después de haber concedido a los Cruzados parte de la flota de la Serenísima; en fin, en las últimas páginas de la obra, el panorama de los cerros de Tracia que el autor contempla desde su castillo.

En las "Crónicas" de Froissart encontramos algunas descripciones de Escocia, Italia y Flandes, por las que viajó el historiador de la Reina de Inglaterra. Aquí también debe observarse, como para el precedente escritor, y en general para todos los de aquella época, que el exotismo, en ellos, empieza apenas a manifestarse; de manera que son toques muy rápidos, indicados brevemente, pero que de todos modos denotan en los autores la presencia de esa tendencia a poner de relieve, ante su público de lectores esencialmente franceses, la atracción que sobre ellos ejercían los países lejanos y desconocidos.

Recordemos en el "Segundo Libro" la evocación de la rebelión de Wat Tyler, en Inglaterra (1381), y las luchas en Flandes, un año después; y en el "Cuarto Libro" los recuerdos del último viaje de Froissart en Inglaterra, alrededor de 1400.

Felipe de Commines era un noble flamenco que fué consejero del rey Luis XI y luego diplomático de Carlos VIII en Italia. Sus memorias, que acaban con la coronación de Luis XII, en 1498, contienen muchas partes interesantes, en las que aparece el recuerdo de los numerosos viajes que hizo, sobretodo en Italia, el autor.

Recordemos entre todas, las páginas que describen la entrada de Carlos VIII en Nápoles, bella evocación del paisaje encantador de la bahía partenopea y de las grutas de Capri, en el "Libro Séptimo", y

en general el "Octavo", en el que sigue contando los viajes del Rey a través de la península itálica.

X X X

Llegamos así a la Era de las Exploraciones.

Asistimos a un gigantesco movimiento de masas hacia nuevos mundos. Empiezan los grandes viajes, de descubrimiento primero, luego de exploración, de conquista, de colonización. Esa nueva era comienza propiamente con el siglo XV y llegará hasta fines del XVII.

Podemos tal vez delimitar tres impulsos principales entre los que motivaron esos fenómenos de migración.

1).- El factor económico.- A través de toda la historia, -- en parte ya lo vimos en la antigüedad --, la búsqueda de nuevas rutas para la importación de productos de lejanas tierras, a la par que el establecimiento de nuevos centros de venta de las mercancías de determinados países, influyeron muchísimo en la prosecución de los grandes viajes. Ya en la Edad Media, abundan los viajeros que transitan por todos los continentes en misiones de índole comercial. Dignos de particular mención son los venecianos, entre los que el más famoso es aquel Marco Polo, autor de "El Millón", que aportó a Europa el conocimiento de China ("Catay") y del Japón ("Cipango"), y cuyos viajes tanto contribuyeron al desarrollo del imperio veneciano.

Hagamos aquí una breve digresión para señalar que en todos esos siglos el predominio comercial de Venecia en el mundo conocido era importantísimo. Si por una parte las cartas de sus embajadores ante todos los grandes soberanos de la tierra constituyen hoy todavía preciosos documentos de gran valor histórico, los relatos de sus comerciantes y marinos no son menos apreciados para el mejor conocimiento de la tierra en aquellas épocas.

Se ha dicho que Venecia fué rica y poderosa porque supo explotar

de manera racional las riquezas de Oriente. Y esto fué cierto, por doce largos siglos en que la historia nos cuenta cómo la ciudad patricia dominó los mares y las tierras lejanas. Desde el Siglo V, a partir de su fundación, Venecia empezó a ser el ama del Adriático. A fines del Siglo XIV y a principios del XV, su poderío se extendía por todo el Mediterráneo, y llegaba a tener influencia hasta en Egipto. Creta y Corfú, Chipre y Morea ostentaban sobre sus tierras la bandera del León de San Marcos; El viajero Polo llevaba el nombre de su patria hasta los confines del mundo conocido, e iba aún más adelante, explorando tierras nuevas "ad majorem Venetiae gloriam" podríamos decir, parafraseando la célebre máxima cristiana.

Recordemos aquí aquellos tiempos en que el dulce dialecto veneciano reinaba en todo el Oriente. Desde las islitas llenas de rosas de la costa dálmata, hasta los viñedos griegos o las playas asiáticas, aquella lengua que ilustró Goldoni, se hablaba en todas partes; y todavía hoy es frecuente encontrar en los puertos de Levante algunos viejos pescadores que murmuran palabras algo misteriosas para el viajero anglosajón, pero que resultan ser simplemente vocablos venecianos.

Ya en el Renacimiento, el poderío de la República adriática empezó a declinar. Surgía en Oriente un nuevo peligro: el dominio de turcos y árabes. Primero con tratados y alianzas, luego con peleas y combates, trató la Serenísima de eliminar a esos competidores amenazantes, pero su destino ya estaba sellado y cuando el descubrimiento de América llamó la atención de Occidente sobre todas aquellas inmensas tierras de riqueza ignorada y que la imaginación hacía fabulosa, Venecia pasó a ser una potencia de segundo orden.--(1)

(1).- NOTA:

El recuerdo de la gloria de Venecia ha de perdurar, sin embargo, y sin duda mucho contribuyeron a ello todos aquellos escritores, particularmente del siglo pasado, que, desde Byron y-

Al lado de Venecia, en toda la Edad Media, a menudo competidora - triunfante, siempre acérrima rival, está otra República que se le parece, tanto en su organización como en sus fines; la de Génova. El mismo don Luis de Góngora se interesó en escribir una historia de "La Real - Grandeza de la Serenísima República de Génova", y muchos estudiosos se han dedicado a la investigación del desarrollo del comercio de la ciudad marítima con el mundo medieval:

Debíamos por lo tanto citar aquí también este factor de influencia - sobre el desarrollo del exotismo.

Recordemos que el imperio colonial de Génova llegó un día hasta - Crimea y Palestina, pero las relaciones de la "Porta Sovrana" con los - turcos, los húngaros, los polacos por una parte, y los persas, hindúes - y hasta los emperadores chinos por otra, se fomentan constantemente, es - calonadas a lo largo de siglos y siglos de la historia.

También sabemos de la brillante participación genovesa en las Cru - zadas, empozando así su larga acción en contra de las flotas musulmanas - a las que la marina de Génova logró poco a poco ir sacando de su "Mare - Nostrum", mientras, poco después, contaba con un barrio todo suyo en -

(1).-NOTA: (Sigue)

Robert Browning (que murió allí) a Musset y Jorge Sand (que en la ciudad se amaron, para odiarse luego también en ella) quisieron de verdad, como también algunos músicos (entre ellos el gran Wagner que vivió igualmente sus últimos instantes en el Palacio Vendramin-Calergi), a la ciudad dormida sobre suscanales. Pues muchos - han sido los poetas que se enamoraron de la urbe acuática, y mu - chos los que la han cantado en sus obras. De algunos hemos de ha - blar en este trabajo.

Aquí baste señalar la presencia de los mirajes de Venecia en la literatura contemporánea. Se ha dicho que aquellos barquitos - levemente encorvados, decorados de seda y de cobre adornados, o - sea "le gondole", constituyen el elemento constante y obligatorio de todos los paisajes de Venecia.

El que esto escribe pasó sus primeros años allí. Se me discul - pará pues si no puedo seguir aquí sin recordar el murmullo poético del agua en los canales, suave música de cristal que clapotea so - bre las escalinatas de marmol que descienden de todos los palacio - tes del "Canal Grande" hasta dentro del agua; quiero evocar tam - bién el misterio de aquellas casonas señoriales tan característi - cas en su estilo arquitectural que a menudo recuerdan las mezquitas

Constantinopla, y tenía establecidas importantes colonias en las islas griegas del Mediterráneo oriental, siempre luchando con los venecianos por su control, e intervenía en fin en el reino de Jerusalén, en la guerra entre egipcios y tártaros.

Subiendo hacia el Norte, veremos que las colonias genovesas en Crimea eran las más poderosas y ricas, pues también en Kiev residían algunos comerciantes, y en fin que el Gran Khan de los Tártaros les otorgaba su protección en todo su territorio.

Debe mencionarse en fin la presencia en la urbe genoana, durante toda esa época, de una fuerte colonia judía de origen español, o sea compuesta de "sefardim", entre la que se destacaban numerosos grandes comerciantes que impulsaban los viajes hacia el Oriente. Al igual que en Venecia, los judíos participaron en la extensión del dominio territorial de la República financiando expediciones de exploración y conquista, y, uno entre todos, la historia recuerda el nombre de un hebreo genovés que dió al mundo un nuevo continente.

Ya en 1291 los hermanos Vivaldi se habían aventurado a lo largo de las costas de Africa, en el Atlántico, llegando hasta Gozora, en pleno

(1).- NOTA: (Sigue)

tas de Oriente; todo eso es parte del miraje de Venecia, aquella ciudad para la que la palabra "estupenda" no es exagerada; aquella ciudad en que los trajes típicos de sus gentes ponen notas de colores brillantes sobre los muros verdosos de humedad o en las plazuelas que alumbran todavía faros medievales: las muchachas envueltas en sus chales negros o amarillos con franjas de colores vistosos, tal mantones chinos, o rebazos mexicanos; los pescadores de sombrero bien plantado y de ancha faja a la cintura.

Parte del miraje de Venecia es también la atmósfera de sus fiestas que libros y cuadros famosos han immortalizado. Entre todas está el Carnaval, del que encontramos algunos recuerdos vagos que se transparentan cual filigrana en las páginas de las "Memorias" de un ilustre veneciano: Giacomo Casanova; y también el célebre Guardi ha pintado el Carnaval de Venecia, al que después se puso música; dura atractiva, llena de misterio, de sensualidad y de belleza; característica de las noches de carnaval, en los "ridotti" o en el "veglione".

Tras el baile, las parejas enlazadas bajan hacia el agua. En el pequeño embarcadero de la casaca antigua, les espera la góndola acogedora en la que, bajo el amparo de la oscuridad que sólo

continente negro, y luego desaparecieron en ese mar océano que querían atravesar, en su afán de encontrar el camino hacia las Indias. Poco después, Malocello, otro hábil marino genevés, llega a posesionarse de una de las Canarias, adelantando siempre más en el camino que más tarde recorrerá triunfalmente Cristóbal Colón.

Muy importante fué pues el factor económico, y principalmente el desarrollo del comercio con el Oriente, en la impulsión a los viajes en la Edad Media.- Vamos a considerar el segundo punto.

2).- El factor religioso.- Ya hemos hablado del afán de proselitismo que movió a algunos hugonotes perseguidos en Europa a venir a fundar en América las primeras colonias, y evocado también el nombre de un barco cuya misión histórica iba a ser considerada algunos siglos después como de las fundamentales en la evolución de la civilización humana: el "Mayflower". Pero algunos siglos antes, ese mismo afán religioso de conquistar nuevos mundos para la fe, había movido a algunos grandes viajeros que realizaron inmensos recorridos: se conoce por ejemplo el caso de un rabí español, Benjamín de Tudela, que viajó por todo el Asia Menor, llegando hasta la India; y el del misionero holandés Gui-

1).- NOTA: (Sigue)

alumbran las estrellas relucientes en el dulce cielo veneciano, el caballero podrá levantar tíernamente la máscara de su pareja, y quitar así en parte el velo de misterio que redeaba su personalidad. Y seguramente, al cantar de una lenta y dulzona "barcarola" que tararea el gondolero, se irá hacia el Lido, para asistir al espectáculo maravilloso de la aurora, una góndola más que lleva una pareja más.

Recordemos en fin aquella fiesta histórica del "Sposalizio-di Venezia col Mare", que duró hasta fines del Siglo XVIII, y en la que, el día de la Ascensión, el Doge, ataviado de sus más ricas vestiduras, tiraba al agua, desde la borda del lujoso "Bucintoro" el anillo que simbolizaba el casamiento de la ciudad con aquel mar que hiciera su gloria; y, de otro género, la fiesta esencialmente-mística del "Redentore" que, desde hace ya varios siglos, se efectúa en aquella noche, sagrada para la ciudad, y todavía-perdura. En esa velada multitudes inmensas invaden con sus barcos todas iluminadas por esos típicos farolitos de papel que todo el mundo conoce por venecianos, las aguas de los canales, y se canta y toca, se baila y grita, se come y toma, y se hace el amor, hasta el amanecer.

llermo de Ruisbroeck, o Rubruk, que viajó por el centro de Asia hacia 1253 y llegó sin duda hasta el Yang-Tsé; y en fin se sabe que de 1247 a 1328 estaba establecida en Pekín una misión católica, al frente de la cual se encontró en cierta época el obispo italiano Giovanni di Montecorvino.

3):- El factor de aventura:- Simplemente por el afán de aventuras, y aquí es tal vez donde el exotismo más puro, la invitación al viaje, aparece de la manera más noble -- muchas fueron los grandes recorridos llevados a cabo durante toda la Edad Media.

Podemos hablar por ejemplo de las exploraciones de los normandos, del Siglo X al XII de nuestra era, a lo largo de todas las costas nórdicas y occidentales de Europa, y que sin duda llegaron hasta el continente americano, tocando por primera vez las tierras de Islandia y de Groenlandia. El profesor López Rosado, en su "Atlas Histórico-Geográfico" del que hemos tomado algunos de estos datos, sostiene que los viajes de Erik el Rojo, Leif Erikson, y de sus compañeros, permitieron conocer la península de Labrador desde el año de 1001. En fin los hermanos Zeno, venecianos de origen pero al servicio de nobles señores escandinavos, descubrieron muchas islas y archipiélagos ya en pleno continente ártico, en 1393.

(1):- NOTA: (Sigue)

Pero si el turista en general se limita a recorrer rápidamente el Puente de Rialto, a contemplar el Campanile y echar migajas de pan a las palomas, en la Plaza de San Marcos; y a mirar teneroso el Puente de los Suspiros; yo quisiera pensar también en aquella "Mercoria" llena de tiendas y puestos por donde desfilaron mercancías de todo el mundo, por tantos siglos; quisiera volver a embarcarme en la "Riva degli Schiavoni", de nombre evocador y sugestivo en uno de aquellos famosos "vaperotti" que van a las playas soleadas del Lido o hacia los talleres de vidrio y de encajes de Murano y Burano; o en fin contemplar con respetuosa emoción a la vez que con emoción la vieja casaca alta y oscura del Ghetto que por decenios alojara a mis antepasados, y sobre cuya pared está todavía una placa de mármol que promete brillantes recompensas a quien denuncie ante la Inquisición a los oscurdidos judaizantes. No muy lejos están aún hundidos en la piedra los anillos que servían de base a las cadenas con las que, de noche, se cerraba el ..

Se ve pues que en todo el curso de la Edad Media no faltaron manifestaciones concretas de la eterna invitación al viaje; aún cuando su auge en los primeros decenios de los tiempos modernos encontramos mayores pruebas de esa constante búsqueda de ideal, por parte del hombre.

A fines del Siglo XV un judío genovés, bajo el amparo de la bandera de los reyes católicos, descubre, sin saberlo, un nuevo continente. Impulsado por el mismo fin que sus predecesores: encontrar un camino más corto hasta la tierra de las especias, Cristóbal Colón tenía también la vaga intuición de que iba a encontrar unas nuevas tierras. Él creía que se trataba de Cipango o sea del actual Japón. Sus sucesores demostraron que aquellas islitas que el Almirante tocó no eran más que la vanguardia de un nuevo mundo. En 1501 Amerigo Vesputio relata su viaje por las costas del Brasil, insistiendo sobre esto, y en 1507 el geógrafo Waldseemüller da el nombre de América a las tierras occidentales que figuran en su mapa. Por cierto que el origen de ese nombre para el nuevo continente es sumamente discutido, pues algunos historiadores sostienen que se trata de la deformación de un vocablo indígena, Omeric, que designa una cadena de montañas en la provincia de Chontales, Nica-

(1).- NOTA: (Segue)

pasó hacia la Ciudad. Allí está la puerta que marcaba la frontera entre la urbe patricia y el barrio miserable y que, por primera vez, hizo derrumbar, tal un símbolo de un pasado que no debía volver, el general Bonaparte, entonces Comandante-en-Jefe del Ejército de Italia, y quien llevaba por toda Europa, sobre las triunfadoras bayonetas de sus soldados, los gloriosos postulados de la libertad, igualdad y fraternidad, acabados de proclamar por la Revolución Francesa.

También piense en el rumor que subía del mercado, en el Campillo cuyas conchadas y su parla evocara tan brillantemente el máximo escritor veneciano: el comediógrafo Goldoni; y mire enfín, visión algo empañada por los años, las góndolas que se deslizan en el canal, allí muy cerca, a la puerta de la casa.

Así se ha dibujado en mi recuerdo una estampa conmovida de lo que fué un tiempo mi patria chica, y que sigue siéndolo un poco todavía, envuelta en la añoranza cariñosa que en mí despiertan siempre los fonemas de aquel idioma lleno de dulzura algo arcaica que tanto me gusta seguir hablando en la intimidad, poderoso factor de evocación de fantasmas de seres queridos.

ragua. (Sobre este mismo tema acaba de publicar una obra interesante y documentada el filólogo Gutierre Tibón: "América, setenta siglos de historia de un nombre".-México, D.F. 1945.)

Colón, marino genial, supo ser también un hábil, ameno escritor, y la lectura de unas pocas páginas de su "Diario de Navegación" basta a darnos una idea de sus dotes literarias. También en él encontramos mucho sentido poético en la descripción de aquellos parajes desconocidos hasta entonces, y la visión de cuyas maravillas quiere hacer llegar hasta los cortesanos, allá en el lejano Madrid.

Sabido es cómo, después de que Portugal deshechó la proposición de Colón, juzgándolo un loco, y afirmando los marineros lusitanos que no podía irse a la India por otra ruta que la de Oriente, los Reyes Católicos de España, como señores del mar, le otorgaron por medio de las Capitulaciones de Santa Fe, el título de Almirante de las islas y tierras firmes que descubriera, y el nombramiento de Virey y Gobernador-General de las mismas, y además se fijó en un décimo su parte de los tesoros y mercancías que iba a encontrar.

Y también es conocida la ingratitud de aquellos soberanos hacia quien les había donado el mayor imperio del mundo; a su muerte el pobre

(1).- NOTA: (Sigue)

Para terminar, quiero murmurar aquí, con el poeta Sarfatti, unos versos llenos de dolorosa nostalgia y de poética ternura:

"Sia benedeta sta Venezia mia,
E sto popolo quieto, alegre y san.
Me sento un vodo in cor se stago via.
Sento el solito mal de l'isolari.
Benedeto San Marco e le putele
Che zira in plaza a ingelosir le stele.
Benedeto el sirecco che ne afana,
E la nostra fiasona veneziana..."

cuya traducción, un poco libre, pongo aquí, final ofrenda lírica:

"Bendita sea esta Venecia mia,
Y este pueblo tranquilo, alegre y sano.
Siento un vacío en el corazón si estoy lejos.
Me aqueja siempre el mal de la nostalgia.
Bendito sea San Marcos, y benditas las muchachas
Que se pasean en la plaza y dan celos a las
estrellas.
Bendito el calor que nos enferma,
Y bendita nuestra "flojera" veneciana."

Colón estaba arruinado y amargado cual ninguno, además de ser ovidado de todos. Este místico aventurero escribió en su "Diario de Navegación" una frase muy impresionante en su sencillez y que concentra en sus pocas palabras todo el significado de la "invitación al viaje": "El mundo es poco".

Colón, que fué, según bien lo escribe el profesor Heliodoro Vallo, un "libertador de hombres y un emancipador de ideas, que abrió las puertas de lo imposible, después de haber escuchado en la lejanía de la intuición el llamado insistente de los antípodas", participó así de manera sumamente destacada, en la donación al mundo de nuevos horizontes, para los que siempre buscan mayores espacios y tratan de localizar en ellos la felicidad.

Ese notable escritor, ese "precursor de la literatura narrativa castellana", ha descrito en sus cartas y sobretodo en el "Diario" aquellos paisajes americanos tan sugestivos, en palabras simples, sencillas, algo ingenuas, pero llenas de sinceridad. Colón resintió hondas emociones estéticas, y supo en verdad hacerlas pasar a sus lectores, ante quienes retraza la historia del descubrimiento de América, en páginas llenas de sentimiento, y que denotan en él un verdadero artista.

Recordemos entre todos, aquellos párrafos fechados el 12 de octubre en que se describen los indios que por primera vez ven los españoles, al llegar a la isla de Guanahani, hoy Watling, y que Colón llamó San Salvador. Interesante de manera particular nos parece la relación de los objetos que traían esos indígenas: "ovillos de algodón, papagayos, azagayas" y, agrega el Almirante: "todo lo cual daban por cualquier cosa que se les diese".

Pero lo principal era el oro, aquel metal tan importante, símbolo del valor más grande, y cuya búsqueda hiciera decir más tarde a Cortés que los españoles "estaban enfermos de un mal que sólo el oro puede cu-

rar". Y entonces Colón "estaba atento, y trabajaba de saber si había oro y ve que algunos de los indios traen pedazos preciosos colgando de la nariz; poco después decide dirigirse hacia el Sur, en busca de otras islas en las que, según esos mismos indios, abunda dicho metal, no sin antes anotar que "esa isla es bien grande y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde", y concluye entusiasmado: "Es un placer de mirarla".

Más adelante nos habla de huertas de árboles, sumamente bellas, "las más hermosas que yo ví"; tan graciosas como las de Castilla, agrega Colón. Y así, a menudo, encontramos expresiones como "islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces"; y las palabras "verde" y "fértil" parecen simbolizar las mejores cualidades de aquellas tierras del Nuevo Mundo.

Las bellezas de la vegetación tropical entusiasman a Colón: "Anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa de ver que otra se haya visto", y siempre sigue el recuerdo de la lejana tierra española: "veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía" o, más adelante: "La mar está en bonanza como en el río de Sevilla".

Sería monótono transcribir todos los elogios de Colón hacia las bellezas de la tierra americana. Sólo quisimos dar una idea de cómo él también había resentido el atractivo poderoso de la naturaleza salvaje de las Antillas, de las que, una vez más, dice: "Esta tierra es la mejor y más fértil, y temperada, y llana, y buena, que haya en el mundo."

Son esas Antillas que, a través de los siglos, no dejarán de encontrar al mundo europeo; son aquellas islas de embrujo de las que han salido héroes y pensadores, libertadores y militares, y hasta emperatrices.

Son aquellas islas de las que decía recientemente el doctor Pierre

Mabille:

"Durante los tres siglos que siguieron al descubrimiento de Colón, las Antillas fueron el paraíso lejano donde se concretaron los sueños de Europa; islas encantadas donde la vida escapaba a las restricciones morales y materiales que imponía, cada día con más fuerza, la organización de la economía burguesa en el viejo continente... Eran el Edén de los poetas con sus árboles desconocidos, sus monstruosas flores de penetrantes perfumes, su perpetuo verano y sus riquezas infinitas..."

Son aquellas islas en fin hacia las que partían los "Conquistadores" esos hombres valientes de los que habla José-María de Heredia:

"Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,
Fatigués de porter leurs misères hautaines,
De Palos de Moguer routiers et capitaines,
Partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.

Ils allaient conquérir le fabuleux métal
Que Cipango murit dans ses mines lointaines,
Et les vents alizés inclinaient leurs antennes
Aux bords mystérieux du monde occidental..."

A partir de Colón, se suceden, siempre más numerosos, los grandes viajes. Tras de Venecia y de Génova, ahora es el turno de España y de Portugal en la impulsión de esas heroicas expediciones que tratan de alejarse siempre más de la Madre Patria, para encontrar nuevas tierras. Es entonces cuando encontramos justificado el dicho ibérico de que "en las tierras del Emperador nunca se ponía el sol".

A principios del Siglo XV, Enrique el Navegante (1394-1460) príncipe de Portugal, se interesa también por los grandes viajes a lejanas tierras, y apoya las expediciones hacia el Sur de Africa. En 1488, y ya muerto el Infante, Bartolomé Díaz dobla por primera vez el Cabo de Buena Esperanza, y es diez años después que el gran Vasco de Gama (1460?-1524) abre la ruta marítima hacia las Indias, atravesando el Océano Indico y llegando a Calcuta. (1)

(1).- NOTA:

Camoens, refiriéndose a este gran protector de marinos y descubridores, dice en sus "Lusíadas", aproximadamente un siglo después de su muerte:

Empieza entonces la supremacía portuguesa en el comercio por mar. Desplazada ya la Serenísima República de San Marcos, Lisboa se vuelve el principal mercado europeo de las especies. Los primeros "comptoirs" se establecen en todas las islas del Océano Indico al amparo de la bandera lusitana. Goa, ciudad situada en la costa occidental de India, de la que fué Virrey Vasco de Gama y en una de cuyas iglesias está enterrado San Francisco Javier, era la capital de todo ese imperio que abarcaba muchos otros centros de India, Java, Sumatra, la península malaya, Las Molucas, y el puerto de Macao enfín, ya sobre la costa China y que no ha dejado de pertenecer a Portugal. Se establecen por otra parte relaciones comerciales con el Japón, y por más de un siglo no dejará de florecer ese comercio lusitano con el Oriente.

Después del descubrimiento de América, España se conformó con el comercio con esas nuevas Indias, dejando así a Portugal hasta cierto punto de buena voluntad, el comercio con el Oriente y los descubrimientos en aquella parte del globo.

Sin embargo cierta rivalidad seguía existiendo entre los dos países ibéricos, a pesar de las famosas Bulas del Papa Alejandro VI (Rodrigo Borja) que delimitaban en el Nuevo Mundo sus respectivos campos de ac-

(J).e NOTA: (Sigue)

"Así fuimos abriendo aquellos mares
que otra generación jamás abriera;
las nuevas islas viendo, y los lugares
que el generoso Enrique descubriera..."

Algunos de los datos arriba citados, han sido tomados de las notas sobre "La Era de las Exploraciones", escritas por la Srta. Margaret R. Sherrer, y publicadas por la Biblioteca Benjamín Franklin, de México D. F.

ción y que habían sido expedidas el 3 y el 4 de mayo de 1493.

De todos modos España no renunciaba completamente a las posibilidades de comerciar, ella también, con el Extremo-Oriente, y bajo su patrocinio, de 1519 a 1521, mientras que en América se va realizando la conquista del Imperio Azteca, se lleva a cabo el primer viaje alrededor del mundo, bajo la dirección de Magallanes. Descubierta el Estrecho que en vano buscó Colón y que hoy lleva su nombre, Don Hernando prosigue su ruta, encontrando unas islas en las que por cierto resulta muerto por los nativos.

En una de ellas, Luzón, se funda cincuenta años después la ciudad de Manila, que pronto se vuelve el centro comercial de España en el Oriente, haciendo así la competencia con Macao, y de cuyo puerto salían regularmente las carabelas hacia Acapulco. Bien sabida es la importancia de este tráfico marítimo entre la Nueva España y las Filipinas, en todos los siglos de la Colonia. Recordemos que la primera "nao de China" llegó al puerto mexicano en 1565, mientras que la última lo hará ya después de consumada la Independencia, en 1815. La situación privilegiada de Acapulco, con su bahía profunda a la vez que abrigada, le valió la importante posición que ocupó en el comercio con el Oriente en toda aquella época.

Los holandeses, que bien se daban cuenta del valor comercial de Manila, y veían el peligro que dicha posición española en Extremo-Oriente constituía para su comercio, atacaron en varias ocasiones la fortaleza que Grau y Monfalcón llamó: "Señora de tantas mares y capital de tantos archipiélagos, llave del antiguo y siempre próspero comercio del Oriente".

Enfin los ingleses y los mismos neerlandeses se ocupan igualmente de abrir nuevas rutas a su comercio. En 1497 el rey Enrique VII envía los hermanos Juan y Sebastián Cabot hacia América, para que ellos tam-

bién trataran de encontrar el camino hacia China. Esos valientes marinos tocaron la costa en los puntos donde más tarde debían establecerse los primeros centros poblados de los futuros Estados-Unidos.

Sin embargo es curioso observar que los marinos británicos buscaban ese paso más bien por el Norte de América. Frobisher y Davis trataron en vano de encontrarlo, y Hudson murió en la bahía que hoy lleva su nombre. Mientras tanto la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y su rival holandesa se fundan en los primerísimos años del siglo XVII. En el nuevo continente se establecen los primeros núcleos de población. Jamestown es el primer establecimiento inglés permanente, fundado en 1607, y Boston en 1630, mientras en 1664 la ciudad de Nueva Amsterdam es arrebatada a los holandeses y en su lugar se funda Nueva York.

Pronto a los descubrimientos sucede la Conquista. Y si en América y particularmente en la América Indo-Ibérica, mucho conocemos los nombres de un Hernán Cortés o de un Francisco Pizarro, cuántos más, soldados y marinos, monjes y frailes, viajeros y mercaderes, todos ellos hoy desconocidos y olvidados, sellaron con su sangre el camino que iba abriéndose a la civilización europea.

Es también aquella la época de las primeras cartas de relación, de las memorias, de las crónicas de la conquista y de los primeros decenios de la Colonia, que empiezan a llegar al viejo mundo.

El portugués Camoens (1524-1580) canta la epopeya lusitana y cuenta el primer viaje de Vasco de Gama a la India, hecho en 1572. Shakespeare evoca frecuentemente en sus tragedias aquellos galeones en camino por todos los mares del mundo; en el "Mercader de Venecia" por ejemplo. Milton a su vez también abunda en románticas alusiones a las cosas exóticas. Recordemos en el "Paraíso perdido" las montañas de hielo sobre el monte de China, y el regio trono de Satanás que sobrepasa con sus riquezas al espléndido Oriente. El holandés Linshoten, a fines del Siglo XVI,

vive muchos años en Goa y describe detenidamente el comercio portugués en Oriente. Su relato se publica en Londres en 1598. Por la misma época el inglés Hakluyt publica en varios tomos la descripción de sus famosos viajes. En fin el Capitán John Smith cuenta brillantemente sus aventuras en tierras americanas, a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra y en Virginia.

Para España, después del "Diario" de Colón, las "Cartas" de Hernán Cortés, la "Historia" de Bernal Díaz, y muchísimas otras obras demasiado conocidas, constituyen una vez más la eterna invitación al viaje que viene a excitar el deseo de exotismo en los apacibles sevillanos, en los campesinos de Extremadura, en los pescadores catalanes, en los jardineros de las huertas valencianas. (1)

Empieza entonces una gran corriente migratoria. De la península primero, luego de toda la Europa Occidental, vienen hacia América miles y miles de individuos que pronto constituirán las primeras familias mestizas. De la fusión de razas surge la nueva humanidad, indo-ibérica primero, euro-americana después.

Corriente continúa hacia estas hospitalarias orillas del Nuevo Mundo, a las que llegan, en los años aciagos, todos los que huyen de las miserias y de las persecuciones. Corriente continúa que nunca cesó y que hoy, en estos trágicos años que ha tocado vivir a nuestras generaciones, adquiere perfiles de una magnitud extremadamente patética.

Esa es la verdadera misión de América, refugio de los hombres de buena voluntad, para que puedan olvidar el pasado y construir, con un presente sereno y apacible, un futuro mejor para ellos y para sus nuevas Patrias.

(1).- NOTA:

Hemos dejado para un capítulo posterior el estudio de los escritores franceses que han tratado éstos mismos temas; así como el examen de las relaciones entre los hechos históricos y las manifestaciones literarias, referentes a la tendencia hacia el exotismo.

EL EXOTISMO EN LOS ESCRITORES FRANCESES DE LOS SIG -
LOS XVI, XVII, XVIII Y XIX.

Síntesis Histórica.

El Renacimiento.-

Comenzaremos estos párrafos, recordando algunos hechos históricos de importancia en la actividad de Francia en el extranjero, en esos siglos, y que es útil tener como bases de referencia y comparación con el movimiento literario de la época.

La expansión colonial francesa había empezado en el Siglo XVI. - Jacques Cartier había explorado el Norte de América en 1534 y 1535, y poco después, le vino en otro lugar, algunos corsarios franceses actuaban en el Golfo de México.-- Claude Farfere ha escrito una pintoresca novela: "Thomas l'Agnélet, Gentilhomme de Fortune", sobre la aventurera vida de aquellos marinos, algunos de los cuales tuvieron que ver hasta con la Inquisición de esta Nueva España.--

Los exploradores y traficantes franceses se concentraron primero en América, y solo algunos decenios después empezaron a mirar hacia el - - Oriente, siguiendo los pasos de sus colegas ingleses, holandeses, españoles y portugueses.

De 1604 a 1618, Champlain efectúa varios viajes en el Canadá. Colonia francesa ya desde Enrique IV, se desarrolló sin embargo lentamente, a pesar de los esfuerzos de Colbert quien había enviado a cuatro mil - campesinos franceses para que la colonizaran, y trataba de administrarla como cualquier provincia de la Metrópoli. Recordemos que Québec había sido fundada en 1608.

Hacia la misma época el valiente explorador Cavelier de la Salle - viajaba por todo el valle del Mississippi y su desembocadura, que en honor del Gran Rey se llamó Luisiana. (1678-1684). Desgraciadamente para ella, Francia no pudo conservar mucho aquellos inmensos territorios que, sin embargo, eran muy poco poblados aún. En 1740, las dos colonias del - Canadá y de Luisiana, tenían, juntas, una población que no pasaba de - cion mil individuos.

Los colonos ingleses establecidos alrededor de los centros de influencia franceses, empezaron a moverse. Antes que nada se atacó la fortaleza de Louisbourg, que defendía la entrada del San Lorenzo. Pronto - capitula, y, en 1713, Luis XIV cede, por el Tratado de Utrecht, a los - ingleses, los territorios de la Acadia, de la Bahía de Hudson, y enfín - la isla de Terranova.

Al mismo tiempo, empieza el desarrollo de las colonias francesas en Oriente. A principios del Siglo XVII, no había verdaderos territorios de dominación francesa, sino simples "comptoirs" sobre las costas, propiedad de algunas compañías de comercio que pagaban tributos a los soberanos locales. Tal era la "Compañía Francesa de las Indias Orientales", - que fundó Enrique IV en 1604, y que entre sus establecimientos, tenía - algunos en Madagascar, en las Islas Borbón y de Francia (hoy Reunión y Maurice), y varios en la India, cuya principal plaza era la de Pondiché.

En Francia, la Compañía tenía su puerto particular, Lorient ("el - oriente") y, reorganizada por Law en 1719, se encontraba en plena prosperidad.

En todo ese período, muchos han sido los viajeros franceses en Oriente cuyo nombre recuerda la historia. Numerosos misioneros jesuitas habían estado en las Cortes de los soberanos orientales, en China, en India, e todo el Asia. Muy considerados por su cultura, rindieron útiles servicios a su país, pues propagaban la civilización francesa en el Oriente, y a la

vez daban a conocer los misteriosos atractivos de aquellos países desconocidos, al occidente siempre ávido de exotismo.

También figuró de manera prominente en Asia el caballero de Forbin, quien en el fondo no era más que un genial corsario, y fué gobernador de Bangkok por mucho tiempo, a fines del Siglo XVII. Sin duda en los mismos años llegó a Siam la famosa embajada del rey Luis XIV, en la que figuraban el abate Choisy, el cronista La Loubère, y el sabio jesuita Tachard.

Un poco antes encontramos en la India a un célebre viajero francés cuya relación de viaje se lee todavía con interés tres siglos después. Se trata de un tal Tavernier, quien viajó a mediados del Siglo XVII, - había nacido en 1605 -, por todo el Asia, y fué a Persia, a India, Malaca, y China. Notables son por ejemplo, sus descripciones de Macao, de Goa, de la tumba de la Emperatriz Mumtaz Mahal (el "Taj Mahal") en Agra. Y también es de recordarse aquella alusión suya a lo hondo de su atracción por los viajes, y su origen en la infancia del escritor, cuando escuchaba "Las conversaciones que a diario mantenía mi padre con varios hombres muy entendidos sobre asuntos de geografía, a las que, aunque muy joven, prestaba yo oídos con gran deleite, y me llenaban a la sazón del deseo de ver algo de aquellos países que veía representados en mapas de los que no era capaz de quitar los ojos".

Contemporáneo de Tavernier, fué también el médico Bernier, que vivía en la corte del sucesor del Shah Jehan, precisamente el esposo de Mahal, en el período 1641-1667.

Por lo que se refiere a América, en otro estudio hemos mencionado a algunos viajeros franceses en México, en aquellos siglos de la Colonia.

En 1739, Inglaterra entra en guerra con España, y cinco años después, Francia, aliada de esta última, interviene a su vez en la contienda. Si en el Canadá algunas plazas galas capitulan, en la India en cambio, la Bourdonnais, gobernador de la Isla de Francia, toma Madras. Sin embargo en 1748, por el Tratado de Aix-la-Chapelle, los dos países devuelven mutuamente sus colonias.

Empieza entonces la fundación de un verdadero imperio colonial francés en la India. De 1741 a 1754, el valiente Dupleix logra consolidar bajo su dominación un inmenso territorio de una superficie doble de la de Francia, con una población de 30 millones de habitantes; pero los comerciantes franceses que en un principio se habían entusiasmado al verse transformados en soberanos orientales, temaron miedo de tantas conquistas, y acabaron por ponerse de acuerdo con los ingleses, y arruinar a Dupleix, que murió en 1763.

La guerra sigue. En el Canadá, el general Montcalm empieza por derrotar a las tropas inglesas en el Valle del Ohio, mientras, en la India Lally Tollendal toma el fuerte de San-David; pero pronto Francia se desinteresa de aquellos territorios demasiado lejanos; el indolente de Luis XV abandona a sus tropas, y los generales ingleses por el contrario reciben imponentes refuerzos. En 1759, los británicos toman Québec, y cuatro años después el Tratado de París consagra su triunfo. Francia cede el Canadá, la India, menos cinco ciudades que aún conserva: Pondichéry, Chandernagor, Yanam, Mahé y Karikal; y pasa a la dominación española el territorio de Luisiana, como compensación a la pérdida de la Florida, que también se vuelve inglesa.

Sin embargo, Inglaterra no debía gozar mucho de sus territorios recién conquistados: en 1778 Francia interviene nuevamente en América, en apoyo de las colonias en rebeldía; empieza la lucha por la independencia de los futuros Estados-Unidos.

Después que se hizo famoso el nombre del Marqués de Lafayette, - quien, a través de los siglos, ha quedado como el mejor símbolo de la amistad franco-americana, en 1783, en París y en Versalles, la Gran-Bre

tafia reconoce la independencia norteamericana, y Francia obtiene nuevamente algunas islas de las pequeñas Antillas.

Llegamos así a la Revolución, cuya política colonial relacionada con nuestro tema, por sus características particulares merece también unos párrafos a parte.

X X X

Los primeros escritores.

Ya se puso de relieve la importancia que empezó a tomar en Francia todo lo concerniente al Oriente, cuando los árabes ocupaban buena parte de España, y recordamos una obra literaria que denota, en algunos de sus cantos, cierta influencia exótica. También evocamos los nombres de algunos cronistas de la edad media, que acompañaron a los cruzados y nos han dejado amplios relatos de los lugares por ellos visitados, y amenas descripciones de paisajes orientales.

Al seguir el curso de los siglos, veremos qué efecto tuvo en los escritores franceses de la época el descubrimiento de América. Y también puede ser curioso estudiar paralelamente en una forma muy rápida el proceso de expansión colonial que, sobretodo hacia el Nuevo Mundo, pero también en parte hacia el Oriente, ocurrió en Francia en los siglos XVI, XVII y XVIII, para poderlo comparar con el mismo fenómeno en los demás países de que acabamos de hablar.

Veamos el aspecto literario de esta cuestión, tras de haber hecho un breve resumen histórico.

Es sin duda Montaigne uno de los primeros escritores franceses que se refiere en su obra al nuevo mundo.

En los "Essais", y precisamente en el Libro I, capítulo XXXI, cuenta el autor lo que le ha sido referido de un país de América, al que se llamaba entonces "Francia Antártica".(1). Este capítulo, que se titula

(1).-NOTA:

Este país era en realidad el Brasil. La base histórica del capítulo de Montaigne titulado "Los Cannibales" está constituida por la expedición de Villegaignon a las bocas del Amazonas y a las selvas vírgenes del Chaco, la que fué acompañada de un ensayo de colonización que fracasó luego.

"Los Caníbales", es particularmente interesante porque denota la simpatía del autor por los llamados "salvajes" es decir los aborígenes americanos. Sabemos que en otras páginas de ese mismo libro (Libro III-Cap. VI: "Dos Coches") se ocupa también de la América recién conquistada, y hace varias referencias concretas al México precortesiano. Allí también logra escribir un verdadero proceso de la Conquista, elogiando el fiero comportamiento de los indios, en comparación con las matanzas y los saques llevados a cabo, "en contra de toda fe, religión y derecho, y buenas costumbres", por los Conquistadores, desprovistos "hasta en lo mínimo, de humanidad".

Hacia también el gran filósofo algunos comentarios muy importantes sobre la misión futura del nuevo continente, e intuía, con verdadero sentido profético, su posición de primer plan en los tiempos por venir. - Decía: "Nuestro mundo acaba de encontrar otro, no menos grande, importante y fuerte que él"; y más adelante anunciaba con convicción serena y sincera que "aquel otro mundo apenas empezará a alumbrar al universo cuando el nuestro acabará ya su trayectoria".

Recordemos que los "Essais" fueron publicados menos de cien años después del descubrimiento de América (1492 a 1498), y por lo tanto es aún más de señalarse esta posición del pensador francés en favor de los pueblos americanos. Elogia por ejemplo los dos principios básicos de la moral entre los antiguos habitantes de América: valor en el combate y respeto y cariño por las mujeres.

En mi opinión, hay un párrafo muy importante en el capítulo: "Los Canníbales": es aquel en que el autor, después de reconocer honradamente la barbarie de comerse los cadáveres de los prisioneros de guerra, costumbre difundida entonces en aquellos pueblos, para significar la suprema venganza, a la vez que la completa victoria sobre el enemigo, indica sin embargo que los europeos hacen mal en criticar esos hábitos

en pueblos hasta cierto punto salvajes.

Pues, agrega el vigoroso escritor, en los países de Europa, desde luego mucho más civilizados, "según presumen", indica irónicamente, existen prácticas mil veces más bárbaras. Y hace entonces una violenta requisitoria contra los sistemas seguidos por la Inquisición, cuando habla de "la mucha más barbarie que hay, al desgarrar, por tormentos y torturas, un cuerpo vivo, aún lleno de sensaciones, hacerlo cocer en pequeños pedazos, y entregarlo enfín a los perros, bajo pretextos religiosos",

Enfín nos parece evidente, en todas las frases de Montaigne, cierta atracción sentida por él para aquellos países lejanos. Sin duda él era un gran viajero, y amaba muchísimo los viajes. Baste recordar aquellas frases suyas: "Hay que saber viajar". "Viajar es una ciencia difícil. Se viaja para aprender el idioma, las costumbres, y sobretudo las ideas de los pueblos que se visitan, y no para volver a encontrar en los países extranjeros, a gentes que vivan, piensen y hablen como nosotros". (En el Libro III, Cap. IX, cuenta la anécdota de aquel sabio viajero que en Italia, contestó un día a un hostelero que le pedía escogiera en que lugar del comedor quería sentarse: "En la mesa más llena de extranjeros".

Por lo tanto podemos decir que Montaigne fué el primero, entre los escritores franceses, que sintió un "élan" romántico por el nuevo mundo, y trató de dejarlo entrever en sus libros.

Desde los primeros años del Siglo XVI empiezan a llegar a Francia las relaciones de viaje de franceses en América, que constituyen mensajes de aliento para los que proyectan esos recorridos y se sienten atraídos por aquellas tierras desconocidas.

Así, las cartas de Jacques Cartier, explorador del Canadá en 1534 y 1535; más tarde las de misioneros como el Padre Dutertre o de aventureros como Lahontan; y enfín durante los dos siglos siguientes la co-

rriente continúa de novelas de aventuras, cuyos temas, y sobretodo el escenario en que actúan sus personajes, son típicos del Canadá, y un poco más tarde de la Luisiana y de las Antillas francesas.

Entre los escritores clásicos sobre los que podemos relevar la "exotisme" del exotismo, podemos recordar unas páginas de Malherbe. Este brillante poeta de la corte de Luis XIII, que en el fondo era más bien un hábil pedagogo y un severo crítico para sus predecesores y contemporáneos, fué en alguna ocasión a ver a un grupo de indios americanos que acababan de llegar como esclavos al viejo mundo.

Sus exclamaciones de interés y de sorpresa al contemplar a aquellos hombres con sus trajes típicos, y al oírlos hablar, no fueron sin duda menores de aquellas que debe haber pronunciado Colón, al tocar por primera vez tierra, en aquella mañana del doce de octubre de 1492, y al intercambiar los primeros gestos con los habitantes de Guanahani.

Los relatos del "Diario de Navegación" pueden servir de excelente base de comparación con aquellas páginas de Malherbe.

Algunos decenios antes, otro gran escritor francés, Rabelais, se había también hecho eco de los primeros exploradores del Continente americano. Cuando describe al marino del barco de Pantagruel, quiere referirse al valiente Jacques Cartier en sus viajes a través de Canadá.

En otro lugar de la obra, los principales capitanes de Picrocholo van a hablarle de sus proyectos de conquistas. Allí también podemos relevar algunas notas de exotismo. Se habla de un viaje a través de todo el Mediterráneo; de varios puntos pintorescos de España e Italia; enfín de un muy largo recorrido por Asia Menor. Picrocholo por cierto interés de los demasiado miríficos proyectos, al preguntar: "¿Veremos Babilonia y el Monte Sinaí?", a lo que, más prosaicos, los capitanes contestan: "No le parece suficiente haber atravesado el mar Hircano (hoy Caspio) y recorrido las dos Armenias y las tres Arabias?".

Poco tiempo después un poeta, Joachim du Bellay, expresa, tal vez por la primera vez en la literatura francesa, la atracción profunda del viaje, pero que es también inseparable de aquel sentimiento posterior a la realización de ese deseo, tan profundo que a veces hace olvidar el placer primero, y que se ha llamado nostalgia.

El escritor se encuentra en Roma, y sueña ante las ruinas gloriosas de aquella ciudad muerta. Evoca al recuerdo de todos aquellos fantasmas que anidan aún entre los escombros y los compadece en su bondadoso corazón:

"Falos esprits, et vous, ombres poudreuses...
Ne sentez vous pas augmenter votre peine...
Quand quelquefois...
Vous contemplez l'ouvrage de vos mains
N'etre plus rien qu'une poudreuse plaine?"

Al admirar aquellos grandiosos vestigios del pasado, y sin duda en un melancólico atardecer de la campiña romana, bajo un cielo de colores azul-rosado, con aquella poesía intrínseca en el ambiente que siglos más tarde iba a encantar también a otro gran escritor francés, Anatole France (quien, lo veremos más adelante, supo igualmente describir esos paisajes con toques de pintor y de poeta genial), sicnte Du Bellay añorar la lejanía de su tierra.

Evoca las sombras griegas:

"Heureux qui comme Ulysse a fait un beau voyage,
Ou comme celui-là qui conquit la toison,
Et puis est retourné, plein d'usage et raison,
Vivre entre ses parents le reste de son age!"

Sí. Sin duda felices los que hacen bellos viajes. Pero cuán dulces es la patria. "¿Cuándo volveré a ella?", se pregunta angustiado el poeta, y declara:

"Quand reverrai-je, hélas, de mon petit village
Fumer la cheminée? et en quelle saison
Reverrai-je le clos de ma pauvre maison
Qui m'est une province et beaucoup davantage?

Plus me plait le séjour qu'ont bâti nos aïeux,
Que des palais romains le front audacieux:
Plus que le marbre dur, me plait l'ardoise fine.

Plus mon Loire gaulois que le Tibre latin,
 Plus mon petit Lyré que le mont Palatin,
 Et plus que l'air marin la douceur angevine."

Versos que deben compararse con los otros, también llenos del más sensible "mal du pays" de Lamartine:

"Pourquoi le prononcer, ce nom de la Patrie!
 Dans son brillant exil mon cœur en a frémi;
 Il résonne de loin dans mon ame attendrie,
 Comme les pas connus, ou la voix d'un ami."

Después de describir con el estilo romántico más puro el paisaje familiar tan querido y aún más añorado, termina con aquellos dos versos, no por tan conocidos menos bellos:

"Objets inanimés, avez-vous donc une ame
 Qui s'attache à notre ame et la force d'aimer?"

A principios del Siglo XVII muchos también son los escritores franceses que introducen notas exóticas en sus obras. El poeta Scarron describe las Antillas en un conocido soneto algo irónico. Gomberville, en el "Polixandre", cuenta las aventuras de un rey de las Canarias que recorre el mundo de los países escandinavos hasta el Africa y de ésta a las Antillas, persiguiendo a la Reina Alcídiana, soberana de la isla inalcanzable, a la que llega enfín después de toda una serie de naufragios. En fin, tal vez una de las primeras novelas históricas francesas, "El Gran Ciro", escrita de 1649 a 1653 por Mademoiselle de Scudéry, viene, con tema inspirado de la historia persa, a hacer compañía al "Ilustre Bassa" (1641) que la misma autora había tomado de un cuento turco. En 1647, el escritor La Calprenède también hace actuar los personajes de su novela "Cleopatra" en un ambiente completamente exótico.

En 1683, el académico Fontenelle vuelve a hablar de México en una obra importante de las letras francesas. En sus "Diálogos de los Muertos" evoca las sombras de Cortés y de Moctezuma: frente a frente los dos principales personajes de esa epopeya que fué la Conquista de México, los hace discutir sobre temas de alta filosofía, en relación con el

derecho a la guerra, los problemas de la Conquista, etc.

Un libro que tal vez introdujo en Francia algunas de esas ideas fué una obra del obispo español don Antonio de Guevara: su "Reloj de Príncipes" (1529) publicado muy pocos años después de la toma de Tenochtitlán, y que inspiró también por otra parte la conocida fábula de la Fontaine: "El campesino del Danubio".

El exotismo no está tampoco ausente en los más grandes escritores del que se ha llamado el "Gran Siglo".

Debe citarse por ejemplo el "Telémaco" de Fénelon. Esta importante obra pedagógica escrita por el preceptor del Duque de Borgoña, no solamente contiene importantes consejos morales y ensayos sobre la política, sino que, por su forma, recuerda constantemente la "Odisea" de la que pretende ser la continuación.

En ella el autor relata el viaje de Telémaco, a la busca de su padre, por Egipto, Fenicia, Chipre y Creta sucesivamente. Figura también la bajada del viajero a los infiernos, y su estancia en la Isla de Calipso en la que se enamora de la ninfa Eucaris.

Se cuenta que Bossuet consideraba este libro como una novela. Y en realidad los relatos de aventuras, combates e idilios, son completamente novelescos. Pero no debe olvidarse que Fénelon tenía como modelos a Homero y a Virgilio, y sin duda su propósito fué más bien educar que divertir.

Es demasiado sabido que los grandes trágicos Corneille y Racine han tomado la mayor parte de sus temas en la antigüedad clásica, lo que desde luego les ha permitido hacer mover sus personajes en decorados exóticos de lugar y de tiempos pasados.

De Corneille pueden recordarse "Horacio" y "Cinna", ambas tragedias en el más puro estilo latino, inspiradas respectivamente de Tito-Livio y de Séneca. "Nicoméde" y "Polyeucte" se desarrollan en los primeros si-

glos de nuestra era, pero ya en la época de la decadencia romana. En fin "Le Cid" y "Le Monteur" son comedias típicamente españolas, y en ellas aparece el exotismo más brillante. Recordemos que la segunda obra está tomada de "La Verdad Sospechosa" del mexicano Ruiz de Alarcón y tuvo tanto éxito que Corneille decidió dar una "Suite du Monteur" un año después.

Con Racine volvemos a la gran época griega y luego de Roma. Sucesivamente "Alexandre-le Grand", "Andromaque", sin duda la mejor obra de este autor, "Britannicus", "Bérénice", "Mithridate", "Iphigénie" y "Phédre", constituyen la aportación de Racine al teatro francés. En todas estas obras, cuyo tema se desarrolla en épocas lejanas y en ambientes diferentes, aparecen numerosos toques de exotismo.

Caso particularmente interesante es el de "Bajazet", tragedia completamente exótica, no solo en el decorado, sino porque el carácter de los personajes y la intensidad de sus pasiones son esencialmente orientales. También merecen ser señaladas las dos últimas obras de Racine, ambas tomadas del Antiguo Testamento: "Esther" y "Athalie". Al final los coros de muchachas --no debe olvidarse que ambas piezas fueron escritas especialmente para las jóvenes educandas de Saint-Cyr-- cantan bellas melodías cuya letra está tomada de los Salmos.

El colorido exótico de estos coros debe ponerse en relación con los ballets finales de las comedias de Molière. Todas sus obras de corte terminaban con escenas musicales en las que se movían figurantes ataviados con bellos trajes pretendidos orientales, hindúes, turcos, etc.

Pero el tipo más característico de estas obras es sin duda el "Bourgeois Gentilhomme". Comedia-ballet, con música de Lulli, esta obra tuvo muchísimo éxito, y el "divertissement" turco que termina la pieza era de suma actualidad. También la entrada de la pretendida embajada del Gran Turco, es de la mejor tradición exótica sobre la escena francesa.

Años más tarde Rameau debía probablemente inspirarse de Lulli para algunas de sus obras, también de carácter exótico, como por ejemplo el ballet "Les Indes Galantes".

Aproximadamente por esa época empiezan a difundirse en Francia obras importantes de literatura extranjera, cuya influencia sobre la tendencia al exotismo fué tan grande que debe citárseles aquí. Se trata de la novela inglesa "Robinson Crusó" y de las primeras versiones francesas de "Las Mil y Una Noches".

Sabido es como Daniel Defoe pretendía haberse inspirado, al escribir su historia, de las aventuras del marino Alejandro Selkirk que fué abandonado por muchos años en una isla desierta. De todos modos las propiedades de Robinson, desterrado por veintiocho años en un islote rocoso --una época se supuso que era en el Océano Pacífico, frente a las costas de Chile, pero recientemente parece confirmarse que se trata de la isla llamada Tabago en el mar Caribe-- han hecho las delicias de miles de lectores de todos los tiempos y en todo el mundo.

Sin duda el primitivo llamado hacia países lejanos, desconocidos, y por esto muy atractivos, está muy claro en "Robinson" y aquel "atracción de islas" que hemos de encontrar más tarde en tantos escritores, toma su primera inspiración probablemente en el libro de Defoe.

La atmósfera realista de la naturaleza tropical, sus maravillas vegetales, y la sencillez en que todo esto está descrito en esa obra, hacen de "Robinson" en verdad uno de los más apreciados libros de aventuras de todas las literaturas.

La segunda obra, resumen de los cuentos y leyendas más populares del Oriente, narradas pretendidamente por la Sultana Shoherezada para evitar los masacres que iba a realizar su esposo, se difundió también de manera sumamente amplia por todo el mundo.

A parte el carácter exótico general de la obra que influenció sin

duda a muchos escritores contemporáneos y posteriores a su publicación. Debe recordarse en este trabajo que una de las leyendas, en manera particular, se relaciona estrechamente con el viaje y los placeres que de él se derivan, al lado de sus peligros y dificultades.

Queremos hablar del cuento de "Sinbad el marino", en el que está contenida toda la poética atracción por los países lejanos y misteriosos; y sería inútil insistir más sobre la aportación de las "Mil y Una Noches" a la literatura exótica, pues su importancia es obvia.

Y es por esto que, aún cuando no son obras de escritores franceses me ha parecido útil señalarlas aquí.

Al empezar el Siglo XVIII abundan ya los autores de obras francesas que toman sus temas, y a menudo el escenario también, en países exóticos.

Por ejemplo Le Sage se inspira de España al escribir el "Gil Blas" su libro más famoso, y también "Guzmán de Alfarache" y "El Bachiller de Salamanca", imitaciones de conocidas novelas picarescas, pero en las que el autor subraya los aspectos nuevos de lugares y costumbres desconocidas al público francés.

En la misma época Beaumarchais publica sus dos comedias, fuertes estudios de crítica social, de fondo español, cuya moral sin embargo ya enderezada hacia Francia y las costumbres de su tiempo: "Le Barbier de Séville" y "Le Mariage de Figaro".

A la misma tendencia responden las famosas "Lettres Persanes" de Montesquieu. En esa obra se supone que dos persas, venidos a París, observan ese mundo tan nuevo para ellos, y de paso siguen recibiendo noticias de su lejana tierra, lo que sirve de pretexto a partes novelescas de la obra, de tipo francamente oriental.

Empieza en esa forma un nuevo uso del exotismo, en forma irónica y satírica, y además de crítica social.

A su vez el abate Prévost, que tuvo una vida particularmente aventurosa, la relata en sus novelas, sobretodo en su obra maestra "Manon Lescaut".

Después de viajar mucho, recuerda los Estados- Unidos en "Cleveland" y publica una interesante "Historia General de los Viajes".

Al lado de esta última obra hay que citar la muy similar, de Charlevoix, que sirvió de base a Chateaubriand para sus descripciones de América, según se ha afirmado.

Otro pre-romántico, Bernardin de Saint-Pierre, da el primer libro en verdad exótico, que encontramos en la literatura francesa de la época. Este autor, que acompañó a Rousseau en muchos de sus "paseos de un soñador solitario", deja en "Paul et Virginie" una verdadera novela exótica. Su vida misma había sido la de un gran viajero. Transitó sucesivamente por Rusia, Alemania, la Isla de Malta, y en fin la Isla de Francia y Reunión.

Es en ese escenario tropical, rico de maravillosas perspectivas entonces completamente ignoradas en Europa, que sitúa este escritor la acción de su novela más célebre. En 1773 había publicado su "Viaje a la Isla de Francia". Catorce años después, "Paul et Virginie" vuelve a llamar la atención de sus miles de lectores sobre la atracción misteriosa de aquellas islas perdidas en los mares del Sur.

Para explicar el fondo exótico de Bernardin de Saint-Pierre, hay que decir algunas palabras, sobre sus ideas filosóficas. Este autor, como Rousseau, su gran amigo y compañero, cree que el hombre es bueno por naturaleza; pero agrega que ésta a su vez es buena, para el hombre, y trata de darle todo lo que pide, a la vez para su bienestar y para su simple placer. La sociedad humana sería sin duda mucho mejor si volviera a acercarse a la Madre Naturaleza. El también, como su inspirador, promueve el regreso hacia el campo, hacia la vida campesina sana y dichosa.

Así "Paul et Virginie" exponen que "la dicha consiste en vivir según la naturaleza y la virtud", y representan una edad dorada para la humanidad: aquella en que esa misma naturaleza no ha sido pervertida por la sociedad.

El autor ha expuesto estas ideas en el encantador e ingenuo decorado de un idilio entre dos jóvenes, casi niños, sobre las rivas del Océano Indico, en una isla tropical, llena de armonía en sus coloridos: La intriga amorosa de esta obra es simple, demasiado sencilla, pero su principal mérito consiste sin duda en haber demostrado por primera vez que el idioma francés podía servir también a describir paisajes, y no solamente a expresar ideas o sentimientos.

Enfin, y como lo dijo un crítico, "se ve la flora de nombres extraños, de formas llenas y graciosas. En esos bosques lujuriosos se pasea una fauna exótica: pájaros de trinos nuevos y de colores desconocidos". Eso es precisamente parte del encanto del exotismo, y por eso podemos decir que "Paul et Virginie" es una novela exótica que introdujo en la literatura francesa la curiosidad, y sobretodo el amor, hacia la naturaleza, sus formas, sus colores, sus ruidos y sus perfumes.

Hemos mencionado a Rousseau, como inspirador de Saint-Pierre. Si éste representa en síntesis "l'attrait des îles lointaines", el pensador ginebrino supo también poner de relieve la poesía de la naturaleza y el encanto de los largos paseos de meditación contemplativa. Su vida fué tormentosa y particularmente agitada, en una época ya de por sí inquieta. Su obra refleja a menudo amargura y desconsuelo, pero siempre la admiración por la naturaleza viene a poner un poco de bálsamo sobre el corazón adolorido de Juan-Jacobo.

Sus ideas pueden resumirse en culto apasionado por la virtud, el orden y sobretodo la libertad. Su estilo al principio difícil, fué ampliándose con el tiempo, y sobretodo en contacto con esa naturaleza que

fué su más fiel inspiradora: "C'est á la promenade, au milieu des rochers et des bois que j'écris dans mon cerveau", cuenta en las "Confesiones".

En "La Nueva Heloísa" se ven claramente las teorías de Rousseau, - quien funda la virtud de sus personajes no solamente en la fuerza de sus caracteres, sino también en el ambiente aislado, tranquilo, plenamente sano, del campo, lejos de la corrupción de costumbres de la ciudad. La vida allí se toma en serio, lejos del libertinaje y de la frivolidad de las grandes metrópolis. Y siempre, en ésa como en sus demás obras, - aparece el autor como un apasionado apóstol de la naturaleza, a quien ama por los espectáculos maravillosos que ofrece a sus ojos de artista - y por la intensa poesía y la riqueza de sentimientos ocultos que encierra.

Se ha podido decir que si Buffon ve en la naturaleza una noción metafísica y Saint-Pierre tiene una visión artística y pintoresca, Juan-Jacobo siente de manera intuitiva cierta relación entre nuestro ser y las cosas sin alma.

Recordemos por ejemplo aquellas líneas en "Les Reveries d'un Promeneur Solitaire", en las que habla de su vida en la Isla de San Pedro - y de sus ensueños en la contemplación de esos paisajes tan sugestivos, en las riberas del Lago de Biemme. Indica: "Comme il n'y a pas sur ces bords heureux de grandes routes commodes pour les voitures, le pays est peu fréquenté par les voyageurs; mais il est intéressant pour des contemplatifs solitaires qui aiment á s'abandonner á loisir des charmes de la solitude et á se recueillir dans un silence que ne trouble aucun bruit. En estas palabras ha puesto el pensador lo mejor de sí: su amor hondo, convencido, algo místico, por la naturaleza.

Debe agregarse además que este pensador en el fondo de su ser, - odiaba los viajes, y si los realizó fué en verdad casi a la fuerza, y - porque las circunstancias de su vida azarosa le obligaron a ello.

Es por esto que podríamos decir que su tendencia al exotismo fué en verdad algo forzada; por otra parte debe indicarse también que sus paseos fueron realizados en ambientes muy limitados, y que entonces en su caso, se trata en realidad de un exotismo "sur place", más bien que de viajes a lejanas tierras.

El exotismo, en sus obras, se limita a paisajes más o menos solitarios, pero siempre en el corazón de Europa; y son meditaciones sobre la naturaleza, las que forman la base espiritual de sus paseos, en los que está simbolizado el ideal de Rousseau: la contemplación del campo.

Al concluir, debe pues afirmarse que si, hasta cierto punto, los escenarios en que se desarrollan las obras de este autor, son familiares para su público, sus ideas son nuevas a la vez que profundas.

Hablando de este pensador, viene luego a la memoria el nombre de otro gran filósofo que lo recuerda por su vida igualmente agitada y en el fondo amarga, y que en cambio está en el lado opuesto en cuanto a concepciones sociales. Voltaire, rico y amante de su bienestar, quiso gozar plenamente de su vida, haciendo su felicidad de lujos y a la vez de vanidad satisfecha. Sin embargo, poeta, pensador, y también historiador, este genio polifacético también sintió la atracción de nuevos horizontes: su vida lo llevó a viajar por toda Europa, llevando alto el nombre del pensamiento francés; y a veces, fugaces destellos, brillan también en sus obras algunos toques de exotismo.

En los "Cuentos" pasea al lector en países extraños, y emplea a menudo expresiones pintorescas que él afirma ser locales. En "Zadig", por ejemplo, habla de los príncipes "hijos de Nassanab, primeros dignatarios de las lunas de los cocodrilos", o recuerda el paso de los hebreos en Egipto; o en fin, en "Cándido", describe amnamente las maravillas de Eldorado: "divanes llenados por plumas de colibríes", "licores en vasos de diamantes", etc.; y también "L'Ingénu" revela cierta tendencia exó-

ca.

Sabido es como, en 1726, el duque de Rohan-Chabot, molestado por la agresividad del joven Arouet que acababa de transformar su nombre en el anagrama luego célebre de Voltaire, obtuvo que lo encerraran primero en la trágicamente famosa Bastilla, y luego lo hizo expulsar de Francia. Desterrado en Inglaterra por tres años, sufrió sin duda el pensador, - pero por otra parte el exilio le fué provechoso, pues le hizo conocer una filosofía, una literatura y sobretodo una vida completamente nuevas y distintas.

Puede ser útil recordar aquí aquellas páginas muy finas, delicadamente irónicas, que dedicó Voltaire a los cambios bruscos de carácter, frecuentes en los ingleses, y que atribuye al famoso "viento del este". Este aire, según el autor, influiría muchísimo sobre el humor de los habitantes de la isla, al producir graves crisis de "spleen" en todos ellos.

También en los "Mélanges" figuran agradables descripciones de varios paisajes típicos de Londres y de esa campiña británica siempre verde, tan pródiga en melancólicos aspectos. Si en el fondo no desaparece una crítica mordaz y amena, también deben recordarse los méritos descriptivos, y hasta cierto punto impresionistas, del filósofo francés quien, en unos versos llamados: "Le Lac de Genève", demuestra aún más sus dotes para describir puramente un paisaje. Su lenguaje fluye sencillo, - límpido como esas aguas del Lóman, tan azules, y en las que se reflejan las cimas nevadas del Monte Blanco sobre las que juguetea un rayo de sol, llenando de tintes rosados el anochecer apacible:

"Que tout plait en ces lieux a mes sens étonnés!
D'un tranquille océan l'eau pure et transparente
Baigne les bords fleuris de ces champs fortunés,
D'innombrables coteaux ces champs sont couronnés,
Bacchus les embellit: leur insensible pente
Vous conduit par degrés a ces monts sourcilleux
Qui pressent les enfers et qui fondent les cieux".

Antes de terminar, debemos mencionar a otro poeta, el fabulista Florian, quien se había interesado por España en su novela "Gonzalo de Córdoba", y ahora en unos versos delicadamente irónicos y llenos del mejor "esprit", nos habla del viaje, y particularmente del "viaje del vivir".

Después de contar las penalidades de los viajes en su tiempo, en que, levantado muy de mañana, hacía uno muchas leguas a pié, bajo el sol primero y luego con la lluvia del anochecer, se acostaba rendido, para volver a empezar al día siguiente, concluye satíricamente:

"Détrempé vers le soir, chercher une retraite;
Arriver haletant, se coucher, s'endormir:
On appelle cela naître, vivre et mourir.

La volonté de Dieu soit faite! "
("Le Voyage").

Debemos enfin hablar aquí de una obra de Diderot particularmente importante dentro del género exótico: se trata del "Supplément au Voyage de Bougainville", publicado de 1772 a 1796. Sabido es como el gran viajero había escrito el relato de sus viajes, en una forma bastante vasta y llegando a describir no sólo las islas del Pacífico, sino hasta ciertas regiones de América Latina, por ejemplo el Paraguay.

El jefe de los Enciclopedistas tomó un aspecto limitado de la obra del viajero, y desarrolló el tema insistiendo de manera particular sobre el sentido filosófico contenido en él.

Sitúa su acción en Tahití, y la parte principal de su libro está constituida por un diálogo entre un sacerdote europeo y un salvaje, naturalmente uno de esos "bons sauvages", que, desde Montaigne, están "à la mode" en toda la literatura similar.

En esta conversación se pone en valor la excelencia de la ley natural y de la moral, muy elemental, de los salvajes. Así por ejemplo el amor libre, que practican los habitantes de la isla, viene a ser demoes-

trado como muy superior, desde un punto de vista ético, a aquel, lleno de convenciones y de prejuicios, de Europa.

La ley natural, -y en general todo lo que corresponde al dominio de la naturaleza en la vida-, es afirmada excelente por Diderot; y la moral natural es aún mejor.

También se puede ver, al final, la inanidad del clero y tal vez hasta del dogma, pues el sacerdote no llega a saber ya quien tiene razón, y se vé forzado a admitir que, si no tuviera su fé y su educación religiosa, debería reconocer que el "buen salvaje" tiene toda la razón de su parte. Recordemos aquí que Diderot era ateo, y que naturalmente no dejó escapar esta oportunidad de poner de relieve sus ideas.

Por otra parte, si el fondo de la obra es antes que nada filosófico, no faltan en ella tampoco elementos de exotismo puro, como lo son desde luego la sensualidad predominante en las costumbres de los indígenas, y que el autor expone ampliamente, así como el colorido y el perfume de todo lo local, ambas cosas que constituyen los principales encantos de la atracción de las islas.

También se insiste sobre la indolencia, en la forma de vida de los habitantes de Tahití, y aún cuando se da a ella un valor ideológico, -pues se relaciona con las leyes naturales y se explica que en un país excesivamente fértil y de naturaleza tan generosa como aquél, no es preciso trabajar para subsistir, se dice también que el mismo clima y sus encantos exóticos, influyen muchísimo desde un punto de vista exterior, digamos, sobre esa manera de vivir. Vemos así como, en esta obra, no solamente hay un profundo sentido ideológico, sino también muchos aspectos concretos de exotismo, lo que tenemos que señalar aquí.

Tras la Enciclopedia, y ya con Chateaubriand, entramos en el romanticismo. Sin embargo este movimiento literario tiene proporciones tan amplias que es preciso dedicarle un capítulo aparte.

EL SIGLO XIX.Síntesis Histórica.

Para empezar esta breve reseña de la historia del exotismo en Francia, hasta la época contemporánea, cuyo examen constituye otra parte de este trabajo, conviene recordar muy someramente, -- como lo hicimos para los siglos anteriores -- cuales fueron los principales eventos que marcaron la política colonial o simplemente extranjera de Francia, en el Siglo XIX, y los que deben relacionarse a menudo muy estrechamente con tales o cuales manifestaciones literarias.

Al estallar la Revolución de 1789, Europa se encontraba en plena crisis oriental, pues Catalina II de Rusia, y José II de Austria, hacían la guerra a los turcos. Francia por su parte, -- que en 1783 había vuelto en posesión de algunas islas en América, del Senegal en África, y de sus ciudades en la India --, después de la victoria de Fleurus ganada por Jourdan sobre los austriacos, recibe de Prusia la ribera izquierda del Rhín, y de España la isla de Santo-Domingo. (Tratado de Basilea, 1795).

Demasiado conocida es la campaña de Bonaparte en Italia, por la que se reveló al mundo como uno de los más grandes capitanes de todos los tiempos, aquel militar corso que tuvo una infancia amarga y una juventud difícil, y que, en 1796, deja de ser un desconocido. En 1797, después de su avance sobre Viena, Bonaparte firma con Austria el Tratado de Campo-Formio, tras haber atemorizado al Emperador.

Francia quedaba así en guerra sólo con Inglaterra. Bonaparte concibe la idea de batirla en Oriente, y se embarca para Egipto. El 21 de julio de 1798 triunfa en las Pirámides, y por dos años Francia ocupa la antigua tierra de los Faraones, dando nuevos impulsos a su economía, mientras los sabios galos traídos por el General-en-Jefe, empiezan el estudio científico de las antigüedades orientales. Bonaparte se dirige hacia Siria, y mientras vence a los turcos en Monte-Thabor y llega hasta los muros de San Juan de Acre, la flota que manda Brueys se hace derrotar en Abukir por Nelson.

Mientras tanto los reveses militares en Italia y en el Norte de Alemania hacen volver rápidamente a Francia al General. Después de que Kléber muere apuñalado, capitulan en Egipto las últimas tropas francesas que quedaban.

Habiendo derrumbado al Directorio por el golpe de estado del 18 de brumario, -- noviembre 9 de 1799 --, Bonaparte, nombrado Primer Cónsul, tras numerosas campañas bélicas en toda Europa, logra en fin, por el Tratado de Amiens con Inglaterra, en 1802, que sean devueltas a Francia sus antiguas colonias.

En 1804, Napoleón es proclamado Emperador hereditario. Bajo su dirección y por medio de su gran espíritu de organizador, Francia entra en un período de franco progreso. Sin embargo la paz no dura. Empieza una nueva guerra con Inglaterra y Austria, marcada por las victorias más brillantes del Emperador. Se suceden las gloriosas jornadas de Ulm, Austerlitz, Iena, Wagram. En Europa empieza a reinar la "familia de príncipes" todos los hermanos de Napoleón ocupan un trono: José es rey de Nápoles, luego de España; Jerónimo, rey de Westfalia, domina todo el centro del continente; Luis, esposo de Hortensia de Beauharnais, hija de la Emperatriz Josefina, es designado rey de Holanda; en fin, Luciano, el promotor del golpe de estado, obtiene el título de Príncipe de Canino. Las hermanas no son olvidadas tampoco: Paulina Borghese, viuda del general Lecier, es duquesa de Parma, Placencia y Guastalla; Carolina y su esposo, el mariscal Murat, son nombrados gran-duques de Berg y Cleves, esperando ser más tarde a su vez reyes de Nápoles; en fin Elisa, esposa del comercian-

te italiano Bacciochi, se vuelve princesa de Lucca y Piombino, mientras el otro hijo de Josefina, Eugenio, es designado viceroy de toda Italia. Hasta 1810, la fortuna sonríe a Bonaparte. Domina de hecho, directamente o por medio de su familia y de sus aliados o vasallos, a toda Europa.

Después de divorciarse de Josefina, y casarse con María-Luisa, archiduquesa de Austria, de la que tiene por fin un heredero: el rey de Roma, (luego llamado duque de Reichstadt, y que murió tuberculoso en Schoenbrunn, en 1832), Napoleón empieza a resentir las primeras derrotas. Inglaterra, dueña de los mares, se une con Rusia y España. Después de llevar la guerra hasta Moscú, que ocupa, Napoleón debe retirarse ante el "General Invierno", y es la trágica derrota en los llanos nevados, en los que sucumbe lo que quedaba del "Gran Ejército".

En 1813, después de la desastrosa batalla de Leipzig, la guerra llega a Francia. En poco tiempo, después de defenderse hasta el último, Napoleón decide abdicar, tras la entrada de los aliados a París. En mayo de 1814 el funesto Tratado impuesto a Francia acaba por quitarle todas sus conquistas.

El Emperador, después de haberse fugado de la Isla de Elba, y haber todavía resistido en el Norte de Francia, logrando algunas victorias previas, es definitivamente derrotado en Waterloo. Llevado prisionero a Santa-Elena, muere el 5 de mayo de 1821, mientras el Congreso de Viena (1814-1815) termina la tarea empezada por el Tratado de París, y Francia se queda arruinada.

Restaurada la monarquía, ésta recibe la misión de acabar con los intentos liberales de España. Bajo el mando del duque de Angulema, las tropas francesas pasan en 1823 la Bidassoa, y llegan a Madrid y Cádiz, volviendo a poner en el trono al fatídico Fernando VII quien sin embargo no tiene poder suficiente para impedir la Independencia de sus colonias de América.

Iniciada la lucha en 1810, después de más de diez años de sangrientas peripecias, se consume la libertad de los americanos. Hidalgo y Morelos, Bolívar, Sucre y San Martín, son los caudillos del gigantesco movimiento, que acaba al constituirse las primeras repúblicas, y los Imperios de México (Iturbide) y de Brasil (gobernado por Pedro I, príncipe de Portugal).

Los serbios (1815) y los griegos (1820) insurgen, por su parte, contra los turcos. Tras los sangrientos masacres de Chio, y las acciones heroicas de los marinos helenos (Canariás), los turcos parecen llevar la ventaja, al ganar la batalla de Missolonghi, en la que perece el famoso poeta inglés Lord Byron, voluntario de la causa libertaria. Sin embargo se unen tres potencias europeas: Rusia, Inglaterra y Francia, y sus flotas acaban con los navíos turcos en la bahía de Navarín (1827). Las tropas francesas ocupan la Morea, y es en fin reconocida en 1829 la independencia griega.

En 1815, hemos visto que Francia no poseía ya de todas sus antiguas colonias, más que el Senegal, la Guadalupe, y la Martinica, la Guayana, la isla de la Reunión, y las cinco ciudades de India. Pero en 1830, al tomar Argel, Francia empieza a trazar las bases del que iba a ser su imperio colonial contemporáneo.

El dey argelino había ofendido al cónsul francés, y las tropas que mandaba el general Bourmont empiezan la conquista del territorio que solo debía acabar diecisiete años después, tras muchas luchas particularmente difíciles. En 1837 el general Lamoricière había tomado la ciudad de Constantina, después de que, un año antes, el general Bugeaud había derrotado al cacique Abd-el-Kader, quien se rindió definitivamente en 1847, asegurando así para siempre la dominación francesa en el Norte de Africa. El gobierno galo promueve la colonización de esos territorios, a

la vez que establece puestos militares en la bahía de Gabón, y trata de extender su dominación siempre más lejos. En 1841, Francia se posesiona de varias islas cerca de la costa noroeste de Madagascar. Un año después toma Mayota, en el canal de Mozambique, y las islas Tahití y Mangasas, en Polinesia.

Mientras tanto, en 1838, Francia había intervenido por primera vez en México, en la famosa "guerra de los pasteles". Una escuadra, mandada por el Almirante Baudin toma la plaza de San Juan de Ulúa, y hasta mucho tiempo después se soluciona el conflicto por la mediación del gobierno inglés.

En Italia los liberales siguen en su insurrección, buscando lograr la unidad de su patria y su liberación. Son las famosas jornadas del '48. Mazzini gobierna en Roma, mientras los franceses desembarcados en abril, acaban por ocupar la antigua ciudad de los Césares, en julio de 1849.

Después del 2 de diciembre de 1851, el príncipe Luis-Napoleón, sobrino del Primer Emperador, y ex-Presidente de la República, disuelve la Asamblea Legislativa francesa, y pronto un "senado-consulta" lo proclama Emperador a su vez, con el nombre de Napoleón III.

En septiembre de 1853, Francia ocupa las islas de Nueva-Caledonia, y diez años después las Loyalty.

Un año más tarde, los franceses y los ingleses se alían contra Rusia, llegando hasta Varna en el Mar Negro, y a las islas de Aland, en el Báltico. Sigue la ocupación de Crimea, el sitio de Sebastopol, las batallas de Balaclava e Inkerman, en fin el Tratado de París (1856), que termina la guerra en el Oriente.

Pero pronto empieza una nueva guerra en Italia, en defensa de su independencia amenazada por Austria. Las jornadas victoriosas de Magenta y Solferino son seguidas por el Tratado de Zurich en el que Austria cede a Francia la Lombardía. Napoleón a su vez la pasa al reino de Piemonte, quien deja en cambio la Saboya y el condado de Niza.

En 1860, empieza una nueva guerra en Extremo-Oriente, para protestar contra la violación por parte de China de los tratados de amistad de 1842. Las tropas francesas toman Tien-Tsin y entran en Pekín, mientras de 1862 a 1867, se desarrolla la ocupación de la Indochina.

En 1861, se firma una convención en Londres, entre Inglaterra, España y Francia, para salvaguardar los intereses de sus nacionales afectados por la Revolución en México. Pronto sus escuadras bombardean la costa veracruzana. Pero mientras los dos primeros países aceptan las indemnizaciones propuestas por el Gobierno de Juárez, Francia se niega, y prosigue la guerra. El general Forez toma Puebla y hace su entrada en México. Más tarde Napoleón instala en el trono mexicano, como Emperador, al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco-José, quien sin embargo poco debía durar en el trono, pues en 1867 se retiraron del país los franceses, y las tropas mexicanas, después de capturar a Maximiliano, lo fusilan en Querétaro el 10 de junio de 1867.

Existe desde luego --recordémoslo aquí-- una gran cantidad de libros sobre México, escritos en los años de la Intervención o inmediatamente después, y generalmente obra de militares que participaron en ella. Este es el caso --lo hemos dicho-- para muchos otros países del mundo, y constituyen un acompañamiento literario, podríamos decir, de las tropas en sus acciones de conquista, o simplemente bélicas.

Pero no se ha querido mencionarles en este trabajo, pues su examen crítico fué hecho en otro estudio, anterior, y cuyo tema era precisamente ver los reflejos en la literatura de las relaciones entre Francia y México. ("México en la literatura francesa contemporánea- Estudio crítico de las obras más significativas".- Tesis profesional para el grado de

Macstro en Letras, presentada por/que esto escribe en noviembre de 1944. La derrota gala en la guerra franco-alemana de 1870, provoca el rumbo del Imperio, con la abdicación de Napoleón. Surge así la Tercera República francesa.

Durante la administración del general Mac-Mahon, empieza el gran explorador Savorgnan de Brazza sus viajes por el centro de Africa. Cuatro años después, Zweifel y Moustier descubren las fuentes del Níger, mientras sigue la expansión francesa en Polinesia, al conquistarse sucesivamente las islas de Moorea y Gambier.

En 1881, después de una breve acción guerrera, el gobierno del bey de Túnez acepta el protectorado francés; mientras en 1883 y tras de muchos combates con los piratas indochinos que sostenían a los soberanos indígenas, Francia se establece definitivamente en Annam y Tonkín, obligando a China a firmar un tratado en Tien-Tsin, en 1885. Un año después, el Camboya es anexado también.

En la misma época las tropas francesas ocupan Madagascar, y se inauguran los primeros ferrocarriles en Cochinchina y en Senegal, en 1890. Francia entra en guerra contra los jefes negros del Mahomey, y ocupa el territorio dos años después, extendiéndose hasta el Sudán occidental, que conquista también.

En 1900, encuentran a las tropas francesas interviniendo en China tras la rebelión de los boxers. De 1906 a 1911, surgen conflictos en Marruecos entre las tribus indígenas y los colonos galos, que terminan por una convención con Alemania, en que se autoriza a Francia para establecer su protectorado en todos esos territorios; un año después el general Lyautey es nombrado residente general francés, y bajo su administración recibe gran impulso la economía, y progresa en general la vida toda, en la Colonia.

De 1914 a 1918, se verifica la primera gran guerra mundial, a la que pone fin el Tratado de Versalles; por lo que se refiere al aspecto colonial, único que nos interesa aquí, recordemos que dicho Pacto ordenaba la cesión a Francia de parte de las colonias alemanas en Africa: el Congo, el Camerún, y el territorio de Togo.

Los sucesos de política colonial francesa, ocurridos en el período que se ha llamado "entre-doux-guerres", son demasiado de actualidad para que sea preciso recordarlos aquí. Sin embargo tal vez mencionaremos algunos de ellos, un poco más adelante, al estudiar las obras de autores franceses contemporáneos que tengan alguna relación con dichos eventos.

Para terminar, recuerdo que, en todo el Siglo XIX, y a principios de éste, y mientras Francia realizaba sus expansiones sucesivas que, en la vigilia de la guerra de 1939, iban a ponerla a la cabeza del segundo Imperio colonial del mundo, las demás naciones procedían a conquistar, en forma similar, ellas también, grandes territorios.

Como lo hemos hecho para otras épocas, recordemos aquí simplemente las conquistas inglesas en India, en Egipto, en el Sur de Africa; la expansión rusa hacia el Este y el Sur: Siberia, Mongolia, Turkestán, Cáucaso; la dominación belga en el Congo; la ocupación holandesa de las islas de la Sonda; los centros de administración española y portuguesa en Asia y en Africa; las guerras italianas por la posesión de la Tripolitania, de Somalia y Eritrea; y en fin las luchas de todas las naciones del mundo por el control del Océano Pacífico y de sus miles de islas, y en las que figuraban las naciones europeas (Francia, Inglaterra, Holanda) pero también, y en una proporción cada vez mayor, dos grandes poderes extra-europeos: los Estados Unidos y el Japón.

Antes de poner fin a este rápido panorama de la política colonial contemporánea, recordemos la participación que tuvieron los franceses en la apertura de dos nuevas rutas de penetración del globo, hoy de uso

me importancia: los canales de Panamá y de Suez.

El hombre genial que tuvo la idea primera de trazar esos rumbos nuevos, que acortarían sensiblemente las distancias entre los varios puntos de la tierra, fué el ingeniero Ferdinand de Lesseps.

El 20 de noviembre de 1869, fué inaugurado el canal llamado de Suez, pues recorre una distancia de 160 kilómetros a través de las bajas tierras que separan a Asia de Africa, entre Puerto-Saíd y Suez, sobre el Mar Rojo. Su anchura mediana es de 80 metros, y su profundidad permite el paso a los buques de mayor calado.

Hemos querido mencionar aquí esta importante obra de la iniciativa francesa, pues se trata de uno de los puntos de comunicación hoy más frecuentados del globo, y encontraremos su descripción pintoresca en las obras de muchísimos escritores-viajeros contemporáneos.

El canal de Panamá también había sido concebido por de Lesseps, quien empezó los trabajos en 1881, pero ocho años después se suspendieron las obras por falta de capitales. La justicia francesa por cierto abrió una investigación y se suscitó una colosal "affaire" pues los administradores en fraude se habían asegurado altas complicidades en todos los medios.

El pobre iniciador de la obra no llegó a verla terminada pues murió en 1894, y los Estados-Unidos continuaron en 1902 trabajando hasta la realización de su proyecto, logrando así la obtención de una nueva vía de comunicación mucho más rápida entre el Atlántico y el Pacífico, y evitando el largo y difícil periplo alrededor de Sur-América, que antes había hacerse sin remedio.

X X X X

El Movimiento Romántico.

Al empezar el Siglo XIX, surge en Francia un nuevo estilo literario, una nueva escuela, que debía dejar hondas huellas en todo el movimiento del pensamiento, y su expresión, y no sólo en la nación gala, sino en aún en todos los países.

Se trata del romanticismo, cuya fecha inicial puede ser la de su Manifiesto, contenido en el Prefacio a "Cromwell" (1827), y luego en la famosa "batalla de Hernani", tres años después. Sin embargo, como se dijo, sus orígenes remontan a muchos decenios antes. Ya en Rousseau se observan ciertos rasgos que luego constituirán las características de los poetas románticos. Entre ellos, figura en primer lugar la descripción de la naturaleza, mientras que, por otra parte, la razón pasa a un segundo plan, y es substituída en su predominio por la imaginación y la sensibilidad.

Entre los principales escritores que pueden ser calificados de poetas

románticos, están Chateaubriand y Madame de Staël. Veamos, en lo particular, de que manera puede observarse cierto exotismo en sus obras. Fueron ambos, dos grandes viajeros, y este hecho ha desde luego dejado muchas huellas en sus obras.

El primero hizo, aún joven, un largo viaje a América (1791-1792). Su primer impulso había sido de descubrir, en el norte del Nuevo Continente, un paso hacia Asia. Llegó a recorrer la región de los grandes lagos, y, aunque describe muchos otros paisajes del sur de los Estados Unidos, es seguro que no pudo verlos personalmente. Sus descripciones han sido consideradas como referencias de viajes de otras personas, y, a veces, pura obra de su imaginación privilegiada y completamente romántica.

Así por ejemplo las páginas en que habla de las riberas del viejo río que llama "Meschacebé", clásica pieza de antología, contienen párrafos maravillosos, frases bellas y llenas de colorido, y de un hondo sentido poético; pero, parece seguro que nunca había visto ese paisaje, - aun cuando esa descripción sea mejor que muchas otras, como por ejemplo la del abate Prévost, en "Cleveland". Chateaubriand veía esos rincones con los ojos de su gran fantasía, y sin duda recordaba además lo que le habían narrado algunos jesuitas quienes, ellos sí, viajaron por esos rumbos; tal vez hasta copió algo de determinadas obras literarias, como la "Historia y Descripción de la Nueva-Francia" del Padre Charlevoix.

Las aventuras de René, personaje en gran parte autobiográfico, en Luisiana, entre los Natchez, y luego el relato de los amores de juventud que el viejo Chactas le hace una noche, en las riberas del "Old Man River", se encuentran repartidas en las páginas de varios libros: "Atala", "René", "Los Natchez", y en fin algunas partes en "El Genio del Cristianismo", así como en el "Viaje a América".

Es interesante ver como creció en Chateaubriand la idea de los viajes. Teniéndola ya presente en su infancia, herencia tal vez de su

sangre "malouine", que tantos ilustres corsarios y marinos dió a su patria, y destinado en un principio a ser, él mismo, un hombre de mar, la vocación literaria que empezaba a surgir en él, desarrolló aún más aquel oscuro sentimiento de "invitación al viaje".

América primero, las Indias luego, fueron las metas de sus ensueños, y hablaba de "aller défricher des forets" un día, para pensar al día siguiente en ponerse al servicio de algún sultán hindú.

Es en "René" donde encontramos el recuerdo de aquellos sueños de infancia:

"Souvent j'ai suivi des yeux les oiseaux de passage qui volaient au-dessus de ma tête. Je me figurais les bords ignorés, les climats lointains où ils se rendent; j'aurais voulu être sur leurs ailes. Un secret instinct me tourmentait; je sentais que je n'étais moi-même qu'un voyageur; mais une voix du ciel semblait me dire: "Homme, la saison de ta migration n'est pas encore venue; attends que le vent de la mort se lève; alors tu déploieras ton vol vers ces régions inconnues que ton cœur demande"."

Y suspira finalmente: "Levez-vous vite, orages désirés, qui devez emporter René dans les espaces d'une autre vie".

También en esta obra está aquel párrafo muy conocido en que el autor se despide de su patria, al embarcar hacia América:

"Soleil de ce ciel nouveau, maintenant témoin de mes larmes, échos du rivage américain qui répétez les accents de René, ce fut le lendemain de cette nuit terrible qu'appuyé sur le gaillard de mon vaisseau je vis s'éloigner pour jamais ma terre natale! Je contemplai longtemps sur la cote les derniers balancements des arbres de la patrie, et les faites du monastère qui s'abaissaient à l'horizon".

En el "Viaje a América" son de recordarse, entre todas, las páginas que describen los montes Alleghenys y otras en que se habla de las riberas de los grandes lagos, en las que reluce de la manera más brillante toda la riqueza del estilo del autor, así como el entusiasmo de su juventud. Pero también hay otros párrafos, en que se estudian las costumbres de los indios piel-rojas, por ejemplo la caza, la pesca, sus maneras de hacer la guerra, y sus tradiciones acerca del matrimonio, en lo

que el autor hace interesantes consideraciones sociales y filosóficas, que denotan un espíritu maduro y cierto, lo que no impide que de vez en cuando salga a la superficie algún rasgo de melancolía, de aquella apasionada tristeza que René iba a hacer célebre, y que, después de llamarse "enfermedad de Werther", iba a perpetuar la posteridad con el nombre de "mal du siècle".

En "Atala" hay muchos datos que hacen recordar a Bernardin de Saint Pierre: la misma sencillez en la trama, el mismo idilio ingenuo y casto; y además el mismo cuadro, esencialmente exótico. Sin duda en Chateaubriand el exotismo es más rico, armonioso y original. "Atala" es una novela seductora todavía hoy, y las páginas en las que, por ejemplo habla el autor del descenso en la sabana, o describe en el tono más elegiaco las caídas del Niágara, quedarán siempre dentro de las más clásicas de la literatura francesa.

Después de pasar algún tiempo en Italia, con un puesto diplomático tira su renuncia a la cara de Bonaparte después de la ejecución del Duque de Enghien, y sale para otro largo viaje hacia el Oriente.

Pasa sucesivamente por Grecia, Turquía y Palestina, y vuelve a Francia, por Túnez y España.

Otros dos libros dan sus impresiones de este recorrido: "Los Mártires" y el "Itinerario de París a Jerusalén". El primero es un vasto estudio histórico, epopeya algo legendaria escrita a la gloria del cristianismo. Acerca del segundo es interesante notar que sus páginas sobre Grecia eran de mucha actualidad: Byron debía morir en Missolonghi, combatiendo por la independencia helénica (1824) y Chateaubriand contribuyó a hacer surgir en Francia muchas simpatías por la causa del país esclavo, en lucha por su libertad.

En todas esas obras la naturaleza entra de la manera más amplia y se trata de una extensión, de una transformación del sentimiento hacia

ella, en el que ahora interviene toda el alma del poeta. Es ya el concepto romántico del mundo que prevalecerá en toda la poesía de 1820 a 1848. "Víctima rendida del encanto natural, Chateaubriand dejaba volar su fantasía y describía paisajes maravillosos con una pluma ligera, amena, fácil.

Son de recordarse su descripción de "una noche en los bosques del Nuevo Mundo", cuando gustaba "en toda su soledad, el bello espectáculo de una noche en el desierto", mientras afirmaba que "la grandeza, la sorprendente melancolía de este cuadro, no sabrían expresarse, y las más bellas noches de Europa no pueden dar una idea ni siquiera vaga, de ello" ("Genio del Cristianismo").

Allí el alma se eleva, medita en el silencio y la soledad, y se acerca más a Dios.

En "Los Mártires", habla de la transparencia de las noches orientales, ellas también intensamente poéticas, y del "charme" ineludible que se desprende de aquellos atardeceres en los que "las sombras transparentes parecen tener miedo de ocultar el cielo tan bello de Grecia: no son tinieblas, es sólo la ausencia del día. El aire es dulce como leche o miel, y al respirarlo siento un encanto inexpresable".

Ha sabido también describir emocionado las ruinas de ciudades antiguas, en su tiempo célebres y poderosas, en cuya contemplación ve una gran lección para la vanidad humana...: "Sic transit gloria mundi". Recordemos por ejemplo las páginas sobre Nápoles en "Los Mártires" y el paisaje de Constantinopla en el "Itinerario".

Por otra parte, supo evocar igualmente todo el esplendor místico a veces y siempre misterioso del mar, cuya canción lo acunara en sus primeros años. Sus tempestades (en las "Memorias") y sus descripciones de las riberas del Mar Muerto, en que se complace en dar relieve de m...

nera particular el exotismo de los colores y de la fauna oriental, son muy conocidas.

También se ha dicho que en las frases simples, enérgicas, y en las imágenes llenas de realismo de Chateaubriand, se puede ver la influencia de la Biblia. Y sin duda sus viajes en el Oriente lo hacen dar a sus obras algunos rasgos de primitividad y de naturalidad interesantes de notar.

Como caso concreto, bástenos señalar que las palabras de Eudoro, en "Los Mártires" constituyen una traducción muy poética y de clásica pureza, de algunos versos del "Cantar de los Cantares".

Recordemos en fin para terminar, aquellas palabras de las "Memorias" dedicadas a los marinos, en las que entra todo el encanto triste de los grandes viajes sin regreso:

n

"Le matelot ne sait où la mort le surprendra, à quel bord il laissera la vie. Peut-être, quand il aura mêlé au vent son dernier soupir, sera-t-il lancé au sein des flots, attaché sur deux avirons, pour continuer son voyage; peut-être sera-t-il enterré dans un îlot désert que l'on ne retrouvera jamais, ainsi qu'il a dormi isolé dans son hamac, au milieu de l'Océan".

Madame de Staël también fué una gran viajera. Enemiga de Napoleón y desterrada por él, recorrió toda Europa, siendo de mencionarse dos grandes viajes que hizo en Alemania (1803 y 1807) y uno en Italia (1805-06), a parte de algunos recorridos por Austria, Rusia y Suecia.

En su libro sobre Alemania, expone la autora la necesidad de un rejuvenecimiento de la literatura francesa, que debe tomar por modelo nuevas formas, en países extranjeros. Preconiza que las naciones nórdicas "deberán servir de guía" y que "todos los países se encontrarán al fin al recibir el pensamiento extranjero".

Por otra parte, hay que reconocer que si esta escritora dió a conocer en Francia la literatura y hasta cierto punto la filosofía alemana, sus descripciones están bastante pobres de contenido.

Más dada a relevar las ideas que las formas, las páginas en que trata de presentar al lector aspectos estéticos de los países que visita parecen muy secas. Se citan como ejemplo párrafos sobre Roma, en "Corinne" (novela publicada en 1807), que vienen a ser más bien "una acumulación de informes arqueológicos". De manera que podemos decir que en ellas los aspectos pintorescos y el exotismo exterior en lo general están ausentes.

Sin embargo, en otra de sus novelas: "Delphine", en unas cuantas frases sobre el Lago de Ginebra, entra de manera curiosa una descripción del paisaje, que la autora pone en paralelo de un análisis de sus sentimientos. Habla de "cuadros de grandeza imponente, que aliviaban mi dolor y dice que en "este vasto mundo apacible y fiero", se va levantando una tempestad. Al bajar hacia el lago, el viento, sumamente impetuoso, la golpea violentamente, y "el ruido terrible de las ondas y del cielo me decía que el mundo físico no estaba mucho más en paz que el mundo de mi alma".

De manera que, para concluir, también aquí podemos relevar cierta tendencia a gozar en la contemplación de la naturaleza que, para la autora, "era ya mi única sociedad".

Junto con esos dos escritores, otros también son de citarse, aún cuando muy rápidamente, en esta breve enumeración.

Xavier de Maistre, por ejemplo, francés de nacimiento, pero que pasó casi toda su vida en Rusia, donde fué general y combatió en el Cáucaso, ha escrito dos novelas notables por la sencillez de su trama y la facilidad de su estilo: "Los prisioneros del Cáucaso" y "La joven sibériana". En ellas entra de manera interesante el aire cortante pero vivificador de las estepas asiáticas. En cuanto al famoso "Viaje alrededor de mi cuarto", es demasiado conocido para que se hable aquí de su encantadora fantasía de su forma tan emotiva: se trata de "La excursión más singular de un hombre a quien le bastó la imaginación para fingirse los pano-

ramas y las perspectivas más variadas."

Henri Beyle, más conocido por su seudónimo de Stendhal, también deja algunas notas exóticas en sus obras.

Vivió muchos años en Italia (en Milán de 1814 a 1821) y fué luego Cónsul en Trieste. A su muerte, en 1842, dejó como última voluntad la de que se grabara como epitafio sobre su tumba: "Henri Beyle, milanés". En tres de sus libros se puede ver también esa profunda simpatía por la tierra del arte. Al lado del ensayo estético "Historia de la Pintura en Italia" (1817) y de sus "Paseos en Roma" (1829), su obra célebre es "La Cartuja de Parma" (1839).

En este fiel relato de las intrigas en una pequeña corte italiana, alrededor de 1815, abundan las descripciones interesantes de la vida y de las costumbres de ese país que fué la patria adoptiva del autor, - quien deja traslucir su simpatía entusiasta.

Enfín podemos mencionar una carta del Padre Lacordaire quien, en 1852, se encuentra en Oxford y en pocas, precisas palabras, sabe definir de manera perfecta el encanto de los viajes. Habla de esa ciudad "a la vez bella y grave, noble y amable", a la que llegó "solo y completamente perdido", pero con la "dicha de un niño" y elogia largamente aquellas callejuelas venerables en la añeja ciudad universitaria, en las que se pasea "avec ravissement", y concluye: "Je ne me rappelle pas d'avoir vu qui m'ait produit une aussi douce impression".

Veamos ahora los poetas.

En primer lugar, el jefe incontestado de toda la escuela romántica: Victor Hugo.

No vamos a tratar de reseñar toda la obra, particularmente abundante, de este genio fecundo en todos los géneros: poesía y novela, drama y ensayo. Sólo queremos señalar en ella algunos aspectos particularmente notables de exotismo.

Niño aún, el futuro poeta había estado en Italia y en España con su padre el conde Hugo, general en los ejércitos napoleónicos. En España permaneció por más de un año (1811) y, con su hermano Eugenio, concurre al Colegio de los Nobles, en Madrid. En el poema "Mon enfance" - - (Odes et Ballades), 1823, vemos el recuerdo de esa estancia. En la memoria del niño se grabaron para siempre los nombres de algunos pueblos que recorrió, así como la figura, inolvidable desde entonces, de un sirviente enano y corcovado del Colegio madrileño, que más tarde volveremos a encontrar con el nombre de Quasimodo, en ese gigantesco y legendario - fresco de la misteriosa Francia medieval que se llama "Notre-Dame de Paris".

Recordemos los versos en que cuenta sus recorridos por Europa, con las tropas vencedoras de emblemas de Águilas:

Pasaba por la Isla de Elba:

"Je visitai cette ile, en noirs débris féconde,
Plus tard, premier degré d'une chute profonde..."

Recuerda la opulencia pasada de Roma:

"Je vis de l'occident l'auguste Babylone,
Rome, toujours vivante au fond de ses tombeaux,
Reine du monde encore sur un débris de trône,
avec une pourpre en lambeaux..."

Evoca Florencia, "aux plaisirs toujours prête", y la poesía de Nápoles "aux bords embaumés, où le printemps s'arrete", y enfín España, llena de los recuerdos de un pasado glorioso:

"L'Espagne m'accueillit, livré à la conquete.
Je franchis le Bergère, où mugit la tempete;
De loin, pour un tombeau je pris l'Escorial;
Et le triple aqueduc vit s'incliner ma tete
Devant son front impérial.

L'Espagne me montrait ses couvents, ses bastilles;
Burgos, sa cathédrale aux gothiques aiguilles;
Irún, ses toits de bois; Vitoria, ses tours;
Et toi, Valladolid, tes palais de famille,
Fiers de laisser rouiller des chaînes dans leurs cours".

El poeta tenía 21 años cuando escribía sobre la península ibérica

esos versos llenos de pasión. Pero diez o quince años después, España - está todavía muy presente a su memoria, y en dos dramas, uno de los cuales fué motivo de la primera peluca romántica, evoca otra vez los paisajes de Castilla. En "Hernani", tanto como en "Ruy Blas", volvemos a encontrar el alma heroica de los nobles españoles, las aventuras de bandidos que son Grandes de España, y sobretodo el amor, siempre apasionado, y mezclado con aquel sentimiento particular del honor, del buen nombre, tan importante en la mentalidad castellana, que dos siglos antes sirvió de fondo a tantas obras, las de un Lope de Vega, de un Calderón, de un Tirso, o del mexicano (indiano le decían) Ruiz de Alarcón.

También en otros versos se acuerda Hugo de su niñez española. Es por ejemplo en "Fantomes" (Les Orientales) 1828, en que recuerda unos versos castellanos, en epitafio: "Luzga es la noche, y cerrados están sus ojos pesados. Idos, idos en paz, vientos alados!", y evoca la muerte de una joven española:

"... un ange...
Blanches mains, sein gonflé de soupirs innocents,
Un oeil noir, où luisaient des regards de créole,
Et ce charme inconnu, cette fraîche auréole
Qui couronne un front de quinze ans.

La pauvre enfant, de fête en fête promenée,
De ce bouquet charmant arrangeait les couleurs.
Mais qu'elle a passé vite, hélas! l'infortunée.
Ainsi qu'Ophélie par le fleuve entraînée,
Elle est morte en cueillant des fleurs! "

Son enfin, en la "Leyenda de los Siglos" todas aquellas páginas dedicadas a España, y a cantar las glorias de su pasado.

Es el cantar del Cid, héroe lleno de pompa y de lujo, de orgullo y de resplendor ante el rey, y que contesta al choik, azorado, que lo encuentra humilde, trabajando en los campos con ahinco, vestido casi con jirones:

"Je n'étais alors que chez le roi...
Je suis maintenant chez mon père."

Es la epopeya del "Pequeño Rey de Galicia", es la delicada elegía "La Rosa de la Infanta", es la descripción de las salvajes cimas de los Pirineos, cuando

"dans ce meme temps, du Llobregat á l'Ebre,
du Tage au Cil, un nom, Masferrer, est célèbre".

Son los ancestros de los reyes de España:

"Germes du maître altier que l'avenir construit,
Semences du grand tronc encor couvert de nuit,
Grains de ce qui sera plus tard le roi d'Espagne,
Ils sont là... "

Y hasta palabras españolas entran al francés, patrocinadas por Victor Hugo: alpagartos, sierras, romance, guerrillero, etc., todo lo cual contribuye desde luego a subrayar el exotismo de esos versos.

No solo España ha marcado con su "charme" al poeta. A partir de 1824 sopla sobre Francia un aire lleno de orientalismo: todos miran la lucha entre Grecia y Turquía; todos los poetas, en particular, están del lado de los helenos. Sin haber nunca estado allí, Victor Hugo, de prodigiosa imaginación, canta al Oriente, al que adjunta nuevamente algunos recuerdos de España, tan hondamente marcada por la civilización árabe.

Es el suyo un exotismo algo salvaje, lleno de colorido, y siempre con tintes de sentimentalismo, y hasta de voluptuosidad apasionada, bajo el cálido sol oriental.

Así encontramos en "La Leyenda" el cuento de aquel rey de Persia cuyos jardines son "paradis où la rose fourmille", y en las "Orientales" muchos poemas dignos de recordarse, por ejemplo "La Bataille Perdue", que contiene los lamentos del vizir Reschid en la noche de la derrota; luego "L'Enfant", oda tragicamente conmovedora a los muertos de Chio:

"Chio, l'île des vins, n'est plus qu'un sombre écueil.
Chio, qu'ombrageaient les charmilles,
Chio, qui dans les flots reflétait ses grands bois,
Ses cotteaux, ses palais, et le soir, quelquefois,
Un chocur dansant de jeunes filles".

Enfin recordemos los famosos "Djinns", cuya versificación es parti-

cularmente curiosa, y recuerda en verdad el ruido, primero creciente, y que luego disminuye a medida que se va retirando el viento, de la tempestad. Allí vienen:

"C'est l'essaim des Djinns qui passe,
Et tourbillonne en sifflant.
Les ifs que leur vol fracasse,
Craquent comme un pin brulant."

Se van enfín esos "impuros demonios de las noches". Han pasado,
y

" Tout passe;
L'espace
Efface
Le bruit ".

Otro aspecto importante del exotismo en Victor Hugo, es el "buceo en el tiempo". Precisamente la "Leyenda de los Siglos" es una serie de pequeñas epopeyas, en las que vemos el recuerdo de la Biblia, de la que decía el autor: "La Biblia es mi Libro", y también escribía: "Es romántica". En muchos de sus poemas encontramos a veces el toma completamente bíblico, como por ejemplo "La Conciencia" o "Booz dormido", obra de la que el último verso ha pasado a ser una expresión clásica por su perfección pictórica y esencialmente romántica:

"Cette faucille d'or dans le champ des étoiles".

Luego son estampas de la vida de Jesús: "Primer encuentro de Cristo con la tumba"; la antigüedad griega: "Cassandra"; la decadencia romana: "El León de Androcles", al que se puede unir el "Canto de Fiesta de Nerón" de las "Odes et Ballades",

Enfín la Edad Media, verdadero feudo de Victor Hugo, sobre la que se queda largamente, y de cuyos fastos ha sacado pequeñas obras maestras de la poesía épica: "Le Mariage de Roland", "Aymerillot" y "Wolf, Castellán d'Osber", entre otras.

Ya después, tocará el autor a la época contemporánea, y ensalzará los fastos de la leyenda napoleónica, pero también sus derrotas y sus

tragedias: "Le Cinquième d'Eylau", "Le Retour de l'Empereur", "Après la Bataille". Por cierto que sobre el Primer Imperio y su gloria encontramos muchas otras poesías, diseminadas por otros libros de Hugo. Recordemos "Le Manteau Impérial", "Ode a la Colonne", "Napoléon II" y sobretodo la famosa "Expiación". Es de advertirse que el poeta, enemigo constante del Segundo Emperador, e ilustre desterrado por veinte años, trata de poner de relieve los altos hechos del Primer Imperio, para denigrar aún más el triste Imitador. Sin embargo su admiración por la epopeya de Bonaparte no es obstáculo para hacer una crítica de sus ataques a la libertad de los pueblos, y sobretodo a la ilegalidad de su transformación de Primer Cónsul en Emperador.

Indiquemos también que el exotismo en Victor Hugo es más bien hecho de nombres/^{que}de cosas, si así podemos decir. Para él es mucho más importante la sonoridad pintoresca de las palabras exóticas, y su facilidad para constituir rimas impresionantes y ruidosas, que el hecho espiritual de tendencia al exotismo.

Y si el gran trágico clásico mezclaba en un verso célebre dos nombres como "Minos" y "Pasiphaé", Hugo también recuerda, por ejemplo, que

"Tout reposait dans Ur et dans Jérusalem"; o que Moisés:
"Conduisit Oliab avec Bélisael".

Para terminar estos párrafos sobre Victor Hugo y la presencia del exotismo en sus obras, recordemos un poema, escrito a los 27 años, y que se encuentra en "Les Feuilles d'Automne". Se llama: "A un Voyageur", y pone en conmovedora relación los viajes a través del mundo, con el viaje eterno, aquel que no tiene regreso.

Habla de las enseñanzas que se pueden adquirir en los viajes:

"Ami, vous revenez d'un de ces longs voyages
Qui nous font vieillir vite et nous changent en sages
Au sortir du berceau",

y lo compara con aquel hombre, "moins heureux et moins sage", que

se quedó y que esperaba "des saisons l'uniforme passage dans le meme horizon" pero que tuvo que asistir a la muerte de sus seres queridos:

"Maintenant ils sont là, tous trois dorment dans l'ombre,
Tandis que leurs esprits font le voyage sombre,
Et vont où nous irons", (1).

y concluye el poeta clamando:

"Voyageur! voyageur! Quelle est notre folie!
Qui sait combien de morts à chaque heure on oublie,
Des plus chers, des plus beaux?
Qui peut savoir combien toute douleur s'émousse,
Et combien sur la terre un jour d'herbe qui pousse
Efface de tombeaux?"

Es la eterna pregunta del viajero: ¿Será más feliz saliendo, o quedándose? Tal vez, como Campeador, piense:

"Feliz aquel que escucha eternamente
El mismo ruido de la misma fuente",

Entre las obras de Victor Hugo, existe en fin un libro, publicado en 1842, y titulado "Le Rhin", en que describe el autor aquel paisaje particularmente sugestivo de los viejos castillos renanos, con los oscuros bosques alrededor, y la atmósfera de leyenda que los rodea. Vaga reminiscencia de "Les Burgraves", volveremos a encontrar ese mismo paisaje en algunas obras de los escritores Erckmann-Chatrian, cuyo tema a menudo se desarrolla en ese mismo decorado del valle del Rhin y de la "Forêt Noire".

Tras de Victor Hugo, se destaca en primer lugar dentro de la escuela del romántica el nombre/caballero de Lamartine. Como Chateaubriand, fue político y diplomático, y al viaje que hiciera en Italia, en su primera juventud, (1811), se agregan su estancia en Florencia (1821), y un largo viaje a Oriente (en 1832), que todos dejaron algunas huellas visibles en sus obras.

Se ha reprochado al poeta no saber describir de manera precisa un paisaje. Es cierto. El colorido abunda, el sentimiento de la naturaleza está hondamente arraigado en su ser, para consolarlo en la tristeza y acompañarlo en su alegría ("L'Automne", "Le Lac"); para ayudarlo a ele-

varse hacia Dios y animarlo en sus crisis de desesperación:

"Mais la nature est là qui t'invite et qui t'aime;
Plonge-toi dans son sein qu'elle t'ouvre toujours".

Pero sus decorados son rapidamente indicados en el texto. No encontramos aquí las descripciones de Chateaubriand, o el sentimiento estético de Musset. Sólo son rasgos secundarios, muy breves, simplemente para indicar la acción: por ejemplo en "La muerte de Sócrates", inspirada de Platón, o el "Ultimo Canto de la Peregrinación de Harold", en el que termina la obra de Byron, y cuenta su muerte, hablando de paso de algunos rincones de Italia en que vivió el poeta inglés, antes de perecer en Grecia.

Lamartine conserva pues del marco externo sólo lo mínimo necesario para hacer entender su sentimiento, y deja los detalles en una imprecisión absoluta.

Su fe honda y sincera le atrae siempre más hacia la Biblia, y si en ella encontró una fuente de inspiración, también le sirvió de consuelo en sus amarguras: "Cuando mi alma, entusiasta, piadosa o triste, no-

(1).-NOTA: de la Pág. 168

Es éste el último viaje, aquel del que no se vuelve ya. El poeta hispano-americano Perfirio Barba-Jacob ha escrito bellos versos sobre este recorrido que no tiene regreso, que queremos copiar aquí en la atinada traducción francesa que de ellos ha hecho el profesor Bouchout:

"Il est des jours où nous sommes mobiles, mobiles
comme brindille au vent et au hasard légère;
sous d'autres cieux peut-être le bonheur souriait:
la vie est vaste, ondoyante et libre comme la mer!

.....

Mais il est aussi, o Terre! un jour, un jour, un jour
où nous levons l'ancre pour ne jamais revenir,
un jour où soufflent des vents inexorables,
un jour où nul ne pourrait plus nous retenir...!"

(De la "Canción de la Vida Profunda").

cesita un eco de su entusiasmo, de su fervor o de su melancolía, no abre ni a Píndaro, ni a Horacio, ni a Hafiz; abre los Salmos y saboreo esas palabras que parecen venir de los siglos y penetran hasta el fondo de las almas de las generaciones".

Pero en una de sus obras en prosa encontramos en fin algunos toques precisos de exotismo. En 1832, Lamartine partió hacia el Oriente con su esposa y su hija, y publicó en dos volúmenes el "Voyage en Orient". Aquí su estilo es variado, a la vez que preciso, y sus páginas sobre Jerusalén son particularmente conmovedoras, todas impregnadas de esa fe vigorosa que valiera tantos elogios al poeta.

También Vigny ofrece más bien un exotismo, "un destierro", en el tiempo, que propiamente el recuerdo de los viajes.

En "Moïse", como en "Eloa"; en "El Monte de los Olivos" como en "La Casa del Pastor" o en "La Hija de Jefe", está el recuerdo bíblico omnipresente. Sin embargo, aún cuando su amor por la naturaleza fuera sumamente discreto, hay en algunos de sus versos unas pinceladas de exotismo dignas de relevarse.

Recordemos por ejemplo el paisaje tranquilo, simple, completamente sobrio, en que empieza a desarrollarse la acción de "Moïse":

"Vers le midi, Juda, grand et stérile, étale
 Ses sables où s'endort la mer occidentale;
 Plus loin, dans un vallon que le soir a pali,
 Couronné d'oliviers, se montre Néphtali;
 Dans des plaines de fleurs magnifiques et calmes,
 Jéricho s'aperçoit, c'est la ville des palmes;
 Et, prolongeant ses bois, des plaines de Phégor,
 Le lentisque touffu s'étend jusqu'à Ségor"...

Sin duda también el delicado sentido poético del marco pone en valor las escenas llenas de acción que en él se desenvuelven. Se citan por ejemplo los altares humcantes al pié del Sinaí, las telas sirias de brillante colorido que adornan el seno de Delila, en fin la calma soberana que reina sobre el Monte de los Olivos, mientras ^{Jesús} contempla a sus discípulos.

los adornados en la tranquila y serena noche palestinense; aquella volada de Judea:

"tibia y llena de estrellas; y en la que una voluptad casta, una felicidad sin nombre, cae, con claridad, de las hojas, y sube, toda perfumada, de la tierra dormida, mientras una naturaleza inmortal festeja las almas de los fieles" (Georges Rivolet).

Ultimo de los románticos, Alfred de Musset recuerda a Hugo por la frecuencia con que se encuentran en sus obras rasgos de exotismo. Pero debe advertirse que el suyo es un exotismo ligero, algo "badin", mientras el del Jefe de la Escuela es majestuoso y solenne. Bien conocida es la tormentosa pasión de Musset por la escritora George Sand, y el viaje que juntos hicieron a Italia, dejó huellas indelebles en el poeta.

Entre sus primeras obras de juventud, ya había publicado los "Cuentos de España y de Italia", a los que sigue toda una serie de poemas en que describe dentro del mejor estilo romántico, los paisajes que contempla. Recordemos por ejemplo Madrid, "princesa castellana", y "Venecia la roja". Pero también aparece el color local en las acciones dramáticas que cuenta; "Don Páez", tragedia española hecha de sangre, amor y celos; o la amena comedia "La Nuit Vénitienne".

Caso particular sobre el que no queremos dejar de insistir aquí, es el de su poema "Venise". Escrito en plena juventud, cuando aún no conocía la reina del Adriático, denota la imaginación floreciente del poeta, y presenta una curiosa mezcla del paisaje veneciano con el amor de sus mujeres y la alegría de su carnaval.

Recordemos los primeros versos, evocación de la gloria pasada de la ciudad ahora dormida:

"Dans Venise la rouge,
Pas un bateau qui bouge,
Pas un pêcheur dans l'eau,
Pas un falot.

Scul assis á la grève,
Le grand lion soulève,
Sur l'horizon sercin,
Son pied d'airain".

Y copiamos los últimos, en que, después de hablar de las noches de Carnaval en Venecia, adonde revolotean, tal palomas, Vaninas y Narcisos el poeta exclama, en dulce lamento de amor:

"Comptens plutot, ma belle,
Sur ta bouche rebolle,
Tant de baisers donnés...
ou pardonnés.

Comptens plutot tes charmes,
Comptens les douces larmes
Qu'à nos yeux a couté
la volupté!"

Quince años después, su amor por Italia no había disminuido. En 1844, escribe a su hermano, que volvía de un viaje por la península, unos versos llenos de gracia en los que reseña todos los encantos de esa tierra de ensueño, "de ces beaux lieux où l'oranger fleurit".

Habla de las varias ciudades que cobija "ese ciclo encantado". Es Florencia, con sus viejas casonas negras y sus castillos medievales; es Génova, sentada en el agua, y su puerto:

"Tu l'as vu, cet antique port,
où, dans son grand langage mort,
Le flot murmure."

Evoca la sembre de Enrique Beyle, otro gran enamorado de Italia:

"Où Stendhal, cet esprit charmant,
Remplissait si dévotement
Sa sinécure".

Recorre el golfo de Capri, y canta el mar puro y azul de Nápoles, "adonde nacieron la música, y también el macarrón".

Sin duda el hermano del poeta gustó particularmente de la antigua "Gran Grecia":

"On t'accuse d'avoir parlé bien tendrement,
Moins en voyageur qu'en amant,
De Syracuse".

Luego evoca Musset las mujeres italianas, esas hermosas hembras ojos apasionados:

"Ils sont beaux quand il fait beau temps,
 Ces yeux presque mahométans
 De la Sicile;
 Leur regard tranquille est ardent..."

Ils sont doux surtout quand, le soir,
 Passe dans son domino noir
 La teppatelle.
 On peut l'aborder sans danger,
 Et dire: "Je suis étranger,
 Vous êtes belle".

Remontando hacia el Norte, recuerda las ciudades de añejas e ilustres tradiciones universitarias:

"Padoue est un fort bel endroit
 Où de très grands docteurs en droit
 Ont fait merveille";

pero la nota realista, algo epicurea, no está lejos:

"Mais j'aime mieux la polenta
 Qu'on mange aux bords de la Brenta
 Sous une treille".

Enfín, Venecia, su amor de juventud; vuelve a aparecer la ciudad dormida, en la que se quedó el corazón del poeta:

"Toits superbes! Froids monuments!
 Linceul d'or sur des ossements!
 Ci-git Venise.
 Là mon pauvre coeur est resté.
 S'il doit m'en être rapporté,
 Dieu le conduise".

Sigue el relato de sus amores, marchitados ya sobre las lozas de la "Piazzetta" e en las playas del Lido.

Para terminar, filosofea Musset sobre el viaje, y su final obligado, a ratos muy deseado, siempre lleno de emoción: el regreso al hogar.

Dice:

"Le retour fait aimer l'adieu;
 Nous nous asseyons près du feu,
 Et tu nous contes
 Tout ce que ton esprit a vu,
 Plaisirs, dangers, et l'imprévu,
 Et les mécomptes"....

Ya el poeta se volvió melancólico. El recuerdo de su viaje a Italia y sus dramáticos amores, sin duda le persigue todavía. Déjensele olv

dar, y pasemos a otro gran autor del Siglo XIX, en quien también han dejado honda huella los amores y la pasión.

Tras los románticos, poeta de transición que puede pertenecer a la vez a los socios del Parnaso o a los Simbolistas, Charles Baudelaire ha resentido también el frenesí del viaje, y por cierto interesa recordar que dos de sus obras, una en prosa, la otra en verso, ostentan el mismo título, particularmente significativo: "L'Invitation au Voyage".

Poeta aburrido de la vida, constantemente víctima del "spleen", - perseguido por el espectro de la muerte, algo enfermizo --en la Dedicat^oria califica sus poemas de "fleurs malades"-- supe sin embargo conservar intacto en su corazón el culto a la belleza, y empieza a utilizar en gran escala las imágenes y los símbolos, más tarde principalísimos elementos en la poesía de Verlaine o de Mallarmé.

En muchas de sus poesías encontramos ciertos rasgos de exotismo. - Por ejemplo el canto a los zingaros para quienes está abierto "el imperio familiar de las tinieblas futuras" ("Bohémien en voyage"), o aquel enbrujador olor de las islas misteriosas que evoca el poeta en "Parfum Exotique". Reclinado sobre el seno de la amada, el autor ve "se dérouler des rivages heureux qu'Éblouissent les feux d'un soleil monotone"; y describe un islote: "une île paresseuse où la nature donne des arbres singuliers et des fruits savoureux". En fin llega al puerto y es el descanso, acunado por cantos triunfales:

"Guidé par ton odor vers de charmants climats,
Je vois un port rempli de voiles et de mats
Encor tout fatigués par la vague marine,

Pendant que le parfum des verts tamariniers,
Qui circule dans l'air et m'enfle la narine,
Se mêle dans mon ame au chant des mariniers".

Es interesante comparar este poema, en el que el perfume de la mujer amada sirve como medio de evocación de lejanos horizontes, con otro titulado "Le Chevelure", que lo sigue en "Les Fleurs du Mal"; y en que,

otra vez, son los cabellos cálidos que sugieren el éxtasis lleno de recuerdos de viaje.

Después de notar el poeta que "en las profundidades de ese bosque lleno de aromas" vive todo un mundo "lejano, ausente, casi muerto" y constituido por "la langoureuse Asie et la brulante Afrique", expresa su deseo de partir, llevado por las ondas de la cabellera negra:

"J'irai là-bas où l'arbre et l'homme, pleins de sève,
Se pament longuement sous l'ardeur des climats;
Fortes tresses, soyez la houle qui m'enlève!"

Y en ese "mar de ébano" está contenido todo un sueño esplendoroso, hecho de "voiles, de rameurs, de flammes et de mats". Surge la atmósfera peculiar de los puertos tropicales:

"Un port retentissant où mon ame peut boire
A grands flots le parfum, le son et la couleur;
Où les vaisseaux, glissent dans l'or et dans la moire,
Ouvrent leurs vastes bras pour embrasser la gloire
D'un ciel pur où frémit l'éternelle chaleur".

Mientras por una parte la tranquila languidez oriental hace su aparición ("o féconde paresse, infinis bercements du loisir embaumé") no está tampoco lejos, aquí también, el perfume exótico:

"Je m'enivre ardemment des senteurs confondues
De l'huile de coco, du musc et du gouéron".

Y el poema termina enfín sobre la última expresión grávida de deseo—"espoir supreme et supreme pensée" decía Victor Hugo--: "mi mano sembrará en tu cabellera rubíes, perlas y zafires", dice el poeta,

"Afin qu'à mon désir tu ne sois jamais sourde!
N'es-tu pas l'oasis où je reve, et la gourde
Où je hume à longs traits le vin du souvenir?"

Es, en otra obra, el retrato de una dama criolla, sobre la que ha soplado los vientos cálidos que acarician las palmeras:

"Au pays parfumé que le soleil caresse,
J'ai connu, sous un dais d'arbres tout empourprés,
Et de palmiers d'où pleut sur les yeux la paresse,
Une dame créole aux charmes ignorés".

Es la atracción sensual de las islas griegas, siempre esas mismas.

islas que encantaron a Ulises, y en las que aún se oye el murmullo de las sirenas. Baudelaire une la poesía del paisaje de "Lesbos" con recuerdos eróticos y escenas voluptuosas:

"Mère des jeux latins et des voluptés grecques,
Lesbos, où les baisers languissants ou joyeux,
Chauds comme les soleils, frais comme les pastèques,
Font l'ornement des nuits et des jours glorieux".

Canta a la gloria de esa tierra de noches cálidas y lánguidas a la vez:

"Reine du doux empire, aimable et noble terre,
Et des raffinements toujours inépuisés..."

y termina recordando a Safo, "amante y poetisa", diosa que envidiará Venus:

"Plus belle que Vénus se dressant sur le monde
Et versant les trésors de sa sérénité
Et le rayonnement de sa jeunesse blonde"

y cuyo cadáver volverá tal vez algún día a las playas llenas de sol, que saben a olivares y a miel, de aquella isla que no ha dejado de llorarla:

"Et c'est depuis ce temps que Lesbos se lamente!"

Es en fin la oda "A une Malabaraise", en cuyos versos penetra todo el perfume del trópico y el sabor de "plátanos, ananas y bananas". Mujer extraña esa flor de los trópicos, que piensa ir a Francia, en la que sin duda, dice el poeta, extrañaría su país, siguiendo con ojos pensativos:

"dans nos sales brouillards,
Des cocotiers absents les fantomes épars".

Pero sin duda es en aquel delicioso poema de título tan sugestivo: "L'Invitation au Voyage", en que aparece de la manera más marcada el interés del poeta por el exotismo, y su afán de viajar.

Surge también en esa obra, un país nuevo, tal vez diríamos esencialmente "baudelairiano": el de la voluptuosidad. Pues en esa tierra que describe el poeta, todo es "orden y belleza, lujo y calma", pero también y sobretodo: "volupté".

là qu'il faut aller mourir!" Sí. Es allí donde debe respirarse, "soñar y alargar las horas por infinitas sensaciones", en aquellas atmósferas en las que "il fait bon vivre".

En estas páginas encontramos la famosa frase de Baudelaire que pusimos de epígrafe al presente trabajo, y que debemos comentar aquí.

Dice el poeta:

"TU CONNAIS CETTE MALADIE FIEVREUSE QUI S'EMPAIRE DE NOUS DANS LES FROIDES MISERES, CETTE NOSTALGIE DU PAYS QU'ON IGNORE, CETTE ANGOISSE DE LA CURIOSITE?"

Me parece que estas cuantas palabras constituyen la definición más clara de esa enfermedad del viaje, en verdad con caracteres de fiebre, como lo precisa el autor.

Se habló de cómo nace esta enfermedad. Hemos comentado también sus dolorosas crisis, al surgir, al realizar el viaje, y en fin el regreso, o sea el alivio temporáneo, pues es ésta una enfermedad que siempre re-crudece, como esas fiebres tropicales que sin duda recordaba Baudelaire cuando escribía palabras tan precisas.

Por lo que se refiere a las "frías miserias", es ése sin duda el clima más propicio al desarrollo de esas fiebres. Pues, aún cuando no sea indispensable encontrarse en la pobreza para pensar en la idea de emigrar hacia tierras más benignas, es obvio que, en esas circunstancias es cuando más desease buscar nuevos horizontes más propicios y acogedores.

La expresión: "cette nostalgie du pays qu'on ignore" merece ser hondamente meditada. A primera vista se trata de una extraña paradoja. Pues, para que exista la nostalgia, deben existir "a priori" impresiones, cosas vistas o sentidas, que uno extraña después, y de las que surge la nostalgia. Pero en los viajes asistimos al fenómeno muy peculiar de que se puede experimentar un deseo tan fuerte de visitar determinados países aún no conocidos, que ese deseo adquiere caracteres enfermizos;

es un padecimiento agudo y penetrante, y que toma todos los rasgos de una verdadera nostalgia.

Ese deseo va alimentándose con lo que se nos cuenta de esos países. Leemos los relatos de otros viajeros, estudiamos los mapas, vemos fotografías, --particularmente aquellas primorosas vistas que suelen adornar los folletos modernos de propaganda turística--, y así nos parece, hasta cierto punto, tener ya un conocimiento general de esos países, algo así como un "recuerdo de lo nunca visto", fenómeno psicológico muy frecuente, y que la ciencia moderna no ha logrado aún explicar satisfactoriamente.

De manera que me parece acertada esa expresión, singularmente pintoresca, de Baudelaire, acerca del sentimiento de nostalgia por lo ignorado.

Enfin bien supo el poeta desentrañar de esa enfermedad del viaje el carácter tan frecuente de amargura angustiosa. Habla de "angoisse de la curiosité". En realidad, la fiebre del viaje cuenta con períodos de depresión angustiosa muy marcados, y es entonces cuando nuestra curiosidad por lo desconocido adquiere perfiles de muy grande dimensión, a la vez que de honda angustia, precisamente esa "angustia de la curiosidad" que indica el autor.

Por todo esto me ha parecido justificable el poner como membrete de este trabajo sobre la "enfermedad del viaje", esa frase de Baudelaire que tan claramente habla de ese padecimiento crónico de nuestra época, de esta época agitada y sufrida, en la que, como nunca, se ha manifestado, y ha adquirido proporciones gigantescas, haciendo víctimas por miles y decenas de miles, algunas de las cuales, los grandes escritores, estamos viendo a través de sus relatos, en estas páginas.

Agreguemos por fin que algunos críticos han reconocido en ese período ensueño que describe el autor, a Holanda, tierra de poesía, y en en-

yo ciclo se puede respirar un perfume, singular y sugestivo, finamente incitante, "un revencz-y de Sumatra" (que dice el mismo Baudelaire).

Otros dos poemas merecen para mí un lugar a parte, de toda la obra de este escritor; también tratan del viaje y de su "charmé", y son: "Voyage" y "Un Voyage á Cithéro".

En el primero se expresa bien el deseo de partir, que empieza en la infancia:

"Pour l'enfant, amoureux de cartes et d'estampes,
L'Univers est égal á son vaste appétit".

Luego es la salida grávida de promesas y cargada de aspiraciones:

"Un matin nous partons, le cerveau plein de flamme,
Le coeur gros de rancune et de désirs amers,
Et nous allons, suivant le rythme de la lame,
Berçant notre infini sur le fini des mers..."

Habla después de los varios tipos de viajeros; los desterrados, los amargados, los humildes; los que huyen de alguna mujer. Pero los verdaderos viajeros son únicamente aquellos que "partent pour partir". Son los que "sin saber porqué, siempre dicen: "Vamos"...

Viene después el encanto del mar, con sus mirajes:

"Chaque îlot signalé par l'homme de vigie
Est un Eldorado promis par le Destin;
L'Imagination qui dresse son orgie
Ne trouve qu'un récif aux clartés du matin".

Recordemos que en otro poema de "Les Fleurs du Mal", titulado "L'Homme et la Mer", ya había dicho Baudelaire:

"Homme libre, toujours tu chériras la mer!
La mer est ton miroir; tu contemples ton ame
Dans le déroulement infini de sa lame,
Et ton esprit n'est pas un gouffre moins amer".

Siempre en "Le Voyage", encontramos un diálogo sorprendentemente bello entre los viajeros que cuentan sus recuerdos, y los que se han quedado y los escuchan:

"Etonnants voyageurs! Quelles nobles histoires
Nous lisons dans vos yeux, profonds comme les mers!

Montrez-nous les écrins de vos riches mémoires,
 Ces bijoux merveilleux, faits d'astres et d'éthers.
 Nous voulons voyager sans vapeur et sans voile!
 Faites, pour égayer l'ennui de nos prisons,
 Passer sur nos esprits, tendus-comme une toile,
 Vos souvenirs avec leurs cadres d'horizons.

Dites, qu'avez-vous vu?"

Así preguntan los que se quedaron. Y empieza el largo relato del viajero, lleno de evocaciones poéticas:

"... Nous avons vu des astres
 Et des flots..."

Pero también aparece la inquietud, algo de nostalgia, cierto remordimiento, siempre "le regret d'être parti", que viene pronto a sumarse al placer del viaje:

"Et, malgré bien des chocs et d'imprévus désastres,
 Nous nous sommes souvent ennuyés, comme ici...
 Et toujours le désir nous rendait soucieux..."

Enfin la advertencia suprema:

"Frères qui trouvez beau tout ce qui vient de loin..."

Amer savoir celui qu'on tire du voyage!
 Le monde, monotone et petit, aujourd'hui,
 Hier, demain, toujours, nous fait voir notre image:
 Une oasis d'horreur dans un désert d'ennui!"

Y el último consejo, lleno de duda a pesar de todo:

"Faut-il partir? rester? Si tu peux rester, reste.
 Pars, s'il le faut".

Al cabo siempre tendremos que hacer el último viaje, aquel que no tiene regreso:

"Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?
 Au fond de l'inconnu, pour trouver du nouveau!"

Pero no debemos quedarnos con esta impresión amarga. En el "Viaje a Citera" encontramos nuevamente el placer del viajar, la nota exótica, profundamente sentimental del autor, que describe con toques de pura poesía, aquellas riberas de ensueño:

"Ile des doux secrets et des fetes du coeur!
 De l'antique Vénus le superbe fantome

Au-dessus de tes mers plane comme un arôme
Et charge les esprits d'amour et de langueur.

Belle île aux myrtes verts, pleine de fleurs écloses,
Vénérée à jamais par toute nation,
Où les soupirs des cœurs en adoration
Roulent comme l'encens sur un jardin de roses
Ou le roucoulement éternel d'un ramier!"

Sin embargo el "spleen" no podía estar lejos, y el poema termina con una trágica alegoría en que el poeta se ve ahorcado y se lamenta:

" Ah! Seigneur! Donnez-moi la force et le courage
De contempler mon cœur et mon corps sans dégoût."

Como conclusión, podemos decir que Charles Baudelaire, fué sin duda uno de los poetas franceses del Siglo XIX más atacado por el exotismo, y tal vez esto se pueda atribuir, entre otras causas de carácter general, peculiares a su época, a su espíritu particularmente atormentado e inquieto, y a su mente siempre ávida de nuevas sensaciones, entre ellas, en primer lugar, el viaje.

Indiquemos a este propósito que Francis Carco ha bien sabido determinar la parte de enfermedad y su influencia sobre la imaginación, que hay en esa tendencia de Baudelaire al viaje. Escribió en "Nostalgie de Paris" lo siguiente: "Hubiera sido pues necesario... que Baudelaire, en sus culpables amorfios, haya tocado el fondo del dolor humano, para que nos haya hundido en el éxtasis de un mundo más bello, más voluptuoso y más rico, en el que sin duda no creía él-mismo, pero que sugiere de una manera en verdad mágica, cuando murmura:

"Mon enfant, ma soeur,
Songe à la douceur
D'aller là-bas vivre ensemble!..."

Y creemos que podría terminarse estos párrafos sobre el autor de las "Flores del Mal", transcribiendo unos versos de él que, una vez más prometen a la mujer amada la seducción del viaje:

"Amarás lo que yo quiero; y lo que me quiero: el agua, las nubes,
el silencio y la noche; el mar inmenso y verde, el agua informe y multo."

forme, y el lugar en el que no estarás..."

Entre los poetas de fines del Siglo XIX, podemos encontrar dos grandes grupos: los parnasianos y los simbolistas.

De los primeros se destacan Leconte de Lisle y José-María de Heredia. De los segundos, al lado de Verlaine y de Mallarmé, debe mencionarse al "niño prodigio": Rimbaud.

Vamos a hablar rápidamente de estos autores, para relevar en ellos las notas de aspecto exótico, y su manifestación y expresión en algunas de sus obras.

Leconte de Lisle era, ya de nacimiento, un exótico. Criollo de la Reunión, viajó mucho por la India y las Islas de la Sonda, y pudo allí sin duda inspirarse en paisajes sugestivos que más tarde describe en sus versos. Si su estilo denota cierta "recherche" para alcanzar la precisión y la perfección dentro de su plasticidad, hay que reconocer que los resultados están a la altura del esfuerzo.

El exotismo, en él como en Victor Hugo, consiste a la vez de evocación de los tiempos pasados, y naturalmente de perspectiva en el espacio.

A la primera, pertenecen los "Poemas Antiguos". Es la antigüedad griega y pagana. Allí está Clitemnestra en el pórtico del Palacio de Agamenón, allí está Cassandra, sollozante, con su profética voz. Allí están también Electra y el vengador Orestes, en las "Erinnias", imitadas de la "Orestia" de Esquilo. (Recordemos también los poemas: "Hélene", "Niobé", "La Vénus de Milo", "L'Enfance d'Héraklès").

Por otro lado está el recuerdo de la filosofía hindú, la búsqueda del "anéantissement", un nihilismo de paz suprema en el Nirvana. Y surgen las descripciones de aquellos paisajes de pagodas que vio en su juventud. Seguro en su erudición, evoca escenas de fakires o estampas de la vida de los brahmanes ("Bhagavat", "La Visión de Brahma") y el exotismo árabe, con las largas caravanas en ruta hacia la Meca, con el Ca-

lifa de Damasco, y el apoteosis de Muza-al Kebir, de que habla Rubén Darío.

En sus versos siempre está la nota precisa, y si vuelve a la naturaleza, buscando en ella como muchos otros poetas un consuelo a las horas difíciles, y la serenidad en el olvido:

"O mers, o bois songeurs, voix pieuses du monde,
Vous m'avez répondu durant mes jours mauvais...
... Vous avez apaisé ma tristesse profonde..."

sabe también evocar de manera concreta y exacta en los detalles - más nimios, los guardas del viejo Nabab, en el "Consejo del Fakir" (Poemas Bárbaros):

"Vingt cipaycs, la main sur leurs pommeaux fourbis,
Et le cranc rasé coïnt du paliacate,
Gardent le vieux Nabab et la Bégum d'Arkate;
Autour danse un essaim léger de Lall-Bibis".

Hay en fin la descripción pura de una naturaleza lujuriente: paisajes resplandecientes ("La Fontaine aux lianes", "La Forêt-vierge") o evoluciones de los animales salvajes: "Le Reve du Jaguar", "Les Éléphants", "La Panthère Noire".

Junto a Leconte de Lisle está su discípulo predilecto, él también nacido en tierras tropicales: José-María Heredia, cubano, educado en Francia, y que fué digno hijo a la vez de sus dos patrias.

Supo hacer que los catorce versos de sus sonetos bastaran a evocar toda una época, horizontes nuevos, la intensidad de una acción bélica, o el encanto de la naturaleza tropical.

Haciendo honor a la famosa frase de Boileau: "Un sonnet sans défaut vaut seul un long poème", ha sabido evocar de manera admirable todas las epopeyas.

Un detalle particularmente digno de mencionarse en este poeta es el hecho vuclo que sabe dar a sus últimos versos, y que lleva la imaginación del lector a través del espacio o del tiempo. Así por ejemplo, se

los Conquistadores que "cada noche esperando mañanas épicas" y encantado en sus sueños por el azul del mar tropical:

"ils regardaient monter en un ciel ignoré
du fond de l'océan des étoiles nouvelles".

O bien es Antonio, el general romano seducido por la exótica Cleopatra y que, inclinado hacia ella:

"vit dans ses larges yeux étoilés de points d'or
toute une mer immense où fuyaient des galères."

En el primer soneto de "Les Trophées" encontramos ya el reflejo de la Invitación al Viaje que tanto desarrollo ha de tener en sus poemas subsiguientes. Sobre las ruinas de Sicilia pastan las ovejas, y, olvidando el pasado ilustre de sus ancestros, el hombre

"...indifférent au royaume des aïeux
Écoute sans frémir, du fond des nuits sereines,
La mer qui se lamente en pleurant les Sirènes".

Después de muchos poemas sobre Grecia y Sicilia, y cuentos mitológicos entre los que deben recordarse particularmente "Némée", "Nessus" y la serie de los "Centauros", así como el nacimiento de Afrodita; hay varias obras también interesantes sobre Roma y los Bárbaros. Citemos el sugestivo ciclo ---"Aurora de un día siniestro"--- sobre la "Trebbia" cerca de cuyo puente Aníbal escucha,

"le piétinement sourd des légions en marche".

También debe recordarse el impresionante fresco del "Imperator" cubierto de sangre, en "Soir de Bataille"; la lánguida escena de amor entre Antonio y Cleopatra, en las embrujadas riberas del Nilo, cuando el ardiente general siente

"Ployer et défaillir sur son coeur triomphant
Le corps voluptueux que son étreinte embrasse.

Tournant sa tête pâle entre ses cheveux bruns
Vers celui qu'entraient d'invincibles parfums,
Elle tendit sa bouche et ses prunelles claires..."

Entre los sonetos dedicados a evocar la Edad Media, pueden citarse

la "Médaille", en el que figuran los nombres de los principales "Condottieri" de Italia; y para nosotros son particularmente interesantes el paisaje de Florencia desde "Le Pont-Vieux" o la perspectiva de los lujosos salones venecianos en el palacio de "La Dogaresse".

Toda la serie de "Los Conquistadores" debe ser recordada aquí, y de su primer soneto son los últimos versos tan significativos que hemos citado en otro lugar; y también revelan profundas características exóticas varias obras de "Oriente y Trópicos", como las descripciones del Nilo, y las estampas de daimios y samuráis japoneses.

Enfín recordemos las historias de Diego Lainez y el "Romance del Cid", obras en que brilla toda la atracción de la España heroica y legendaria de la Edad Media.

En conclusión debe decirse que también en Heredia existen abundantes referencias a ambientes exóticos y a épocas lejanas, en todas esas obras suyas cuyos decorados están dibujados en rasgos sencillos, rápidos, pero claros, cuadros siempre dignos de un gran artista.

Jefe de los simbolistas, Paul Verlaine, después de haber dejado influenciar su obra tanto de Baudelaire como de los parnasianos, "supo dar una poesía nueva con un acento extrañamente personal, poesía evocadora y musical, y en la que se juntan una fantasía exquisita y una sensibilidad profunda a la vez que dolorosa a menudo" -según lo ha calificado acertadamente la profesora Evelyne Hassin.-

Verlaine supo sentir todo el dolor de la ausencia, inseparable del placer de los viajes ("La plus dolente angoisse est celle d'être loin. Oh, l'absence, le moins clément de tous les maux"). Ser adolorido en su físico como atormentado a la vez en su moral, lo primero que se nota en él es la honda sensualidad que se irá sólo cuando, ya en la vejez, el poeta entra en "sagesse" y vuelve a una fé profunda, consagrada plenamente a la Virgen. Rubén Darío escribió de él que "su

cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo".

Y así pasó sobre el mundo aquel "pauvre Lélian" -anagrama de su nombre-, amargado y lleno de sufrimientos, librándose en él trágica lucha entre la "tiranía de la sangre" -así llama Darío a la sensualidad- los esfuerzos del espíritu para salir de los lodos terrenales y encontrar la serenidad en los cielos, cerca de la divinidad.

Así atravesó la constelación poética de Francia, tal una sombra - que pasara "dans le vieux parc solitaire et glacé", aquél cuyo lamento: "Il pleure dans mon coeur comme il pleut sur la ville", marcó tan hondamente a muchos jóvenes de nuestra generación, y que había confesado en un verso pintorescamente onomatopéico la trágica intensidad de su drama:

"Tout l'affreux passé saute, piaule, miaule et glapit".

Stéphane Mallarmé es sin duda más enigmático. Y su simbolismo es bastante más difícil de entender a primera lectura. Sin embargo en él - también hay obras de una singular belleza ("L'Après-midi d'un faune"), y además tuvo mucha influencia sobre varios de sus contemporáneos.

Podríamos recordar aquí unos versos de su poema "Brise Marine", en el que penetra seguramente aquel viento de nuestro tiempo que hemos llamado "invitación al viaje". Es el suspiro en el espacio: "Fuir, là-bas fuir!". Es la afirmación de que nada hará ya que se quede: "Rien... ne retiendra ce coeur qui dans la mer se trempe":

"Je partirai! Steamer balançant ta mature,
Lève l'ancre pour une exotique nature!"

Es en fin la duda, la inquietud ya de que tal vez no regrese:

"Et peut-etre les mats, invitant les orages,
Sort-ils de ceux qu'un vent penche sur les naufrages,
Perdus, sans mats, sans mats, ni fertiles ilots..."

Pero la recompensa: la poesía del viaje, subsiste. El deseo es el más fuerte:

"Mais, o mon cocur, entends le chant des matelots!"

Hablemos en fin del joven Rimbaud. Sorprendentemente precoz -- se dice que escribió todas sus obras de los 15 a los 19 años -- ha dejado versos de una belleza impresionante, a la par que de un estilo poético de pureza digna de relevarse.

De sus poemas, recuerdo particularmente uno, el titulado "Bateau Ivre", en el que encontramos también unas curiosas notas de interés hacia el viaje.

El autor finge ser un barco, un barco que tiembla sobre sus amarras o desciende por "ríos impasibles", mientras los piel-rojas amarran al "totem" de los suplicios los marineros que lo jalaban.

Narra como, perdido en la tempestad, navega por los horizontes lejanos, y evoca en fin aquellas islas a las que ha llegado:

"... incroyables Florides
Mélant aux fleurs des yeux de panthères, aux peaux
d'hommes, des arc-en-ciel tendus comme des brides,
sous l'horizon des mers, é de glauques troupeaux..."

Glaciers, soleils d'argent, flots nacreux, cieux de brai
Echouages hideux au fond des golfes bruns,
Où les serpents géants dévorés de punaises
Choient des arbres tordus avec de noirs parfums!"

Versos que describen el Mar de los Sargazos y presentan, lo veremos más adelante, una singular analogía con la prosa impresionante del "Voyage d'Urien", cuando André Gide traza la ruta de su navío que, é también, era un barco fantasma, o mejor dicho, un verdadero "bateau-ivre".

Al lado del placer del viaje, no podía faltar tampoco, naturalmente, en el "Bateau Ivre", el tema del regreso.

Esto aparece indicado, aún cuando ligeramente pero de manera significativa, en versos como:

"Je regrette l'Europe aux anciens parapets"

y la melancolía de Rimbaud se acentúa más aún en otras expresiones como por ejemplo aquella, muy conocida, de:

"Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir".

Al lado de todos estos poetas, debe hablarse de dos novelistas en cuyas obras también aparece la nota exótica. Son ellos Théophile Gautier y Prosper Mérimée.

El primero supo evocar de la misma manera brillante los tiempos más remotos de nuestra civilización (en ese sorprendente "Roman de la Momie") como escribir novelas picarescas ("Le Capitaine Fracasse") y en fin pintar los paisajes de España (en prosa -1840- y unos versos: "España", en 1845) o de Italia.

Por otra parte existen igualmente unos relatos de viaje (Constantinopla y el Oriente, 1854; "Voyage en Russie", 1866), en los que volvemos a encontrar al fino poeta, en el que el aspecto exterior de las cosas es el más importante. Sus obras están llenas de detalles minuciosos pero significativos. Pinta rincones exóticos como un gran artista: las sierras españolas ("Dans la Sierra", "In Deserto"), las torres de la Catedral de Sevilla que le hacen pensar en los grandes hombres, o las pirámides egipcias ("Nostalgies d'Obélisques").

Sus descripciones de Tebas al mediodía o de la Alameda de Granada al anochecer, se han vuelto justamente célebres, y son cuadros en los que no sabe uno diferenciar al escritor del poeta o del pintor, pero siempre de alto sentido estético y de un poder evocador particularmente envidiable.

Mérimée por su parte, se destaca sobretudo por tres novelas, de temática exótica todas. Dos de ellas cuentan las "vendettas" de Córcega ("Matteo Falcone" y "Colomba"). La tercera, demasiado conocida, es la famosa "Carmen" que, en un decorado típicamente español, describe una sangrienta tragedia pasional.

Enfin recordemos aquella obra "Le Carrosse du Saint-Sacrement", que se desarrolla en el Perú, y es la historia del amor de un viejo virrey

y una joven bailarina; de paso pinta Mérimée de manera interesante las costumbres de la España europea y de sus colonias de ultramar.

Los detalles particularmente escogidos, cierta minuciosidad en el estilo, enfín la fuerza de la acción, son los méritos principales de esos escritos, todavía hoy muy leídos y admirados.

Y así, en breves "nouvelles", el autor describe las pasiones de primitiva ferocidad, en ambientes sobriamente trazados y particularmente interesantes para el público "épris d'exotisme" que fué sin duda el de su época.

Pero si ese público buscaba sensaciones extrañas, no había olvidado el culto de la razón, principal flor del genio de Francia, y con él el gusto por el orden, la gracia serena, y la belleza que, junto con el buen gusto y la claridad, constituyen el clasicismo.

El último escritor clásico verdaderamente digno de este nombre, en la Francia del Siglo XIX y de principios de éste, fué Anatole France y vamos a hablar de él con algún detenimiento, pues en sus obras encontramos reunidos los dos factores que acabamos de señalar: el clasicismo y con él cierta tendencia al exotismo, tanto en el espacio, como en la evocación de tiempos idos, pues este escritor fué a la vez un gran viajero, y amaba de manera particular los viajes.

En otro trabajo, mencioné un texto poco conocido del Maestro, en que hablaba precisamente de su "penchant" por los viajes, y, después de afirmar que "los viajes son tal vez lo único que no cansa", recordaba aquellos que parten hacia tierras desconocidas "con la vaga esperanza de encontrar no diré la dicha --ya que eso no existe sino en los libros pero sí la ilusión de la dicha, de una dicha pasajera y vivaz, algo así como una nueva vida."

Ya he expresado también mi convencimiento de que eso es exacto, y hablé de esa renovación de nuestro ser implícitamente contenida en el

viaje,

Tal vez sea interesante, al hablar de France, ver en que forma se ha manifestado en él el clasicismo. Sus biógrafos cuentan que su padre era librero, y que el futuro escritor empezó así desde muy niño a sentir afición por los viejos/ⁱⁿ⁻folios. Ha sabido amar a los "bouquins" en verdadero erudito, y su personaje "Sylvestre Bonnard", su más deliciosa creación, es en gran parte autobiográfico.

El mismo autor dirá más tarde que "la tradición griega y la latina, toda razón y belleza, es la única; y fuera de ella no hay más que error y confusión". En su obra, numerosísimas son las páginas dignas de los más grandes clásicos de todos los tiempos.

Sin duda los que ven/^{en} el clasicismo una mezcla de razón y orden, basada en la verdad, a la vez que una ausencia casi total de lirismo, y cierta imitación de los antiguos, estarán satisfechos con los libros de France. Y seguramente que este autor no desmerece de aquellos grandes nombres del Siglo XVII que, tras Boileau y su "Arte poético", verdadera teoría del ideal clásico, supieron ensalzar la literatura francesa.

Anatole France es un escritor esencialmente francés. Fue digno hijo de aquella Francia que, según el Maestro Núñez y Domínguez, es "Patria de la gracia y de la espiritualidad, la heredera del genio greco-latino, la que dió a la ciencia y al arte sus formas más exquisitas, la generadora de los derechos del hombre y la incubadora de la libertad".

Y el país de Francia es también esencialmente clásico. Clásico su paisaje, todo belleza serena y ordenada, y gracia fina, a la vez, a la par que de una majestuosidad algo arquitectural. --Recordemos la tranquila campiña de "Ile-de-France", alrededor de París; las soleadas rutas de Provenza; los deliciosos rincones del "Val-de-Loire"; o enfin aquel "Vendomois" que tanto amó Ronsard, quien decía que no podía vivir lejos de él, y que tanto lo cantó en sus obras.--

No solamente el paisaje de Francia merece ser llamado clásico: su literatura lo es; siempre lo ha sido; y lo será, en toda su esencia.

Sin embargo, no se trata de recordar aquí aquellos escritores que supieron practicar, según la bella fórmula del profesor Henri Focillon: "le culte de la logique, l'habitude de la clarté, le gout de la mesure", todas cosas que constituyen la herencia griega y latina y que, como tantos otros, Anatole France supo poner de relieve en sus obras.- Debemos ver rápidamente cómo.

Delicado poeta, al principio de su carrera literaria (sus "Noces Corinthiennes", delicioso relato inspirado por la misma Musa que dictará a Pierre Louys --lo veremos más adelante-- sus "Canciones de Bilitis llegaban a ser de mucha actualidad, después de los "Poemas condenados" de Baudelaire, o de las evocaciones mitológicas de Leconte de Lisle), publicó, tras las "Bodas", dos libros más de versos: "Idilios y Canciones", y los "Poemas dorados", particularmente apreciados hoy todavía por los verdaderos "connaisseurs". Supo también ser por otra parte un crítico avisado y hábil. Publicó varios volúmenes de estudios artísticos y literarios, entre los que merece un lugar especial su "Genio Latino". En fin su talento dió la real medida de su valor, como "conteur". Todas sus novelas son modelos en el género.

Su estilo puro recordó a los clásicos, y aún el tema de algunos de sus libros permite hacerlo. "Sur la Pierre Blanche", por ejemplo, es un interesantísimo ensayo de reconstrucción de la vida, en los primeros siglos de nuestra era.

Sobre el fondo de seriedad en verdad helénica de la colonia romana de Acaia, vemos evolucionar finos estetas, astutos procónsules, y hasta místicos profetas de luengas barbas y miradas algo satánicas. Allí todo el ingenio del autor se dió libre juego, y las reflexiones griegas y romanas de la decadencia pueden aplicarse a nuestros proble-

mas actuales con todo provecho.

Pero toda su filosofía amena, finamente irónica, dedicada al estudio de los dramas contemporáneos, puede verse aún más claramente en los volúmenes de la serie "Histoire Contemporaine", en los que aparece aquel famoso personaje, éste también a veces fiel reflejo del autor, y que fué llamado "Monsieur Bergeret". El talento multiforme supo asimismo evocar la Francia medieval ("Vida de Juana de Arco"), los misterios del París del "Cinquecento", ("La Rotisserie de la Reine Pedauque") a la vez que el Oriente de la antigüedad: los amores de "Thaïs", cortesana de Alejandría; o los problemas políticos del "Procurador de Judea". En fin sale de las páginas de "Les Dieux ont soif", la atmósfera terrorífica de la Francia revolucionaria, en un sangriento fresco de coloridos diabólicos, a la par que inolvidables.

Por otra parte también se pueden encontrar entre sus obras algunos cuentos picarescos ("Crainquebille", "L'Anneau d'améthyste") que recuerdan a la vez a Rabelais y a Voltaire, pero también los "fabliaux" medievales que inspiraron a Villon o a Marot.

Por lo que se refiere propiamente al exotismo, vemos desfilar en sus obras muchos paisajes famosos. La costa griega, en toda su poesía de olivares y viñedos, frente al mar siempre azul, aparece en su obra, mientras las callejuelas de los viejos barrios de Roma son evocadas de mano maestra en otro lugar, cuando el viajero siempre algo epicúreo --France escribió, antes de Freud, que "no puede existir amor verdadero sin alguna sensualidad"--, se aprestaba a ir a saborear unos "carciofi alla giudia" en algún restaurant sucio y mal alumbrado de los muelles del Tíber.

Y si encontramos unas páginas sercnamente bellas sobre la campiña romana cubierta por las ruinas de un pasado glorioso, y asistimos a algunas excavaciones que traen a la luz del día los vestigios de la fastu

sa Urbe imperial, también podemos leer las descripciones del autor, verdadero poeta a sus horas, de tal o cual rincón del agro italiano. Por ejemplo, en el "Lys Rouge", la evocación de un amanecer en las colinas que dominan Florencia, en ese paisaje del que dice: "Tiene la belleza de una antigua medalla, de una pintura preciosa... Obra de arte perfecta a la par que mesurada".

Recordemos que un escritor argentino, crítico y traductor de France anotó la semejanza de esas impresiones florentinas con la visión de Roma desde San Pedro, que Emilio Zola pone en boca del abate Froment,

Por cierto que todo el encanto algo doloroso y tierno a la vez, de los cielos de púrpura del "bel paese" ha sido definido por France en una forma exacta, que nadie tal vez ha podido igualar. La heroína de la "Azucena Roja" afirma: "Dans ce pays je me sens à demi-vivante et à demi-morte, dans un état-trés noble, très triste, et très doux"; y sigue diciendo: "Mirad bien y veréis la melancolía de estas colinas, y sentiréis la tristeza deliciosa que sube de esta tierra de los muertos".

En cuanto al interés de France por el pasado histórico de su país, por las gloriosas leyendas mitológicas que le contaba su madre, cuando era un niño, o en fin el nacimiento de su vocación de escritor amante de estudiar la vida de otros tiempos, o la configuración de lejanos países, se pueden encontrar muchos párrafos de valor en sus libros, autobiográficos en gran parte, que relatan su niñez y su juventud: "Le petit Pierre", "Pierre Nozière", "Le Livre de mon Ami", y en fin "La Vie en Fleur".

France supo, desde muy joven, amar la belleza y sentir hondas emociones estéticas. Fue, como lo enunció un crítico, "un gran buscador de emociones, un lector infatigable de cosas viejas, un turista de los senderos del alma". Pero también, y como él mismo dijo: "He sentido la belleza como la sienten los otros, y me ha emocionado el encanto mis-

terioso que la incomprensible naturaleza extiende sobre las formas animadas".

Para terminar, recuérdese que France, hijo de librero, adoraba a los libros, amor, vicio y pasión a la vez. Y la nota clásica más emotiva de su obra, nos la dan tal vez aquellos renglones del "Crimen de un Académico", en que el pobre Silvestre Bonnard, para dotar a su ahijada, no tiene otra manera más que vender su Biblioteca, y escribe en su Diario:

"Tuve cuidado de reunir y conservar todos estos ejemplares raros y curiosos que pueblan la ciudad de los libros, y he creído durante mucho tiempo que eran tan necesarios en mi vida como el aire y la luz. Los he amado mucho, y aún hoy no puedo dejar de sonreírles y de acariciarlos. Esas pieles son tan gratas a los ojos, y esas vitelas tan dulces al tacto... No hay uno sólo de estos libros que no sea digno, por algún mérito singular, de la estimación de un hombre de bien".

Y al dejar a Anatole France, no podemos más que repetir unas palabras suyas, algo amargas pero llenas de filosofía, que copiamos del mismo libro tan ampliamente autobiográfico:

"Hago el catálogo de mi biblioteca pensando en un remate. Es una tarea que me aflige y me divierte a la vez. La alargo quizás más de lo razonable, y hojeo estos ejemplares tan familiares a mi pensamiento, a mi mano, a mis ojos, más de lo necesario y de lo útil. Es un adiós, y siempre estuvo en la naturaleza del hombre prolongar los adioses".

Debe hablarse ahora con la extensión que merece, de la abundante obra de un gran escritor francés de fines del siglo pasado y principio de éste, y que fué el más destacado impresionista de toda la literatura francesa moderna. Se trata del marino Julien Viaud, más conocido por Pierre Loti. Sus libros, profundamente exóticos, están al origen de toda la literatura contemporánea similar, cuyo estudio constituye otra parte de este trabajo.

Pierre Loti fué un distinguido oficial de la marina francesa, y tuvo ocasión de recorrer todos los mares del mundo, que forman el fondo, lleno de serena majestuosidad, de muchas de sus obras.

Empezó a escribir ya muy cerca de los treinta años, y su primera novela que alcanzó un gran éxito, fué "Le Mariage de Loti", publicada en 1880. En ella ya se podían distinguir los rasgos principales de ese nuevo estilo impresionista que ya no se conformaba con las teorías de Chateaubriand o de Bernardin de Saint-Horre, y que abarcaba proporciones mucho más vastas.

Allí el autor, al describir lejanas tierras muchas veces desconocidas para el gran público, demostraba una gran imaginación y una sensibilidad mayor aún, así como una sinceridad en la emoción, particularmente digna de notarse.

Si Loti ha logrado un gran éxito en la pintura de caracteres, y de un modo especial, de esos marinos bretones, almas humildes, rudas por fuera pero tan tiernas en el fondo, y llenas de fuerza y de vigor ("Mon frère Yves", "Matelot"), su mérito principal consiste en su impresionismo.

En la novela ya mencionada, relativa a su matrimonio, hay una descripción de Tahití, hoy todavía clásica. Pero hay que recordar también sus demás libros, que pueden dividirse en dos grupos: los que tratan del cercano Oriente; y particularmente de Turquía; y los que tratan de mano maestra imágenes llenas de coloridos frescos y brillantes, de los países del Oriente lejano:

Entre los primeros, recordemos particularmente "Azyiadé", una sencilla historia de amor; y "Les Désenchantés", obra vigorosa y llena de sensibilidad, cuyo fondo principal está constituido por el Bósforo. En este libro está contenida aquella famosa descripción del cementerio turco de Eyub, situado en la misteriosa Constantinopla, y también hay unas páginas notables sobre la vida de las que Claude Farrère, otro marino-escritor, llamará más tarde "les petites alliées en los barrios de la ciudad bizantina, al borde del inolvidable Cuern

de Oro.

Loti atravesó el Desierto de Arabia, con una caravana de camellos, y en la época de los famosos salteadores de Cheik Hussein. Cuenta sus impresiones en "El Desierto", en cuyas páginas está la famosa evocación de los "mirages" tan frecuentes en esas regiones: los coloridos de la arena, temprano en la mañana y ya al acostarse el sol, están pintados allí en una forma magistral. Y también recordamos la evocación del oasis de El-Akaba, pequeño puerto hoy desierto, enterrado en las arenas, al fondo de un brazo de mar abandonado, detrás de la península del Sinaí, pero que, en los tiempos bíblicos, fué el famoso Eziongaber del Rey Salomón, de que tanto hablan los Libros Sagrados. Centro de comercio, puesto fronterizo bien guardado, lugar de cita de todas las caravanas, vió llegar el legendario convoy de la Reina de Saba; y todo esto lo recuerda Loti, al contemplar las tiendas miserables de los árabes semi-nómadas y el jacal de lodo medio derrumbado que hospeda al rotón de soldados turcos, que constituían entonces toda la población de este lugar tan importante más de veinte siglos antes.

Continuación de "Le Désert", es "Vers Ispahán", libro que, sin tener los méritos de su predecesor, contiene sin embargo algunas páginas brillantes. Sobre Africa, dejó Loti una novela llena de pintorescos recuerdos y de la que se sacó recientemente una interesante película: "Le Roman d'un Spahi", y también aquel fresco impresionante por su realismo, reconstitución de una época olvidada e ilustre: el Egipto de los Faracnos, que vemos salir nuevamente, después de la "Novela de la Momia" de Gautier --cuyas primeras páginas: el descubrimiento y la apertura de la tumba femenina, constituyen para mí una de las partes más interesantes y sugestivas de toda la obra-- en "La mort de Philae", de Pierre Loti.

Recordemos también la obra "Au Maroc", en la que hay una bella descripción de la pintoresca ciudad de Fez, de sus jardines, y de sus calle

jas silenciosas, tristes, llenas de sombra.

Es también en esas páginas en las que se encuentra una reflexión interesante de Loti sobre la filosofía del viaje, que creo útil citar aquí:

"" Il viendra un temps où la terre sera bien ennuyeuse à habiter: quand on l'aura rendue pareille d'un bout à l'autre, et qu'on ne pourra même plus essayer de voyager pour se distraire un peu.

Sin duda el marino-escritor se ha distinguido más en la pintura de los horizontes asiáticos del lejano Oriente. Al lado de "Madame-Chrysantème", delicioso retrato de la vida de las "geishas", que hemos vuelto a encontrar después en las obras de muchos otros marinos, y que han sido hasta cantadas por Puccini, libro muy conocido y de méritos indiscutibles al lado del pesimista "Japonneries d'Automne"; y junto enfín al "Pèlerin d'Angkor" -- que recordará más tarde Pierre Benoit, en las brillantes páginas llenas de la poesía de la misteriosa y sugestiva jungla birmana de su "Roi Lépreux"-- es tal vez en "Pekín" donde volvemos a encontrar al sensible escritor, al pintor delicado, al inspirado poeta del "Desierto".

En mayo de 1900, estalla en China la sangrienta rebelión de los "Boxers". Los insurrectos, sostenidos por el gobierno imperial, saquean los barrios europeos de la Capital, destruyen todas las propiedades de las misiones católicas, y matan a más de veinte mil cristianos. Las naciones europeas, de común acuerdo, desembarcan tropas sobre la costa china, rompen el sitio puesto por los rebeldes a las legaciones, en Pekín; ocupan Ta-ku y Tien-Tsin; y restablecen enfín la paz, después de imponer a China fuertes indemnizaciones y varias concesiones territoriales.

Pierre Loti, entonces Capitán de Navío sobre el crucero-almirante de la flota francesa, es encargado de una misión en Pekín. Alojado por muchos meses en un pabellón del antiguo palacio imperial, describe en su libro todo lo que contiene el recinto fortificado en el que nunca ag

tes penetraron ojos europeos.

La evocación del atardecer en el inolvidable jardín, ante los variados palacetes y los templos lujosos; la lista de los tesoros encontrados entre los escombros; enfín el regreso a Pekín de una excursión a los alrededores, cuando la pequeña escolta de Loti le abre paso entre montones de cadáveres aún humeantes, en medio de las barricadas levantadas en las calles sombrías del barrio tártaro; constituyen páginas del exotismo más puro, y merecen ser consideradas como escritos clásicos en la literatura francesa.

Loti tuvo en Eugène Fromentin, unos años antes, un brillante compañero en la escuela impresionista gala del Siglo XIX. Fué éste un distinguido pintor y sus cuadros de paisajes argelinos o de escenas de la vida árabe, son célebres. Pero también, y por eso es preciso recordarlo aquí, fué un escritor igualmente de mérito. Como él mismo lo dijo, le había parecido que "la pintura no alcanzaba a expresar la abundancia, la vivacidad, la intimidad" de todos sus recuerdos de viaje por el Norte de Africa, y publicó dos libros que han cimentado su fama de artista fino y expresivo: "Un été dans le Sahara" (1857) y "Une année dans le Sahel" (1859). Su descripción del viaje a través del desierto entre El-Kantara y Biskra, en los límites del Tell de Constantina, tiene una belleza poética llena a la vez del mismo colorido que sus cuadros. En unos párrafos sobre la música árabe de su segundo libro, alcanza aún mayores proporciones la sensibilidad del artista que supo manejar de la misma manera admirable la pluma y el pincel.

Recordemos el último párrafo en que, después de hablar del "viento suave que, al cabo de la callejuela, hacía ondular dos o tres palmeras cuyos abanicos negros se entreveían moviéndose lentamente ante el cielo morado sembrado de diamantes", habla de un joven árabe de El-Aghouat, particularmente hábil en tocar la flauta berberisca, y que, habiendo en

pezado a tocar algo friamente, "puso después toda su alma y pronto una pasión sin igual" en la música, y concluye:

"L'heure était si belle, la nuit si tranquille, un si calmant éclat descendait des étoiles, il y avait tant de bien-être à se sentir vivre et penser dans un tel accord de sensations et de rêves, que je ne me rappelle pas avoir été plus satisfait de ma vie..."

Cuánta serenidad se desprende de estas frases, y sin duda no son más que el reflejo de la tranquilidad del paisaje de dunas, allá en el apacible oasis perdido en el desierto, mientras un grupo de "viajeros sentimentales" --según la bella expresión del escritor Serstovenn-- tendidos sobre tapetes lujosos, saboreando café o aspirando largas bocanadas en el narghilé, escuchan en un reverente silencio el quejido dulce, lleno de ternura, y de pasión a la vez, del cantor árabe.

Para terminar, debemos hablar aquí de dos escritores, en los que también se deja sentir la tendencia al exotismo, pero en una forma bastante diferente entre sí: el primero, Julio Verne, es un científico. El segundo, Alfonso Daudet, crea con su fantasía privilegiada un inolvidable personaje que puede ser, hasta cierto punto y dentro de la ironía más pura, la perfecta encarnación de la pasión por lo exótico: Tartarin de Tarascon.

Es conocida la prolífica imaginación del primero quien, en los setenta y siete años de su larga vida, escribió y publicó cerca de cuarenta novelas. Hemos dicho que es un científico, pues su fantasía y su abundante cultura se unieron para crear un nuevo tipo de novelas de aventuras. Predicciones del futuro --muchas de las cuales ha realizado la ciencia contemporánea, y sin duda lo seguirá haciendo-- a la vez que apasionantes libros, son: "Veinte mil leguas de viaje submarino", "La Isla Misteriosa", "De la Tierra a la Luna", "Alrededor de la Luna", "Viaje al Centro de la Tierra", "La Casa de vapor", "La Isla de hélices" etc.

Pero esa fantástica imaginación se dió libre juego cuando el autor trazó aventuras numerosas en tierras exóticas que nunca había visitado. Así tenemos el famoso "Viaje alrededor del mundo en ochenta días", cuyos episodios entre los piel-rojas de América, o entre los fanáticos hindúes, son particularmente conocidos. También encontramos "Norte contra Sur", penetrante estudio de la guerra de secesión americana; "Los quinientos millones de la Begún", divertida estampa de los misterios del Asia central; "Matías Sandorf", historia de las continuas luchas entre los pueblos eslavos por el dominio de los Balcanes; y en fin obras aún muy poco conocidas, pero que tratan de muchos otros países lejanos y, repitámoslo, ignorados por su autor. Tal es el caso, entre muchos otros, de "Martín Paz" y "Un drama en México".

Pués es particularmente curioso el caso de Verne, y puede constituir en nuestra opinión algo típico dentro de la influencia del exotismo sobre los escritores.

Debe reflexionarse en que este autor nunca salió de las fronteras de su país. De manera que la presión del exotismo sobre él fué tan fuerte que lo impulsó a escribir todas sus obras, aún quedándose en la casa.

Sin duda ese estímulo constante de escribir sobre regiones lejanas e ignoradas, se veía alimentado por las abundantísimas lecturas que hacía Verne, para preparar sus obras. De manera que, si es algo paradójico que uno de los más "exóticos" autores franceses modernos nunca saliera de su país, debe pensarse que su fantasía, sin duda inmensa, se completaba por el estudio constante. Y no se trataba solamente de novelas de aventuras o de libros de viajes. Julio Verne se dedicaba con ahinco al estudio de los problemas científicos, en las disciplinas más arduas, como por ejemplo la astronomía y la geología, al lado del arte marítimo y de la geografía.

Esto desde luego es tanto más significativo, y apoya nuestra tesis,

sobre la importancia de la atracción que ejercía lo exótico en Verne, y el arduo trabajo que se imponía, antes de dejar libre su imaginación, y expresar en decenas y decenas de obras, sus ideas.

Pero si Julio Verne supo hacer viajar por medio de la fantasía a través de todo el mundo, a decenas de miles de lectores de todas las edades, en todos los países, y en todas las épocas, creando un género literario del que podríamos encontrar tal vez un representante actual en H.G. Wells, el otro autor, Alfonso Daudet, también logró un efecto similar, al simbolizar en Tartarín al eterno provenzal de excelente corazón, lleno de un espíritu aventurero casi siempre imposible de realizar, de satisfacer, y cuya fantasía privilegiada suple a veces, con puras miradas ardientes sobre las plantas tropicales en las macetas del jardincito de su quinta, los viajes más extensos por todo el universo:

En Tartarín está toda la naturaleza meridional, concentrada, con todas sus ilusiones, sus entusiasmos fáciles y luego sus depresiones - enargas, y sus constantes "mirages" en los que cree.

Tres son los libros que constituyen la epopeya tartarinesca: "Tartarín de Tarascon"; "Tartarín sur los Alpes", y "Port-Tarascon". Hé aquí algunas consideraciones sobre el personaje y sus acciones, en relación con la presencia en él de la "invitación al viaje".

Recordemos el delicioso principio de la gran aventura: la tranquilidad de la pequeña ciudad provenzal, adormecida bajo el sol a la hora de la siesta, en el silencio de mediodía que sólo atraviesa el monótono murmullo de las cigarras. Estampa de la vida en el Sur de Francia, tan parecida a España e Italia.

Al final del pueblo, dice Daudet, había, sobre el camino de Aviñón, una casita blanca, de verdes persianas; su jardincito minúsculo tenía en el centro una fuentequilla con pescaditos rojos; y en un rincón, un personaje importantísimo: un baobab. Ese arbolillo, de origen africana,

enterrado en una pequeña maceta de claveles, tiene un papel de primer plan en los sueños de Tartarín.

En la salita, que perfumaban mimosas y tamarindos, clavada en el muro, se encontraba una piel de león, entre panoplias de flechas australianas con grandes carteles que pregonaban: armas muy peligrosas, envenenadas...

Allí está Tartarín, con su famosa chaqueta de pana verde, el espantamoscas en una mano, en la otra el vaso de refrescante limonada, una mascarada colorada alrededor de la frente ya un poco desguarnecida. Lee. ¿Qué lee el gran tarasconés? La descripción de un viaje a India, o el "arte de cazar leones", sin duda.

El Quijote, un héroe de España que en algo se parece a Tartarín, también tenía su cuarto lleno de libros, de esos libros de caballería que muy pronto iba a abandonar para volverse él mismo uno de esos caballeros errantes que por montes y valles van tratando de enderezar entuertos.

Tartarín por su parte se conforma con tener mapas y planos, cuadros y dibujos, y sobretodo libros, más y más libros, sobre los países lejanos a los que sueña dirigirse.

En el primer tomo de la serie, lo vemos en Africa, de la que regresa después de miles de aventuras en verdad desparpanantes, trayendo traído de sí, tal una sombra, un pobre cordero.

Luego lo volvemos a encontrar en plan de alpinista, paseando por las cimas de la Jungfrau, y mezclado en intrigas nihilistas con una damita rusa que encuentra en el Rigi-Kulm. Al final, y cuando todos sus conciudadanos lo creen muerto y le hacen solenes exequias, aparece muy tranquilo, habiendo subido al Monte-Blanco de un lado y --como lo dice el mismo-- bajando del otro; y el libro termina con máximas de alta filosofía provenzal, pues los tarasconeses están acostumbrados a las más

grandes mentiras, y a los sueños más fantásticos. Es "le soleil du Midi" como se dice finalmente.

En el tercero y último volumen, aparece en verdad la aventura más exótica del buen Tartarín, al final de la cual, por cierto, perece el pobre gran iluso.

Al principio se cuenta cómo, un día, apareció en Tarascón un "gentleman" nórdico: un duque, quien, apadrinado por Tartarín, siempre fácil de entusiasmarse, proponía a los lugareños se fueran a una isla encantada, que el buen señor tenía en el Océano Pacífico.

Sigue la descripción de la isla, cuyos términos son plenamente tartarinescos, y de los que mencionaremos las palabras: "clima de paraíso, país sumamente fértil; tierras que se venden a cinco francos y valen cinco mil; en fin posibilidad para cada quien de escoger el lugar de su residencia, en las colinas de la isla, según convenga la altura a su temperamento".

Tartarín, designado gobernador de la colonia, todavía no salía de su casita. Se apresuraba a mandar barco sobre barco, cargados de inmigrantes numerosos, pero de escasa importancia social, y publicaba mensajes excepcionalmente optimistas, en los que después de indicar que "el navío llevaba en sus bodegas, junto a los destinos de todo un pueblo, pequeños obsequios para los salvajes y numerosos aperos de labranza", concluía: "Junto con el gobernador provisional de la Colonia, van el médico-farmacéutico, el capellán, Reverendo Padre X., y el notario, encargado del catastro". La última frase, toda de palabras altisonantes, llenaba de júbilo el corazón de los tarascenses que aún no se habían decidido a salir: "Todo está perfectamente bien, y el duque está radiante de felicidad".

Tartarín empieza a publicar un periódico, en el que, dice Daudet, había de todo y para todos los gustos: "Artículos sobre las riquezas y

las bellezas de la isla; para los aventureros, cuentos de caza en los bosques vírgenes, peleas con los indios salvajes en las selvas, sorprendentes pascas a la sombra eternamente fresca de árboles desconocidos", y concluye: "La gente más apacible se deleitaba al creer que ya estaba en Port Tarascen, y sentía escurrir de su boca el jugo de mil y mil frutas del paraíso: mangos, plátanos y unas enormes piñas".

Enfin, después de mil preparativos, todos se embarcan y prosiguen su ruta larga y penosa, "sostenidos por sus bellos proyectos acerca del porvenir tan brillantes que los esperaba, y sus ilusiones los conservaban de pie".

Al llegar a la isla, empieza la decepción: todo está muerto, la ciudad no existe; los salvajes diezman a la milicia, y no aparece ninguno de los primeros inmigrantes, fuera del pobre farmacéutico que viene a contar la dolorosa sorpresa que les llenó cuando, a su llegada, vieron que no existía nada y luego los caníbales acabaron con la colonia.

Persuadidos que el duque les había estafado, todos quieren volver sobre sus pasos, pero ciento cincuenta deciden quedarse con Tartarín que a pesar de todas las desilusiones y del trágico relato del único superviviente de la primera expedición, todavía habla de "dignidad, la importante misión que me corresponde, mi autoridad de gobernador", etc.

El secretario de Tartarín redacta entonces un diario, en el que consta "todo lo dicho y hecho en la libre colonia, bajo el gobierno de Tartarín", y en él encontramos relatada minuciosamente la vida de esos pobres abandonados, víctimas de su fantasía, de su pasión por las aventuras, de su imaginación siempre floreciente. Cacerías en los bosques; recepciones a los salvajes, cuyo rey Negenko casa a su hija quinceañera, Mkiriki, con el gran Tartarín, después que éste (que "conoció de nombre los relatos de todos los marinos y exploradores: Bougainville, Cook, Entrecasteaux") se demostró un excelente diplomático al firmar un tra-

tado con el rey en que se estipulan las condiciones de cesión de la isla a los tarasconeses, "en cambio de un tonel de rón, diez libras de tabaco, dos paraguas y una docena de collares en pacota".

Un día llega un torpedero inglés que hace desalojar la isla, en realidad posesión británica, y se lleva a todos a bordo. Felices de pensar en volver a su tierra, todos abandonan su quimérica colonia, y se embarcan en el navío que esta vez también va cargado de esperanza.

Después del frenesí por el viaje, la emoción obligada del regreso.

Desde luego que una mujer no podía faltar, entre tanto meridional. Y surge la esposa del comodoro inglés, cuyo retrato deliciosamente romántico, pinta Daudet, y que pronto se enamora de Tartarín:

"Era muy joven, criolla delicada e indolente, recostada sobre un sillón de bambú, en una postura muy lánguida; su piel tenía la palidez de la magnolia y sus ojos eran negros y hondos, dulces y pensativos..."

Por fin dos policías francesas se encargan del pobre gobernador, y la justicia de su país lo somete a proceso. Toda la ironía de Daudet se manifiesta en el relato que hace de ese juicio, considerado un modelo de género.

Después de muchos debates en que trasluce todo el carácter meridional pintado en los colores más vivos, el pobre Tartarín es absuelto. Pero sus ilusiones se han desvanecido. Abandonado por todos, demasiado alimentado de esa famosa "regardelle" tarasconesa que Daudet define como "todo lo que llama la atención, lo que deseamos y no podemos conseguir, comida de los señadores, de los imaginativos", el pobre "Don Quijote" en "la piel de Sancho" muere en Beaucaire, después de haberse desterrado de su querido Tarascón.

Es pues éste un drama del exotismo. Por buscar la felicidad demasiado lejos de su casita, el iluso ha muerto. Es ésa la moral que saca Daudet de su historia. Y debemos reconocer que sus libros divierten, por

que aún en la amenidad hay siempre un fondo de amargura.

Dejemos descansar a Tartarín, pobre diablo; y a Daudet, su gran creador.

Recordemos aquí otra obra de la misma época, y en la que también encontramos, aún cuando con caracteres completamente distintos, cierta tendencia al exotismo.

Se trata de "Salambo", de Gustave Flaubert, novela histórica en la que el autor ha demostrado el mismo cuidado en la observación precisa de los detalles y en la penetración psicológica de los personajes, que en sus cuadros de la vida moderna, de los que el más conocido es sin duda "Madame Bovary".

En aquella obra, como también, es cierto, en la "Tentación de San Antonio", encontramos el mismo gusto del autor por el colorido fuerte, el esplendor típico del Oriente, concebido por los románticos, cierta tendencia al realismo excesivo, por ejemplo en las escenas de matanzas, o la rebelión de los mercenarios púnicos.

Pero lo más notable es el trabajo en verdad gigantesco, que se tomó Flaubert, para reconstituir con la exactitud de un arqueólogo el ambiente y la época en que se desarrolla su novela. Una intensa, sorprendente verdad científica, a lo largo algo cansada en verdad, reluce en toda "Salambo", por ejemplo, en las páginas en que describe el banquete de los soldados, la aparición de Salambo, cuando va a visitar al jefe mercenario, Matho, en su tienda, o la batalla, en que los rebeldes acaban por ser vencidos por Amílcar y encerrados en una barranca en que mueren de hambre.

Digno también de ser mencionado por su notable don de observación, igual que Flaubert, es su ahijado el cuentista Guy de Maupassant. Ha dejado en "La Vie Errante" algunas notas de viaje por el Norte de Africa, ("Vers Kairouan") que deben mencionarse.

En esos párrafos evoca en rápidas pinceladas la gloria pasada de esas regiones hoy llenas de ruinas que, sin embargo, conservan un aire orgulloso bajo el sereno cielo tunecino.

Los hermanos Goncourt presumían de haber sido los primeros en pintar en sus novelas "la verdadera vida". En realidad estos escritores eran muy sensitivos, y en los cuadros de sus obras aparecen bien dibujados varios caracteres. Pero debe recordárseles aquí por su gusto por las "japonaiseries", manifestación concreta de su tendencia al exotismo, y que influyó bastante al público de su época.

Es sabido el gran éxito que tuvo, a fines del siglo pasado, y particularmente alrededor de 1880, el arte decorativo de influencia extroriental. En todas las casas elegantes de París abundaban los objetos chinos o japoneses, y hasta hindúes, y se puede ver por ejemplo, uno de estos saloncitos curiosos descrito por Proust, "chez Odette".

Llegamos así a los escritores contemporáneos, que hemos de ver en el apéndice de este trabajo.

X X X X X X X X X

C O N C L U S I O N .

Con esto damos por terminado el presente estudio sobre el Exotismo, como una tendencia literaria, y sus manifestaciones, particularmente en los escritores franceses, de los siglos XVI al XIX.

Nuestro propósito fué demostrar que, si bien es cierto que en los últimos años el género exótico ha tenido su mayor desarrollo, también debe considerarse que, desde la más remota antigüedad, ha existido en los hombres una tendencia al exotismo.

Esta idea, que fué al principio puramente filosófica, luego tuvo importantes manifestaciones concretas dentro de la literatura.

Así, y particularmente en los escritores franceses, en todas las épocas, hubo varios que se sintieron atraídos por la "Invitación al Viaje".

Hemos tratado de mencionarlos aquí, y de extractar de sus obras algunas de las partes más características.

El deseo de viajar ha existido siempre, y creemos sinceramente que este símbolo del perenne anhelo humano hacia una vida más feliz en un mundo mejor, logrará algún día cristalizarse en una plena realidad; nuestros deseos son de que así sea muy pronto.

X X X X X X X X X X X X X X

F i n .

A P E N D I C E .Breves Notas sobre los Contemporáneos.

Hemos dicho ya que son muy pocos los escritores contemporáneos, - en Francia, que no han sido víctimas del demonio del viaje. No habría sido posible pues mencionarlos a todos, y menos aún hacer aquí un estudio detenido de sus obras.

De algunos de ellos ya tuvimos oportunidad de hablar en el curso de este trabajo, y de ver algunas de sus expresiones más características, por ejemplo en relación con los medios de realización de los viajes.

Aquí solamente quiero tratar de indicar, en estas breves notas - expuestas en orden alfabético, los nombres de los autores más característicos del género exótico, y de sus principales obras transcribo algunos párrafos particularmente significativos.

Al final de estas notas, se encontrarán algunos datos bibliográficos, en los que están incluidos todos los títulos de las obras mencionadas arriba.

En este apéndice -- repito -- sólo se han estudiado las principales de ellas.

Espero sin embargo, poder algún día ocuparme de este tema, tan atractivo bajo muchos puntos de vista, en un estudio especial más amplio y profundo.

X X X

RENE BIZET.

- Existe un poema breve de este autor que debe señalarse aquí. Es una obra particularmente interesante, en la que penetra de una manera muy curiosa la invitación al viaje, en una forma conjunta con una evocación amorosa, en esta estampa que constituye un ejemplo más de lo que se ha llamado "el juego del amor y del viaje".

El poeta se encuentra en París, sobre los "boulevards", al anochecer, y en la dulzura de esa hora gris, cuyo "charme" ha seducido a tantos escritores, recuerda su vida pasada, y en su curso evoca particularmente una figura amada, la de Ella.

Escribe: "Ibamos lado a lado, seguros de nuestros corazones, confiados en la felicidad". Sin embargo, en la noche que va cayendo, bruscamente, penetra en la mente ocupada con el recuerdo de su amor, tal una flecha, un punzante grito: surgen "toutes vos tavernes, ports, où je n'ai pas fui". Y junto al dibujo de la mujer objeto de su pasión, se levantan las siluetas de los grandes navíos que el poeta también ha amado apasionadamente: en los puertos añorados: "Los steamers gigantes oscilan sólo para mí".

Entonces empieza a imponerse el frenesí del viaje, cruel, irresistible:

"Mon désir
hurla si fort ses souffrances!
Partir... Partir"...

En el poema, de estilo moderno, una nota violenta, aguda, punzante, cortada como una sinfonía incompleta:

"Il est des bouges d'Australie
Où libres, loin des lois,
Des marins..."

El recuerdo del viaje se va ya, esfumándose en la neblina de la avenida parisienne. Es el último verso, tan significativo en su soni-

llez como en su brevedad. Partir: sí, muy bien; pero el poeta se ha quedado, lo ha hecho por Ella y para Ella: "Le boulevard cria -- suspira-- et puis, je pense a toi".

X X X

EDMUNDO A. BOUCHOUT.

Me permito rendir aquí un homenaje respetuoso a mi Maestro, el profesor Bouchout, y me honro en mencionarlo entre estos nombres significativos de las letras francesas, pues he encontrado, en los dos últimos volúmenes que ha publicado de sus poesías ("Remembrances" y "Cloches") varias composiciones que denotan el exotismo más puro, tratado con fina sensibilidad de artista.

Encontramos por ejemplo, en la obra, ~~subintitulado~~ del autor de "Voix de l'usage" y de aquella "Chanson Triste" en verdad tan conmovedora, al lado de la impresionante evocación de los abandonados canales de Brujas, ciudad muerta y eternamente triste, al igual que Venecia, olvidado todo su esplendoroso pasado, algunas estampas del Congo; un cuadro lleno de realismo, constituido por el "lupangu", es decir el harén congolés.

Allí están las mil hembras indígenas, guardadas por los centinelas, "gacelas cautivas en la sombra de los poderosos bomas", y tienden su cuerpo desnudo bajo el sol, en los platanares, "ofreciendo su carne joven de pecadoras con menudos gestos de sacerdotisas del amor", en aquella Africa en la que es deber del viajero "dejarse vivir a su gusto... hasta la muerte".

También está pintado el panorama rico de colorido de un gran río tropical, el Kasai, y se evoca el encanto del atardecer africano, lleno de quietud pastoral:

"De mystere et d'oubli le soir tissait ses voiles;
Sur le dome infini d'un ciel criblé d'étoiles
Les palmiers solennels profilaient leurs plumeaux;

"C'était l'heure inspirée en sa paix idyllique,
Où le doux chant fusait de plaintifs chalumeaux
Saluant d'un prélude ami la nuit biblique".

Es en fin la dulzura del cielo de México, que tanto atrae a los -
escritores extranjeros: la "Venecia Mexicana", con sus canoas que bo-
gan, silenciosas y lentas, por los canales solitarios, mientras "los -
dos picos gigantes dominan de su turbante rosa, adornado de nieve abri-
llantada por la luz, un circo de montes severos, en aquel Xochimilco

" avec ses vagues d'ocillots rouges
et ses rouges coquelicots! "

X X X

FRANCIS CARCO.

Este escritor que tan bien ha sabido describir la atmósfera poli-
fácética de su gran Ciudad, de aquel París que ya hemos evocado en -
otro lugar, escribió unos versos que son a la vez un elogio de "la vi-
da bohemia" y al mismo tiempo una evocación llena de poesía de los ho-
rizontes lejanos hacia los que, a veces, se va el sueño del habitante
de la ciudad que, en este caso, es una mujer.

Perdido en los pequeños cafetines de París, ~~minutamos~~ del hampa, -
de los apaches, pero también de algunas midinettes, tan graciosas ba-
jo su cabellera rubia y en el esplendor primaveral de sus dieciocho -
años, ha evocado a menudo Carco alguna mujer lastimada por la vida, he-
vida por los hombres, que fué -- tal vez, hace tiempo, -- toda una da-
ma, y ahora no es más que una cualquiera... Aquella por ejemplo, de -
que hablamos aquí, que no amaba, "con verdadero amor", más que un ri-
cón perdido del Africa Negra: Zanzibar.

Esa muchacha hablaba constantemente de "su" Zanzibar, y evocaba -
los misteriosos mangos que tanto deseaba, y que constituían para ella
el obsesionante símbolo del exotismo:

"Elle en parle; Elle vous demande,
A l'aube, alors qu'il se fait tard,
Si tout y a vraiment le parfum de la mangue"

Sin embargo la decepción, y la amarga, eterna duda, no está, no puede estar lejos, y concluye el verso:

"Ou le gout malheureux des objets de bazar".

Además uno de sus compañeros de miseria, desprovisto de sentido poético, despiadadamente le quita su ilusión, tal vez la única que le quedaba: un oscuro deseo de viaje. Es un negrito, empleado del guarda-ropa, que murmura, lleno de amargura y de punzante ironía: "Zanzibar no es más que un país horrible y caluroso... en el que los magistrados blancos no son más íntegros de los que uno encuentra en París".

Así termina esta pieza, en la que está presente también la eterna invitación al viaje, el mismo toque de exotismo de siempre, que se manifiesta aún en aquellos "bouges" parisienses, perdidos en la sombra de los "boulevards de ceinture", y "rendez-vous d'apaches et de midinettes".

X X X

MARC CHADOURNE.

Este novelista, como es sabido, ha sido a la vez un gran viajero. Ha recorrido por mucho tiempo los caminos de Asia y, años más tarde, las veredas de Anáhuac. En otro trabajo hemos hablado de sus obras sobre México, llenas de simpatía por este país, ^y a la vez de sincero amor por sus bellezas. Aquí indiquemos que existen también varios tomos suyos sobre China, y una novela sobre las islas de Oceanía, que merece ser examinada aquí muy rápidamente.

Titulada: "Vasco", es un estudio psicológico de los trastornos que sobre un alma llena de tendencias al exotismo y al viaje hacia lejanos horizontes, pueden crear los aires malsanos de un islote rocallo

so de Polinesia. Surge allí todo el drama de la lepra, en aquella atmósfera que "trazaba a su alrededor, toda una advertencia de muerte". Se describe una pequeña ciudad que es a la vez el puerto, y que está sin embargo en los confines de la jungla misteriosa: Papeete, y, entre la "belleza inhumana" de aquellas islas llenas de incógnitas, de fantasmas, ("toutes les hantises, le détraquement tropical") no falta una mujer, excelente símbolo de la voluptuosidad de aquellos ambientes.

Curiosa la manera como se representaba la meta de su viaje, el futuro aventurero, aún en su familiar París. Allí surge la evocación de las primeras manifestaciones de la Invitación al Viaje: "Oceanía... Me la figuraba antes por los grabados exóticos que compraba, sobre los muelles del Sena. Grabados de los viajes de Cook y de Bougainville, gruesos in-folio encuadernados en cuero, marcados de anclas doradas de la Marina, y que nos enseñaban unas tierras anfibias que surgían del chapoteo de las aguas, unas pirogas en forma de cuello de pájaro, barquitos llenos de flechas, de lanzas, de hombres desnudos y tatuados, y una flora barroca, árboles en bolas, árboles con plumas, todo un decorado de clásico, arcaico, encantador, y ridículo a la vez. Y cuánta soledad, pero también cuánto aburrimiento sin duda..."

Allí, como en todos los viajes, había "una curiosa ambivalencia de lo quimérico y de lo real". Y sin embargo ya surgía la decepción, el fastidio: "Où que l'on aille, rien ne peut être plus triste que d'arriver". Era la fiebre de los viajes, "divina y estúpida jornada", en la que se anticipaba la triste perspectiva del regreso: "¿Regresar? ¡Nunca!". En verdad que bonita promesa podía ser el regreso: "Hiso en casage ou onlissement", bajo los cielos grises y un clima triste.

Enfin, particularmente interesante, es el análisis que hace Chateaurne de la mentalidad de su joven personaje, sumergido en esa inquietud

tud tan generalizada en nuestra época y que, tantas veces, encuentra un escape en el viaje: "Lo que más nos atraía hacia él era, en el fondo aquella inquietud, quiero decir aquella quimérica espera de la vida... Como si debía algún día abrir puertas inmensas, a la vez que un enorme horizonte de posibilidades, de transformaciones, de renovaciones de nosotros mismos. Esa espera, él la concentraba en una sola palabra que tenía siempre en la boca: la palabra salida. Entonces eso significaba todo para él". El mismo Vasco murmuró esas palabras llenas de esperanza, pero también de la angustia de que tal vez su fe se viera defraudada:

"Es imposible que un día no pueda ir a resucitar algún lado, - que no haya un rincón en el mundo al que no se pueda huir para volver a nacer. No era que yo hubiera olvidado mi adolescencia, sus aspiraciones vagas, un deseo de cambios, de renovación, que agarra a todos los seres humanos en determinados periodos de su vida, especialmente en su juventud... Era simplemente un deseo de viaje".

X X X

ROLAND DOBGELES.

Este autor ha escrito numerosas obras sobre el placer del viaje. Entre otras recuerdo "La Caravana sans Chamcaux", interesante estampa de los caminos de Asia Menor, y unos versos muy pintorescos sobre "La Route Mandarine", de los que quiero transcribir los primeros, en los que surge un sueño de niño, que es desde luego una "Reverie" de viaje:

"De Tonkín a Cochinchina,
He desarrollado la larga cinta
De esta Ruta Mandarina
Sobre la que el mango negro inclina
Su rama y su fruta tan sabrosa...

En mi infancia y sin equipajes,
Perseguendo un sueño eterno,
Cien veces he hecho esos grandes viajes,

Entre lagos y cantares de pájaros,
Dibujados sobre un panel de laca de Coromandel".

Pero aquí quiero comentar rápidamente otra obra suya en que aparece evocado de manera interesante todo el romanticismo del viaje. Se titula ya de manera sintomática, "Partir"... y en ella se describen las peripecias de un recorrido de Marsella a Saigón, en uno de aquellos grandes "correos de Asia".

Después de describir el puerto de la vieja ciudad de los Focios, - toda gris, con sus aceras relucientes bajo la lluvia, y el "Quai des Belges" llano de gente, pasa frente a la pequeña isleta de If, cuyo castillo presume de haber hospedado al Conde de Montecristo, y comenta el placer de los viajes por mar: "Repos, songerie, bonheur, on ne vous goute vraiment qu'en mer", indica; y sigue diciendo:

"Esta es la felicidad... Un mar tranquilo, un cielo de verano, un vienteccillo agradable soplando por invisibles pankas, y limitar sabiamente su vida a este pequeño rincón de Francia a flote, en el que se ríe, se descansa, y se sueña como si el calendario no tuviera más que domingos. ¿Podría imaginarse días más descansantes, más deliciosamente inútiles que éstos? Nada que tomar, nada que desear. Una gran paz en el alma..."

Esos son, en el mar, los instantes de felicidad "que sólo se aprecian de lejos, al ver los recuerdos llenos de nostalgia, que nos dejan"

Sigue describiendo los paisajes que recorre en su barco, las Islas de Ulises, por ejemplo: "Vénus Anadyomene, Cythere, Pasiphaé, les béliers de Polypheme, les iles Lipari, où Eolo remit a Ulysse les brises prisonnières..."

Trata también de definir el encanto de los viajes, y sus perspectivas:

"¿Adónde va usted? preguntase a veces a los que se van. Adónde: eso no cuenta. La meta no importa; el viaje, para mí, no es llegar, es partir. --- Ya había escrito Dorgales: "Partir, partir, qu'il est grisant de mot, on dirait une porte qu'on ouvre sur le monde"... --- Partir, es el sabor de la jornada que se abre, es -

lo imprevisto de la próxima escala, es el deseo nunca cumplido - de conocer sin cesar nuevas cosas, es la curiosidad de confrontar sus ensueños con el Mundo, es mañana, un mañana eterno..."

Por otra parte está evocada brillantemente - la influencia de los - nombres exóticos -- que ya comentamos en otro lugar -- sobre el viajero. Escribe este autor:

"Agarro, de paso, pedazos de conversación:

-- Cuando estábamos en Manila...

-- Nos volveremos a ver en el Raffles, a Singapur...:

-- ¿Tiene usted noticias de Caylán?

Solamente estos nombres me emborrachan. Tiendo el oído, los respiro... Para mí evocan islas maravillosas, juncos, techos en forma de cuernos, faldas rosa o azul bajo flores enredadas. Hay palabras tan seductoras como algunas caras. Estos desconocidos sin embargo, los pronuncian sin emoción. Ellos no piensan en la aventura... Yo, en cambio, los escucho y, con las palabras que me hechan a la cara, en su conversación, yo me construyo un mundo nuevo, y recorro avidamente los mares",

y concluye filosóficamente: "Conocer no es nada. Hay que desearlo todo". Este es el eterno propósito del viajero, de aquél de Baudelaire: "Mais les seuls voyageurs, sont ceux-là seuls qui partent pour partir".

Y, al fin del viaje, volvamos a encontrar la eterna melancolía - del viajero, que acaba de llegar, pero que ya piensa en salir nuevamente:

"Es el fin del viaje. Como se ha dormido, se despierta uno, y como sale de un sueño, la vida de todos los días nos espera... - Amigos viajeros: hemos descubierto juntos el mundo; hemos dividido la monotonía de esos días interminables que sin embargo debían acabarse tan pronto. Hemos gustado la inefable dulzura de las noches en el mar... y cuando gritaba de placer en una nueva escala, no eran solamente mis ojos los que admiraban el paisaje, eran también los de ustedes..."

El viaje había terminado; para mí, sin embargo, seguía a pesar de todo. Basta un deseo, para emprender un viaje; basta a veces una simple nostalgia..."

X X X

LUC DURTAIN.

Este escritor ha publicado numerosas obras de exotismo, -- recordamos toda su serie "À la Conquête du Monde", y varios tomos de rela-

tos de viajes -- ; pero en mi opinión la más significativa de todas es "Dieux Blancs, Hommes Jaunes".

Allí encontramos mejor el encanto de los viajes. Por ejemplo, particularmente intensa, la primera frase del volumen, que llama de verdad a la evasión: "Homme d'aujourd'hui, homme à la valise légère, ame opérée de toute adhérence, que fais-tu chez toi?"

También encontramos claramente señalada la profunda separación entre el mundo blanco y el amarillo, y sus concepciones de la vida, tan fundamentalmente opuestas.

Hay igualmente algunos párrafos descriptivos, por ejemplo la evocación del Mediterráneo; "siguiendo con la mano el contorno de la estatua más pura", mar de riberas privilegiadas, que supo crear un día - "con la dulzura de sus bordes, la más sutil cualidad de dicha, y con su firmeza, el orden y la razón".

Fronte a la costa de África, "caravanas, siempre unas caravanas, que vienen llegando desde el fondo de los siglos" costean la ruta del barco, y, tras el Canal: "última línea de nuestro poderío", unas visiones nuevas: el Asia.

Es la entrada al Oriente: las miradas se vuelven duras, vagas a la vez que poderosas, obstinadamente fijas en el oriental cuando mira al viajero occidental, al que no ven sin embargo, más que descuidadamente, casi sin quererlo, para no distinguirlo de los demás ni del cosmos ambiente.

El navío sigue su ruta, hacia aquel continente que está "presa de una guerra aún sin armisticio, la guerra colonial, hecha de naciones de razas, de climas opuestos".

Y mientras el Occidente se va alejando, mientras los cielos puros del Mediterráneo dejan su lugar a las tempestades monzónicas del Océano

no Indico, es también un mundo que cambia, y el conflicto entre las dos razas que se va ahondando siempre más, entre los dioses orientales Mahoma, Budhâ, Brahma, y el todopoderoso ser occidental, que es solamente una máquina.

Así va trazando Durstein esa plectra, del que sin duda, afirma, el alma de la humanidad no podrá salir indemne.

Pero, sin duda, en ese mundo en que "todo es vanidad", nada se ha perdido, y al final del recorrido, se encontrará, lección de esos pueblos asiáticos, una mezcla de vergüenza, de orgullo y de energía, que deberán sostener al hombre occidental en su labor de cada día, en la construcción de nuevas civilizaciones.

X X X

JEAN D'ESME.

Este novelista francés contemporáneo se ha especializado en la descripción de los paisajes de Extremo-Oriente, y en particular de la Indochina Francesa.

Conviene recordarlo aquí, particularmente por su evocación de la Bahía de Along, tan misteriosa y hondamente seductora, y en la que penetra todo el encanto del exotismo. Escribe: "Islas áridas, quemadas por el sol, anfractuosidades inalcanzables, grutas eternamente oscuras, pobladas por nocturnos rapaces, dédalo de corredores rocosos, de lagos interiores, de cavernas marítimas... Todo eso es un sueño de alucinación, entre escenarios de leyenda cubiertos por un silencio formidable, pero que está hecho de nada, una nada húmeda y tan pesada!"

Bien ha sabido evocar también este escritor, aquellos colonos galos que, después de haber vivido más de treinta años en la soledad de algún rincón de la colonia, ya no saben expresar bien sus pensamientos: "tal vez porque nuestros cerebros que el opio agudiza sin cesar,

y sin duda más de lo necesario, están demasiado lejos de nuestro cuerpo, demasiado lejos, o tal vez demasiado encima de él..."

Así son los personajes de sus novelas, perdidos en un rincón de la jungla, frente a la maravillosa bahía, ante un mar verde-jade, completamente inmóvil, en el que evolucionan dignos y majestuosos los juncos sombríos, recorriendo con su mirada serena de viejos mandarines, finos letrados y a la vez voluptuosos fumadores de opio, todas aquellas pequeñas anfractuosidades misteriosas, y las rocas sin número de la extraña bahía que guarda tal vez la Serpiente de Mar.

X X X

HENRI FAUCONNIER.

Este autor ha contado, en una obra pintoresca: "Malaisie", la vida interesante de los colonos en las plantaciones de hule de las Indias Holandesas.

En sus páginas aparece la jungla misteriosa, "que vive, respira, ronronea", y en ella la presencia oculta de la muerte, que sin embargo hace apreciar más, con su cercanía, la dicha de vivir: "Es delicioso vivir, pero es aún más delicioso vivir cerca de la muerte".

Hay también una impresionante descripción del "amok", y particularmente bellas son las páginas que describen las encantaciones de un brujo para alejar a los demonios del cuerpo del poseído.

Aquí menciónase esta obra porque se encuentran en ella algunas reflexiones dignas de recordarse, por ejemplo sobre las relaciones entre el viaje y el amor. En ambos, anota Fauconnier, "el sueño orienta la vida, y la literatura suscita el sueño", y a la vez, "la posesión quita la borrachera, hasta el día en que uno se da cuenta de que él mismo es poseído a su vez". Así, al realizar sus recorridos, el viajero "ya no sentía la perturbación de una primera iniciación, sino la

ser de todo su amor, surge el drama intenso y trágico hasta el final de la obra.

Se señalan aquí estas dos piezas porque en numerosas obras literarias francesas, no sólo existe un exotismo exterior siempre digno de entarse, sino que también se encuentra en ellas una tendencia psicológica similar, que era conveniente relevar.

X X X

ALAIN FOURNIER.

En aquella obra tan conocida de este escritor: "Le Gran Meaulnes", se revelan unos aspectos de exotismo particularmente curiosos, pues no se trata de aventuras en lejanas tierras, o de simple descripción de paisajes desconocidos, sino del efecto curioso que puede tener la imaginación sobre la invitación al viaje.

El héroe de la novela, Agustín Meaulnes, estudiante de quince años aproximadamente, es presa del romanticismo de los viajes, y, como el Vasco de Chadoirne, siente el llamado del "ailleurs". Pero en esta obra no se va el principal personaje hacia Oceanía; se conformó con caminar tranquilamente por las veredas del campo francés.

Así encontramos al joven Augustin paseando por la Sologne, en un mediodía de invierno, en largos recorridos bajo el sol, "aquel sol claro y helado de diciembre". Y cuando llega a las puertas del "domaine mystérieux" se desborda su imaginación y le pinta horizontes desconocidos y atractivos, en cuyos resgos principales se dibujan los más significativos toques del exotismo más puro.

X X X

ANDRÉ GIDE.

Otro escritor que también se ha significado por la presencia en sus obras de la tendencia al viaje, es André Gide, en cuyos libros abunda

dan los toques de exotismo. Recordemos como ejemplo un libro que nos parece el más característico a este propósito: "Le Voyage d'Urien".

En sus páginas encontramos a la vez el deseo del viaje, como la descripción en el recorrido. Al principio, expresa Gide:

"Aurores, surprises des mers, lumières orientales, dont le rove ou le souvenir, la nuit, hantait d'un désir de voyage notre fastidieux se étude... Désirs de brises et de musiques, qui dirait ma joie - lorsque enfin, après avoir marché longtemps comme en songe dans - cette tragique vallée, les hautes roches s'étant ouvertes, une mer azurée s'est montrée..."

Así aparecen en toda su poesía los "mirajes" de los viajes. Son las sirenas por ejemplo, cuya voz "es como un valle sombreado, y como el agua fresca para los enfermos"; es la belleza de los árboles, "de los niños con el cuerpo desnudo, sonrientes, de mirada lánguida. Extraordinaria quietud, y dulzura del aire; todo aquí parece prometer la dicha, la voluptuosidad, el olvido"; es enfin la dulzura de la noche: "Al atardecer frescura que descansa, frescura de la noche, como un beso sobre los párpados."

Pero surge también la decepción, el dolor, la amargura. Por ejemplo en aquella frase tan triste: "On ne voyage pourtant pas pour retrouver ses vieilles pensées...", o en la descripción de las enfermedades exóticas: "Chaque climat a ses détresses; chaque terre ses maladies. Nous avons vu dans les îles tièdes la peste; près des marais, les maladies de langueur. Une maladie maintenant naissait de l'absence même des voluptés".

Enfin, al terminar el viaje, es la eterna filosofía: recorridos siempre inacabados, y que dejan insatisfechos, descontentos, desilusionados: "Tu viaje está terminado. Ya no mires hacia atrás. Existen aún otras tierras, y no las habrás conocido; y no las conocerás nunca. - ¿Para qué te hubiera servido conocerlas? Para todos, para cada uno, ui

camino es único, y cada camino lleva hacia Dios".

El mismo sentimiento encontramos en otro lugar de la obra, cuando Gide se pregunta: "Será sobre tu~~l~~ olas que bogaremos, o mar eterno, hacia nuestros destinos desconocidos?"

En cuanto a las partes puramente descriptivas de este libro, se puede ver en ellas, tanto los aspectos de las tierras polares, por ejemplo, como de los desiertos de arena en que el viajero muere de sed y de calor, víctima de "mirages" sin fin.

De las primeras dice el autor: "Paisajes polares. Silencio de la noche sobre la nieve. Noche... Soledad. Y eres tú, tranquila paz de la muerte... Todas las formas se han helado. Es el frío sobre la calmada llanura, y la inmovilidad. Inmovilidad y serenidad. Las banquetas de hielo están vivas sin embargo. Y en el aire nada se mueve, nada se conmueve..."; y en esas mismas páginas, al describir el viaje hacia el mar ártico, se encuentra expresada de una manera en verdad estupenda, la "sorpresa" de los hielos, aquel misterio glacial de las brumas del Norte.

Cuando habla de las maravillas del sol, en los trópicos, Gide se entusiasma en verdad: "¡Quién podrá decir vuestra pompa y vuestra plenitud, soles de Oriente, soles de Mediodía sobre las arenas!", exclama; y sus descripciones de las visiones en el desierto pueden ser puestas en paralelo, por su fuerza evocadora y su mérito artístico, con las de Loti.

Aparece ahí una ciudad prodigiosa, con las oraciones del "muezzin" en los alminares, recuerdo de sus viajes por tierras árabes, como también lo es la descripción impresionante en su realismo de la danza, fina de un éxtasis que perturba al autor, de los derviches:

"Fué entonces que nos apareció, aquella prodigiosa ciudad, no lejos de nosotros, en una inmensa llanura. Tenía el color del amanecer

cer... con sus alimanes fantásticamente levantados, con las hileras de sus escaleras que llevaban hacia los jardines suspendidos, y sobre las terrazas, se inclinaban palmeras moradas... En el aire, fluido, no se movía ni la más mínima brisa."

Para terminar, recordemos que en esta misma obra encontramos aquellas frases tan significativas de Gide sobre la importancia y de la acción, y del viaje como medio para realizar grandes empresas:

"Habíamos dejado nuestros libros porque nos fastidiaban, porque un recuerdo no confesado aún del mar y del cielo verdadero hacía que ya no teníamos fé en el estudio; algo más existía, algo diferente; y cuando las brisas balsámicas y tibias vinieron a levantar las cortinas de nuestras ventanas, hemos bajado, a pesar nuestro, hacia la llanura, y nos hemos encaminado. Estábamos cansados del pensamiento; teníamos deseos de acción..."

Por lo que se refiere al aspecto descriptivo, recuérdense unas páginas de "Les Nourritures Terrestres" en las que evoca de manera brillante "les plus beaux jardins que j'ai vus". Allí están las imágenes más poéticas de los jardines de todo el mundo. Rosas en Florencia, Claveles en Sevilla. Quietud y frescura de los atardeceros en las quintas romanas. Jardines llenos de sol, en Argel. Pero sobretudo la hierba aromática y las pequeñas rosas de Blidah:

"Ah! Douce est l'herbe du Schel, et tes fleurs d'orangers! Et tes ombres!. Suaves les odeurs de tes jardins. Blidah! Blidah! petite rose... Je t'ai vu tiède et parfumée, pleine de feuilles et de fleurs. L'air suave apportait le parfum qui s'élevait des fleurs d'orangers, et même les mandariniers greles embaumaient... Que toutes nos paroles soient d'amour!"

Y que estas palabras de paz y de esperanza concluyan estos extractos de Gide.

X X X

RENE JOUGLET.

Existe una novela de este autor, titulada "Valparaiso", en la que se encuentran descritos de manera particularmente interesante, los efectos curiosos del llamado del viaje, y propiamente del exotismo, sobre un humilde profesor de primaria, perdido en una escuela de los barrios

industriales de París.

Surgan así dos estampas completamente opuestas. Perdido en sus sueños, el pobre maestro contempla unos folletos de brillante colorido que le proponen maravillosos viajes que naturalmente le parecen imposibles

de
 "Unas olas que parecían cadenas de montañas, que llegaban/mucho más lejos que del horizonte, que venían corriendo de aquellas tierras que soportan a Valparaíso, y de aquellas islas que se llaman Nouka Hiva o Tuamotou... Olas que hacen oscilar unas velas que parecen alas de pájaros, y de cuyos lados se escapan escuadrones de peces voladores. Son las olas que llegaban, en una luz blanca que todo lo cubría, para acostarse en las rubias playas de Nueva Guinea, o para lamer las rocas rojas de Formosa..."

En oposición traza Jouglot un cuadro de realismo crudo: los malos olores de la atmósfera de la clase, y atrás las grandes casonas grises en el marco de la ventana:

"Olor de alientos, de sudor, de brazos, de todo lo que se quiere, condensado en un salón caliente y encerrado, toda aquella acidez de esos muchachos que le pegaba en la nariz y en la garganta, y lo tapaba los pulmones... Caminó hacia la ventana: de aquel lado, se levantaban las fachadas de unos grandes inmuebles populares, en cuyas ventanas colgaban las sábanas y se redondeaban los cojines. Las mujeres sacudían los tapetes..."

y termina con una ironía amarga: "Cerró la ventana. Pero, al doblarse un poco, había logrado al fin descubrir un pequeño rincón del cielo".

Sin embargo, tras muchas aventuras que no se esperaba, el maestro llega a Buenos Aires, y después a su añorado Valparaíso. Una noche, en la pampa, mientras un amigo le cuenta sus aventuras en los bosques vírgenes, él evoca nuevamente su lejano París, y cuenta como surgía en él el deseo del viaje. Otra vez se dibuja el contraste. Uno dice:

"En aquel momento, si mis cálculos eran exactos, hubiera debido llegar a un pueblo de indios que estaba establecido en la margen de un afluyente derecho del río Madeira, pero me encontraba por el contrario aún perdido en los pantanos, a veces en un bosque algo claro en el que, de una rama, le cae sobre los hombres una pantera; otras veces, en plena pampa, pero allí todo era mucho más peligroso; pues los indios, buenos muchachos, tenían muy buenas carabinas también".

y mientras el viajero aventurero sigue describiendo la lucha contra los indios salvajes y las grandes cacerías de iguanas en los ríos embrujados de la selva tropical, el parisiense continúa narrando:

"Un jueves, estaba de vacaciones, mi recámara seguía ahogándome, y me fui caminando en París, para tomar el aire. Tomar el aire, naturalmente, es una manera de decir. Su sabor hace mucho que ha desaparecido, y en su lugar queda sólo el de los carburantes. Me fui pues de paseo, de un barrio a otro, con los oídos rotos por los ruidos de los coches, y a menudo estrujado por ellos contra estrechas banquetas... Rodé mucho, entre muros negros, grandes casonas que constituyen un laberinto horroroso, una consternación que no tiene amanecer..."

y concluye, viajero al fin: "Yo también prefiero la pampa, el morote, los cocodrilos, y aún los bandidos, que se pueden ver de frente..."

Encontramos también, hacia el final, algunas expresiones de filosofía sobre el placer del viaje. Es el "mirage" ("De loin tout est mirage") que atrae a los viajeros, que sin embargo, como "saben lo que dejan", y no saben, no pueden saber lo que encontrarán en su camino y a la vuelta, muchas veces sólo son viajeros desde un punto de vista ideal. En realidad, "cuando se les dice: Váyanse, y se les ordena tomar el barco, encuentran toda una serie de buenas razones para no irse".

Enfin merece citarse la última frase del libro, llena de honda sensibilidad, y particularmente de aquel amor al hogar, símbolo de la pequeña burguesía de arraigadas tradiciones, de la mujer francesa que, sin embargo, en todas las aventuras del libro, y particularmente en aquellos episodios de la travesía de los Andes, cuyo paisaje impresionante tan bien sabe describir Jouglot, fué siempre muy valiente.

Al final, cuando su amante le propone un nuevo recorrido, pues el demonio del viaje le ha tentado una vez más, ella no acepta, "cierra la ventana, vuelve las espaldas a aquel mar cuyas olas iban a acariciar las islas de la felicidad: Nouka-Hiva, Tuamotou" y murmura: "Et maintenant, soyons raisonnables".

PAUL MORAND.

Es éste autor tal vez uno de los más prolíficos dentro de la literatura exótica, y se pueden encontrar en sus obras algunas buenas definiciones de los placeres del viaje, y de sus tendencias esenciales, algunas de las cuales hemos examinado en este trabajo.

Aquí queremos hablar particularmente de tres de sus obras, escogidas entre todas porque parecen las más significativas: una novela ("Lewis et Irene"); un ensayo de viaje ("Rien que la Terre"); y una comedia pequeña obra maestra del género: "Le Voyageur et l'Amour".

De la primera recuerdo su descripción de París, "luz roja, un agujero más claro, pintado de rosa, que va intensificándose a medida que el empedrado de la calle va moviéndose más, mar que se agita a nuestros pies cuando vamos entrando en la gran ciudad", cuyo placer cálido y a veces imuro -- sigue diciendo -- "quedaba en el aire, con algo de fuerte, hábil y precioso, que París conservará siempre".

La estampa de la gran ciudad, que una vez más simboliza el regreso, se dibuja a los ojos del viajero, perdido en una isla griega en la que se aburre desesperadamente: "Miró sus pies cubiertos de polvo, y, de pronto, el cansancio de una semana de viaje cayó sobre sus hombros. París le apareció regado, limpio, lejano. Una vez más se veía castigado en su gusto por los viajes. Ese brinco dentro de lo salvaje, de lo novelesco, y a la vez de lo desierto, lo chocó..." Pues al fin y al cabo, si "dejar a su país es la dicha más grande", esto es cierto "sólo después de volver a él".

Traza Morand el retrato psicológico de Lewis, gran viajero, con el que podemos identificar a todos sus compañeros de época: "Sacrificaba la hondura en favor de la extensión -- o sea dejaba la filosofía por el viaje, la meditación por la acción -- y, como todos sus contemporáneos era, él y sus nervios, víctima del espíritu de velocidad".

Hemos de ver después qué reflexiones inspiran a Morand las relaciones entre el amor y los viajes, en su comedia en la que particularmente está desarrollado este tema; aquí señalamos que también en esta novela, ya se encuentra indicada la idea básica: "Lewis necesitaba siempre a las mujeres. Las necesitaba para todo... no sabía para qué, pero sobretodo para viajar. En los viajes están más agradables, siempre más sonrientes que en otro lado. Y este viaje es un viaje para hacer con una mujer. Objeto de fantasía, pequeña bestezuela muy linda, que habría siempre de ella misma, perdería las llaves de sus baúles, escribiría su nombre en el vapor que cubre los vidrios en los trenes, y esperaríamos que se bajara él en todas las estaciones para comprarle cosas del país!"

Y en fin quiero transcribir algunas frases que evocan de manera pintoresca las varias fronteras de Francia, y la imagen que de ellas se traza el viajero, al cruzarlas:

"En todas partes, la frontera dejada atrás, era Europa, la que empezaba. Las puertas mismas de Francia adquirían de hecho un carácter singular. Es Menton-Garavan, por ejemplo, cubierto de azul, entre mar y cielo, donde los aduaneros fuman en su ventana, en un jacal de palmeras. Un torrente que baja cantando en la roca quebrada, agujereada, de esas cuevas en las que duerme el primer hombre entre sílex y dientes de animales prehistóricos.- En Modena, es arriba de un río broncíneo, un frío corredor de piedras mojadas en el que las hierbas corren y chocan a lo largo de los vidrios humedecidos del carro del tren.- Es Frasnè-Vallorbe, en el que empieza aquel paisaje de agua helada, de pinos negros, de praderas tristes, que va a aggrrar a toda Europa como con una bufanda.- Es Kehl, con su puente, trabajo alemán, Torre Eiffel echada aprisa a través del Rhin.- Son Jeumont, Feignies, salidas hacia Bélgica, en las que se reúnen, durante la noche, los reflectores de los guardas aduanales sobre los canales pantanosos.- Y esto sin hablar de los agujeros hacia España: Port-Bou y el ruido de los coches españoles que van subiendo por las veredas pirenaicas; Hendaya, en fin, y su puente internacional".

En la segunda obra, cuyo título es ya de por sí sintomático, encontramos también algunos párrafos interesantes. Empieza Morand por hablar de la embriaguez del espacio, y de los viajes, que son miradas so-

bre al globo. Explica:

"Tantot pédaler sur les latitudes -- baissant la tête aux courants d'air des grands tournants: Aden, Manille, Cap Horn, Dakar -- tantôt se laisser glisser jusqu'au bas des longitudes lisses. Au risque de perdre l'équilibre, s'arrêter tout à coup, posé sur le globe... La piste est convexe, et si l'on veut faire plusieurs fois, dans l'heure, le tour du monde, il faudra aller au Pole, et prendre le virage à la corde. Si l'on préfère le tourisme indolent et les illusions de l'espace, l'on descendra vers l'Equateur. Là, le globe aux extrémités gelées cache ses reins brûlants dans un pagna végétal et touffu. Son ventre cuit au soleil. Après s'être diverti du centre de la terre, et avoir dénoué la ceinture équatoriale, celui qui remonte retrouve l'Europe. Que n'eût-il donné pour que la terre fut plane à l'infini? Et, parti de Cherbourg, ne revoir jamais Marseille?"

Más adelante encontramos una brillante evocación de los primeros viajes de descubrimiento, en la época de los Conquistadores.

"1521. Primera vuelta al mundo. Pienso en Magallanes, llegando a Manila en un atardecer cálido, una noche como ésta, en la que el cielo anaranjado, bordado de gris, parece uno de los mantones del país."

Dulce época aquella, en la que el navegante, a la vez sanguinario y sentimental, estaba en libertad de poner a las bahías y a los cabos, los nombres de sus amigos y de sus amantes, y en la que los capítulos de los viejos relatos no tenían de llevar por título: Dicha de los naturales a la vista de los buques de Su Majestad...

Lénguida tierra caliente, explotada por el blanco a patadas en el vientre. Monopolios arrogantes, cabotaje con Acapulco y la Nueva España. Galeones españoles que llevaban hasta Cádiz los pesados tributos ecuatoriales. Ellos-mismos a su vez víctima de los corsarios ingleses, cuando Drake tomaba, en una sola presa, su parte de un millón de dólares, sin duda para ir a tomar una copa con Shakespeare o Ben Johnson en la Taberna de la Sirana, y regresaba, de las Filipinas hasta Londres, con velas de damasco púrpura y cordajes de plata fina..."

Hablemos en fin de la que creemos es la mejor obra exótica de Morend, su comedia "Le Voyageur et l'Amour". Pieza breve pero rica en significación, simboliza la eterna huida del viajero en busca de otros horizontes. Al fin, sin embargo, la única conclusión posible es de que, a pesar de todo, nuestra tierra es bastante angosta.

En otro lugar se indicó la importancia de la relación entre el amor y los viajes, y esa obra la pone de relieve en forma muy interesante. Debe viajar para amar, y sobretodo para que, con la espera, se entretenga vivo y fuerte el amor del otro ser.

En la comedia de Morand aparece una gentil y ~~frívola~~ parisienne, Régine, en apariencia ligera y frívola, pero que puede tener una gran pasión, que la ausencia de su amado hace aún más intensa. El crítico Pawlowski ha dicho que "El viajero es el tipo del amante ideal, y por ello el aventurero es el preferido por las mujeres: ilusión lejana que pasa, símbolo de una posible evasión, hombre que llega de lejos y ha conocido otros horizontes... Al hacer su conquista, se cree conquistar al mundo entero, y el capitán del buque-fantasma, cuando se le ha visto una vez, no es olvidado nunca".

Realmente en esta comedia penetra aquel viento de la atracción por los viajes, hecho de nostalgia de puertos y de estaciones, de deseo de salir, unahuida constante alrededor de este mundo que, todo él, constituye la meta para los viajeros.

Frente a Régine, soñadora y romántica a pesar de todo, se dibuja la enérgica figura de Gilles, el eterno viajero que se pasea de París a Río y de Dakar a Melbourne como otros van a Chapultepec el domingo en la mañana.

Entre los dos, un diálogo aereo, rápido pero cargado de sentido, se teje entoda la obra. Es la discusión entre la mujer que sostiene que el viajero es siempre un egoísta y que "todos los hombres, cuando han conseguido lo que buscan, no tratan más que de huir, y el viajero se aprovecha de su oficio, para irse de una manera elegante", y concluye: "un viajero no puede amar".

Entonces Gilles le confiesa: "Es cierto que nunca estoy cansado. Tan pronto como regreso, me aburro. Odio a París, y me ahogo en sus calles. Pero viajo sobretodo porque nunca he tenido necesidad de pararme, ... hasta el día en que la he conocido".

Y es la afirmación final: "Es usted a quien quiero. No me he queda

do en ningún lado, pero quiero establecerme aquí, para siempre. ¡ Qué dulce playa! " En la ausencia crece el amor: "De lejos sus cualidades, me parecen extraordinarias, y adoro sus defectos; los ausentes llegan a tener ese brillo fosforescente que adquieren los muertos. En sordina, a través del ruido de los barcos, de las caravanas, de los tambores de los indígenas, de los pleitos de negocios, nuestro amor crece, en el corazón de una vida desordenada".

Entre suspiros, llega enfín a murmurar: "Mire, Régine, la he visto hace un año, en tres ocasiones; he estado lejos de usted todo un año y mire, mire..." Su amor triunfa, pues en realidad, "él también es un viaje, un viaje en el tiempo, y hecho por dos seres, el uno hacia el otro".

Y tras la salida, -- "la verdadera prueba en los viajes es la salida" -- será el regreso, lleno de fervor, con su "atroz dicha de la espera en la estación, y de pronto un timbre que suena, el vapor blanco y el aceite hirviente de la locomotora ante los ojos, ruidos de cadenas, gritos de los frenos". Es la llegada, y con ella un nuevo impulso al amor. ¡ Decididamente, para amar de veras, hay que viajar a veces!

Indiquemos enfín que deben mencionarse aquí otras dos comedias modernas cuyo tema se parece mucho al de la obra de Morand, y que constituyen una interesante base de comparación, pues en ellas también se desarrolla la eterna controversia entre el amor y los viajes. Se trata de "Le Voyageur" de Denys Amiel; y de la "Invitation au Voyage" de Jean-Jacques Bernard, de las que espero ocuparme en otro estudio.

X X X

MARCEL PAGNOL.

En una comedia de este popular autor francés, titulada "Marius", encontramos simbolizada perfectamente la invitación al viaje. El llama-

do de los países lejanos graba fuertemente su huella, paralelamente a la atracción que ejerce el mar, sobre un joven marsellés encerrado en su ciudad, al fondo de una cantina sobre el "Vieux-Port", pero muy cerca de los muelles de los que salen tantos grandes navíos hacia tantos horizontes lejanos.

Esos frenesí del viaje le hace dejar todo, y en primer lugar sus dos grandes cariños: su padre que lo adora, bajo su fondo un poco rudo a veces, y su joven y cariñosa novia, amiga de la infancia y compañera de todas sus ilusiones.

Cada vez que oye sonar las voces profundas de las sirenas de los barcos que se van, Marius siente escalofríos. Al mismo tiempo, al aspirar voluptuosamente el perfume de las fuentes tropicales, murmura: "C'est drôle comme on voit les pays par leur odeur..." Y así, se juntan en él el oído y el gusto, para crear la tentación por el viaje. Nos cuenta como surgió su deseo: "Un día, frente al bar, amarró un gran velero. Era un tres-mástiles que traía madera de las Antillas, una madera negra por fuera y dorada por dentro, que olía bueno: alcanfor y pimienta. Llegaba de un archipiélago que se llamaba las Islas de Barlovento... Me puse a platicar con los marinos, cuando venían agantarse aquí. Me hablaron de aquel país, me hicieron tomar el rón de allá un rón que sabía muy dulce y muy fuerte, y, una noche, se fueron; fui al muelle, contemplé aquel barco tan bonito que se iba, se iba contra el sol, hacia las Islas de Barlovento... y así me agarró ese deseo".

La novia entonces le pregunta, en su sencillez, si son precisamente aquellas islas las que quiere conocer. Pero él ya intuye la posible decepción del viaje, y le contesta: "No; yo quisiera mejor no ir nunca a esas islas para que se queden como yo las trazé en mi pensamiento. Lo que hay que decir es que tengo ganas de irme, de irme a otro lado".

Si, como Marius analizaba su padecimiento, que en el fondo es la verdadera enfermedad del viaje. Explica: "Cuando voy al muelle, tan pronto como miro el límite del cielo, ya estoy del otro lado. Si veo un barco en el mar, siento que me jala como si estuviera amarrado a él. Ya no puedo pensar en nada, ya no sé adónde estoy... Me caigo hacia el barco. No sé de donde proviene esta locura... tal vez es el rón de las Islas que me hicieron tomar aquellos marinos..." Y esa fuerza que lo atrae es poderosa y a la vez inexplicable: "C'était tout simplement inexplicable... J'aurais tout quitté, tout lâché, comme ça, tout d'un coup".

Así este pequeño Marius, tras del mostfador de su cantina, sueña, con su fruta exótica en la mano, a todos aquellos países que ya entrevió idealmente trazados en su imaginación. En plena luz, ante oliviento marino, es la mejor simbolización de aquella fantasía llena de exotismo que ya hemos encontrado en tantas obras de escritores franceses.

Para terminar, quiero transcribir la conmovedora oración que el viejo marino, el pobre Piquoscau dejado en el muelle, dirige a la Virgen para pedirle que le permita irse otra vez de viaje:

"Sainte Vierge de la Mer, faites qu'une fois encore je remonte sur les bateaux, que je sente bouger les planches du pont, que j'entende claquer les voiles, que je respire le soleil sur la mer, que je revvoie les grosses étoiles, de l'autre côté de la terre, que je tire encore une fois les longues rames des chaloupes quand nous irons chercher l'eau douce sur les îles pleines d'oiseaux..."

Toda la poesía del exotismo llena estas palabras de fe.

X X X

PAUL VALÉRY.

El patriarca de la poesía francesa moderna, el filósofo y pensador, a la vez que maestro, ha escrito algunas frases particularmente interesantes sobre el tema del viaje.

De su vida se podría recordar, por ejemplo, que iba a menudo, en su juventud, a pasar los meses de vacaciones en Ginebra, patria de su

madre. Y Pierre Brodin, en "Les Ecrivains Français de l'Entre-deux-Guerres", indica que "los jardines suspendidos y la alta azotea de Sémirami, no son tal vez sin relación con las visiones genovesas de los primeros años del poeta". Y en sus "Notes" encontramos algunas impresiones rápidas sobre la ciudad portuesa, que llama "séjour délicieux".

Si sus versos del "Cimetière Marin" o de la "Jeune Parque" han hecho de Valéry uno de los clásicos franceses contemporáneos, nosotros aquí queremos simplemente recordar unas frases de "M. Teste" en las que penetra hondamente la filosofía del viaje:

"Je me figure donc, comme je puis, que le sentiment du changement de notre séjour s'accompagne dans quelque substance inconnue, et qui nous est essentielle, d'un travail de détachement et de renouvellement subtils. C'est une classification profonde qui se transforme. A peine le départ résolu, et bien avant que le corps ne s'y mette, l'idée seule que tout va changer autour de nous intime à notre système caché une modification mystérieuse. De sentir que l'on s'en va, toutes choses encore tangibles en perdent presque aussitôt leur existence prochaine. Elles sont comme frappées dans leur puissance de leur présence, dont quelques unes s'évanouissent".

X X X

NOTA FINAL SOBRE LOS PERIODISTAS.

Hemos hablado aquí de los escritores. Pero no debemos olvidar - que, en buena parte, el exotismo contemporáneo debe su difusión a la obra de algunos periodistas que, por su seriedad, su cultura, y la pureza de su estilo, podrían muy bien considerarse como verdaderos escritores.

En realidad no me atrevería yo a trazar una línea de demarcación entre la literatura y el periodismo, en su forma más elevada. ¿Quién podría afirmar con seriedad que, hoy, un buen escritor no puede considerarse como tal, sólo por el hecho de no haber publicado su obra en libros, sino fragmentariamente en las columnas de esos órganos de difusión cultural que son los periódicos y las revistas?

Por otra parte, ¿cuál es el escritor contemporáneo que no se hon

re en colaborar a algún periódico? Y cuántos buenos libros conocemos - que, en su forma primitiva han venido publicándose como artículos!

Por esa razón, al hablar del exotismo como tendencia literaria, no es posible olvidar la aportación magnífica de muchos escritores que como corresponsales o colaboradores especiales -- recordemos los nombres de Albert Londres, de Titayna, y André Viollis, en Francia, han publicado descripciones llenas de colorido y con reflexiones psico-sociológicas de primera importancia, sobre pueblos y costumbres de otras tierras.

Desgraciadamente no sería posible mencionar aquí a todos los que en esa forma han contribuido a difundir el conocimiento de regiones - lejanas, aportando así su ayuda para una mejor comprensión de los pueblos.

De algunos de ellos mencionamos libros que son el resumen de sus viajes a lejanas tierras, pero de la mayoría no podemos ni siquiera indicar los nombres porque su obra está dispersa y, a veces, injustamente olvidada en las columnas de esos efímeros papeles que, como la rosa del famoso verso, han

"vécu l'espace d'un matin".

X X X X X X X X

NOTAS BIBLIOGRAFICAS
ANEXAS AL APENDICE.-

Advertencia.

1).- No están incluidos en esta bibliografía especial todos los libros consultados, y que abarcan naturalmente varias ramas del saber, tanto en las letras, como en las ciencias y las artes, y principalmente obras de filosofía, historia, sociología, música, pintura, etc., - así como varias novelas, ensayos, estudios biográficos, y poemas; y - varias colecciones de periódicos y revistas en varios idiomas.-

2).- Se desea solamente dar a conocer una lista, la más completa posible, de las principales obras escritas en francés, en los últimos tiempos, y pertenecientes al que se ha llamado "género exótico".

3).- Varios de estos libros se consultaron utilmente durante la elaboración de este trabajo, y su conjunto podrá constituir la base de un estudio posterior.-

4).- Para facilitar su consulta, han sido divididos en grandes grupos geográficos.-

X X X

A).- EUROPA.

I.- La vieja Europa.-La Europa Central.- El Danubio, río de Capitales.- Los Países-Bajos.- Brumas del Norte: tierras escandinavas.- La Gran-Bretaña.- Los Balcanes y Grecia.-

- 1).- Jules Romains: "Europe".
- 2).- Georges Duhamel: "Géographie Cordiale de l'Europe".
- 3).- Paul Morand: "L'Europe Galante".
- 4).- Luc Durtain: "Le Globe sous le Bras".
- 5).- Louis-Charles Royer: "Dominica, fille du Danube".
- 6).- Henry Asselin: "La Hollande".
- 7).- Maxence-van-der-Mersch: "L'Empreinte du Dieu".
- 8).- Jacques Heller: "Nord".
- 9).- Luc Durtain: "Baltique".
- 10).- Jules Huret: "De Hambourg aux marches de la Pologne".
- 11).- Jules Huret: "Rhin et Westphalie".
- 12).- André Maurois: "Londres".
- 13).- Raymond Récouly: "En Angleterre".
- 14).- André Maurois: "Le tour de l'Angleterre".
- 15).- Pierre Louys: "Archipel".
- 16).- Pierre Louys: "Le Roi Pausole".
- 17).- Pierre Louys: "Aphrodite".
- 18).- Maurice Barres: "Le Voyage de Sparte".
- 19).- Victor Tissot: "Voyage au Pays des Tziganes".
- 20).- Pierre Louys: "Les Chansons de Bilitis".

II.- Los países del sol: Italia, España, Portugal.-

- 21).- Abel Hermant.- "Les Noces Vénitienues".
- 22).- Auguste Billy: "Naples au baiser de feu".
- 23).- Maurice Bedel: "Philippine".
- 24).- Henri de Régnier: "L'altana, ou la Vie Vénitienne".
- 25).- Jules Gourdanet: "L'Italie pittoresque".
- 26).- Rubert Hénard: "Sous le ciel vénitien".
- 27).- René Bazin: "Sicile".
- 28).- Francis Carco: "Printemps d'Espagne".
- 29).- Henri de Montherlant: "Les Bostiaires".
- 30).- Henri de Montherlant: "La Petite Infante de Castillo".
- 31).- André Malraux: "Espoir".
- 32).- Maurice Barrés: "Greco, ou le Secret de Tolode".
- 33).- E. Joly: "L'Ocillet de Séville".
- 34).- M. Guillardet: "Espagnols et Portugais chez eux".
- 35).- Maurice Legendre: "Portrait de l'Espagne".
- 36).- Georges Lecomte: "Espagne".

III.- Hacia el Sur y el Oriente: Marsella y el Mediterráneo.-
Las islas que encantaron a Ulises?... -

- 37).- Albert Londres: "Marsella, porto du Sud".
- 38).- Louis Bertrand: "Le Livre de la Méditerranée".
- 39).- Charles Dicl: "En Méditerranée".
- 40).- Claude Farrere: "En Méditerranée".
- 41).- Joseph Peyré: "Roc-Gibraltar".
- 42).- Roger Vercol: "Croisiere Blanche".
- 43).- A. t. Serstevens: "Taïa".
- 44).- Emmanuel Grévin: "Djerba, l'île heureuse".

B).- AFRICA..

IV.- El Africa del Norte Francesa.-

- 45).- Pierre Benoit: "L'Atlantide".
- 46).- Pierre Benoit: "Fort de Franco".
- 47).- Lucienne Favre: "Dans la Casbah".
- 48).- Claude Farrere: "Los Hommes Nouveaux".
- 49).- Pierre Mac-Orlan: "La Bandera".
- 50).- Jules Romains: "Le Déjeuner Marocain".
- 51).- Joseph Peyré: "Escadron Blanc".
- 52).- Ernest Feydeau: "Alger".
- 53).- Léon Galibert: "L'Algérie ancienne et moderne".
- 54).- Maurice de Périgny: "Au Maroc".

V.- El Continente Negro.-

- 55).- Louis Jacolliot: "Voyage aux rives du Niger".
- 56).- Raymond Escholier: "Mahmadou-Fofana".
- 57).- Albert Londres: "Terres d'Ebone".
- 58).- Jean Martet: "Les Portes du Désert".
- 59).- Louis Chardonneau: "Fievres d'Afrique".
- 60).- André Demaison: "Tropiques".
- 61).- André Gide: "Voyage au Congo".
- 62).- André Gide: "Retour du Tchad".

- 63).- René Maran: "Batouala".
 64).- Emile Lengyel: "Dakar".
 65).- Pierre Mille: "Le Congo Léopoldien".
 66).- Lt.-Col. Baratier: "A travers l'Afrique".
 67).- O. Moynier: "L'Afrique Noire".

VI.- Egipto, don del Nilo...

- 68).- Maurice Larrouy: "Coups de Roulis".
 69).- Pierre Frondaie: "L'Eau du Nil".
 70).- L. Lo Dentu: "Visions d'Egypte".
 71).- Félicien Champsaur: "La Pharaonne".

C. - ASIA.

VII.- El Cercano Oriente: Palestina, Siria, el Líbano, Mesopotamia.-

- 72).- Jean Richard Bloch: "La Nuit Kurde".
 73).- Pius Servien: "Orient".
 74).- Jerome-et-Jean Tharaud: "Alerte en Syrie".
 75).- Jerome-et-Jean Tharaud: "L'An prochain a Jérusalem".
 76).- Jerome-et-Jean Tharaud: "A l'Ombre de la Croix".
 77).- Myriam Harry: "La petite fille de Jérusalem".
 78).- Myriam Harry: "Le petit prince de Syrie".
 79).- Pierre Benoit: "La Chatelaine du Liban".
 80).- Pierre Benoit: "Le Puits de Jacob".
 81).- Joseph Kessel: "Terre d'Amour".

VIII.- La Turquía de Pierre Loti... y la moderna.-

- 82).- Claude Farrere: "Les Quatre Dames d'Angora".
 83).- Henri Bordeaux: "Yamiló sous les Cédres".
 84).- Claude Anet: "Rive d'Asie".
 85).- Jean-José Frappa: "A Salonique, sous l'oeil des Dieux".
 86).- Marcelle Tynaire: "Notes d'une Voyageuse en Turquie".

IX.- Rûmbo al Sur.- Suez, el Canal, el Mar Rojo, las Caravanas, Arabia, en ruta hacia Ispahán, el camino de las Indias.-

- 87).- Roland Dorgelès: "Partir".
 88).- Roland Dorgelès: "La Caravane sans chameaux".
 89).- Paul Morand: "La Route des Indes".
 90).- Jerome-et-Jean Tharaud: "Le Chemin de Damas".
 91).- Jerome-et-Jean Tharaud: "La Fete Arabe".
 92).- Ferdinand Duchene: "Kamir".
 93).- Ferdinand Duchene: "Thamil'la".
 94).- Ferdinand Duchene: "Au Pas Lant des Caravanes".
 95).- Henry de Monfreid: "Les Serpents de Cheik Hussein".
 96).- Henry de Monfreid: "Le Chant du Toukan".
 97).- Henry de Monfreid: "La Croisiere du Haschich".
 98).- Henry de Monfreid: "Les Secrets de la Mer Rouge".

X).- En el corazón de Asia: La India.-

- 99).- Paul Jourda: "L'Inde des Maharadjas".

- 100).- Marc Chadourne: "En cherchant l'Asie".
 101).- Francis de Croisset: "La Fée des Cinghalais".
 102).- O. P. Gilbert: "Courrier d'Asie".
 103).- François de Tesson: "Dans l'Asie qui s'éveille".

XI.- Isles de l'Asie: Australasia.-

- 104).- Henri Fauconnier: "Malaisie".
 105).- Joseph Kessel: "La Rose de Java".
 106).- Guy de Chantepierre: "Mes souvenirs de Bali".
 107).- Henri Conscience: "Batavia".
 108).- Francis de Croisset: "La Dame de Malacca".

XII.- Tierras amarillas: la jungla de Birmania; Indochina, -
 perla del Imperio colonial galo.-

- 109).- Yvonne Schulz: "Le Sapanier de la Baie d'Along".
 110).- Jean d'Esme: "Thi Ba, fille d'Annam".
 111).- Jean d'Esme: "Les Maîtres de la Brousse".
 112).- Jean d'Esme: "L'Am de la Brousse".
 113).- Gaston Pagnot: "A travers les Pays Jaunes".
 114).- Pierre Benoit: "Le Roi Sombre".
 115).- Paul Morand: "Bouddha Vivant".
 116).- Luc Durtain: "Dieux Blancs, Hommes Jaunes".
 117).- Roland Dorgeles: "Petit air de Violon-Luno".-

XIII.- El Extremo-Oriente: China y Japón.-

- 118).- Ludovic Naudeau: "Plaisir du Japon".
 119).- Félicien Champsaur: "Poupées Japonaises".
 120).- Claude Farrère: "La Bataille".
 121).- André Bellessort: "Les journées et les Nuits Japonaises".
 122).- Joseph Raucot: "L'Honorable Partie de Campagne".
 123).- Paul Claudel: "Connaissance de l'Est".
 124).- Paul Claudel: "Le Repos du Septième Jour".
 125).- Paul Claudel: "Partage de Midi".
 126).- Paul Claudel: "L'Oiseau Noir dans le Soleil Levant".
 127).- Marc Chadourne: "Chine".
 128).- Maurice Dskobra: "Lune de Miel a Shanghai".
 129).- André Malraux: "La Condition Humaine".
 130).- André Malraux: "Les Conquérants".
 131).- André Malraux: "La Voie Royale".

D).- OCEANIA.

XIV.- Archipiélagos de belleza y de misterio: las Islas del
 Pacífico.-

- 132).- Pierre Benoit: "Erromango".
 133).- Jean Giraudoux: "Suzanne et le Pacifique".
 134).- Marc Chadourne: "Vasco".
 135).- Alain Gerbault: "Iles de Beauté".
 136).- Alain Gerbault: "Iles de la Nuit".

E).- AMERICA.

XV.- El Nuevo Mundo.- Recuerdos de Francia en Canadá y en -
Luisiana.- Los Estados-Unidos.- El Trópico.- La América
Latina.- México.- El embrujo de las Antillas.-

- 137).- Louis Hémon: "Marie Chapdelaine".
138).- Jean Lionnet: "Chez les Français du Canada".
139).- Régine Hubert-Robert: "La Luisiane Française".
140).- Maurice Dékobra: "La Madone a Hollywood".
141).- Jean Giraudoux: "Amica America".
142).- Jules Romains: "Salsette découvre l'Amérique".
143).- André Maurois: "Etats-Unis '39".
144).- André Maurois: "Chantiers Américains".
145).- André Maurois: "En Amérique".
146).- L. Constantin-Weyer: "Manitoba".
147).- Paul Morand: "New York".
148).- Paul Morand: "Hiver Caraïbe".
149).- André Siegfried: "Les Etats-Unis d'Aujourd'hui".
150).- André Siegfried: "Amérique Latine".
151).- Pierre Lyautey: "Survol des Amériques".
152).- Pierre Lyautey: "La Révolte du Mexique".
153).- Jean Giraudoux: "Fontanges au Niagara".
154).- Jean Giraudoux: "Choix des Elus".
155).- G. d'Avenel: "Aux Etats-Unis".
156).- Julien Green: "Journal II".
157).- Luc Durtain: "Amérique".
158).- Luc Durtain: "Quelques Notes d'E. S. A.".
159).- Abel Hermant: "Le Fils des Incas".
160).- Roger Caillois: "Patagonie".
161).- Gérard Fleury: "Sud-Amérique".
162).- Marc Chadourne: "Absence".
163).- Marc Chadourne: "Ináhuac".
164).- Jacques Soustelle: "Mexique, Terre Indienne".
165).- René Marchand: "L'Effort Démocratique du Mexique".
166).- Pierre Benoit: "Les Compagnons d'Ulysse".
167).- Henri Avenel: "L'Amérique Latine".
168).- Charles Wiener: "Chili et Chiliens".
169).- Marius-Ary Lobel: "Belles et féroces Antilles...".
170).- Pierre Marcelin-Philippe Thoby Marcelin: "Canapé-Vert".
171).- Pierre de Lanux: "Sud".
172).- René Jouglot: "Valparaiso".

XVI.- El Atlántico.- El Regreso: "un havre-de-grace".

- 173).- Jean-Louis Gagnon: "Vent du Large".
174).- Alain Serdac: "L'Appel atlantique".
175).- Pierre Mac-Orlan: "A bord de l'Etoile Matutine".
176).- Pierre Mac-Orlan: "Quai des Brumes".

X X X X X X X X X

Suplemento: Obras de Teatro.-

- 177).- Paul Morand: "Le Voyageur et l'Amour".
178).- Jules Romains: "Donogoo".
179).- Henri Bernstein: "Le Voyage".
180).- Denys Amiel: "Le Voyageur".

- 181).- Paluel-Marmont: "Sud".
182).- Pierre Wolff: "Le Chemin de Damas".
183).- Jean-Jacques Bernard: "L'Invitation au Voyage".
184).- Charles Vildrac: "Le Paquebot Tenacity".
185).- Gentillon: "Maya".
186).- Marcel Pagnol: "Marius".
187).- Pierre Frondaie: "La Bataille".
188).- Henry Kistmaeckers: "L'Occident".

' X X X X X X X X X

Fin.